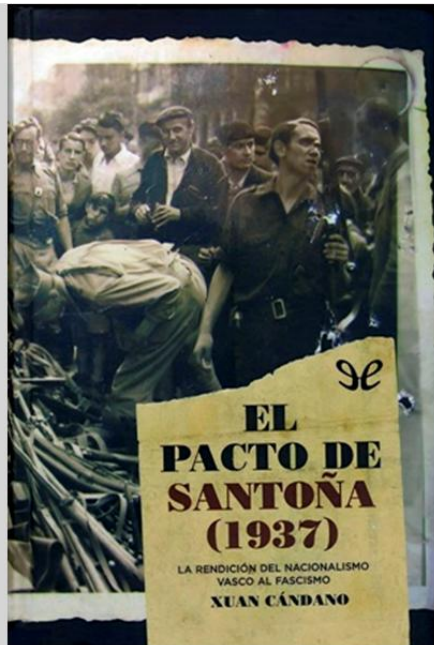


XUAN CÁNDANO



**EL
PACTO DE
SANTOÑA
(1937)**

LA RENDICIÓN DEL NACIONALISMO
VASCO AL FASCISMO

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak



se

**EL
PACTO DE
SANTOÑA
(1937)**

LA RENDICIÓN DEL NACIONALISMO
VASCO AL FASCISMO

XUAN CÁNDANO

En agosto de 1937 los «gudaris» —soldados vascos bajo el mando del PNV—, se rindieron ante el ejército italiano, aliado de Franco, lo que supuso la victoria de los nacionales en el norte de España y sentenció la Guerra Civil. Socios de conveniencia del gobierno republicano, los nacionalistas vascos habían mantenido desde el principio de la lucha negociaciones con el enemigo, primero directamente con los franquistas y más tarde con los italianos. Finalmente éstas dieron su fruto en el Pacto de Santoña, negociado de espaldas al bando republicano.

El pacto, que nunca llegó a firmarse, fue considerado tabú y sobre él se ha mantenido el silencio más absoluto hasta hoy. En el País Vasco, la cultura oficial ha tergiversado los hechos y convertido una capitulación vergonzosa en un acuerdo inevitable y casi heroico. Los franquistas tampoco quisieron hacer propaganda de un hecho que les humillaba al tener que reconocer la decisiva participación extranjera en la guerra. Y los republicanos, al verse burlados, corrieron un tupido velo sobre la decisiva pérdida del norte industrial.

Xuan Cándano ha llevado a cabo una exhaustiva investigación en archivos y bibliotecas, y entrevistado a los personajes vivos que estuvieron implicados en la capitulación vasca, para esclarecer y difundir unos hechos que hasta ahora han permanecido ocultos al gran público y para mostrar que el triste final de la guerra en Euskadi no fue como la historia oficial nos ha contado.

Xuan Cándano

El pacto de Santoña (1937)

La rendición del nacionalismo vasco al fascismo

Nota sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.
<http://www.abertzalekomunista.net>

Título original: *El pacto de Santoña (1937)*

Xuan Cándano, 2006

Prólogo: Gregorio Morán

Editor digital: Titivillus

INDICE

Cubierta

El pacto de Santoña (1937) Cita

Agradecimientos Aclaración

12 Prólogo de Gregorio Morán

19 Introducción

I - Los vascos y la Guerra Civil

21 Dudas y división nacionalista ante el alzamiento

24 Vigilando las iglesias... y a los rojos

28 Negociando a dos bandas

31 Autonomía teórica, independencia real

35 Euzko Gudarostea, el «otro» ejército

38 El Cuerpo de Capellanes: curas nacionalistas en el frente

40 El padre Onaindia, hombre clave en la sombra

44 Una guerra entre católicos

47 Villarreal, el principio del fin

49 El primer enfrentamiento entre Aguirre y Ajuriaguerra

51 El cáncer del cantonalismo

54 El antagonismo de vascos y asturianos

59 «Napoleonchu»

62 La advertencia de Guernica

66 Franco y el Vaticano piden la rendición

71 Comienzan las negociaciones del pacto con Italia

75 El cinturón de seda

II - La rendición del nacionalismo vasco

81 La rendición de Bilbao, primera parte del pacto vasco-italiano

84 El batallón de los desertores

88 Bilbao intacto, el primer acuerdo con los italianos

89 Bilbao no es Madrid

92 Leizaola empieza a cumplir con los italianos

96 Presos liberados, puentes volados

99 La contracheca de Anacleto Ortueta

103 Rendición con champán

- 109 Desfilando delante del enemigo
- 111 El Pacto de Baracaldo
- 113 El botín impresionante

III - Hacia la capitulación total

- 133 Algorta: organizando el ataque enemigo
- 137 Agur Euzkadi
- 139 Onaindia negocia en Roma con Ciano
- 145 «Santander saluda a los corredores vascos»
- 147 La checa de Neila
- 149 Aguirre ante Azaña, Negrín y Prieto: propuestas y silencios
- 153 El enemigo en casa
- 156 El informe de Ugarte y Lejarcegui
- 160 También con los franquistas
- 161 Putas en la guerra
- 163 Goras a Euzkadi, no a la República
- 164 Franquistas sí, «nacionales» menos
- 168 El ataque que propusieron los vascos
- 169 Se permite rendirse, pero de noche
- 171 Por la cara
- 174 Aguirre rechaza el plan italiano
- 175 Tragaderas descomunales
- 178 La República Vasca de Santoña
- 181 Aguirre sale, Ajuriaguerra regresa
- 183 Miedos y simulaciones en Villa Bohío
- 187 La rendición de Guriezo
- 190 Dejar pasar al enemigo
- 192 Primeras rendiciones en Laredo
- 195 La toma italiana de Santoña
- 197 Vascos desembarcados, italianos humillados
- 200 Italia evita el fusilamiento de Ajuriaguerra
- 204 Los barcos no llegaron por falta de dinero
- 205 Se desmorona la resistencia republicana
- 207 No remover Santoña

212 IV - El pacto del silencio

- 218 Apuntes para una investigación

218	10 de noviembre de 2004
220	11 de noviembre de 2004
222	18 de noviembre de 2004
223	27 de noviembre de 2004
225	30 de noviembre de 2004
227	1 de diciembre de 2004
228	2 de diciembre de 2004
230	3 de diciembre de 2004
231	12 de enero de 2005
232	13 de enero de 2005
232	17 de enero de 2005
234	18 de enero de 2005
234	19 de enero de 2005
235	20 de enero de 2005
237	21 de enero de 2005
238	3 de febrero de 2005
240	4 de febrero de 2005
241	8 de febrero de 2005
242	19 de septiembre de 2005
244	Bibliografía
247	Índice Onomástico

A Cruz y Xuan, naturalmente.

Ofrecióse a los nacionalistas vascos una coyuntura excelente para comprender la historia de España y comprender a los demás españoles. Comprender de una parte a los españoles que llegaban de Asturias, de Santander, de Madrid; y de otra, a los que atacaban desde Navarra. En fin, advertir que todos no eran lo mismo ni iguales. Mas los nacionalistas vascos no comprendieron ni a unos ni a otros en la guerra, como no los habían comprendido ni habían querido comprenderlos antes.

ANTONIO RAMOS OLIVEIRA, HISTORIA DE ESPAÑA

Agradecimientos

Este libro exige un agradecimiento especial a Guillermo Tabernilla y Julen Lezámiz, de la Asociación Histórica Sancho de Beurko, especializada en el estudio, investigación y publicación de lo ocurrido en el País Vasco durante la Guerra Civil. Su colaboración, ofreciendo desinteresadamente su archivo, sus conocimientos, sus correcciones y su entusiasmo, ha sido fundamental en la elaboración de este trabajo que tiene usted en sus manos.

El autor no puede tampoco olvidar las ayudas y aportaciones de: Adolfo Cueto, Aitor Miñambres, Ander Manterola, Armando Fernández Flórez, Braulio García Noriega, Carlos Rojo, César Bustamante, David Ruiz, David Solar, Domingo Benavides, Eladio García, Eduardo Argüelles, Eduardo Jáuregui, Eugenio Fuentes, Fermín Ordiales, Fernando García de Cortázar, Iñaki Anasagasti, Iosu Onaindia, Isabel Sierra, Javier Berros, Jesús de la Campa (j) Jesús Mella, Jon Onaindia, José Emilio Díaz, José Luis de la Granja, José Luis Villaverde, José Manuel Melgar, José María Espinosa, José María Pérez, José María Sierra, Juan Antonio de Blas, Koldo Azkue, Ludger Mees, Luis Miguel Cuervo, Manuel Fernández Gómez, Manuel González Portilla, Manuel Sanjuán, Marcelino Laruelo, María José Ferrer, Miren Onaindia, Pablo Ortueta, Pamela Paredero, Primitivo Abad (j), Rafael Palacio, Ramón Rodríguez, Raquel Collado, Reyes San Emeterio, Ricardo Menéndez Hevia,

Santiago Caravia, Santiago Macías, Santiago Zuazua, Silverio Legorburu, Sorne Onaindia, Tino Brugos y Txema Montero.

Aclaración

En la narración se han adoptado la toponimia y la terminología vigentes en la época. Por eso la recuperación de la toponimia tradicional provoca que muchos de los nombres de pueblos o lugares no resulten ahora correctos.

Prólogo

DE ÉTICA Y POLÍTICA EN EUSKADI

Cuentan que fue el doctor Samuel Johnson, en el siglo XVIII, el primero que formuló uno de los apotegmas con mayor trascendencia de la historia de la humanidad. Afirmaba que el patriotismo era el último refugio de los canallas. Y sin embargo hay algo que impresiona con sólo decirlo y es que existe un patriotismo criminal que no es patrimonio de los canallas, sino de gente de bien y religiosamente acendrada. Ése es el caso que trata este libro que ustedes se disponen a leer: el Pacto de Santoña. Un asunto turbio de nuestra historia sobre el que nadie ha puesto excesivo esfuerzo por elucidar y que está ahí como una verruga; imponente en su fealdad y en su modestia. Porque las verrugas de la historia son horribles, pero apenas llaman la atención.

Si la política es un arte efímero, emparentado con el teatro y por tanto con la escenografía, esta historia que ustedes van a leer de Xuan Cándano es un cruel drama de pretensiones shakesperianas pero con efectos de Echegaray. El Pacto de Santoña, que ni fue pacto ni se hizo en Santoña, resulta un enigma sólo en un aspecto, el de cómo es posible que el ser humano, el profesional de la política, pueda alcanzar las simas de cinismo y desvergüenza e incompetencia que describe el autor de este relato estremecedor. Como en los montajes dramáticos de Shakespeare, la trama es sencilla, los motivos vulgares y las consecuencias complejas. Un ejército vasco que ha conseguido ser tal gracias a una atribución del Gobierno republicano es capaz de traicionarlo y pactar con el enemigo.

En la valoración histórica del Pacto de Santoña hallamos uno de los primeros casos hispanos del hábito anglosajón reciente de lo políticamente correcto. Una tropa uniformada y con sus jefes en activo, que negocia con el enemigo el abandono del frente y la entrega de sus posiciones, no es otra cosa que un ejercicio de alta traición que en la guerra se paga con el fusilamiento y en la paz con la deshonra. Pero la realidad es siempre más compleja que los

esquemas, y lo que podía haberse conocido como «la traición de Santoña» ha pasado a los papeles como «el Pacto de Santoña».

Los batallones vascos dependientes del Partido Nacionalista de Euzkadi — entonces era con zeta—, apenas comenzada la Guerra Civil española y ante la ofensiva del fascismo, inician unas negociaciones para separar su suerte del conjunto republicano, y lograr unas ventajas en detrimento de la República, produciéndose una de las paradojas no por repetida menos brutal: la Segunda República española está dispuesta a arrostrar la suerte del Gobierno autónomo vasco, pero el Gobierno vasco no está dispuesto a asumir el destino de la República. Tú me avalas y me proteges, pero yo no puedo seguirte porque no creo en ti, y aunque creyera, mis exigencias patrióticas están por encima de cualquier compromiso entre caballeros. Ítem más, no reconozco otros caballeros que los vascos y siempre y cuando sean nacionalistas.

13

Lo más patético del Pacto de Santoña entre los nacionalistas vascos y el fascismo italiano es la queja vasca porque los italianos no cumplen sus compromisos. Palmariamente hablando: es como el mañoso que reprocha al sicario que no se comporte como un socio de impecable honorabilidad. Después de haber traicionado hasta cruzar la Ende con la vileza, los mandos del ejército vasco adscrito al Partido Nacionalista reprochan a los mandos italianos no ejercer de caballeros y no cumplir con lo pactado. Roma nunca pagó a traidores, ni en la c ni en la modernidad. Ni Roma ni nadie, dicho sea de paso.

Este libro de Xuan Cándano es acerado como un estilete. Así de eficaz también. La narración de una traición no por anunciada menos criminal, porque tiene algo de arma blanca, va dirigida al corazón y apenas si consintió poco más que un gesto. Una puñalada a una Segunda República exhausta, con el candor y la ingenua maldad del niño —el Gobierno vasco celebraba su primer cumpleaños— que asegura que esa guerra no es su guerra. Con el agravante de que en esa guerra él había sido una de las coartadas de la sublevación y cuya causa defendió la República con una coherencia y un valor no compensados. El Pacto de Santoña, cuyos vericuetos están descritos con meridiana sencillez en las páginas que siguen, es la historia de una traición ejecutada por gentes de palabra, que son siempre los traidores que hacen más daño, como descubrió Shakespeare hace muchos años. Una de las leyendas más ridículas que he escuchado en mi vida es la que identifica la expresión «palabra de vasco» como sinónimo de seguridad, certeza y honradez. La

palabra de vasco, como la sinceridad asturiana, la honradez catalana, la sobriedad del castellano y la alegría congénita del andaluz, son implantes de capellanes para autosatisfacción de la parroquia. Hay vascos de palabra, asturianos sinceros, honrados catalanes, sobrios castellanos y alegres andaluces, pero eso, en manada, equivale a bosta de caballo, un fétido montón, poco útil incluso para el abono. No hay decencias en grupo, y cuando las hay se suman de uno en uno; la dignidad, o es personal o no es.

Porque no nos engañemos, el dilema que plantea el Pacto de Santoña, o lo que es lo mismo, la rendición para salvar la vida de una parte del ejército combatiente en detrimento de sus compañeros de armas, es muy sencillo, es el conflicto de preponderancias entre patria y libertad. En supuesta defensa de la patria hollada el ejército del Partido Nacionalista Vasco se entrega al enemigo para salvarse y no para defender la libertad, porque ésta, la libertad, ni fue ni podía ser negociada. En el verano de 1937 el ejército de la República se bate en todos los frentes. En principio, digamos que se trata de la lucha de una democracia, por más defectuosa que fuera, frente al fascismo totalitario. En este marco general, un partido político que tiene un ejército propio, el PNV, plantea llegar a un acuerdo con el enemigo para sacar sus tropas del frente y dejar la lucha. Primero, porque se trataría de un conflicto que no va con él. Segundo, porque la victoria de la República no sería la suya. Tercero, porque tendría pruebas de que el Gobierno central le había traicionado previamente. Cuarto, porque los beneficios de esta actitud redundarían en consolidación de la supuesta patria derrotada. Pues bien, ninguna de estas premisas se cumple. Es más, la confianza de los principales líderes republicanos en la honestidad de los nacionalistas vascos produce no sé si sonrojo o pena, y Xuan Cándano lo detalla hasta la saciedad.

14

Entonces, ¿por qué lo hicieron? Podríamos responder que por irresponsabilidad, pero ningún historiador medianamente sólido puede considerar la irresponsabilidad como un argumento. Se es irresponsable por un equivocado análisis de la situación, no porque se parta de una inferioridad mental. Los irresponsables resultan conclusivos, es decir, acaban en irresponsables, pero en un principio son audaces buscadores de soluciones. ¿Era una solución el Pacto de Santoña? Y si lo era, ¿para quién? Admira pensar en la hipótesis de la solución milagrosa. Supongamos que los italianos cumplen como caballeros con esos vascos avispados, o bellacos, por utilizar un término evocador en una negociación italiana. Imaginemos un imposible histórico que es el «si hubiera sucedido». Los batallones vascos, cual barón de

Munchausen, se tiran del pelo y saltan por encima de los contendientes y aparecen en Francia o en las adoradas costas británicas. El escándalo, la humillación para cualquier vasco republicano, y no digamos para cualquier no vasco republicano, habría sido escalofriante, letal. Entre la puñalada a la República y la vergüenza del traidor no habría dónde quedarse, ni escoger cueva en la que rumiar el desprestigio. Manifestar públicamente «¡esta guerra no es nuestra!» hubiera sido asumir la complicidad con el fascismo y la equivocación inicial de bando. ¿Se hubieran sentido más protegidos por el enemigo fascista, al que respetaban como caballeros, cuando no pudieron comportarse honradamente con sus aliados naturales?

El Pacto de Santoña plantea una cuestión ética por encima de cualquier consideración política. La patria, la idea de patria de un nacionalista, ¿está por encima de la responsabilidad de un ciudadano libre, de su responsabilidad democrática? ¿Cuántos crímenes son blanqueados por la sensibilidad de un patriota? En esta crónica escrupulosa de Xuan Cándano late en el fondo esa pregunta de lector consciente: la supuesta legitimidad de la traición cuando se enmascara tras el disfraz del patriotismo. Lo hizo Franco levantándose frente a la República y apelando a intereses trascendentes como la patria y Dios. Y esa desvergüenza franquista, que despreciaría cualquier analista somero, ¿se convierte en verdad de fe cuando la defiende un nacionalista periférico? La desproporción, ¿es provocada por el volumen de la afrenta? ¿Su ubicación geográfica? ¿O la condición de supuesta víctima?

Detrás del enigma histórico del Pacto de Santoña late la miseria del patriotismo como forma de mantenimiento de unos intereses, que de expresarse de otro modo serían rechazados de inmediato. Un patriota puede ser un criminal benéfico. ¿Verdaderamente hemos pensado alguna vez que un patriota pueda considerarse un criminal benéfico? Si es así, estamos ante una extorsión del pensamiento. La confusión entre luchar por la libertad y defender las diferencias. No hay otra cosa. Si somos diferentes, tenemos derecho a matar para exigir la diferencia, porque no todos somos iguales. Y si lo somos, yo no tendría derecho a matar al contrario, quien por no dejarme ser diferente se merece la muerte. Brutalmente expresado, podría asimilarse a la diferencia entre querer ser vasco, o español, o catalán, y querer ser libre por encima de cualquier otra circunstancia. Porque ambas opciones ni significan ni quieren decir lo mismo.

La lucha por la ciudadanía es diferente del combate de la tribu mafiosa por mantener su poder, su estatus, sus tradiciones. Esta confusión que generó el franquismo al amalgamarlo todo no puede quedar sin respuesta. El Pacto de Santoña es la radiografía de un cáncer social que con el tiempo se convirtió en crónico. La relación entre patria y traición. ¿Qué traición no consiente la patria? ¿Qué patria no exige la traición? En la expresión «a la patria no se la traiciona» subyace el mismo valor que en la estructura mafiosa cuando se dice que «a la familia no se la traiciona», porque se la excusa del engaño, de la extorsión y por supuesto del crimen siempre y cuando se trate de salvaguardar «la familia». Entre lo más llamativo de lo ocurrido en Santoña entre nacionalistas vascos y fascistas italianos está el fuerte tufo predemocrático; todo lo que sucede podría haber ocurrido en las luchas banderizas de hace siglos, o en las batallas nobiliarias de otro tiempo. Los protagonistas pretenden quedarse al margen, o lo parece, de la auténtica pelea que se desarrolla en territorio español, incluido por supuesto el vasco.

Y es un conflicto de la modernidad, entre progreso y reacción, entre democracia y dictadura, entre revolución y tradición. Al tratar de sustraer a sus tropas, a los soldados dependientes del Partido Nacionalista Vasco, del conflicto que ensangrienta España y que tiene en vilo al mundo, en el gesto de apartarse porque ese asunto no es «nuestro asunto», están asumiendo una actitud de atrabiliaria superioridad, de racismo ideológico y por tanto de desprecio hacia esos otros seres inferiores, distintos, menos auténticos que ellos, que se están peleando por algo que a un vasco cabal no le interesa para nada. Lo que vino luego, con la derrota republicana y la implacable losa del franquismo, fue la evidencia de que no basta con sobredosis de autoestima y de soberbia para driblar las responsabilidades.

Recuerdo que en la primavera de 1982, uno de los cuatro líderes políticos vascos que presentaron en Bilbao mi libro *Los españoles que dejaron de serlo. Euskadi 1937-1981* aprovechó para abordar el relato descarnado que yo hacía del Pacto de Santoña. Fue Xavier Arzalluz, máximo dirigente entonces del PNV. Justificó lo sucedido en Santoña apelando a un tópico que tiene algo de cinismo clerical: «¿Qué había hecho la República por los vascos desde el comienzo de la Guerra Civil? ¿Acaso no nos dejó abandonados?». Más que argumentos eran disculpas, como cuando el ladrón justifica el robo de la cartera a un ciudadano rico advirtiendo que más ha robado él y no le han detenido nunca, o más roba el propio Estado y aún se atreve a imponer las leyes. Resulta demoledor el relato que hace Xuan Cándano de los esfuerzos

por enderezar la situación militar de la República en la cornisa cantábrica, boicoteada hasta llegar a la alta traición por los mandos del PNV. En definitiva, ahí queda esa infantil forma de defenderse que es como una fotografía de su propia inconsciencia: no nos entienden porque no son vascos, y si hay algunos vascos que no aprueban lo que hicimos, es porque no son auténticos vascos. Algo similar llegó a pronunciar en esa misma presentación bilbaína el malogrado líder de Herri Batasuna, el pediatra Santiago Brouard, asesinado años más tarde, quien entonces se mostraría sorprendido de que en un libro sobre los vascos se incluyera a la oligarquía con residencia en Neguri, porque no era vascos aunque hubieran nacido y vivieran en Getxo, Vizcaya.

16

El Pacto de Santoña es quizá la primera ocasión en la que aparece el sujeto denominado Euskadi como una cuestión ética, y se resuelve con absoluto desdén hacia los intereses colectivos en beneficio supuesto de una casta, de un grupo, que no otra cosa es un partido. Hacer política en Euskadi después del Pacto de Santoña muestra en muy variados comportamientos no sólo la disociación entre política y ética, que se da a menudo pero que se enmascara eficazmente, sino el absoluto desprecio a cualquier justificación de la ética democrática en aras de algo superior, la patria, de la que ellos son únicos poseedores y administradores, con salvoconducto para traicionar, matar, o facilitar que te maten. Porque ellos no son como tú, ellos son diferentes y tienen otros deberes que tú ni alcanzas a comprender; ni podrás hacerlo, porque no eres como ellos, ni podrás serlo nunca, según ese principio que consiente hacerte ciudadano de una república, de Francia o de Estados Unidos, pero no ser vasco o catalán o español, porque para un nacionalista no basta con la voluntad. Y el argumento pasa a ser como el chiste que da por sentado que no sabes de qué color es el caballo blanco de Santiago; la reiteración de la pregunta impide acercarte a la respuesta.

Y encima está la chapuza. A la ignominia de la alta traición a la República asaltada hay que sumar la vergüenza de una negociación marrullera, torpe, errática, y en reiteradas ocasiones, infantil. Hay páginas de Xuan Cándano que parecen relatar ejercicios de perversión adolescente ante las fintas y espejuelos que el enemigo fascista, sea italiano o español, despliega ante ellos. Parecen gozarse en humillarlos y ellos parecen no darse cuenta, como si el hecho de ser muy creyentes y muy amigos del Vaticano les facilitara una gracia divina que les hiciera inmunes a las ofensas de aquellos gentiles armados.

Algún día, estoy seguro, alguien hará una gran obra de creación, sea en la novela, el teatro o el cine, sobre «el drama de Santoña», porque llamarlo pacto, como hemos hecho todos hasta ahora, es una simplificación de esa condensación de historias que se produce durante el verano de 1937. Hay mucha humanidad en ese drama de Santoña; está todo, personajes heroicos que hacen el ridículo y personajes ridículos que asumen papeles heroicos. Todo enmarcado en la última gran pelea ideológica, la Guerra Civil española, en la que nadie, por acción u omisión, pudo mantenerse al margen. Mientras llega esta gran obra de creación, mientras esperamos que alguien asuma la osadía de afrontar el drama humano, sólo sumando protagonistas, mientras tanto, este libro de Xuan Cándano llega hasta el borde de la literatura; ni puede ir más allá, porque la imaginación es maléfica en la crónica histórica, ni se queda corto, porque goza de esa impecable redacción que sólo se percibe cuando uno lee, ávido de ansiedad, y no lo nota.

17

Tiene su lado irónico que sea un asturiano quien haya escrito este libro impecable sobre el Pacto de Santoña. Las consecuencias de la traición nacionalista vasca a la República las pagó Asturias de inmediato, y nadie con un mínimo de honradez desde las filas vascas, por más nacionalista que sea, podrá sustraerse a la evidencia de que en aquellas circunstancias la indignación asturiana ante lo sucedido estaba plenamente justificada. Quizá eso haya ayudado a la labor de investigación de Xuan Cándano. Una cierta mala conciencia discurre bajo el disfraz impasible del nacionalismo vasco ante aquel baldón; porque se perdió el honor, se descubrió la traición, se demostró poca entraña y menos inteligencia, y por si fuera poco, en beneficio exclusivo, digo bien, exclusivo, de las tropas franquistas.

Cualquiera que pretenda hacer esa obra de creación literaria o cinematográfica sobre el drama de Santoña habrá de contar con este demoledor relato de Xuan Cándano. La historia como recreación llega hasta este libro, el que quiera ir más lejos deberá ya saltar a los personajes; a la sincera desvergüenza de los oficiales nacionalistas Lejarcegui y Ugarte, a las dudas hamletianas del dirigente del PNV, Juan Ajuriaguerra; a la desmesura de tipos humanos como Manuel Sánchez Noriega El Coritu, cuyo ciclo histórico empieza en las huestes mexicanas de Pancho Villa y acaba defendiendo la República de don Juan Negrín. No creo que haya en la historia, con permiso de Plutarco, personajes tan imposibles de colocar en paralelo como Villa y Negrín.

Prólogo

Cuando hablamos de ética y de política debemos volver a exigir la primacía de la coherencia. La coherencia, esa continuidad en la evolución de nuestras concepciones políticas, es un patrimonio intelectual por encima de cualquier fe en patrias y familias. Entre otras cosas por eso admiro a Xuan Cándano, porque entró en la historia vasca por la puerta grande de la coherencia. Lo recuerdo muy bien. Fue a consecuencia de una entrevista que me hizo en La Voz de Asturias de Oviedo, allá en la primavera de 1982. Transcribió escrupulosamente mis palabras y puso en mi boca exactamente lo que yo había dicho sobre las viejas Fuerzas de Orden Público y la necesidad de que se fueran retirando, cosa que hoy es tan obvia que parece una vulgaridad admitida por todos. Entonces no lo era, y el subdirector del periódico, Lorenzo Cordero, lo puso literalmente en la calle acusándole poco menos que de apología del terrorismo.

Así conocí yo la coherencia del autor de este libro que prologo y así entró Xuan Cándano en el peculiar club de los estudiosos de asuntos vascos. Por afinidades electivas, porque le peta y porque le gusta buscar respuestas a lo que pocos se quieren preguntar. Lo cual viene a confirmar una constante: buena parte de los trabajos sobre el País Vasco contemporáneo están pensados y sentidos por guiris, expresión que hoy se ha universalizado en castellano para designar a los extranjeros y que hace poco más de un siglo inventaron los carlistas vascos para señalar despectivamente a los foráneos.

GREGORIO MORÁN

Introducción

Alberto Onaindia mantuvo silencio durante cuarenta y seis años. Cura, pero también nacionalista, y por tanto disciplinado, aún más con la jerarquía del PNV que con la de la Iglesia, el intermediario en el Pacto de Santoña guardó durante casi medio siglo el secreto que se le imponía sobre el acuerdo del ejército vasco con el italiano, que supuso la rendición de los soldados de aquél. El acuerdo con los fascistas italianos que apoyaban a los españoles en la Guerra Civil, hecho de espaldas al bando republicano con el que combatían los nacionalistas vascos, supuso en la práctica la victoria del ejército franquista en el norte, aunque el frente tardaría todavía dos meses en desmoronarse definitivamente en Asturias, el último foco de resistencia. El mismo Franco y muchos analistas coinciden en que la conquista del norte hizo ya inevitable en 1937 su victoria en la guerra, confirmada dos años más tarde.

En 1983, haciendo frente a las presiones y vetos del PNV, Alberto Onaindia publicó *El Pacto de Santoña*, un libro en el que recogía los numerosos documentos que conservó celosamente de las negociaciones entre vascos e italianos, que se prolongaron desde mayo hasta agosto de 1937. Sin embargo, aunque el libro es tremendamente esclarecedor y despejó muchas dudas sobre aquel episodio tan fundamental como misterioso en la historia contemporánea española, su aparición pasó desapercibida. De hecho, el Pacto de Santoña parece que sigue siendo hoy un tema tabú. Un manto de silencio continúa rodeando aquellos hechos, aunque apenas queden ya testigos o protagonistas vivos. Que así sea en el País Vasco, donde la cultura oficial y hegemónica nacionalista ha tergiversado lo ocurrido en aquella localidad cántabra escenario de la rendición de varios miles de gudaris hasta convertir una capitulación vergonzosa en un acuerdo inevitable y casi heroico, puede ser explicable, porque conocer la verdad no interesa nada al PNV. Más difícil de entender es ese silencio en el resto de España, teniendo en cuenta además la especial sensibilidad, transformada a menudo en hostilidad, hacia el nacionalismo vasco. Puede que la explicación sea en realidad muy sencilla. El Pacto de Santoña no interesa a los españoles, ni a los vencedores en la Guerra Civil ni a los vencidos, porque ni unos ni otros salen muy bien parados con su divulgación. A los franquistas les humillaba reconocer la fundamental participación extranjera en la guerra y la capitulación de los vascos a los italianos, a los que nunca tuvieron ninguna estima, devaluaba su victoria

militar. Los republicanos fueron los burlados, pero entonces miraron hacia otro lado porque no les interesaba cortar sus relaciones con los democristianos peneuvistas, su único aval ante la Europa democrática escandalizada con los excesos «rojos» durante la Guerra Civil.

20

Aliados de conveniencia con el bando republicano, los nacionalistas vascos mantuvieron desde el comienzo de la guerra negociaciones con el contrario, primero directamente con los franquistas y más tarde con los italianos, con la mediación del Vaticano en muchos casos, porque la Iglesia puso especial interés en acabar con un criminal enfrentamiento entre católicos como el que se produjo en el País Vasco. Esas prolongadas e intermitentes negociaciones se intensificaron en vísperas de la caída de Bilbao y se plasmaron definitivamente en el Pacto de Santoña, cuando los gudarís y su Gobierno perdieron el territorio vasco y decidieron dejar de luchar. La rendición de Bilbao sería por tanto la primera aplicación de un pacto muy elaborado pero que nunca fue firmado, aunque a estas alturas se mantenga la duda, porque alguno de sus protagonistas asegura lo contrario. El único documento que ha aparecido es la rendición incondicional de los gudarís al Generalísimo, a través de los italianos, firmado por mandos de los dos ejércitos en Guriezo (Cantabria) el 24 de agosto de 1937.

Este libro es el fruto de muchos meses de trabajo de documentación, bibliografía y entrevistas personales para aclarar y difundir unos hechos que hasta ahora han permanecido intencionadamente ocultos para el gran público. No ha habido en la tarea ninguna vocación apriorística ni he buscado que los hechos y las comprobaciones ratifiquen convicciones previas, porque nunca las tuve. Si algo me ha enseñado esta apasionante aventura es que guiarse por maniqueísmos, dogmas, pasiones, fobias y filias no sólo te hace perder la medida, sino también las claves para conocer la verdad.

En todo este tiempo en el País Vasco no sólo no he tenido problema alguno para investigar, trabajar, conocer o entrevistar, sino que todo han sido facilidades y amabilidades, incluyendo las facilitadas por el poder autonómico nacionalista. Es más: me ha parecido percibir que hay un amplio sentimiento entre los nacionalistas vascos, y por supuesto entre los constitucionalistas, en favor de asumir que el triste final de la guerra en Euzkadi no fue como se lo han contado. Este libro no pretende otra cosa que dar para ello el primer paso.

XUAN CÁNDANO

I. LOS VASCOS Y LA GUERRA CIVIL

DUDAS Y DIVISIÓN NACIONALISTA ANTE EL ALZAMIENTO

El vasco fue el único pueblo claramente dividido y polarizado ante el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, que fue el origen de la Guerra Civil. Vizcaya y Guipúzcoa se alinearon con la República, mientras Álava y Navarra lo

hicieron con los sublevados. Guipúzcoa falló en las previsiones del general Emilio Mola, cerebro del alzamiento y jefe de los golpistas en el norte desde su puesto de mando en Navarra, que era la provincia española más entusiasta en favor del levantamiento fascista. No contaba, sin embargo, con Vizcaya, donde la presencia de la izquierda y del movimiento obrero era importante y competía con el nacionalismo católico y derechista que representaba el PNV, la fuerza hegemónica.

Si en Vizcaya la lealtad en todos los cuarteles fue favorable a la República y todas las maniobras conspiratorias resultaron abortadas, en Guipúzcoa se reprimieron focos de insurrección, con derramamiento de sangre y tiroteos callejeros en su capital. Las dudas del comandante militar de San Sebastián y jefe del regimiento de artillería, el coronel León Carrasco Amilibia, provocaron su sustitución por el comandante de Estado Mayor Augusto Pérez de Garmendia, que se encontraba accidentalmente en la ciudad. Grupos de rebeldes, civiles y militares, llegaron a tomar varios edificios el 21 de julio, como el hotel María Cristina, el Gran Casino y la Comandancia Militar, pero milicianos republicanos, sobre todo anarquistas y comunistas, les obligaron a retirarse al cuartel de Loyola, que finalmente se rindió el día 28.

Navarra fue la provincia española más «nacional», y todas las tropas secundaron el golpe con alborozo, al igual que los carlistas. Como un resorte, 6.000 requetés se reunieron en Pamplona nada más conocerse la noticia del alzamiento, y las columnas navarras serían desde entonces una fuerza bélica fundamental para la victoria final de Franco. Mola inició de inmediato una sistemática represión sobre la izquierda y el movimiento obrero, aunque entre los primeros fusilados estuvo el alcalde del PNV de Estella, Fortunato Aguirre. En Álava se hizo con el poder, declarando el estado de guerra, el teniente coronel Camilo Alonso Vega, que mandaba el batallón de montaña Flandes, y

toda la provincia cayó sin problemas en manos de los sublevados, salvo algunos pueblos del norte de la provincia, como Amurrio.

Sin esperar un solo instante, los rebeldes se lanzaron a la conquista de las provincias vascas favorables a la República. La noche del 19 de julio ya salieron de Pamplona hacia Guipúzcoa varias columnas carlistas, y las tropas mandadas desde Vitoria por Alonso Vega fijaron la línea del frente en el límite con las dos provincias leales.

22

Durante los preparativos del golpe, los militares sublevados tantearon al PNV y la respuesta de los nacionalistas fue positiva. En abril de 1936, en el domicilio de San Sebastián de uno de los representantes de los golpistas, el falangista Fausto Gaiztarro, se expusieron los planes previstos a dirigentes de Falange y otros grupos políticos de derechas, entre ellos el PNV, cuyo portavoz en la reunión era Telesforo Monzón. El joven ex diputado Monzón, que entonces defendía posturas cercanas a la extrema derecha, indicó que el PNV contaba con hombres para colaborar con el alzamiento previsto, pero no con armas. «Preguntado si llegarían a colaborar con una dictadura militar, manifestó, no sin distinguos y vacilaciones, que aún llegado ese caso lo harían. Terminada la reunión, se hizo una entrega reducida de armas al partido nacionalista, que temía un incidente violento y próximo¹».

Cercano por ideología y religiosidad a la derecha nacionalista, pero separado de ésta por su centralismo y su odio al separatismo, el levantamiento militar supuso un grave compromiso para la tradicional ambigüedad del PNV, que confiaba en que el Gobierno republicano cumpliera su promesa de otorgar al País Vasco la autonomía de la que ya disfrutaba Cataluña. Tan embarazosa posición provocó que la respuesta del PNV, que había acudido en solitario a las últimas elecciones en las que se impuso al Frente Popular, fuese de todo menos clara y enérgica, abundando no sólo las dudas, sino también las evidentes contradicciones.

La primera reacción, nada más tener noticias del golpe el 18 de julio, fue la de los diputados Manuel Irujo y José María Lasarte, que en Guipúzcoa se apresuraron a visitar al gobernador civil para manifestarle la fidelidad del PNV a la República. Le entregaron una nota, que sería difundida por Radio San Sebastián a las 15:30, pero pocas horas después fueron desautorizados por el Euzkadi Buru Batzar (EBB). Reunido en San Sebastián esa tarde, el máximo

¹ José María Gil Robles, *No fue posible la paz*, Planeta, Barcelona, 1968, pp. 710 y 712

órgano del partido redactó otra nota en tono de neutralidad y expectación. Fue entregada al diario nacionalista donostiarra *El Día*, pero no llegó a ser publicada. En San Sebastián ya se oían los tiros de los enfrentamientos armados entre los militares rebeldes y los milicianos, lo que convertía en una quimera la equidistancia pretendida. Una conversación entre Manuel Irujo y José Lecároz, director de *El Día*, fue decisiva para evitar la publicación de un texto que jamás vio la luz y que ni siquiera es conocido hoy².

A su regreso a Bilbao, los dirigentes vizcaínos del PNV se reunieron urgentemente para adoptar una decisión definitiva. Como ocurriría cuarenta y cinco años más tarde con la Iglesia española ante el 23-F, el acuerdo fue un complicado parto, cuando los hechos obligaban a tomar partido por los golpistas o por los demócratas. La reunión culminó, tras una noche de deliberación, a las seis de la madrugada con un pronunciamiento unánime de apoyo al Gobierno republicano, aunque carente de entusiasmo. Además, aunque fue considerada la posición oficial del partido, en realidad la decisión la tomó el Bizkai Buru Batzar (BBB), la organización vizcaína del PNV y la más importante, dirigida por Juan Ajuriaguerra. En cambio, el Araba Buru Batzar (ABB) se inhibió y el Napar Buru Batzar (NBB) de Navarra se adhirió con entusiasmo a los sublevados. La mayoría de los peneuvistas alaveses y navarros colaboraron o combatieron abiertamente con el bando franquista y el partido no tomó ningún tipo de medida por ello, adoptando una actitud comprensiva ante su situación en dos provincias donde triunfó desde el primer día el Movimiento Nacional. También se respetaron los cargos. En otra muestra de la tibieza del PNV frente al fascismo levantado en armas, el periódico oficial de la organización, *Euzkadi*, no informó de la decisión tomada hasta el 21 de julio, mediante una nota sin firmar. En cambio, las otras organizaciones nacionalistas se inclinaron sin titubeos por la República amenazada, tanto el sindicato Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV) como Acción Nacionalista Vasca (ANV), el partido que nació de una escisión por la izquierda del PNV, que estuvo entre los primeros que enviaron milicianos al frente.

23

Juan Manuel Epalza, vicepresidente de los Mendigoixales, el movimiento juvenil de montañeros nacionalistas, resume certeramente unas vacilaciones no enterradas definitivamente con tan doloroso parto

² Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del PNV 1936-1979*, II, Crítica, Barcelona, 2001, p. 10.

para el nacionalismo vasco, que ya había lamentado su soledad tras las últimas elecciones generales: «Hasta la noche antes nuestro verdadero enemigo había sido la izquierda. No porque fuese la izquierda, sino porque era española y, como tal, intransigente. Vacilamos durante dos semanas o más, titubeando sobre si aliarnos con nuestros anteriores enemigos. De haber sido posible, nos habríamos mantenido neutrales³».

Esta otra opinión del cura nacionalista José Antonio Loinaz, capellán del batallón Loyola, escrita en su diario el 1 de abril de 1937, por su concreción y su exactitud define bien esta equidistancia del nacionalismo vasco:

«Los unos con el puño en alto, los otros, con la mano abierta en alto. ¡Casi lo mismo!»⁴.

Muy en consonancia con las esencias del PNV, que se tiene por el «partido de los vascos», sus dudas y divisiones eran también las del pueblo. Después de la guerra, recordando sus inicios, el primer presidente vasco, José Antonio Aguirre, diría al historiador Stanley Payne que un tercio del País Vasco apoyaba al bando republicano, otro al nacional y el restante era neutral. Lo sabía por experiencia, porque en su propio partido hubo militantes defendiendo las tres respuestas. El propio Aguirre es la cabeza visible de la vertiente oficial republicana, basada en sólidas convicciones democráticas. Otros se inclinaron por los franquistas debido a su aversión a la izquierda revolucionaria y enemiga de la religión católica, como Francisco Horn o Esteban Isusi, que fueron expulsados de la organización, o el dirigente del Gipuzko Buru Batzar (GBB), José Artetxe, que se alistó con los requetés. Y los neutrales eran los más ortodoxos nacionalistas, con posiciones abiertamente independentistas. Sabinianos puros como Carlos Solano o el propio hermano del fundador, Luis Arana, que veían así la guerra:

«Es un asunto entre los militares españoles y entre el Gobierno de la República española. ¿Qué tenemos que ver nosotros en todo este drama sangriento?»⁵.

³ Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Crítica, Barcelona, 2001, p. 254.

⁴ Joseba M. Goñi Galárraga, *Historia general de la Guerra Civil en Euskadi*, tomo VII, «El clero vasco en el ejército de Euzkadi», Luis Haranburu Editor, San Sebastián, 1979, p. 141.

⁵ Alberto Onaindía, *Hombre de paz en la guerra*, EKIN, Buenos Aires, 1973, p. 236.

VIGILANDO LAS IGLESIAS... Y A LOS ROJOS

Mientras España estallaba en una orgía de sangre que entonces nadie suponía que duraría tres años, el apoyo del PNV al legítimo Gobierno durante las primeras semanas de la guerra no le llevó a tomar las armas. En aquel terrible verano de 1936, la defensa del País Vasco frente a la ofensiva dirigida por Mola corrió a cargo de los milicianos republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas movilizados por sus partidos o sindicatos y organizados en precarias Juntas de Defensa. El PNV tuvo una limitada representación en ellas, generalmente responsabilizándose del orden público, una obsesión que los nacionalistas no abandonarían durante toda la contienda. Conservadores y humanistas cristianos, los peneuvistas tenían tanto miedo a la violencia de los fascistas como a la de los rojos y anarquistas con los que compartían bando. Hasta tal punto era así que por esas fechas crearon un servicio secreto y una especie de Estado Mayor paralelo que entre sus misiones básicas tenía la de vigilar a las izquierdas en previsión de que, si el bando republicano ganaba la guerra, un nuevo enfrentamiento armado con los revolucionarios sería inevitable. Juan Manuel Epalza fue uno de los dirigentes de esta organización militar paralela bajo las órdenes de Ramón Azkue.

La pasividad bélica del PNV en las primeras semanas del conflicto sólo se quebró para proteger las iglesias y evitar represiones o matanzas, como la que se produjo en la cárcel donostiarra de Ondarreta el 30 de julio, donde murieron fusilados 41 militares y 12 civiles en represalia por los bombardeos contra la población civil por parte de buques de guerra franquistas. También hubo otro asalto similar en Tolosa.

En su libro de testimonios, Ronald Fraser ofrece algunos muy significativos sobre los dos bandos que se comenzaron a formar en la zona republicana nada más iniciarse la guerra. Pone en boca del joven peneuvista Juan Manuel Epalza:

«Estábamos decididos a impedir atrocidades, a asegurarnos de que los de izquierdas no asesinaran, robaran ni incendiaran iglesias. Estábamos entre la espada y la pared. Era algo absurdo, trágico: teníamos más cosas en común con los carlistas que nos atacaban que con la gente con la que de pronto nos encontramos aliados».

Y en la del líder del sindicato de pescadores de la CNT y delegado de la Junta de Defensa, pone esta apreciación sobre el PNV:

«Se mostraba irremediabilmente hostil hacia todo cuanto amenazaba con cambiar la situación política o social. Aunque no había tiempo ni oportunidad de colectivizar nada, desde el principio teníamos al enemigo encima. Pero a los nacionalistas vascos les preocupaba mucho más proteger a los derechistas y a las iglesias y combatirnos a nosotros que defender los intereses de la República⁶».

El 29 de julio el PNV anima a sus bases a alistarse en sus filas, y el 5 de agosto desfilan en columnas de 500 hombres los primeros voluntarios en Archanda. Tres días después se presentan en el santuario de Loyola en un solemne acto las milicias vascas, que darían lugar a la aparición del Euzko Gudarostea, un ejército dentro de un ejército. Alineado en el bando gubernamental, este ejército nacionalista vasco contaría siempre con una autonomía absoluta, y sus mandos supremos no estarían en el Estado Mayor republicano, sino en el Partido Nacionalista Vasco. Estos *gudaris* (soldados) pioneros se encontraban bajo el mando del capitán Cándido Sasetá. Al acto asistieron, entre otros dirigentes nacionalistas, Telesforo Monzón, miembro del Comité de Guerra de las Milicias, José María Lasarte y Manuel Irujo, presidente de la Junta de Defensa de Azpeitia, la única controlada por el PNV y responsable de la puesta en marcha de la nueva tropa. Monzón conseguiría armas en el extranjero (fusiles y cañones), que un buque desembarcó en el puerto de Pasajes. Enterada la Junta de Defensa Provincial de que el suministro era sólo para el PNV con destino a la de Azpeitia, decidió apropiarse del armamento ligero.

25

Sin embargo, las milicias vascas no entrarían en combate prácticamente hasta octubre, cuando la República concedió el Estatuto de Autonomía al País Vasco y nació el primer Gobierno autonómico, causa que decidió el lugar de la trinchera en el que se acabaron poniendo los nacionalistas y que explica su pasividad hasta esa fecha. No combatieron en Irún, la primera gran batalla del norte, ni en San Sebastián. Rojos y anarquistas tuvieron que luchar hasta entonces sin su ayuda, a pesar de haberla solicitado. Sanjuán, oficial de caballería y jefe de la defensa de Guipúzcoa, acudió a Loyola para pedir el apoyo de los *gudaris* en los sangrientos combates de Irún, pero Irujo y Monzón se lo negaron: «Terminaron por decir que ellos no querían que sus gentes se contaminaran con los marxistas». También rechazaron atacar Tolosa⁷.

⁶ Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, ob. cit., pp. 253 y 254.

⁷ Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España (1936-1937)*, EUNSA, Barañáin, 1992, p. 129.

En cambio, a Irún acudieron varios centenares de voluntarios asturianos y brigadistas internacionales de diferentes nacionalidades. Atendiendo una petición del Comité de Guerra de Guipúzcoa del 7 de agosto, cien dinamiteros asturianos salieron esa misma noche en cinco camiones, dos de ellos cargados de dinamita, en el llamado Grupo Lenin, al mando de Jesús de la Comba. La mayoría eran veteranos de la revolución de 1934. Estos asturianos iniciarían en Irún una fraternal relación con los batallones republicanos vascos que no cesaría en toda la contienda, sobre todo con el del comunista Jesús Larrañaga.

El 3 de septiembre, cuando Francisco Largo Caballero es nombrado presidente del Gobierno, caía Irún en manos de los nacionales, que tomaron definitivamente la ciudad dos días después, logrando así su primer gran triunfo en la guerra. Esto hizo perder al frente norte la frontera con Francia, un fundamental nudo ferroviario y la posibilidad de recibir ayuda material en hombres, armas o alimentos desde el país galo. Su defensa recayó exclusivamente en manos de milicias republicanas, con especial protagonismo de los anarquistas. En su retirada convirtieron el centro de Irún en una inmensa ruina mediante el uso de dinamita, lo que provocó un pavoroso incendio, aunque la aviación alemana al servicio de los franquistas ya había causado estragos. Algunos milicianos huyeron a suelo francés, donde hubo turistas que alquilaban balcones para presenciar los encarnizados combates.

26

En la toma de Irún, fundamental en su ofensiva sobre Guipúzcoa y el único lugar donde encontraron seria y heroica resistencia, los rebeldes movilizaron a unos 3.000 hombres, con amplia exhibición de artillería, infantería y aviación. Los defensores estaban bajo el mando del brigada de carabineros Ortega y el líder comunista Manuel Cristóbal Errandonea. Acudieron en su ayuda algunos brigadistas internacionales, de los pocos que combatieron en el norte. Eran comunistas franceses, italianos, belgas y polacos. También hubo algunas milicianas. El número total de efectivos era similar al de los sublevados, pero decidió la batalla la falta de munición, que agotaron los republicanos, uno de los reproches que luego detallaría el presidente vasco Aguirre en su informe al Gobierno una vez terminada la guerra. La sustraída por los anarquistas en el cuartel de Loyola no fue suficiente⁸.

La pérdida de Irún tuvo una gran importancia estratégica y simbólica, por ser la primera clave en el norte de una guerra que para los republicanos no fue

⁸ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, Editorial La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1977, p. 17.

más que un retroceso continuo. Empezó además a evidenciar un problema militar que haría imposible la victoria. Aunque entonces aún no había surgido en realidad, el republicano era un ejército puesto a la defensiva, incapaz de llevar a cabo ataques efectivos.

Diez días después los sublevados entraban también en San Sebastián sin disparar un solo tiro, pero esta vez los nacionalistas vascos tomaron medidas para evitar una destrucción como la de Irún. El 12 de septiembre, tomada ya Hernani, la Junta de Defensa de Guipúzcoa, presidida por el socialista Miguel Amilibia, dio por perdida la capital y decidió evacuarla en una reunión celebrada a media tarde en el Palacio de la Diputación. Varias voces, sobre todo las de muchos anarquistas, clamaron pidiendo resistencia tomando como ejemplo Madrid, pero fueron desoídas. Sin agua ni luz, San Sebastián parecía indefendible y lentamente comenzó el éxodo de casi la mitad de su población: en total huyeron 30.000 de sus 80.000 habitantes.

Por si acaso, las milicias del PNV se asentaron en el Alto de San Bartolomé para evitar venganzas, incidentes y destrucciones de sus «compañeros» republicanos, aunque estos hechos no se llegaron a producir. Había que evitar que en la bellísima y afrancesada San Sebastián se repitiera lo de Irún, una destrucción que había horrorizado a Manuel Irujo. Éste veía así a los voluntarios llegados desde fuera a defender Euskadi: «Gente joven, fuerte, extremista, sedienta de venganza contra los asesinos de sus padres y hermanos cayó sobre Irún, Pasajes, San Sebastián, forzando el matiz de violencia⁹».

Sólo hubo incidentes aislados, algunos trágicos, como el robo de una joyería por parte de dos soldados anarquistas, a los que el comandante Larrañaga ordenó fusilar; o la muerte por disparos de uno de los sublevados, el teniente coronel De la Brena. Fue tal la normalidad, que Amilibia —que había escondido al conde de Romanones en su casa facilitándole la huida a Francia— abandonó su ciudad tras tomar una copa de champán De la Viuda en un taller que suministraba ropa a las tropas en el centro urbano, invitado por Manuel Cristóbal Errandonea.

27

Los recelos entre nacionalistas e izquierdistas eran tantos que a punto estuvieron de desbordarse. Corrían rumores sobre enlaces nacionalistas que intentaban un acuerdo secreto con los invasores navarros en Lezo. Andrés

⁹ Manuel Irujo, *La Guerra Civil en Euzkadi antes del estatuto*, ED, Madrid, 1978, p. 38.

Irujo, hermano de Manuel y uno de los dos representantes del PNV en la Junta de Defensa junto a Juan Careaga, ya había provocado estupor entre los republicanos al proponer la separación de los combatientes entre «los habituados a la lucha de calles» y los «más hechos a la lucha en el campo». Finalizada la reunión de la Junta y dada la orden de abandonar la ciudad para establecer no muy lejos la nueva línea de defensa, estalló la ira al oírle gritar que se quedaba. Para los izquierdistas sus palabras parecían confirmar los rumores sobre negociaciones entre los franquistas y los nacionalistas para abandonar la lucha y explicaban la sospechosa presencia de los *gudaris* en San Bartolomé. El dirigente ugetista Torrijos no se pudo contener: «¡Traición! ¡Ninguno de ustedes dos se quedará aquí! ¡Van a venir con nosotros, les guste o no!». Le obedecieron, pero la palabra traición, por vez primera pronunciada y arrojada con rabia a los supuestos camaradas, no dejaría de insinuarse hasta la sonora exclamación final, cuando se consumó la derrota¹⁰.

Este clima de desconfianza mutua nació con la guerra, aumentó mientras se libraba y acabó estallando cuando callaron las armas, como la bomba postrera que culmina la batalla. Sus ecos aún se oyen hoy, aunque hayan desaparecido la mayoría de los protagonistas.

San Sebastián fue la primera capital del norte que cayó en manos de los franquistas y la tercera de España, después de Sevilla y Badajoz. Superiores no tanto en fuerzas, pero sí en maquinaria bélica y capacidad militar, los rebeldes conquistarían en poco tiempo y sin grandes dificultades el resto de la provincia durante el mes de septiembre, hasta penetrar en Vizcaya el 6 de octubre, con la toma de la localidad costera de Ondárroa. Los republicanos contestaron a la ofensiva con ardor, pero el voluntarismo no era suficiente, combinado además con improvisaciones, carencias, descoordinaciones y problemas de mando. Pérez Garmendia había muerto tras las heridas que sufrió en combate el 28 de julio, desapareciendo así uno de los pocos militares profesionales con los que contaban los gubernamentales. No fue sustituido por el comandante Antonio Sanjuán hasta el 6 de agosto. Y sólo una semana después de la pérdida de San Sebastián, el 20 de septiembre, contó el bando republicano con un jefe de operaciones en el norte, Francisco Ciutat, militar afín al Partido Comunista.

La organización militar llegaba demasiado tarde para Guipúzcoa, aunque sin duda la presencia de Ciutat no fue ajena a las dificultades del ejército rebelde, comandado por el coronel Solchaga tras el traslado de Mola a Burgos,

¹⁰ Miguel Amilibia, *Los batallones de Euskadi*, Txertoa, San Sebastián, 1978, p. 21.

que detuvo su ofensiva en la zona de Deva. No la reanudaría hasta la primavera, fijando sus límites en los de la provincia de Vizcaya. Aunque Mola lamentaba no haber perseguido implacablemente al enemigo tras el desmoronamiento guipuzcoano, sus tropas estaban agotadas y era necesario atender los frentes de Madrid y Oviedo, además de tener en cuenta la información facilitada por sus servicios secretos sobre la llegada de armas a Bilbao. Su balance no podía ser mejor y justificaba el paréntesis. Había conquistado casi 2.000 kilómetros cuadrados muy poblados en una zona que combinaba la potencia industrial y la agrícola; había aislado aún más a los republicanos en el norte, reducidos al territorio aislado de Asturias, Santander y Vizcaya, apropiándose además de los puertos de San Sebastián y Pasajes. Los rebeldes ya podían presumir de poder ir en tren desde Algeciras hasta Francia.

28

Atrás quedaban las primeras víctimas inocentes, muchas fallecidas en bombardeos sobre San Sebastián, Bilbao y otras poblaciones, y unos 2.000 muertos en combate, sin contar los asesinados en la represión. Entre los fusilados en Guipúzcoa se cuentan dieciséis sacerdotes nacionalistas vascos.

NEGOCIANDO A DOS BANDAS

Las informaciones que tan excitados tenían a los socialistas donostiarras sobre negociaciones secretas entre los franquistas y los nacionalistas vascos, difundidas por la prensa y la radio francesas, eran totalmente ciertas. Y coincidían además con las iniciadas con el Gobierno republicano de Largo Caballero para que el PNV se hiciera cargo de un ministerio a cambio de la aprobación de su Estatuto de Autonomía.

Mientras en el frente se combatía con ardor y la lista de bajas crecía día a día, a mediados de septiembre ya se había llegado a un acuerdo con el Gobierno de Madrid y el día 21 se iniciaban conversaciones con el de Burgos.

Las conversaciones con los nacionalistas vascos eran un empeño personal de Mola, frente al escepticismo de Franco. El gallego, que ese mismo mes sería investido como jefe de Gobierno y Generalísimo, siempre mostró verdadero odio a los «separatistas» vascos, causantes directos del levantamiento que protagonizó. Aunque se dejaba llevar en unas negociaciones que rechazaba,

siempre creyó que las intenciones de los vascos no eran sinceras y que «únicamente querían enredar y ganar tiempo», según expresaba en un informe uno de sus espías.

En cambio, Mola perseguía una solución negociada que facilitase la conquista del País Vasco evitando el derramamiento de sangre y la destrucción de Bilbao. Para ello envió negociadores al PNV repetidas veces, incluso después de su acuerdo para la entrada en el Gobierno republicano. A Mola le animaban nacionalistas vascos abiertamente partidarios de los sublevados, que no cesarían en sus intentos de mediación. Por su parte, el PNV había dado orden de oír todas las propuestas, pero sin dar contestación a ninguna, teniendo siempre como interlocutor al dirigente Antón Irala.

La primera y más importante de estas negociaciones tuvo lugar el 21 de septiembre a través del sacerdote Alberto Onaindia, que iniciaría ese día su incansable labor como intermediario en la guerra, una tarea que concluiría con su mediación en el Pacto de Santoña. Francisco Horn Areilza, expulsado del PNV por defender abiertamente la alianza con el bando franquista, encargó a Onaindia que hiciera llegar a los dirigentes nacionalistas una oferta de paz. Esa misma tarde el religioso, acompañado por su amigo Ricardo Leizaola, un librero donostiarra, se hizo a la mar en un pequeño barco de pesca con la oferta de Mola, que incluía ocho puntos. Eran los siguientes, según la redacción original:

29

1. Reconocimiento oficial de la reintegración foral plena para Navarra y Álava.
2. Desde ahora quedan encargadas del orden público las milicias vascas encuadradas con oficiales vascos del ejército.
3. En Vizcaya de un modo especial queda encargado el PNV de la custodia de los prisioneros y de los bancos.
4. En Vizcaya con la Guardia Civil se incautará el partido del orden público con la ayuda de los elementos.
5. El PNV dejará libre paso al ejército en Guipúzcoa y Vizcaya.
6. Organización política. Nombramiento de Diputaciones por los partidos Nacionalista, Carlista y Monárquicos, la mitad nacionalista, la mitad carlista y monárquico.
7. Represalias. Anulación de confiscaciones y atropellos. No se matará a nadie de ningún color, ni se condenará sin proceso con toda garantía.

8. Autorización al pueblo de que regrese inmediatamente.

La nota, redactada en esta forma con las iniciales de partidos, provincias y Guardia Civil, incluía un anexo para informar que habían llegado «150 aviadores y tanques formidables para Guadarrama», que Portugal, Alemania e Italia estaban «decididamente con el Movimiento», que este último país estaba dispuesto a asumir el mando en la guerra y que Rumania «preguntaba si los vascos estaban locos¹¹».

Onaindia y su acompañante desembarcaron en Ondárroa, aún en manos republicanas, y se dirigieron hacia el seminario de Saturarán, frontera entre Guipúzcoa y Vizcaya, donde el cura había sido tres años profesor. Desde allí llamó a la sede del PNV en Bilbao a Juan Ajuriaguerra, con quien concertó una cita esa misma noche en Lequeitio. Al *batzoki* (sede) del partido en este pueblo pesquero vizcaíno se desplazó el Euzkadi Buru Batzar. Encabezaba la delegación el veterano Doroteo Ziaurriz, presidente del partido, aunque el hombre fuerte era Juan Ajuriaguerra. Orgánicamente era el presidente del PNV en Vizcaya, pero a esas alturas de la guerra ésa era la única provincia vasca que no había caído en manos de los franquistas. Tras las explicaciones de Onaindia, que insinuaba una posición favorable al pacto insistiendo en la debilidad de los vascos en el frente, el EBB se retiró a deliberar durante hora y media. También Telesforo Monzón era partidario de aceptar la propuesta, en coherencia con su proximidad a los franquistas, ya demostrada antes del 18 de julio.

En una contundente prueba de la supeditación absoluta de sus propios gobiernos o parlamentarios al partido, de la reunión fueron excluidos los diputados Manuel Irujo y José María Lasarte. Obligados a abandonar la habitación donde se decidía si los nacionalistas vascos arrojaban las armas, Irujo y Lasarte rumiaron su humillación ante Onaindia¹².

30

Tras la discusión interna, Ajuriaguerra comunicó al intermediario que no había respuesta de momento y que esperase en San Juan de Luz una contestación oficial, que nunca llegaría. El líder peneuvista, un hombre seco y enigmático, finalizó su respuesta con unas palabras que conmovieron a Onaindia, aunque no las supo interpretar hasta más tarde: «Don Alberto, si no fuera usted el amigo que es, merecería usted ser fusilado ahora mismo. Nos

¹¹ Alberto Onaindia, *Hombre de paz en la guerra*, ob. cit., p. 173.

¹² Alberto Onaindia, *ibíd.*, p. 175.

ha planteado un problema gravísimo y nos obliga a asumir una terrible responsabilidad¹³».

Días más tarde, Onaindia desvelaría el misterio al conocer la llegada de armas y buques a Bilbao. El 24 de septiembre fueron desembarcados 12.000 fusiles procedentes de Checoslovaquia, que se repartieron entre Vizcaya, Santander y Asturias. Acompañados de su correspondiente munición, dos días después entraron en el puerto otros 5.000 con varias unidades de la flota republicana: cuatro destructores, varios submarinos, el acorazado *Jaime Iy* los cruceros *Libertad* y *Miguel de Cervantes*. Las dudas de Ajuriaguerra ante la propuesta de Mola, tan pobre para los nacionalistas que era inaceptable, surgían de la evidencia de que las milicias vascas no podrían resistir muchos días por falta de munición.

A pesar del silencio de los nacionalistas, Mola y Ajuriaguerra siguieron negociando por medio de Onaindia, pero en términos más agresivos. Informados en Bilbao a través Onaindia de que la ciudad iba a ser bombardeada los días 25 y 26, por revelación de Francisco Horn al cura, Ajuriaguerra respondió a Mola que era previsible entonces una venganza sobre los presos franquistas por parte de los izquierdistas y anarquistas. Onaindia comunicó esta amenaza a Mola por medio del cardenal Gomá, primado de España y gran aliado de Franco desde el inicio de la guerra, que recibió una nota suya a través del empresario carlista navarro Fermín Sagüés.

Ni Mola ni Ajuriaguerra mentían. Los días señalados un infierno de bombas cayó sobre la población civil bilbaína arrojadas por aviones Junker 52 que causaron decenas de muertos y centenares de heridos, entre ellos mujeres y niños. Una masa iracunda, entre la que no faltaban militantes de la CNT, asaltó los barcos *Altuna-Mendi* y *Cabo Quilates*, asesinando a más de medio centenar de presos franquistas reclusos en esas cárceles flotantes.

No hizo esto ceder en sus pretensiones de acuerdo a Mola, quien probablemente tomó la iniciativa de advertir a los vascos de los bombardeos. El día 27 envió a San Juan de Luz a José Luis Aznar, delegado de la Junta Militar de Burgos, monárquico y hombre de confianza del general, con quien se había entrevistado en Valladolid. Llamado de nuevo Onaindia, Aznar le manifestó en presencia de Horn, para que lo comunicase al PNV, que aún esperaba su respuesta y que los bombardeos serían a partir de entonces más

¹³ Alberto Onaindía, *ibíd.*, p. 175.

violentos, aunque tendía la mano y prometía que no serían diarios. También indicaba que sabía con antelación que iban a recibir armas y que su inacción al ofrecer otra oportunidad a los vascos retrasaría tres semanas la rendición de Bilbao.

31

Aunque tampoco hubo respuesta, la obstinación negociadora de Mola llegó hasta principios del mes de octubre, cuando se formó el Gobierno vasco. Aznar se entrevistó con Antón Irala, comisionado para ello por el PNV. Mola aumentaba la oferta, proponiendo que si había rendición no se producirían más llamamientos a las filas franquistas que los que correspondían por edad. La última tentativa negociadora tuvo lugar el 9 de octubre en el hotel Eguzkia de Bidart, entre Aznar y otro dirigente nacionalista, José María Izaurieta. La negativa del PNV, aunque fuese por «silencio administrativo», evitó un rápido fin de la guerra en el norte, algo que siempre le reprocharía Mola.

La actitud de los nacionalistas vascos parecía dar la razón a los informes secretos que recibían los franquistas, como uno del empresario metalúrgico Santiago Valiente Oroqueta, que residía en París y mantenía continuos contactos con Bilbao:

«La situación es sumamente contradictoria por lo que se refiere a la actitud de los elementos vascos empeñados en la guerra. El pueblo, la masa no beligerante, se entregaría enseguida. Los beligerantes pertenecientes a los partidos extremistas, sobre todo la FAI, quieren la guerra a todo trance y en caso de perderla destruirlo todo y huir».

«Parece ser que tales elementos y los marxistas no están de ninguna manera por la rendición, y en ello los animan los de todo el norte y los de la España roja. En cuanto a los nacionalistas, ellos serían partidarios de pactar, pero de igual a igual, ya que se hallan animados de una gran soberbia y no creen en la victoria de las tropas de Mola. Temen sobre todo la represión falangista, si llegan a ceder. [...] El estado de ánimo de los combatientes nacionalistas parece que es elevado y de lucha a todo trance, contribuyendo a ello la convicción de que en caso de perder y entregarse las represalias de requetés y falangistas serían terribles».

AUTONOMÍA TEÓRICA, INDEPENDENCIA REAL

El PNV accedió a entrar en el Gobierno republicano a costa de la concesión de un Estatuto de Autonomía para el País Vasco. La oferta de Largo Caballero era un regalo envenenado, porque formar parte de un «Gobierno español» por vez primera en su historia era una novedad inadmisibile para el ala más radical e independentista del partido, que representaba Luis Arana, hermano del fundador, quien a consecuencia de esto se dio de baja en la organización. Sin embargo, los vascos impusieron como contrapartida otra más importante para ellos, porque suponía su razón de ser: la concesión del autogobierno.

32

Madrid tenía especial interés en incluir a los nacionalistas vascos porque el nuevo ejecutivo era de concentración y juntaba en la misma mesa a todos los antifascistas que resistían a los sublevados. El PNV era en ese planteamiento el grupo más conservador y daba credibilidad exterior a la República, que para las democracias extranjeras tenía las manos tan manchadas de sangre como los franquistas.

Las negociaciones, encabezadas en Madrid por José Antonio Aguirre y Francisco Basterrechea por la parte vasca, culminaron con el nombramiento del navarro Manuel Irujo como ministro sin cartera y la aprobación en Valencia del Estatuto de Autonomía por unanimidad en unas mermadas Cortes españolas el 1 de octubre, el mismo día en el que Francisco Franco fue investido en Burgos por los suyos como jefe del Estado. Seis días antes, cuarenta y ocho horas después de ser dictaminado por el Parlamento el Estatuto, las milicias nacionalistas vascas salieron masivamente a luchar en el frente por vez primera, poniendo fin a la pasividad bélica del PNV. Sin autonomía no hubo combatividad, pero ahora tenían motivos para tomar las armas, que además acababan de llegar. Mejor dicho, tenían un motivo: Euzkadi.

El País Vasco ya había aprobado por votación en noviembre de 1933 un Estatuto, pero la derecha republicana en el Gobierno paralizó el proceso al pedir su retirada 55 de los 77 ayuntamientos de Álava, una provincia donde había triunfado el «no» en el referéndum convocado al efecto.

En aquella legislatura los quince diputados del PNV y Comunión Tradicionalista se situaban en la extrema derecha de la Cámara por sus posiciones integristas, especialmente en defensa de los postulados de la Iglesia católica frente al laicismo. Niceto Alcalá-Zamora decía que aquel grupo parlamentario, más que confesional, era conventual, e Indalecio Prieto

llamaba a su propia tierra vasca, donde vivía desde niño, el «Gibraltar vaticanista».

Uno de aquellos diputados iba a ser el primer presidente vasco, José Antonio Aguirre, que fue elegido el 7 de octubre en Guernica por 1009 concejales. Por la tarde juraba su cargo en una emotiva ceremonia frente al histórico roble, símbolo de la identidad y la independencia de los vascos:

«Ante Dios humillado. En pie sobre la tierra vasca. Con el recuerdo de los antepasados. Bajo el Arbol de Guernica. Juro cumplir fielmente mi cargo».

Abogado y empresario de treinta y dos años, católico comprometido siempre con activos movimientos cristianos y ex jugador del Athletic de Bilbao, Aguirre era un bilbaíno acomodado que había heredado la fábrica de chocolate de su familia. Era un señorito que había comenzado su carrera política como alcalde de Guecho, donde ya se asentaba la gran oligarquía financiera vasca, pero también un tipo afable, popular y respetado hasta por los republicanos, que no dudaban de su fidelidad. Predicaba con el ejemplo y en su empresa, Chocolates Bilbaínos S. A., sus trabajadores comprobaron las ventajas de sus prácticas socialcristianas, tan avanzadas para la época que incluían asistencia médica gratuita, vacaciones pagadas, viviendas sociales y participación en los beneficios. En 1936 fue elegido diputado por tercera vez.

33

En Guernica hizo público su Gobierno, el primero en la historia de Euzkadi, que nacía en plena guerra, sólo con la provincia de Vizcaya como territorio, además de una pequeña franja de Guipúzcoa que incluía Éibar y un pedazo del norte alavés. En total tenía unas 700.000 personas bajo su tutela.

Navarra no había sido incluida en el Estatuto, una dolorosa herida que aún no ha cicatrizado para el nacionalismo vasco.

El histórico Gobierno era, como el de Madrid, de concentración, con la única diferencia de que excluía a los anarquistas, auténticas bestias negras para Aguirre y los suyos. La justificación para esa ausencia era que sólo los partidos estaban representados, y no los sindicatos, como la CNT. Los nacionalistas se reservaron la mayoría y las más importantes carteras. Telesforo Monzón era consejero de Gobernación, Jesús María Leizaola de Justicia y Cultura, Heliodoro de la Torre de Hacienda, y el propio Aguirre, además de la Presidencia, se reservaba la cartera de Defensa, fundamental en aquellas circunstancias. Los socialistas tenían tres: Juan de los Toyos la de Trabajo y Comunicaciones, Juan Gracia la de Asistencia Social y Santiago

Aznar la de Industria. Otros cuatro partidos se repartían las restantes. Izquierda Republicana accedió con Ramón María Aldasoro a Abasto y Comercio, y Unión Republicana con Alfredo Espinosa a Sanidad. Para el Partido Comunista fríe la de Obras Públicas, que cayó en manos de Juan Astigarrabia. El nacionalista de izquierdas de ANV Gonzalo Nárdiz se quedó con la de Agricultura. Los miembros del Gobierno compartían juventud y una buena sintonía personal.

La sede de la Presidencia se estableció en el lujoso hotel Carlton, en el corazón de Bilbao. Una amplia burocracia, con sus asesores, altos funcionarios, cargos de confianza y «fontaneros» de la nueva Administración, también fue nombrada por los nacionalistas.

Se plasmaba con el primer Gobierno vasco lo que algunos historiadores consideran un pacto entre el PNV y el Frente Popular, que convertiría a Euzkadi en el único territorio de la zona republicana donde, con las lógicas limitaciones que impone la guerra, se ahuyentaron los experimentos revolucionarios. Tuñón de Lara prefiere denominarlo «Frente Nacional Vasco».

Desde el primer día quedó clara, sobre todo para el presidente Aguirre, una distorsión democrática que es una característica singular y básica en el nacionalismo vasco: el partido se impone a los poderes ejecutivo y legislativo. Tan nítido era que Aguirre gobernaba pero no mandaba, que la misma mañana de su juramento en Guernica pronunció otro ante la hostia sagrada de la basílica de Begoña de Bilbao. Era un juramento de fidelidad al PNV, aunque teóricamente estaba exento de disciplina a un partido que siempre la ha mantenido asegurada con su militancia¹⁴.

El partido lo controla todo: ordena a los consejeros que le consulten los nombramientos, impone que se reúnan una vez a la semana con el EBB, que imparte las directrices, y todos los decretos del Gobierno deben ser presentados al Consejo Nacional de la organización antes de su aprobación. Es tal la identificación entre partido y Gobierno, con la total supeditación de éste, que la Administración autonómica abonaba los sueldos de todos los dirigentes del PNV, incluso los municipales¹⁵.

34

¹⁴ Koldo San Sebastián, *Historia del Partido Nacionalista Vasco*, Txertoa, San Sebastián, 1984, p. 65.

¹⁵ Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del PNV*, II, ob. cit., p. 19.

I. Los vascos y la guerra civil

Tras el acuerdo con el Gobierno de Largo Caballero, el PNV también dejó claro que Irujo representaba al Gobierno vasco y no al partido, aunque ésta fue una declaración destinada a acallar las críticas internas de los sabinianos, indignados ante la colaboración con España.

Presidido y controlado por humanistas cristianos que coincidían con las izquierdas en algunas propuestas sociales y en su defensa de los trabajadores, pero que lo hacían con las derechas en su espanto frente a la revolución, el Gobierno Aguirre inició su andadura con una decisión simbólica que marcaba públicamente sus prioridades. Nada más tomar asiento en su poltrona liberó a 113 presas franquistas que fueron trasladadas a Francia en los destructores *Exmouth* y *Esk*. Luego propuso al gobierno rebelde el canje de 2500 prisioneros de las cárceles vascas por 1.000 republicanos, pero los franquistas no accedieron.

Ni sus mayores enemigos podrán negar al Gobierno vasco que sus esfuerzos prioritarios por garantizar las libertades y el respeto a los derechos humanos convirtieron a Euzkadi en lo que se llamó el «oasis católico» de la zona republicana. Fue el único territorio rojo en el que la libertad de culto se mantuvo hasta el punto de acoger a religiosos perseguidos en otros lugares, como Asturias, donde también ondeaba la bandera tricolor. Los tristemente célebres paseos sólo fueron excepcionales en Vizcaya, y en general los presos derechistas fueron tratados con dignidad. Y cuando se produjeron matanzas en las cárceles por represalias tras bombardeos, como en Bilbao en enero, fue a pesar del Gobierno, que reaccionó con energía y exigencia inmediata de responsabilidades. La obstinada tarea de humanizar la guerra por parte de los nacionalistas vascos ahorró muchas vidas y sufrimientos a los prisioneros franquistas, aunque muchos de ellos, además del régimen que surgió de la victoria fascista, no lo hayan reconocido jamás.

La derrota militar en la contienda incivil limitó la vida del primer experimento autonómico en el País Vasco a nueve meses escasos, pero preñó de ilusiones a los partidarios de la segregación de España, porque, aunque efímero y dramático, resultó exitoso. La guerra y el aislamiento del resto de la España republicana contribuyeron a que se pueda hablar con rigor de un Gobierno independiente, aunque no soberano. El propio PNV se planteaba públicamente el primer Estatuto en vigor como una etapa hacia la independencia, un eslabón en el camino que pasaba por la autodeterminación en el futuro, como se leía en la prensa nacionalista. Pero además resulta que

en la práctica Euzkadi disfrutó de independencia, aunque fuera en tan corto periodo, en una sola provincia y en plena guerra. Dada la incomunicación y las circunstancias, que bastante ocupado lo tenían en toda la geografía nacional, el Gobierno republicano miraba para otro lado, aunque no faltaron graves enfrentamientos, acusaciones, discusiones sobre competencias y reproches mutuos. Aguirre llegó a reconocer que estaba protagonizando una superación constitucional. Parecía que presidía un Estado autonómico.

35

En esos nueve meses el Gobierno vasco se dotó de todos los mecanismos e instituciones que exige la formación de un Estado propio. Bautizó oficialmente a su tierra con el nombre de Euzkadi (al principio con «z», no con «s» como ahora). Izó la ikurriña, convertida desde entonces en la bandera de la comunidad. Creó un ejército propio al margen del republicano, el Euzko Gudarostea, que nunca llegó a tener en la práctica un mando común con santanderinos y asturianos. Disolvió la Guardia Civil y la de Asalto, sustituyendo estos cuerpos por una policía propia, la Ertzaña, que comenzó con unos efectivos de 700 hombres escrupulosamente seleccionados, más una sección motorizada de otros 500. Puso en marcha una Audiencia Territorial y aseguró las garantías necesarias para la administración de justicia. Acuñó moneda y creó la Universidad Vasca, aunque sólo le dio tiempo a poner en marcha una Facultad de Medicina. Dio los primeros pasos para la enseñanza y la normalización del euskera y hasta hizo debutar a una selección de fútbol que protagonizaría una larga gira por Europa y América.

EUZKO GUDAROSTEA, EL «OTRO» EJÉRCITO

La necesidad de un mando único, como el que tenía y bien sabía rentabilizar el enemigo, fue desde el principio de la guerra en el norte la prioridad en la estrategia militar republicana. Para eso se había mandado a Ciutat y a mediados de noviembre al general de brigada Francisco Llano de la Encomienda, que llegó de Barcelona para tomar posesión como el primer jefe del Ejército del Norte de la República. Sin embargo, la creación de un ejército propio por parte del Gobierno vasco no lo hizo posible.

Ya en septiembre, tras la caída de San Sebastián, los jefes de las milicias se reunieron en Zumaya para unificar los batallones que habían ido apareciendo con más espontaneidad que organización y más voluntarismo que eficacia. A

esto se opuso «tajantemente» el PNV según Dolores Ibárruri, Pasionaria, entonces joven dirigente del PCE, un partido que iniciaba un mutuo e indisimulado enfrentamiento con los peneuvistas que acabó convirtiéndose en abierta hostilidad¹⁶.

Llano venía a dirigir un ejército, pero se encontró con dos, porque su llegada coincidió con la aparición del Euzko Gudarostea del PNV. Orgánicamente el ejército vasco no era más que el I Cuerpo del Ejército Republicano del Norte. Los otros cuerpos en la zona eran los de las dos provincias vecinas: II Cuerpo en Santander y III Cuerpo en Asturias. En realidad el vasco iba por su cuenta. La jerarquía y el mando correspondían al Estado Mayor republicano, pero sólo en teoría. Más o menos la mitad de los soldados y batallones destacados en Euzkadi eran nacionalistas controlados por el Gobierno vasco, al que debían obediencia, aunque por encima estaba la impuesta por el PNV. La otra mitad correspondía al resto de milicianos que defendían a la República en el País Vasco, y que habían sido llamados a filas por sus organizaciones políticas o sindicales. La descoordinación, la competencia y el recelo aparecieron antes de la entrada en acción de tan peculiar ejército bicéfalo.

36

Unos combatían con la ikurriña y otros con la bandera tricolor. Para el socialista Miguel Amilibia hasta la denominación en euskera del ejército vasco era «irritantemente disociadora¹⁷».

Aunque los datos son muy diferentes según las fuentes que se consulten, el ejército vasco, que se presentó en un desfile en Bilbao el 7 de noviembre, tenía cuando nació aproximadamente medio centenar de batallones que irían aumentando con el tiempo. A la mayoritaria infantería había que sumar unidades de intendencia y sanidad, transmisiones, zapadores y un regimiento de artillería. Más o menos la mitad estaban formados por nacionalistas, casi todos del PNV, excepto unos pocos de ANV. La otra mitad por socialistas, comunistas, anarquistas y republicanos de izquierdas, aunque tanto como la afinidad política o sindical influía en los combatientes la local, porque la mayoría tendía a juntarse con amigos y vecinos. En cada batallón había 750 soldados, que en total sumaban unos 40.000, incluyendo los 15.000 que ya estaban en los frentes.

¹⁶ Dolores Ibárruri, *Guerra y revolución en España (1936-1939)*, tomo II, Progreso, Moscú, 1967, p. 85.

¹⁷ Miguel Amilibia, *Los batallones de Euzkadi*, ob. cit., p. 15.

Hasta los nombres de los batallones, épicos, románticos y guerreros, delatan la división de unos soldados que se supone que defendían la misma bandera. Los de los rojos se llamaban Lenin, UHP, Rusia, Octubre, Rosa Luxemburgo o Karl Liebknecht. Los anarquistas, Bakunin, Malatesta, Sacco y Vanzetti o Celta. Los nacionalistas, Amayur, Martiatu, Itxasalde, Zergaitik Ez o Irrintzi.

La guerra nada tiene de lírica y esta organización por batallones era arcaica e ineficaz, pero los republicanos del norte no fueron capaces de aplicar otra basada en unidades más modernas y resolutivas, como las que ya enfrentaban a los suyos los rebeldes. Cuando quisieron darse cuenta, ya todo estaba prácticamente decidido.

Aguirre, que estaba muy orgulloso de la creación del ejército por parte de su Gobierno en sólo mes y medio, mucho antes que los otros cuerpos del norte, militarizó fábricas para sus necesidades bélicas, pero de momento contaba con armamento en buena parte gracias al intrépido marino Lezo Urreztieta, que se convertiría en un héroe legendario burlando el bloqueo franquista de los puertos vascos. A su valentía se debe la llegada de un importante alijo a Bilbao el 7 de noviembre, que transportaba el barco inglés *Hillfern*. Sumaba 18.000 granadas, 10.000 fusiles, 253 ametralladoras, 4.000.000 de balas, 10.000.000 de cartuchos y 8 cañones, un material al que hay que añadir otros envíos del Gobierno republicano que incluían carros y aviones rusos. Nacionalista hasta la muerte, Urreztieta seguiría demostrando su coraje tanto durante la dictadura como tras la muerte de Franco, cuando no dudó en empuñar su pistola contra un comando de ETA que negociaba el cobro del impuesto revolucionario.

37

El ejército vasco también disponía de algunos barcos de la flota republicana y bous pesqueros adaptados para fines bélicos por el Gobierno autonómico. Esta Marina Auxiliar de Euzkadi, con personal y medios propios, irritó a Indalecio Prieto, que acusó a Aguirre de una arrogación de atribuciones «totalmente inadmisibles». En carta al presidente el 13 de enero de 1937, el ministro de Marina y Aire advertía que tener dos jurisdicciones marítimas era una locura que provocaría «un semillero de conflictos».

La aviación, que sería la gran carencia desde el principio, contaba con aparatos de diversos tipos, incluso civiles, y se vio reforzada con la llegada de quince de los denominados chatos. El mando no correspondía al Gobierno vasco, sino al Ejército del Norte.

El tópico sostiene que el perfil del *gudari* o soldado vasco nacionalista era el de un campesino joven, conservador, católico y tradicionalista, que dejaba su caserío para preservar los valores de sus antepasados frente al invasor extranjero. Pero la realidad es que abundaban en sus filas obreros, estudiantes y hasta licenciados universitarios, porque al País Vasco ya había llegado entonces la industrialización y la concentración urbana. En las compañías de zapadores muchos eran jóvenes de derechas reclutados para evitar formar parte de otras unidades rojas. No vestían uniforme, pero en su ejército siempre se presumió de tener buenos servicios y no conocer problemas de alimentación. Los batallones nacionalistas eran los únicos del bando republicano que incluían sacerdotes en sus filas, toda una paradoja teniendo en cuenta la persecución religiosa en otras partes de España. Se creó un cuerpo para ello, y llegó a tener más de cien curas nacionalistas. Conventos e iglesias se transformaron en cuarteles para acoger a los batallones, al igual que las escuelas y todo tipo de locales públicos.

Desde el principio surgió otra carencia determinante a causa de la falta de militares profesionales, los preferidos de Aguirre, por confiar en su capacidad y por ahuyentar a asesores extranjeros y comisarios políticos, sobre todo a los comunistas, hacia los que sentía verdadera aversión. Estos comisarios surgieron en el ejército republicano precisamente por la falta de mandos profesionales y por la politización que caracterizaba la resistencia antifascista, pero Aguirre no los admitió hasta bien avanzada la guerra.

El presidente vasco apenas pudo contar con una docena de militares de carrera y a ellos confió su ejército. Nombró jefe de Estado Mayor a uno que consideraba excepcional, el comandante Alberto Montaud, profesor de la Escuela de Guerra. El capitán Modesto Arambarri le acompañaba como jefe de operaciones junto a otro reducido grupo de ayudantes, entre ellos el capitán Juan Ibarrola, de la Guardia Civil, el coronel Azcárate o los comandantes Aguirre, Irezábal y De la Fuente.

38

EL CUERPO DE CAPELLANES: CURAS NACIONALISTAS EN EL FRENTE

La más llamativa de las singularidades del ejército vasco es el Cuerpo de Capellanes. Era el único en el bando republicano, en cuyo territorio fueron

asesinados 11 obispos y 6.000 religiosos. Sin embargo, en el País Vasco, uno de los territorios más católicos de Europa, los curas nacionalistas alentaban, ayudaban y combatían contra los fascistas que se levantaron, alegando entre sus prioridades la persecución a la Iglesia, aunque no llegaron a tomar las armas. Nada más estallar la guerra ya hubo sotanas en el primer hospital militar en Ochandiano, las de José Luis Rodríguez y Ángel Urrutia, y por supuesto en el primer cuartel de los *gudaris* en el santuario de Loyola, Bonifacio Ataun y Nemesio Echániz.

Tras estos pioneros, con sede en la Presidencia, bajo el amparo del Gobierno autónomo nació el Cuerpo de Capellanes con cuatro objetivos básicos que constituían su ideario:

1. Celebrar la Santa Misa, incluso en las trincheras.
2. Cuidar lamoralidad del *gudari*.
3. Asistirle espiritualmente en sus últimos momentos.
4. Formar en la doctrina cristiana el espíritu de los jóvenes movilizados.

El Cuerpo de Capellanes del ejército vasco dependía de una directiva formada por un jefe superior y varios subalternos. Esta Jefatura Superior, ejercida por un sacerdote que tenía el grado de comandante, recayó en José María Korta. En cada batallón había un capellán jefe, con rango de capitán, y dos subalternos que figuraban como tenientes. No iban armados y sus condiciones laborales y salariales correspondían a las de su situación militar. Eran euskaldunes y afines al PNV, algunos con tanta pasión por la causa como el más fervoroso de los militantes, aunque atendían a cualquier soldado, incluso a los del bando contrario si era necesario y posible. Fueron en total 104, además de 28 suplentes.

Utilizaban unos curiosos altares portátiles para las misas en el frente, elaborados, al igual que los ornamentos sagrados, por la organización peneuvista Emakume Abertzale Batza (Mujeres Patriotas Católicas Vascas). Llegaron a tener 67 de estos altares.

La religiosidad de los *gudaris* y los curas en el frente rojo, con sus misas, sus ritos y su asistencia espiritual, constituían algo insólito y hasta exótico para sus compañeros de trinchera marxistas o anarquistas, marcadamente anticlericales, pero incluso para los fascistas italianos que les acabaron tratando. Alguna vez los rebeldes sorprendieron a los soldados vascos en plena misa, acabando su «pecado» de mística imprevisión con una dura penitencia militar. Eso fue lo que le ocurrió el 13 de junio de 1937, cerca de Larrabezúa,

a una compañía del batallón Rebelión de la Sal, que fue sorprendida por el enemigo cuando oía misa junto a un caserío llamado Fules. Al padre Celestino le dieron aviso en plena consagración, pero dijo que seguiría con la ceremonia hasta finalizar. Todo el batallón fue copado más tarde por los sublevados.

39

Este antagonismo religioso chirriaba especialmente entre vascos y asturianos. El exacerbado catolicismo de los vascos contrastaba con el desapego ante la religión, cuando no abierta hostilidad, de los asturianos, entre los que había prendido la mecha de la revolución y el anticlericalismo al considerar a la Iglesia uno de los grandes poderes causantes de la explotación y la ignorancia de las clases populares. Esa tensión se mantuvo siempre durante la guerra, pero los capellanes castrenses vascos que estuvieron en Asturias con sus batallones no tuvieron problema alguno para celebrar sus ritos en un territorio hostil donde no estaban permitidos. Asturias había sido escenario del asesinato de varios sacerdotes dos años antes del inicio de la guerra, durante la revolución de 1934. Uno de ellos describe así en su diario sus impresiones:

«Pocas horas fueron, pero guardo gratos recuerdos de aquellos mineros en general; eran de buen corazón; su odio a la Iglesia fácilmente me lo expliqué; puedo decir que conmigo guardaron toda consideración en cuanto supieron con quién trataban. Aquella noche dormimos juntamente con ellos en una tienda de lona¹⁸».

Precisamente en Asturias murió, al frente de sus capellanes, el comandante en jefe del cuerpo. Fue en Oviedo el 17 de marzo de 1937, pero no precisamente durante una batalla, sino en un suceso absurdo en las afueras de la ciudad, a la que se había acercado en un Hispano con un pequeño grupo para sacar unas fotografías. Nada más salir del coche sonaron disparos. Uno de ellos impactó en el cuerpo de Korta, que se había alejado de sus compañeros apenas diez metros para orinar. Falleció en el acto, porque la bala se alojó en su corazón dejando en la espalda un gran boquete. El entierro del jefe de los capellanes constituyó una de las manifestaciones más multitudinarias que se recuerdan en Bilbao bajo la presidencia del Gobierno vasco.

Aunque también cincuenta y ocho curas fueron asesinados en el País Vasco durante la guerra, a pesar del celo de los nacionalistas por evitar y reprimir la

¹⁸ *Historia general de la Guerra Civil en Euskadi*, tomo VII, «El clero vasco en el ejército de Euzkadi», ob. cit., p. 78.

violencia revolucionaria, el «oasis católico» vasco incluso acogió a treinta y nueve curas perseguidos o amedrentados procedentes de Asturias y Santander. Eso no les impidió figurar en una posición de privilegio en la jerarquía del odio franquista, que veía en ellos al propio anticristo. El fascismo era incapaz de comprender cómo se podía ejercer de cura siendo separatista y rojo, a pesar de que los marxistas a los nacionalistas sólo los tenían de aliados circunstanciales. Más de una docena de estos curas fueron fusilados por los rebeldes, entre ellos José de Ariztimuño, *Aitzol*, que durante la guerra fue partidario de un pacto con los franquistas que pusiera fin al baño de sangre. Brillante orador, periodista en *El Día* de San Sebastián y escritor al que se debe el ensayo histórico *La democracia vasca*, Aitzol fue fusilado en el cementerio de Hernani, tras ser brutalmente maltratado, cuando regresaba al País Vasco desde Francia para tratar de poner en marcha un proyecto de escuelas para impartir el euskera.

40

Del odio de los sublevados a los curas vascos dan fe las incendiarias intervenciones radiofónicas del general Queipo de Llano desde Sevilla. Era uno de sus temas favoritos. Los llamaba sacerdotes sin «sa». Previsible era por tanto la represión que padecieron una vez derrotados. Más de doscientos pasaron por las cárceles franquistas, donde fueron tratados igual de mal que el resto de los presos, sin consideración alguna a su condición. En el penal de El Dueso de Santoña, donde acabaron varias decenas de capellanes castrenses, fueron acusados de rebelión militar y padecieron condenas de hasta treinta años. No faltó alguna pena de muerte, aunque sería conmutada. El periplo carcelario de los curas vascos siguió en Bilbao, Nanclares de la Oca (Álava), Dueñas (Palencia) y Carmona (Sevilla), donde coincidieron y entablaron una gran amistad con el líder socialista Julián Besteiro, al que les unía su inclinación por la tercera vía en la Guerra Civil, aunque se hubiesen alistado en la de los derrotados.

Durante su estancia en la cárcel bilbaína del Carmelo el nuevo obispo vasco Javier Lauzirica pretendió de ellos una adhesión incondicional al franquismo, que rechazaron, aunque 55 firmaron un escrito que les presentó. Como el coadjutor de Barakaldo, Francisco Errasti se negó a hacerlo, fue condenado a muerte, aunque la condena no llegó a cumplirse.

Otros curas vascos acabaron en campos de concentración, en batallones de trabajadores o sufrieron penas de destierro.

EL PADRE ONAINDIA, HOMBRE CLAVE EN LA SOMBRA

Si algún cura nacionalista fue emblemático y desempeñó un papel decisivo no sólo en la Guerra Civil, sino a lo largo de todo el siglo XX, ése fue sin duda el padre Onaindia. Su discreción, fundamental en sus agotadoras tareas humanitarias, pero sobre todo su honradez, su dignidad y su espíritu radicalmente libre, le desplazaron del papel que le corresponde en la historia reciente del País Vasco, donde el poder político y la cultura oficial mantienen su figura en un ignominioso silencio.

Alberto Onaindia tenía treinta y tres años cuando estalló la guerra, pero no fue llamado a filas, sino a muy altas misiones terrenales que le convirtieron en un personaje fundamental en cuantas negociaciones, decisiones y acontecimientos tuvieron lugar en aquellos trágicos años.

Había nacido en Marquina en una familia nacionalista y de tal raigambre católica que otros dos hermanos suyos, Txomin y Celestino, compartieron con él sacerdocio. Cursó los primeros estudios con los jesuitas en Durango y los eclesiásticos en el seminario de Vitoria. A su formación contribuyó especialmente su estancia en Roma, donde se ordenó y se doctoró en la Universidad Gregoriana, el centro teológico cristiano más importante del mundo, cuna de papas y obispos. Tras algunos años de profesor en el seminario vasco de Saturrarán, obtuvo con la oposición correspondiente, en 1926, la canonjía de la catedral de Valladolid, convirtiéndose en el canónigo más joven de España.

41

Fue destinado por su obispado a la parroquia de Las Mercedes de Las Arenas, en la ría de Bilbao, donde comenzó a poner en práctica sus avanzadas ideas sociales, siempre bajo el manto del humanismo cristiano. Para la formación y la protección de la clase obrera en la localidad donde se asentaba la gran burguesía vasca en la zona de Neguri, pero también el proletariado socialista y anarquista en la de Romo, creó escuelas, puso en marcha Acción Católica y se contó entre los fundadores del actual sindicato nacionalista ELA-STV, vinculado al PNV, como lo estaba el propio Onaindia. Allí comenzó su larga y estrecha amistad con el entonces joven José Antonio Aguirre, un cristiano comprometido socialmente, que era uno de sus «chicos» en Acción Católica.

Alberto Onaindia fue uno de los pioneros en España y en la Iglesia de la democracia cristiana, junto a su amigo Maximiliano Arboleya, escritor, ensayista y cura asturiano que durante la Guerra Civil fue acogido en Ordúlez, cerca de Bilbao, cuando huyó de la persecución religiosa en su tierra.

El estallido del conflicto pilló casualmente a Onaindia en su Marquina natal, aunque no tardaría en fijar su residencia en el País Vasco Francés, desde donde llevó a cabo una impresionante labor mediadora y humanitaria que le obligó a viajar continuamente, tanto a Euzkadi como a otros países.

Dando siempre absoluta prioridad a las personas y a la vida humana sobre las ideas políticas o los bandos alzados en armas, el padre Onaindia salvó de un trágico destino a muchísimas personas, sin reparar en su condición, religión o ideología. Sus gestiones para ello comenzaron prácticamente con la guerra. A algunos, como a su arzobispo de Valladolid, Remigio Gandasegui, o al entonces obispo auxiliar de Valencia, Francisco Javier Lauzirica, logró sacarlos de la zona republicana. A Gandasegui trasladándose con él al frente y estableciendo contacto con los rebeldes a través de unos campesinos, en un episodio novelesco muy habitual en la biografía de Onaindia. A Lauzirica, que se convertiría después en uno de los obispos franquistas más implacables en la persecución contra los curas nacionalistas, embarcándolo en Bilbao con destino a Francia, desde donde volvió a territorio de la España franquista. Estas dos operaciones secretas tuvieron lugar en septiembre de 1936, el mismo mes de la negociación con Mola en Lekeitio.

En todas estas gestiones era básico el apoyo del PNV, que ya había convertido al País Vasco en el oasis católico sin formar gobierno siquiera. Esta singularidad vasca provocaba perplejidades y despistes perfectamente expresados en una anécdota que protagonizó Lauzirica junto a Onaindia en Bilbao, cuando ultimaban los trámites para la huida. El obispo pidió al cura nacionalista que le ennegreciera la tonsura con corcho quemado para ocultar su identidad, poco antes de que el personal del Departamento de Pasaportes, que gestionaba sus papeles, le rogara que se presentara siempre en público, y especialmente en el puerto para partir, vestido de obispo. Y con esa indumentaria, que le daba más seguridad, embarcó sin problemas.

Como Manuel Irujo en el ejecutivo republicano, cuando se constituyó el Gobierno vasco Alberto Onaindia pasó a ser una especie de consejero sin cartera, pero en este caso también sin nombramiento. Adscrito a la Presidencia por empeño de su amigo José Antonio Aguirre, figuraba de asesor,

pero en realidad era una especie de ministro vasco de Asuntos Exteriores, encargado de las más delicadas e importantes misiones, ya fuera con mensajeros del enemigo o diplomáticos de países extranjeros. Y siempre prestando especial atención a las relaciones con el Vaticano, cuyas sugerencias eran casi órdenes para los obedientes católicos que formaban la cúpula del Gobierno vasco, con el presidente a la cabeza.

Euskaldún e independentista, como eran la mayoría de los dirigentes y militantes del partido, al padre Onaindia sólo le faltaba el carné del PNV para legitimar su vinculación a la organización, pero también era un liberal culto, abierto y cosmopolita, alejado de dogmas y sectarismos, y por tanto capaz de dialogar y entenderse con todo el mundo. También con los anarquistas, que causaban pavor y espanto entre los más moderados, no sin razón en muchas ocasiones, por su acción directa y su justificación de la violencia. A pesar del absoluto alejamiento de sus posiciones y conductas, que no admitían ni a Dios ni a la patria, con los libertarios logró Onaindia una relación cordial y un respeto mutuo dignos de mención.

Para la liberación del arzobispo Remigio Gandasegui — previa a su pase al lado rebelde en Guipúzcoa — no dudó en enfundarse el gorro anarquista rojinegro de la CNT para ir en busca del religioso acompañado por el líder sindicalista en Lamiaco, Jesús Escauriaza. Meses después, en plena orgía bélica en Vizcaya, Jesús prendió fuego a la iglesia de Onaindia en Las Arenas, donde el párroco ayudante era su propio hermano, Manuel Escauriaza.

Acompañado de Aitzol, ya antes de la guerra, Onaindia se había ganado el respeto y la admiración de los anarquistas en los numerosos debates e intervenciones públicas en los que participó en defensa de sus ideas socialcristianas opuestas a la revolución. Santurce, Sestao, La Arboleda, Gallarta, Lamiaco, Éibar, Rentería o San Sebastián fueron algunos de los escenarios de estas intervenciones, que demuestran que el clima social previo a la Guerra Civil no hacía presagiarla, al menos en el País Vasco.

En un acto público en San Sebastián, el 10 de diciembre de 1932, 5.000 obreros, predominantemente anarquistas, abarrotaron la Sala de Declamación Vasca para oírle, interrumpiendo y polemizando continuamente durante las tres horas que duró su intervención, que se clausuró sin el menor incidente. Al día siguiente la prensa denominaba a Onaindia «El camarada cura». El obispo de Vitoria, Mateo Múgica, le prohibió a él y a Aitzol, en junio de 1933, participar en esos actos, limitando las colaboraciones en la prensa de los dos

populares curas. Onaindia las publicaba sobre todo en el periódico del PNV, *Euzkadi*.

43

Ninguna de las intervenciones públicas del asesor de Aguirre ante los anarquistas — a los que tenía por peligrosos en masa pero unos sentimentales de gran corazón individualmente — fue probablemente tan famosa como la que protagonizó en Bilbao en enero de 1937, durante el entierro de un miliciano de la CNT. Onaindia iba andando por la calle vestido con su sotana, a la altura del Arenal, cuando se encontró de frente con la manifestación de duelo, presidida por una bandera negra y roja tras la que desfilaban con fúnebre solemnidad los milicianos a toque de tambor. El féretro también iba cubierto por otra bandera anarquista. Sin dudarle un instante, el cura abordó a la cabecera de la manifestación y preguntó si había entre los presentes algún familiar del fallecido. Sin salir de su sorpresa, los libertarios contestaron negativamente. Como respuesta, tras pedirles que le permitiesen sumarse al duelo, el padre Onaindia se puso a rezar en voz alta un padrenuestro que culminó haciendo la señal de la cruz sobre el cadáver y dando la mano a los que estimó que eran los responsables de la organización del acto. Uno de ellos le dijo:

—Yo se lo agradezco en nombre de la madre de nuestro camarada muerto.

Mientras la procesión ácrata se alejaba, Onaindia subió hasta el edificio de La Bilbaína, sede de la Consejería de la Gobernación, donde el consejero Telesforo Monzón y sus colaboradores habían asistido, tan emocionados como alucinados, a aquella increíble representación callejera¹⁹.

Tampoco con la izquierda marxista tuvo una mala relación, aunque el anticomunismo se encuentra en las esencias del PNV. Con algunos comunistas llegó a mantener una sincera amistad, como ocurrió con el madrileño Benigno Rodríguez, al que trató mucho en el exilio en Francia y con quien entablaba esas controversias en las que «el camarada cura» intentaba siempre situarse en la posición del adversario, porque si no «la conversación se convierte en un diálogo de sordos²⁰».

Del comunismo le interesaba su doctrina social y su lucha por la justicia social y la emancipación de los oprimidos, pero, defensor categórico de la libertad del ser humano, lo rechazaba por dictatorial y totalitario. «Nada de

¹⁹ Alberto Onaindia, *Hombre de paz en la guerra*, ob. cit., pp. 142 y 143.

²⁰ Alberto Onaindia, *Experiencias del exilio. Capítulos de mi vida II*, EKIN, Buenos Aires, 1974, p. 246.

eso me atrae. Más aún, todo ello me repugna y me repele. No quiero regímenes políticos que subyuguen y esclavicen. Ni comunismo, ni franquismo²¹».

No obstante, si con los comunistas podía discutir amistosamente, los franquistas lo tenían por uno de sus mayores enemigos, hasta convertirse en una verdadera obsesión, aireada durante la guerra en las incendiarias soflamas radiofónicas de Queipo de Llano. Los insultos e injurias del general recibieron eco en la prensa católica de varios países, como recoge el propio Onaindia en un listado apabullante: sacrílego, comunista, sacerdote suspenso, mujeriego, indigno, escandaloso, impostor, cómplice de la muerte de su arzobispo y rojo²².

Nada de eso era el padre Onaindia, al que más bien podríamos brindar calificativos como valiente, honrado, luchador, pacifista, audaz, culto o refinado. Viajero incansable por todo el mundo, tomaba aviones con una asiduidad pasmosa en una época en la que volar seguía siendo casi sólo para pájaros. Políglota que dominaba el euskera, el castellano, el latín, el francés, el italiano y el inglés, sus conocimientos de idiomas se complementaban con su encanto personal, convirtiéndolo en un excepcional diplomático. Intrépido, poseía un sorprendente dinamismo que le hacía encontrarse siempre en el lugar oportuno, cualidad ésta también del buen periodista que llevaba dentro, como demostró en varios países y medios a lo largo de su vida. Elegante, apuesto y deportista, sólo abandonó sus paseos montañosos cuando la salud le impidió continuar con ellos. Elocuente orador y buen escritor, su palabra cautivó a gentes tan diversas como interesantes, llegando a mantener íntima amistad con personas como Gregorio Marañón, Indalecio Prieto o François Mauriac. Su integridad y su sensibilidad ante la injusticia le hicieron enfrentarse siempre sin temor con quien fuese y cuando fuese necesario. Incluso con la Iglesia.

44

UNA GUERRA ENTRE CATÓLICOS

La división del territorio, de sus habitantes y del clero supuso que la guerra lo fuera entre los propios católicos del País Vasco. Este drama lo resume

²¹ Alberto Onaindia, *ibíd.*, p. 242.

²² Alberto Onaindia, *Hombre de paz en la guerra*, *ob. cit.*, p. 250.

perfectamente el añadido de «una guerra entre católicos» al título del libro que sobre el tema escribió el sacerdote e historiador Joseba M. Goñi Larrañaga, a quien se debe la catalogación del archivo del padre Onaindia²³.

Dado el peso de la religión católica es imposible que no aparezcan sotanas y sacristías en cualquier acontecimiento de la historia vasca reciente, incluyendo el terrorismo etarra, y además el padre Onaindia parecía estar en todas partes participando en todos los acontecimientos, desde los más banales a los más determinantes. Una misa que celebró en pleno frente expresa perfectamente esta división traumática.

Fue el 20 de enero de 1937, el día de la fiesta patronal de San Sebastián. Nuestro polifacético cura se encontraba en su pueblo de Marquina, donde recibió aviso de unos *gударis* donostiarras para que se acercara al frente cercano y celebrara una misa muy especial para ellos. Habían pactado una tregua con sus enemigos de enfrente. Era la zona de Akarregi, y entre los sublevados también abundaban los de San Sebastián. El ara del altar se instaló sobre la trinchera y medio cuerpo del cura era perfectamente visible desde la «zona nacional». Con las primeras horas del día comenzó el rito. Los *gударis* cantaron el *Kyrie* y el *Gloria de la Misa de Ángelis*, pero cuando el celebrante levantó durante la consagración la sagrada hostia hacia el cielo montañoso, testigo de aquella irrepetible ceremonia, una ráfaga de ametralladora desgarró la emoción incontenible del momento. Superado el susto, que provocó un silencio tan místico como lo era la propia escena, Onaindia siguió con su tarea, pero al consagrar el cáliz con otra elevación semejante, una nueva y repetida balacera provocó la misma reacción de estupor.

45

Al terminar, un *gударi* interrogó a sus enemigos con un altavoz de embudo sobre aquellas sonoras interrupciones que agitaron los corazones tanto como las emociones religiosas. La respuesta fue tan inmediata como tranquilizadora:

—Ha sido la campanilla de la consagración. También nosotros hemos oído vuestra misa y la hemos cantado.

Minutos después volvió la guerra y las ráfagas sólo consagraron entre todos ellos la reanudación de la violencia²⁴.

²³ Joseba M. Goñi Galárraga, *La Guerra Civil en el País Vasco*, Eset, Vitoria, 1989.

²⁴ Alberto Onaindia, *Hombre de paz en la guerra*, ob. cit., pp. 143 y 144.

Si los católicos nacionalistas vascos optaron por la República, la jerarquía eclesiástica se inclinó con entusiasmo por los franquistas, que enarbolaban los ataques a la religión y a la Iglesia como uno de los motivos básicos de su insurrección. Más que inclinarse, se arrodillaron, porque el cardenal Isidro Gomá, primado de España, trasladó enseguida su residencia desde Toledo a Navarra, centro neurálgico del alzamiento, donde pareció ponerse a las órdenes de Mola como el más sumiso de sus soldados. A tal grado llegó la subordinación de la Iglesia española hacia los sublevados fascistas, que Gomá llegó a ejercer de representante de los rebeldes en delicadas negociaciones.

Se cree que fue Gomá quien redactó la pastoral conjunta de los obispos de Vitoria y Pamplona, Mateo Múgica y Marcelino Olaechea, con la que exigían al PNV, un mes después del levantamiento militar, que se sumara a lo que por vez primera se denominaba «cruzada» contra el comunismo y los enemigos del catolicismo²⁵. Los nacionalistas, a pesar de la conmoción que aquello suponía para sus almas cristianas, no cedieron y además pusieron en duda que Múgica se expresase libremente y no coaccionado por los militares en Vitoria, una tesis a la que los hechos hicieron ganar validez más tarde.

El avance implacable de los alzados y la represión en la zona rebelde fue aumentando las dudas de Múgica, que acabó pasando a la lista negra de los franquistas. Fue expulsado de España en octubre por exigencia del general Cabanellas, otra de las cabezas del golpe, que solicitó su traslado al Vaticano. El entonces secretario de Estado, cardenal Pacelli, futuro papa Pío XII, le transmitió la orden al cardenal Gomá y Múgica inició su largo exilio en Roma. Cuando llegó a la capital romana fue a recibirlo a la estación Alberto Onaindía²⁶.

El infatigable asesor de Aguirre, que acababa de tomar posesión de la Presidencia vasca, acudió a Roma, donde se había formado y tantos contactos tenía, para entregar en la Santa Sede un documento que él mismo había redactado con las orientaciones que le hicieron llegar los miembros de la cúpula dirigente del PNV. El texto sostenía la legitimidad moral y política de la alianza del nacionalismo vasco con la República española. Los argumentos eran solventes: los militares se habían levantado contra la democracia e invadido el pacífico País Vasco, por lo que los nacionalistas no hacían otra cosa

²⁵ Juan Pablo Fusi, *El País Vasco 1931-1937: autonomía, revolución, Guerra Civil*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, p. 209.

²⁶ Alberto Onaindía, *Hombre de paz en la guerra*, ob. cit., pp. 113 y 367.

que defenderse de una agresión. Además los agresores no respetaban las costumbres, las tradiciones y los derechos de los vascos.

46

Onaindia, que se hizo acompañar por un trinitario vasco, el padre Nicolás, fue recibido el 23 de octubre de 1936 por la máxima autoridad vaticana después del Papa en aquel momento (dada la ausencia de Pacelli, que estaba de viaje por América): el secretario de Estado Giuseppe Pizzardo. En el Vaticano el apoyo a los sublevados era inequívoco y el disgusto con los católicos nacionalistas vascos enorme. Ya venía de atrás. En enero, un mes antes de las elecciones, se había pedido sin éxito a una delegación de diputados vascos en Roma que se sumaran a la coalición derechista. El arzobispo Pizzardo no había podido entonces ser más expresivo en su mensaje: «O Cristo o Lenin».

Nueve meses después y demostrando una supina ignorancia, monseñor Pizzardo reprochó a Onaindia que el PNV hubiese formado parte del Frente Popular en aquellas votaciones, las últimas democráticas en España hasta 1977. Cuando el vasco le replicó con la verdad, recordando que el PNV había acudido a aquellas elecciones en solitario, el subsecretario vaticano no admitió evidencias, confundido al parecer por informaciones de Gomá. «Perdone usted. No se moleste por lo que le voy a decir, no se lo tome a mal. No creo lo que usted me dice. A pesar de su afirmación, no le creo».

Esa misma tensión afloró en otros momentos de la entrevista. Pizzardo hizo pasar a un teólogo de la Secretaría de Estado, monseñor Coffano, cuya intervención criticando al clero vasco por su nacionalismo indignó a Onaindia, que replicó con dureza, antes de amenazar con retirarse²⁷.

Aunque su relevante cargo y la buena educación impidieron un enfrentamiento directo, Pizzardo no ocultaba su antipatía por Onaindia, al que consideraba un loco peligroso al que había que alejar del País Vasco si se pretendía su pacificación²⁸. El de Marquina entró y salió siempre del Vaticano con la audacia y la seguridad que imprimían sus pasos, pero el recibimiento solía ser frío y distante, como el que corresponde a un insumiso que había renunciado, por su rebeldía ante la jerarquía, a los más altos destinos en la Iglesia católica.

²⁷ Alberto Onaindia, *ibíd.*, p. 75 a 90.

²⁸ Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España*, ob. cit., p. 501.

Celoso en su trabajo, Onaindia regresó al día siguiente con un detallado informe sobre las elecciones en Euzkadi, que Pizzardo no tuvo más remedio que admitir. Añadía a éste otros dos que aclaraban dudas suscitadas por el arzobispo, que puso al vasco en manos de Coffano de cara a la respuesta del Vaticano sobre la posición del nacionalismo vasco ante la guerra.

No tardó en llegar. El día 29 Coffano manifestó al embajador de los vascos que su postura en el conflicto armado era moralmente irreprochable, aunque políticamente se trataba de un error por asociarse a las izquierdas.

Onaindia también sería una embarazosa presencia en Roma para su primado vasco, Múgica, no ya tanto en esta primera visita como comisionado oficial de los vascos, como en otra nueve meses más tarde, en julio. Ya tras su llegada a Italia,

47

Onaindia reprochó con dureza al obispo vitoriano su silencio cuando en el Congreso Internacional de la Unión Misional del Clero (su presencia fue el pretexto que pactó con los franquistas para silenciar su expulsión) fue aclamado como víctima de la barbarie padecida por los religiosos en España. Pero en aquel verano de 1937, en la casa de convalecencia de San Carlino, en Frascati, Onaindia llegó dispuesto a arrancar a Múgica una pública rectificación de la famosa pastoral filofascista firmada el mes de agosto previo con el obispo navarro Olaechea. Desarmado de argumentos, aquel obispo humillado y vencido se resistió como pudo. Estaba de acuerdo y era más que nadie en la Iglesia una víctima del franquismo, pero su endeblez y su sumisión a la jerarquía romana le paralizaban. Cuando Onaindia le amenazó con publicar un escrito de los curas nacionalistas deslegitimando aquel balón de oxígeno a los golpistas, que todos sospechaban que había sido arrancado a un obispo «secuestrado», aquel hombre débil pareció derrumbarse y replicó:

—Pero ¿qué dirían las gentes si un obispo rectifica en una pastoral lo que dijo en otra anterior? ¿Cómo quedo yo?

Onaindia no se ablandó:

—Y, ¿cómo queda el pueblo vasco, cuyo honor está en entredicho, principalmente por su Instrucción Pastoral?

Aquel tremendo tormento, que ni un obispo puede llevar con dignidad, finalizó como debe ser entre dos curas. Agotado, Múgica propuso bajar a la capilla para «pedir al Señor luz para ver más claro nuestro deber». Tras pasar

mucho tiempo arrodillado con la cabeza entre las manos, el obispo zanjó el tema con la frase que debería figurar en su epitafio:

—No puedo decir nada, tengo que obedecer²⁹.

Al parecer la obediencia debida de Mateo Múgica era con monseñor Pizzardo, que le había mandado que no rectificara ni pusiera en apuros a Gomá.

Múgica, que también había perdido a un hermano en la guerra, pero asesinado por los republicanos, había salido al paso del fusilamiento por parte de los franquistas de más de una docena de curas nacionalistas, entre ellos Celestino Onaindia, que murió en Hernani entonando el *Te Deum*. Pero pocos gestos más de valentía se podían pedir de aquel hombre timorato y débil que poco más tarde renunciaría ante la Santa Sede de su título de obispo de Vitoria cuando nombraron administrador apostólico de su diócesis a Francisco Javier Lauzurica sin comunicárselo siquiera. Mucho más tarde, finalizadas las dos guerras, la española y la mundial, con poco que temer y despojado del peso de la responsabilidad, llegaría la rectificación a la que hasta entonces se había resistido.

VILLARREAL, EL PRINCIPIO DEL FIN

48

La única ofensiva republicana en el frente del norte se realizó a finales de noviembre sobre la estratégica localidad alavesa de Villarreal. Aquellos comienzos de la contienda fratricida eran tiempos en los que, pese a la tragedia y la sangre derramada, también corría el optimismo entre los gubernamentales. Los fascistas habían contado con el factor sorpresa, pero frenado el golpe, sobre todo en las grandes ciudades y en las zonas más pobladas, sus propios cálculos se desvanecían. No lo decían a sus tropas ni a sus seguidores, pero habían previsto que si para la festividad de Santiago, a finales de julio, tan española y emblemática para ellos, no habían liquidado la democracia e impuesto un régimen totalitario, tendrían que empezar a asumir su fracaso.

A este clima casi de euforia entre los agredidos había que añadir en el País Vasco los primeros pasos de la soñada autonomía y la rapidez para formar una

²⁹ Alberto Onaindia, *Hombre de paz en la guerra*, ob. cit., p. 314.

estructura estatal vasca. Algo que sus enemigos, incluidos los interiores, empezaban a bautizar con términos despectivos como «republicuita». Ese pequeño Estado que comenzaba a rodar contaba con su ejército y su Estado Mayor, antes incluso de que se pudiera hablar de lo mismo para todo el norte.

Era tal la moral de combate que Aguirre planeó la ofensiva sobre Villarreal como una reconquista del territorio vasco rebelde de Álava y Guipúzcoa, en oposición a los planes del Gobierno republicano, que pensaba más bien en una operación de distracción para aliviar la presión de los «nacionales» sobre Madrid, la gran y errónea obsesión de los rebeldes desde el 18 de julio. Recién llegado el general Llano de la Encomienda, que fue sólo un espectador, el mando efectivo de la operación lo asumió el jefe de operaciones Francisco Ciutat, un joven y prometedor militar que cuando estalló la guerra era teniente alumno en la Escuela Superior de Guerra de Madrid.

Ciutat y Aguirre chocaron desde el primer momento. En Villarreal comenzó a hacerse visible el singular ejército bicéfalo vasco, con dos cabezas y dos estrategias, una local y otra más global. Se impuso la primera tras diversas discusiones y modificaciones, porque Aguirre siempre mantuvo que era necesario obedecer a los militares profesionales.

La ofensiva se inició el 30 de noviembre con una clara superioridad republicana, que sumaba 15.000 soldados encuadrados en 29 batallones, con casi una treintena de cañones y 8 carros de combate. Los vascos se encontraban bajo el mando del capitán Arambarri, siempre bajo la mirada atenta del presidente Aguirre, que estableció su puesto de mando en Mochotegui. Los rebeldes no tenían en la zona más que 700 hombres y 4 cañones.

Sin embargo, falló el factor sorpresa. Cinco aviones franquistas descubrieron el avance enemigo, lo que permitió al general Solchaga, que sustituía a Mola, enviar pronto refuerzos al mando del teniente coronel Camilo Alonso Vega. Enseguida se concentraron en el sector otros 7.000 hombres, entre ellos falangistas, requetés y varias secciones de tropas moras llegadas de Madrid, además de una escuadrilla de aviones Heinkel 51.

Dada la superioridad inicial, que se mantuvo durante una semana, la ofensiva consiguió algunos avances en las primeras jornadas, pero acabó en un estrepitoso fracaso el 24 de diciembre. A ello contribuyó el pésimo clima, con lluvia, nieve y frío. Como siempre, las cifras finales dependen del bando que las facilita, pero indicaban una desproporción que no deja dudas sobre la

evidencia del desastre para los republicanos. Sus muertos llegaron a 1.000 según algunas fuentes y a 800 según otras, mientras los heridos serían 3.000 o 4.000. Los rebeldes reconocieron 31 muertos y 224 heridos.

Nada más callar los fusiles se oyeron los primeros reproches entre los derrotados. El Estado Mayor republicano acusó a los vascos no sólo de descoordinación, sino de indisciplina por parte de algunos batallones nacionalistas. Los tiros, esta vez dialécticos, apuntaban hacia el presidente Aguirre, un político metido en aventuras militares.

El resquemor de los vascos no era menor. Los militares de su Estado Mayor eran mucho más competentes que los del «otro», que dejaban mucho que desear. Además pensaban que la República los marginaba con relación a Asturias y Santander, donde se habían enviado esas municiones que tanto habían necesitado los vascos. Y algo de gran calado político: los comunistas, como Ciutat, controlaban el ejército republicano y aspiraban a hacerlo con el vasco.

Villarreal fue el principio del fin para la República en el norte. Militarmente no hubo desde entonces más ofensivas y todo fue retroceder y resistir hasta la desbandada final. Políticamente comenzó a abrirse una brecha que nunca se cerraría. Por el contrario, se extendería hasta convertir a los aliados en enemigos a batir, tanto como los del otro lado de la trinchera. Los recelos, las inquinas y las desconfianzas, siempre combinadas con esa desgracia que parece perseguir a los perdedores, no habían hecho más que aparecer entre quienes combatían en el mismo bando pero no por los mismos intereses y ni siquiera bajo la misma bandera. Como al enemigo, no los detendrían jamás.

EL PRIMER ENFRENTAMIENTO ENTRE AGUIRRE Y AJURIAGUERRA

Aunque Mola frenó la contraofensiva el 12 de octubre para no reanudarla hasta el último día de marzo, no fue por una tregua, y la guadaña de la muerte no respetó aquel paréntesis. En Bilbao, donde a pesar de la guerra la vida transcurría con relativa normalidad, con la gente tomando las calles y los locales abiertos, un terrible bombardeo tiñó de sangre el comienzo del año 1937. A las víctimas inocentes de la población civil hubo que sumar más de

dos centenares de presos franquistas, que cayeron por la ira de las masas que saciaron cruelmente sus deseos de venganza. Aquella reacción popular supuso la primera crisis del Gobierno vasco.

50

Fue el 4 de enero. El bombardeo apenas duró siete minutos, pero fue demoledor. Participaron más de una treintena de aviones alemanes, entre ellos Junker 52 y Heinkel 51. Les hizo frente una pequeña flota republicana formada por media docena de aparatos. Entre sus pilotos destacaba el aviador Felipe del Río, un héroe para los suyos, que no tardaría en perder la vida en otro combate. La superioridad aérea y la ayuda extranjera, decisivas en el triunfo final franquista, comenzaban a rendir frutos en el norte.

La cólera popular se cebó primero en el piloto alemán Adolf Herman. Al caer con su paracaídas tras ser derribado su aparato, fue capturado y linchado por la gente. Era sólo un preámbulo de lo que ocurrió más tarde, cuando una turba furiosa asaltó las cárceles bilbaínas. En la venganza también se mancharon de sangre batallones republicanos, uno anarquista y otro de la UGT. Los anarquistas del Malatesta reconocieron haber dado muerte a seis presos en el asalto al convento del Carmelo. En cuanto al batallón ugetista, había sido llamado para garantizar el orden por el propio Gobierno vasco. Las otras cárceles asaltadas fueron la de Larrinaga, la del convento de los Ángeles Custodios, ubicado en Begoña como el Carmelo, y la de La Galera. En total murieron 234 presos derechistas de un total de unos 2.000 encerrados. Entre ellos estaban en Larrinaga varios sacerdotes a los que horas antes había visitado el padre Onaindia, cuya presencia en todos los escenarios de la guerra lo convierte en testigo y protagonista excepcional. Uno de los presos que sobrevivió a aquella tragedia fue el padre del escultor Eduardo Chillida, salvado por un *gudari* que le prestó su gabardina para que huyese entre la confusión.

El padre Onaindia, inmortalizado en una estatua de su amigo Chillida muchos años después, contaría tras la tragedia de las cárceles que jamás vio a su amigo José Antonio Aguirre tan «abrumado, tan apesadumbrado, tan profundamente impresionado». Aquellos sucesos se repitieron en toda la zona republicana durante la guerra, aunque no faltará quien sostenga que eran inevitables. Sin embargo, en el País Vasco resultaban inadmisibles para un Gobierno dirigido por humanistas cristianos.

A la conmoción siguió la indignación y luego la depuración de responsabilidades. Aguirre compareció de inmediato para lamentar y

condenar lo ocurrido, convocando además al Cuerpo Consular para dar explicaciones y asumir responsabilidades por el asesinato de unos presos que estaban bajo la protección de su Gobierno.

El PNV fue más allá. Su hombre fuerte, Juan Ajuriaguerra, exigió la dimisión del consejero de Gobernación, Telesforo Monzón. Aguirre no aceptó la solicitud y mantuvo una dura discusión con Ajuriaguerra.

Al margen de la peculiar jerarquía del PNV, que impone su autoridad al Gobierno, Aguirre y Ajuriaguerra parecían condenados a no entenderse y nunca mantuvieron buenas relaciones, aunque la disciplina peneuvista y los avatares de la guerra tamizaron siempre esa falta de química personal. Jóvenes ambos, el abogado Aguirre era un tipo simpático y de fácil trato del que hoy se diría que tenía talante, mientras que el ingeniero Ajuriaguerra era un hombre lacónico, incluso hosco, un duro que no destacaba precisamente por sus dotes para la persuasión personal.

51

En aquella grave pugna, la primera que mantendrían en su vida pública, salió ganando Aguirre, que mantuvo a Monzón en su puesto. Sin disimular su gran malestar y su rabia contenida, Ajuriaguerra amenazó con dimitir y marcharse a combatir al frente, pero se limitó a faltar un par de días al despacho en señal de protesta. No volvería a perder batallas y autoridad ante el presidente. Al final, en la hora decisiva, se cambiaron los papeles. Frente al presidente, sería el líder del partido quien decidiría cómo acababa la guerra para los vascos.

EL CÁNCER DEL CANTONALISMO

Peor que los problemas orgánicos resultaron los políticos, no ya solamente para el nacionalismo vasco, sino para la suerte del bando republicano en el norte.

Aquel lema propagandístico que se repetía en radios, periódicos, carteles, mítines y proclamas para marcar el rumbo y sostener la moral de los combatientes leales. — Una sola autoridad, el gobierno; un solo enemigo, el fascismo — parece un sarcasmo o una trágica broma al comprobar sin pasión el tremendo grado de división y abierto enfrentamiento que sostuvieron

durante los quince meses de guerra en esta zona las tres provincias republicanas del Cantábrico.

El objetivo común nunca logró unir los esfuerzos de tres pueblos bañados por el mismo mar y con identidades físicas y culturales afines que reconocen los geógrafos y los antropólogos, pero que no lograron aparcarse entonces las diferencias políticas y religiosas.

Asturias «la roja» era la provincia española donde más había prendido la mecha de la revolución y su clase trabajadora era la más organizada y combativa del Estado. Dos años después de la comuna asturiana de 1934 la guerra se planteaba en Asturias como una segunda vuelta de aquella violenta insurrección de los mineros, aplastada con una feroz represión. Era el territorio más temido por los fascistas sublevados, aunque también el más estudiado militarmente. Francisco Franco, casado con una ovetense y estratega desde Madrid del avance del ejército en 1934, aplicaría ahora el mismo planteamiento militar con idéntico éxito. Como ya preveían los golpistas, Asturias se sumó con ardor a la causa republicana con la excepción de Oviedo, como había ocurrido durante la revolución. La traición de Antonio Aranda, un militar republicano y masón, fue decisiva para soportar durante toda la guerra el cerco de la capital asturiana.

En cambio, en la vecina Santander, una provincia conservadora en la que en las últimas elecciones la derecha había derrotado al Frente Popular, erraron las previsiones de los militares fascistas, que la tenían por un feudo seguro. La lealtad se mantuvo gracias a la rapidez y la audacia de las autoridades civiles y militares republicanas frente a las dudas del coronel José Pérez G. Argüelles, que estaba al mando del santanderino regimiento de infantería Valencia n.º 23. Argüelles pagaría su actitud dubitativa con la vida, al ser fusilado por los suyos, los rebeldes, cuando tomaron la ciudad. Los republicanos lo habían condenado a muerte, pero le conmutaron la pena.

52

El trío del contraste se cerraba con Euzkadi. En el país de los vascos, donde había tanto rechazo a la utopía marxista de Asturias como al españolismo derechista de Santander, desde el comienzo de la guerra fue visible la presencia de la llamada «quinta columna», los sabotadores clandestinos filofascistas. Entre los vascos, la hegemonía la ejercía el nacionalismo independentista de raíz católica.

Frente a la férrea imposición unitaria y centralista de los rebeldes, consustancial a los militares, que seis días después del alzamiento ya pusieron

en marcha una Junta de Defensa Nacional, los gubernamentales ofrecían en el norte un panorama de taifas, un modelo cantonal con tres repúblicas provinciales que no sólo no se entendían ni se coordinaban, sino que disputaban entre sí con suicida frivolidad.

Cada provincia tenía su propio Gobierno, que en el caso de Asturias acabaría superando al País Vasco en ambición disgregadora, pues pasaría a autoproclamarse Consejo Soberano. Entre ellos no había sintonía, pero también aparecían desligados del Gobierno central republicano, algo a lo que contribuía su aislamiento geográfico del resto de la España leal. Según transcurría la guerra las relaciones fueron empeorando hasta llegar a la declarada rebeldía.

Era tal el cantonalismo que entre las tres provincias había fronteras, con sus respectivas aduanas, una barrera «mucho más difícil de atravesar que la internacional», según el demoledor informe del 21 de noviembre de 1937 del teniente coronel Buzón Llanes, jefe de la Segunda Sección del Estado Mayor del Ejército Republicano del Norte. La titulación que emitía la Academia Militar de Gijón no servía para la de Bilbao.

Desde el punto de vista militar aquello era un verdadero suicidio. El que fuera jefe de Estado Mayor del ejército gubernamental en el norte, Ángel Lamas Arroyo, comprobó «oposición y cerril enemiga entre las diversas facciones» y la imposibilidad de aplicar «plan sensato político o militar alguno» en aquellas condiciones, aunque al acabar la guerra confesó asistir encantado a semejante panorama³⁰.

Cada uno de los organismos autónomos — el Gobierno en Euzkadi, la Junta en Santander y el Consejo en Asturias — emitieron su propia moneda y los bienes materiales y productos de primera necesidad nunca se distribuyeron racionalmente. «Así se dio el caso de que cuando en Vizcaya se dejaba sentir aguda escasez de productos alimenticios, los servicios de vigilancia fronteriza de la Junta de Santander impedían el paso de ganado y comestibles con destino a Bilbao; cuando los vascos necesitaron carbón, éste se acumulaba en la cuenca asturiana y el Consejo de Asturias se negaba a venderlo al Gobierno de Euzkadi pretextando que éste se había negado a dar a los asturianos el mineral

³⁰ Ángel Lamas Arroyo, *Unos y otros*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1992, p. 384.

de hierro que se extraía en Vizcaya³¹. El carbón que no llegaba al País Vasco de las minas asturianas se importaba de Polonia a través de Inglaterra³².».

53

Aquella absurda falta de unidad traspasaba incluso las fronteras españolas y se reproducía en Francia, como demuestra la carta de «una persona de absoluta confianza que reside en Bayona», fechada el 18 de marzo de 1937 y conservada en el Archivo del Nacionalismo Vasco de Artea:

Aquí existe un verdadero galimatías sin ninguna norma fija y cada cual hace lo que le parece «menos mal». Hay cinco, seis o más delegados de los diferentes gobiernitos; se titulan delegados de compras. Hay otro aquí y supongo que en Bordeaux habrá otro delegado del Gobierno. En París andan otros, unos asturianos, otros santanderinos, otros vascos. Aquí existe además una Delegación de Euzkadi que hace también sus compras, sus negociaciones y tiene una oficina bien montada con personal joven y valeroso.

Para darle idea de cómo van estas organizaciones, le diré que días pasados se estuvieron cruzando varios telegramas sobre unos vagones de bacalao que nadie atinaba a saber para quién eran.

Justo es reseñar que a esta falta de unidad entre las tres provincias republicanas norteñas contribuyó especialmente la voluntad disgregadora del nacionalismo vasco, con su particularismo político, cultural e incluso racial. Convencidos de su distinción, cuando no de su superioridad, los nacionalistas vascos marcaban las diferencias con asturianos y santanderinos, a los que metían en el mismo saco español. Hasta los niños fueron víctimas de este afán de diferenciación. Cuando miles de ellos fueron separados de sus familias y enviados al extranjero para evitarles padecer la guerra, Telesforo Monzón pidió a su compañero en el Gobierno vasco, Juan Gracia, consejero socialista de Asistencia Social, que los hijos de los nacionalistas estuvieran juntos y aparte, formando «núcleos donde puedan recibir enseñanza religiosa nacional acorde con sus principios³³».

Las palabras explicando tan pernicioso fenómeno pronunciadas por Juan Manuel Epalza — que confiesa que en la guerra había mirado más hacia atrás,

³¹ Dolores Ibárruri, *Guerra y revolución en España*, tomo II, ob. cit., p. 96 y 97.

³² Juan Pablo Fusí, *El País Vasco 1931-1937: autonomía, revolución, Guerra Civil*, ob. cit., p. 236.

³³ Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico*, II, ob. cit., p. 20.

por si lo apuñalaban los suyos, que al enemigo — son de una sinceridad desgarradora: «Por supuesto que, desde el punto de vista militar, debería haber existido un mando único. Pero no había comprensión entre nosotros y los otros, los asturianos y los santanderinos. Nos costaba mucho sentirnos españoles. Guste o no guste, es la verdad³⁴».

Otros testimonios son incluso mucho más contundentes. El teniente del Cuerpo Disciplinario de Euzkadi, el nacionalista Faustino Lekanda, no se anda con tapujos al responder a una pregunta sobre las relaciones entre las izquierdas y los nacionalistas:

«No eran malas, eran peores. Nos odiábamos. Nosotros quisimos por las buenas hacer todo lo que se pudiera, pero ellos querían hacer todo lo contrario³⁵».

54

EL ANTAGONISMO DE VASCOS Y ASTURIANOS

Este enfrentamiento resultó más explícito y más trascendente entre el País Vasco y Asturias, dos pueblos con una fuerte personalidad separados por la provincia de Santander, un territorio mucho menos poblado por el que la guerra casi pasó de largo, en contraste con el largo calvario padecido por sus vecinos.

Las relaciones entre los combatientes asturianos y sus compañeros vascos de los batallones republicanos fueron buenas, en muchos casos excelentes. Pero no fue así con los de los batallones nacionalistas. No es que fuesen malas, eran algo peor: inexistentes. Con todas las excepciones que la norma comporta y asumiendo todas las injusticias que conllevan las generalizaciones, supervivientes, testimonios y documentos avalan que entre los *gudaris* nacionalistas y los soldados asturianos había un muro de incompreensión e indiferencia. «Los vascos iban a lo de ellos», dicen unos. «Los asturianos, ni leche ni café», replican otros, como si fueran de distinto bando.

En el frente nunca se diluyeron las diferencias políticas, religiosas y culturales. La revolución frente al orden. El catolicismo tradicional y militante de los nacionalistas vascos frente al ateísmo y el anticlericalismo subversivo

³⁴ Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, ob. cit., p. 550.

³⁵ Entrevista a Faustino Lekanda, Fondo Carlos Blasco, IRARGI.

de los asturianos. El nivel económico y cultural de los vascos era superior, como indica la extracción social de sus dirigentes. Los soldados de sus batallones estaban mucho mejor equipados, vestidos y alimentados que los asturianos que, para poder fumar, llegaron a utilizar el papel que arrojaban al suelo los *gudaris*. Al frente del Gobierno vasco e incluso de algunos batallones había abogados, ingenieros o empresarios. En el caso de Asturias dominaban los trabajadores, aunque la clase obrera asturiana contase con una formación superior a la de la media española. El abogado burgués, educado y con esos modales de caballero inglés que tanto admira el nacionalismo vasco que fue José Antonio Aguirre, frente al rudo, vigoroso y vehemente minero surgido de las entrañas de la tierra que se podría personificar en Belarmino Tomás, el socialista de la línea radical de Largo Caballero que presidía el Consejo de Asturias.

Estos contrastes eran evidentes incluso entre vascos y asturianos de la misma ideología, como constata el dirigente donostiarra de CNT, Manuel Chiapuso, contando una anécdota sobre la confusión que provocaba el *lauburu*, la cruz vasca de los nacionalistas, muy similar a la de los nazis: «El frente único era imposible por falta de cohesión sociológica y política en el norte. Puedo citar el caso de que compañeros nuestros, componentes del Consejo de Asturias, se extrañaban al ver la esvástica y exclamaban:

“¡Pero si eso es fascista!”.

55

»Siempre he dicho que los españoles desconocen a Euzkadi.

»Y a renglón seguido preguntaban: “¿Cómo no habéis hecho aquí la revolución?”. »Nosotros respondíamos: “En Euzkadi el contexto sociopolítico es muy diferente del resto de España en estos momentos. Nosotros no pertenecemos al Gobierno vasco, y nuestro trabajo consiste en presionarle para que tome ciertas medidas de carácter social con objeto de que la gente se interese más en la lucha³⁶”».

La presencia de batallones asturianos en Euzkadi y vascos en Asturias no contribuyó a limar las diferencias y en ocasiones incluso ayudó a agrandarlas. Los asturianos defendieron la República en territorio vasco desde el inicio de la guerra hasta el final. El contingente más importante salió en la primavera de 1937. Eran nueve brigadas de tres batallones cada una, que salieron de

³⁶ Luis María y Juan Carlos Jiménez de Aberasturi, *La guerra en Euskadi*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978, p. 207.

Asturias entre el 3 de abril y el 29 de junio y regresaron entre el 24 de junio y el 27 de julio. Aportaban de 15.000 a 17.000 hombres agrupados en 27 batallones del PSOE, PCE, CNT, JSU e IR, formados por un número de soldados que oscilaba entre 450 y 800. Más de un 20 por ciento no regresaron. Entre muertos y prisioneros sumaron 3.000 bajas. Sólo uno de los batallones, el Víctor, registró 113 víctimas mortales.

A Asturias los primeros batallones vascos llegaron en octubre y noviembre de 1936 en una primera expedición y sobre todo en febrero de 1937 con la segunda. La primera, más modesta, compuesta por batallones de milicianos de izquierdas destinados a ayudar a los asturianos en el asedio al cerco de Oviedo, ya provocó resquemor al nacionalismo vasco y su Gobierno. El presidente Aguirre reprocharía más tarde a la República la pérdida de hombres y municiones en aquel repetido asalto al fortín rebelde de la capital asturiana, además de sus repercusiones en el no menos sonado fracaso de Villarreal. Para el presidente, donde aquellos soldados vascos deberían combatir era en su tierra, y consideraba que su presencia en Asturias mermó la potencia ofensiva de la operación alavesa «puesto que ya el enemigo tuvo ocasión de conocer la eficacia de los nuevos elementos de combate que podían allí emplearse³⁷».

Sin embargo, la segunda expedición de febrero, en la que coincidieron batallones nacionalistas y otros que no lo eran, supuso un serio conflicto entre los Gobiernos de Valencia y Bilbao. El consejero de Justicia, Jesús Leizaola, presentó un escrito de protesta haciéndose eco de la resistencia de los nacionalistas a ir a combatir «a España», algo que para el sector más tradicional del PNV resultaba absolutamente intolerable. Aguirre, que acusaba a la República de intentar probar la fidelidad de los nacionalistas, resolvió el problema pidiendo voluntarios. Al final, con los siete batallones, que eran la mitad de los solicitados, se formaron dos brigadas, una de ellas nacionalista, con el comandante Cándido Saseta al frente, el fundador del Euzko Gudarostea. La expedición incluía algunos carros de combate y dos baterías de artillería pesada.

La segunda expedición, traumática para el nacionalismo vasco que sólo aspiraba a defender su tierra y sus fronteras, se saldó con un fracaso aún mayor que la primera, porque el esfuerzo fue superior y el resultado el mismo, sin lograr romper el mítico pasillo de treinta kilómetros desde Oviedo en

³⁷ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., p. 51.

dirección al occidente de Asturias con el que los rebeldes consiguieron abastecerse, resistir y quebrar la moral de los republicanos.

56

Los más cruentos combates tuvieron por escenario el cauce medio del Nalón. El vasco Ramón Laniella, al frente del batallón Euzko Indarra, sería el primero en cruzar el río con varios cientos de soldados el 21 de febrero, pero al día siguiente tuvieron que volver a atravesarlo perseguidos por los franquistas. Los batallones del PNV se sintieron en momentos clave abandonados a su suerte y no ahorraron reproches y acusaciones a los asturianos. Las pérdidas humanas fueron muy elevadas. Sólo en una jornada las bajas llegaron a 600. Además de los batallones rojos y anarquistas resultaron especialmente castigados los de ANV, que perdieron al 60 por ciento de sus oficiales. Entre los muertos expedicionarios vascos figuraba Cándido Sasetta, un emblema para el nacionalismo vasco tan entrañable como el jefe de los capellanes, José María Korta, desaparecido durante la misma ofensiva. Sasetta estaba entre los nacionalistas que se oponían al envío de la expedición vasca a Asturias, aunque acabó desplazándose con ella por disciplina. En noviembre también había muerto otro comandante vasco en combate en Asturias, el del batallón Rusia, de las Juventudes Socialistas Unificadas, José Altuna Soruca.

También en el País Vasco las acusaciones mutuas entre nacionalistas vascos y asturianos fueron continuas en el campo de batalla. La más frecuente que padecían los asturianos era la de abandonar los frentes en muchas de las batallas, algo no ligado a una supuesta cobardía, sino a su indisciplina. Pero también se asume sin excesiva discusión que los asturianos estuvieron en las más arriesgadas y sangrientas misiones como auténticos batallones de choque, lo que venía a ser carne de cañón en aquella guerra tan desequilibrada donde las cartas parecían marcadas de antemano.

Como en un partido de pelota (según Aguirre los *gudaris* arrojaban con gran precisión las granadas por ser diestros pelotaris) los asturianos devolvían estas acusaciones a los vascos, cuestionando además su espíritu guerrero. En junio de 1937 un informe de la V Brigada Expedicionaria reseñaba que al llegar al frente el batallón vasco que les debía acompañar no estaba y además

«muchos soldados del batallón Munguía, que se encontraban de guarnición en Portugaleta, estaban vestidos de paisano comentando alegremente el avance enemigo, no mostrando inquietud alguna, dando esto lugar a que nuestros soldados sientan recelos por ellos».

Partes de guerra como éste no sólo aluden continuamente a abandonos de posiciones de los vascos, sino a habituales desbandadas. Parece que los soldados asturianos, sorprendidos por las misas de campaña de los vascos, hacían comentarios como «Curas adelante, curas atrás. ¿Contra quién disparamos?». Y se respondían a veces diciendo: «Id vosotros, que sois *gudaris*, y como estáis en paz con Dios, vais al cielo». También hay quien les oyó gritar desde las trincheras a los franquistas: «¡Ya os podéis preparar, que no somos vascos! ¡Somos asturianos!».³⁸

57

Desde la siniestra objetividad que supone la mirada del enemigo, los informes franquistas abundaban en destacar la combatividad de los revolucionarios sobre la de los nacionalistas por una cuestión puramente ideológica. El coronel de artillería franquista José Manuel Martínez Bande contrasta el «ímpetu de los grupos revolucionarios que, siendo en sí una fuerza ciega, puede en determinados momentos de angustia rendir insospechados frutos», frente a la actitud de los nacionalistas vascos que «en rigor, ni eran hombres de guerra ni poseían la moral de desesperación de los que tenían poco o nada que perder».

«Aquel ímpetu había sido muy eficaz en el Madrid de 1936 y daría fuerzas de flaqueza a los revolucionarios asturianos en septiembre y octubre de 1937, prolongando dramáticamente una lucha desesperada, sin esperanzas de ayuda; pero faltó en las más de las jornadas de lucha en Vizcaya»³⁹.

Esa aureola revolucionaria de los asturianos de la dinamita mantuvo toda una leyenda que provocaba recelos y temores entre los vascos, especialmente en las zonas rurales, feudo del conservadurismo y el tradicionalismo católico. Como había pasado en los Países Bajos en la época del duque de Alba con los españoles, ahora el grito de «¡Qué vienen los asturianos!» servía para asustar a la población y extremar las precauciones. Un informe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) franquista daba cuenta de este miedo de la población civil a los asturianos, «cuyas intenciones de destrucción son bien notorias».

³⁸ Mariano Suárez Rodríguez, *¿Quién escaeció a Belarmino Tomás?*, Andecha Llibros, Oviedo, 2004, p. 297.

³⁹ José Manuel Martínez Bande, *La guerra en el norte. Monografías de la Guerra de España*, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1969, p. 39.

Todo ello explica que se diese el caso de tropas asturianas a las que no se les permitió ocupar recintos sagrados como cuartel o curiosas medidas preventivas adoptadas para evitar incidentes, como la de la VIII Brigada Asturiana de Ladreda, que en sus ordenanzas indicaba que «se prohíben las blasfemias en presencia de los vascos».

Frecuentemente las precauciones eran inútiles. El parte de incidentes entre vascos y asturianos es amplio, e incluye desde episodios menores, como una bronca en un cabaré de Bilbao donde un comandante asturiano acabó arrestado, a otros muy graves con armas de por medio, como uno que reseña en Güeñes el 21 de junio el comisario político asturiano Marcelino Fernández Villanueva: «Fue el día de hoy doloroso para toda la brigada por los incidentes ocurridos entre vascos (nacionalistas), asturianos y santanderinos en los que se llegaron a emplear fusiles ametralladores. En el primer incidente he llegado a tiempo para evitar hechos más graves, consiguiendo poner fin a éste con un abrazo entre los contendientes». Más adelante, cuando el frente del norte se desmoronaba, se echaron en falta mediaciones conciliadoras y estos incidentes fueron más graves y frecuentes.

La literatura y la historia están llenas de alusiones a estas complicadas relaciones de guerra entre nacionalistas vascos y asturianos. El periodista George Steer, que acudió a Euzkadi a cubrir el conflicto para *The Times* y acabó identificándose abiertamente con el nacionalismo, tenía a los asturianos por cenizos y delincuentes:

«Los asturianos estaban altamente satisfechos de la batalla. Vehementes y melencólicos, caminaban llevando colgadas de sus fusiles las gallinas robadas en los caseríos y en la bandolera patatas arrancadas de raíz»⁴⁰.

58

Saqueadores y hasta asesinos son otras de las acusaciones a los soldados asturianos de plumas como la de Steer. Su compatriota Hugh Thomas, apoyándose en Martínez Bande, pone incluso un ejemplo, al parecer falso, referido a una parroquia cercana a Durango:

«Además había unos diez batallones de asturianos, que eran muy impopulares entre los vascos porque se dedicaban a robar ganado, a seducir muchachas vascas e incluso, algunas veces, a cometer asesinatos:

⁴⁰ Georges Steer, *El árbol de Guernica*, Txalaparta, Tafalla, 2002, pp. 446 y 447.

por ejemplo, el cura de Abadiano fue fusilado por los asturianos a su paso por el pueblo»⁴¹.

En carta a Manuel Irujo el 20 de mayo de 1937, Jesús Leizaola insinuaba que habían sido soldados asturianos los autores de varios asesinatos de nacionalistas en Ceánuri, y que había tenido que intervenir una compañía de *gudaris*. Sin embargo, José Antonio Aguirre culpó de estas matanzas a milicianos vascos de izquierdas. En cambio, el presidente apuntó sin duda la responsabilidad del crimen de dos hermanos vascos en Sopuerta a los asturianos, al igual que el asalto y el saqueo de la casa del comandante del batallón Avellaneda. Aquellos hermanos, apellidados Capetillo, murieron por proteger la iglesia de su pueblo.

José Antonio Loinaz, un cura vasco que sobrevivió a la guerra y a los asturianos, y que estuvo en Asturias como capellán del batallón Loyola, no se mordió tampoco la lengua al plasmar por escrito sus recuerdos: «¡Qué antipático se nos presenta este pueblo!». ⁴²

El dirigente comunista asturiano Juan Ambou, aunque nacido en Cataluña, al analizar que la falta de solidaridad entre las regiones del norte fue una de las causas de la derrota, indica que la máxima responsabilidad «recae en el presidente Aguirre, por su absoluto desprecio a los asturianos y santanderinos», aunque también reconoce que el Consejo asturiano, del que formó parte, «pagaba con la misma moneda, adoptando una política hostil contra los vascos y los santanderinos»⁴³.

Con Santander por el medio evitando las fronteras, vascos y asturianos parecían dos mundos tan diferentes y con tan escasa voluntad de entenderse que los comportamientos o culturas de unos les resultaban casi exóticos a los otros. Tan sorprendente era por ejemplo para la población asturiana oír hablar en euskera a los *gudaris*, que en Arriendas pasaban por ingleses, como para los vascos escuchar el inconfundible ruido de las madreñas que calzaban en Euzkadi los soldados asturianos, lo que les llevaba a exclamar que «¡andaban como los gatos por el monte!». ⁴⁴

⁴¹ Hugh Thomas, *La Guerra Civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1995, p. 667.

⁴² *Historia General de la Guerra Civil en Euskadi*, tomo VII, «El clero vasco en el ejército de Euzkadi», ob. cit., p. 155.

⁴³ Juan Ambou, *Los comunistas en la resistencia nacional republicana*, Hispamerca, Madrid, 1978, p. 248.

⁴⁴ Testimonio del combatiente comunista Niño Calvo, recogido por Koldo Azkue.

Para el socialista vasco y ministro republicano Julián Zugazagoitia, fusilado por los franquistas al terminar la guerra, quienes más padecieron las disputas de sus vecinos fueron los santanderinos: «La capital de La Montaña no había merecido, en ningún momento, atenciones idénticas a las que se dedicaron a Vizcaya y Asturias. ¿Era tierra expósita? Sólo sé que en ella el acatamiento a las órdenes del Gobierno fríe perfecto; que sus autoridades cuidaron por todos los medios de incorporar la provincia a una normalidad legal intachable y que, con un sentido justo de las obligaciones del momento, se aplicaron a mediar en las diferencias de asturianos y vascos. Ese ajustarse al deber les quitó personalidad. El drama de su derrota parecía no contar»⁴⁵.

59

«NAPOLEONCHU»

Si no hay ejército victorioso sin disciplina ni mando único, el republicano del norte estaba condenado a la derrota. En realidad, como reconoció Largo Caballero, nunca hubo tal Ejército del Norte, sino tres divididos por provincias, o dos si admitimos cierta unidad entre Asturias y Santander, aunque lo más riguroso es aludir a cuatro si tenemos en cuenta que el vasco se dividía a su vez entre el nacionalista y el que no lo era.

Estados mayores, como vimos, hubo dos. El vasco se adelantó al republicano, lo que enorgullecía al presidente Aguirre, que veía en ello una señal inequívoca de mayor competencia.

Para la unificación del mando fue enviado al norte el general Francisco Llano de la Encomienda desde Barcelona, donde era el jefe del ejército. Había sido animado por Mola en una llamada telefónica a sumarse a la rebelión, pero se mantuvo fiel a la democracia. El líder golpista le respondió con tono amenazador:

—Pues aténgase usted a las consecuencias.⁴⁶

Las consecuencias para Llano le llevaron a vérselas frente a frente en el norte con Mola, pero la partida era desigual, porque Llano jamás tuvo ninguna

⁴⁵ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Tusquets, Barcelona, 2001, p. 343.

⁴⁶ José María Iribarren, *Mola. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional*, Talleres Editoriales El Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1938, p. 105.

autoridad sobre los suyos y desde el primer día fue boicoteado por el nacionalismo vasco, que acabaría humillándole.

Aguirre le consideraba la personificación de la incompetencia, pero en realidad el rechazo se debía a que lo que personificaba Llano era la pretensión de la República de unificar el mando, las tropas y la estrategia militar, algo que atentaba contra la autonomía vasca, que funcionaba como un Estado paralelo.

Al presidente le irritaron algunas de las primeras medidas que intentó tomar el general en jefe del norte republicano, como convertir la Academia Militar que había puesto en marcha el Gobierno vasco en común para las provincias de Asturias, Santander y Vizcaya, o eliminar oficialmente el nombre de «Ejército de Euzkadi».

Aislado, desprestigiado, sin más apoyo que el de su jefe de Estado Mayor, Francisco Ciutat, el norte fue para Llano un verdadero tormento y un borrón en su carrera. Un día fueron los dos a llorar sus penas al despacho de Julián Zugazagoitia en el periódico *La lucha de clases*. Allí le contaron que la insolidaridad nacionalista había llegado al punto de rechazar hasta última hora la presencia en el País Vasco de batallones asturianos y santanderinos: «Esa negativa a recibirlos se fundaba en el deseo de los nacionalistas de ser ellos solos quienes defendiesen su país. Lo han dicho concretamente: “Iremos con mucho gusto en ayuda de Asturias y de quien nos necesite; pero aspiramos a ser nosotros solos quienes defendamos Euzkadi”. Venciendo esta resistencia hemos gastado el tiempo y hemos llegado tarde. Este concepto nacionalista, mezquino, nos está haciendo mucho daño. El norte, con zona autonómica o sin ella, necesita ser un bloque defensivo con unidad de mando y obediencia»⁴⁷.

60

En febrero, apenas tres meses después de su llegada, Llano trasladaba su cuartel general de Bilbao a Santander dando por perdida la batalla interna, preludio de las externas que más tarde tampoco ganaría su ejército «plural». Antes había pasado por la humillación de ver cómo Aguirre le retiraba su jurisdicción en Vizcaya. «Me sobran motivos para hacerlo», justificó el presidente.⁴⁸

⁴⁷ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, ob. cit., p. 296.

⁴⁸ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., p. 45.

Meses más tarde, en Barcelona, cuando ya todo estaba perdido en el norte, Llano se sinceraba en Barcelona con el presidente de la República, Manuel Azaña, con más resignación que resentimiento. Como mucho, «si hubieran consentido los vascos dejarse guiar militarmente», para el general su territorio hubiese aguantado unos meses más. Azaña le pidió que redactara un informe, pero Llano se resistía porque ya no veía que tuviese sentido andar «echando veneno contra nadie»⁴⁹.

Llano de la Encomienda murió en el exilio en México, pasado por las armas, pero no en combate, sino durante un atraco en el banco donde trabajaba. Según el cenetista Manuel Chiapuso — que también era de los que no le respetaba y le tenía por «el típico general español: mucho esperma y pocos conocimientos de la ciencia guerrera» — murió acribillado a balazos tras responder altanero a la orden de los atracadores para que los empleados se pusieran con las manos sobre la pared dando la espalda: «Un general español nunca da la espalda»⁵⁰.

Llano no fue el único al que Aguirre y el nacionalismo vasco pararon los pies impidiendo toda tentativa unitaria. El nombramiento del socialista asturiano Ramón González Peña como comisario general del Ejército del Norte nunca fue admitido por el Gobierno vasco. La visita, recién nombrado, del que fuera líder de la revolución asturiana de 1934 a Aguirre para comunicarle el «cercenamiento» que este nuevo cargo suponía para su Gobierno, fue interpretada por el presidente como una verdadera insolencia y una muestra del desconocimiento de la «idiosincrasia del pueblo vasco»⁵¹.

El objetivo del mando único era ya entonces un clamor en todas las fuerzas antifascistas y una petición conjunta de todos los partidos del Frente Popular, desde los republicanos moderados a la extrema izquierda, y este deseo se había hecho público antes del inicio de la nueva ofensiva de los sublevados.

Sin embargo, el PNV logró abortar esas pretensiones unitarias y a Llano le sustituyó en Euzkadi el mismísimo presidente Aguirre, que ya ostentaba la cartera de Defensa. A principios de mayo toma oficialmente el mando de su ejército, aunque los *gudaris* nacionalistas ya lo tenían desde el primer día por

⁴⁹ Manuel Azaña, *Memorias políticas y de guerra 1937-1939*, Crítica, Barcelona, 1997, pp. 278 y 279.

⁵⁰ Luis María y Juan Carlos Jiménez de Aberasturi, *La guerra en Euskadi*, ob. cit., p. 205.

⁵¹ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., p. 40.

el jefe supremo. Los milicianos republicanos, en cambio, le empezaron a llamar «Napoleonchu», ironizando sobre sus ambiciones militares.

61

Poniéndose al frente de sus soldados Aguirre se contradecía, porque siempre había defendido que las decisiones en la guerra tenían que tomarlas los militares profesionales, a los que se deberían subordinar los políticos. Ese criterio sí lo aplicó en su Estado Mayor, donde dio mando a los militares de carrera frente a los civiles politizados que con tanta facilidad ascendían en los escalafones del ejército republicano. Como jefe de Estado Mayor situó al teniente coronel Alberto Montaud, el militar que para Aguirre representaba exactamente lo contrario que Llano. Le parecía tan competente que jamás ahorra elogios para describir su talento, convirtiéndose, hasta que se fugó a Francia, en su asesor militar imprescindible. Tras Montaud el siguiente en la jerarquía era el comandante Modesto Arambarri, jefe del Ejército de Euzkadi.

La ascensión de Aguirre a la jefatura del ejército se justificaba por su popularidad y su carisma ante las tropas, tan necesitadas de moral. No levantó mayores críticas en Vizcaya, pero fue desautorizada por el presidente del Gobierno republicano, Largo Caballero, que reaccionó con indignación, viendo en aquella decisión el síntoma inequívoco de las culpas de los suyos en el desastre militar del norte. Justificándose, el presidente vasco recordaba que su nombramiento fue aconsejado incluso por el consejero de la Embajada de la URSS acreditado ante el Gobierno vasco, José Tumanov, que le recomendó como asesor al general ruso Goriev, muy prestigioso por su labor en la defensa de Madrid.

Aguirre informó a la República de que Tumanov aplaudía su nombramiento porque «a un problema nacional como el que aquí existe, un mando nacional», y destacaba sin modestia la unanimidad que concitaba. «Y es que alrededor de mi persona, perdóneme esta jactancia, se han unido todas las fuerzas políticas, incluso los comunistas, por lo menos en grandes letrados de sus periódicos»⁵².

Sin embargo, Aguirre nunca se unió a los comunistas en su obstinada petición del mando único, un empeño en el que destacaron especialmente, pero sin éxito alguno. Aunque tenía un comunista en su Gobierno, lo que suponía un caso único en Europa, la animadversión del presidente vasco a esa corriente política y su partido era extraordinaria, casi enfermiza. Ante Azaña, en una de sus visitas, llegó a tildarlos de «mongoles». «Se queja de la

⁵² José Antonio Aguirre, *ibíd.*, p. 112.

propaganda comunista que en el “País” produce malísimo efecto, porque allí son demócratas y cristianos, y las ideas y criterios “mongólicos” repugnan. Me enseña unos cuadernos de propaganda con dibujos y fotos que le escandalizan»⁵³.

El desprecio a Llano se debía en buena parte a que para Aguirre era un títere del PCE, y Ciutat estaba en la misma lista negra invisible porque era militante, algo que no paliaba el hecho de haber sido alumno de Montaud, aquel hombre adusto que dormía en una silla con un cojín en la cabeza y que para los nacionalistas vascos era la representación del perfecto militar.

62

La distancia marcada con los asturianos también tenía que ver en el nacionalismo vasco con la relevante implantación en Asturias del PCE, hasta el punto de que la líder comunista vasca Dolores Ibárruri, Pasionaria, saldría en 1936 diputada por aquella región y no por la suya.

Aguirre consideraba a los comunistas enemigos de Euzkadi y maestros de intrigas y conspiraciones de todo tipo contra su Gobierno, su país y su persona, sobre todo a través del ejército republicano. Según fuentes fiables, al menos el 90 por ciento de la oficialidad de este ejército estaba afiliada al PCE. La propia estructura interna del partido, muy militar y jerarquizada, su obediencia debida, su disciplina, su férrea voluntad, su objetivo de unificar el mando para garantizar la victoria y el apoyo que recibía de la URSS en armas, dinero, militares y asesores, convirtieron al PCE durante la guerra en un partido poderoso, cuando en 1936 no había salido de la marginalidad.

Los comunistas criticaban la excepción en el territorio republicano que suponía la política del Gobierno vasco. Pedían la nacionalización de la industria y de la banca, la represión de la quinta columna, el control obrero de las fábricas y los comisarios políticos en el frente, algo que al PNV le espantaba porque le sonaba a revolución.

El PC de Euzkadi era vasquista, defendía la autodeterminación y muchos de sus líderes en el partido y en los batallones, como Jesús Larrañaga, hablaban euskera con tanta familiaridad como el mismo presidente Aguirre. La presencia de Juan Astigarrabia en el Gobierno era una contradicción que acabó resolviendo el partido tras la caída del País Vasco en poder de Franco, como era habitual en aquella época marcada por el estalinismo: fue expulsado tras retractarse de sus grandes culpas por practicar una política antiobrera en

⁵³ Manuel Azaña, *Memorias políticas y de guerra 1937-1939*, ob. cit., p. 258.

un Gobierno burgués. Temiendo por su vida y a sus propios ex camaradas, el consejero vasco comunista acabó exiliándose, aunque sería finalmente rehabilitado por el PCE.

La unidad militar frente al fascismo en armas en el norte fue una utopía como la comunista, pero parecía tan imprescindible como fácil de conseguir dado el material humano con el que se contaba.

Mijail Koltsov, uno de esos asesores rusos vistos con tanto recelo en el hotel Carlton, observaba en Euzkadi que «el pueblo, los soldados, los obreros, quieren luchar por su libertad, por su independencia, contra los italianos, pero no hay quien los organice»⁵⁴.

Julián Zugazagoitia, que no necesitaba asesoramiento para juzgar a sus compatriotas, lamentaba no haber sabido unir a combatientes tan complementarios:

«Aisladamente, el hombre más valeroso del norte es el asturiano; de la misma manera que el más eficaz, como soldado regular, resultó ser el vasco»⁵⁵.

LA ADVERTENCIA DE GUERNICA

63

Marzo no fue en 1937 un buen mes para los rebeldes en el frente del centro. Madrid no resultó la conquista fácil que pensaban, y en Guadalajara los italianos que acudieron en apoyo de Franco perdieron no ya una importante batalla, sino todo el prestigio que hasta entonces hubieran podido atesorar. Sin ropa adecuada, con noches a menos de quince grados bajo cero y guiados por mapas Michelin de carreteras con datos equivocados, los soldados enviados por Mussolini acabaron provocando en su huida la hilaridad del enemigo y escribiendo uno de los episodios más bochornosos de su historial militar. Desde entonces lavar aquella afrenta en el campo de batalla sería su prioridad y su obsesión.

En el norte Franco les brindaría la oportunidad. Los reveses en el centro le hicieron elevar la vista en el mapa hasta Vizcaya, el próximo objetivo. El parón

⁵⁴ Mijail Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Akal, Madrid, 1978, p. 409.

⁵⁵ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, ob. cit., p. 347.

en la ofensiva agonizaba. Con su lenguaje directo, Mola lo advertía mediante un texto leído en la radio y arrojado en octavillas por aviones sobre la provincia:

«He decidido terminar rápidamente la guerra en el norte. Se respetarán las vidas y haciendas de los que rindan sus armas y no sean culpables de asesinatos. Pero si la rendición no es inmediata, arrasaré Vizcaya hasta sus cimientos, comenzando por sus industrias de guerra. Dispongo de medios para hacerlo».

El 31 de marzo Durango y Elorrio fueron testigo del cumplimiento de su amenaza, rompiendo la calma en el frente vasco que se mantenía desde el día del Pilar anterior, hacía casi medio año.

Aviones alemanes e italianos, con los potentes Junker 52 de la Legión Cóndor germana al frente, arrasaron Durango desde primera hora de la mañana en el bombardeo más violento que hasta entonces había padecido en la guerra una zona densamente poblada. Se ensañaron especialmente con las iglesias, muriendo sacerdotes, monjas y fieles mientras asistían a misa. En la parroquia de Santa María, de gran valor artístico, el cura Carlos Morilla fue sepultado con la hostia sagrada entre sus manos. En la iglesia de los jesuitas las bombas irrumpieron mientras los fieles comulgaban. En la capilla de Santa Susana, de las agustinas, perdieron la vida 14 monjas. En total en Durango, donde se repitieron los ataques aéreos el 2 y el 4 de abril, murieron el día de la vuelta de las hostilidades 127 personas y más tarde otras 121 que habían resultado heridas. La propaganda de los agresores, con Queipo de Llano a la cabeza desde el micrófono de Radio Sevilla, culpó de la carnicería a los republicanos, a los que acusaba de encerrar a las víctimas en las iglesias y luego prenderles fuego.

En Durango y Elorrio comenzaba la internacionalización de la guerra en el norte y los ensayos nazis que servirían de banco de pruebas de cara a la inminente guerra mundial. Al comienzo de esta segunda fase bélica, el ejército vasco contaba con una pequeña superioridad en hombres sobre la tropa sublevada: 40.000 o 45.000, según las fuentes, frente a unos 38.000, de los que 7.000 eran italianos dispuestos a vengar su ridículo en Guadalajara. Sin embargo, la inferioridad vasca en armamento era evidente, sobre todo en artillería y aviación, que se manifestaron decisivas, sobre todo la última.

I. Los vascos y la guerra civil

En las durísimas y sangrientas batallas del mes de abril, acompañadas con frecuencia por un pésimo clima, la maquinaria de guerra franquista se mostró irresistible, aunque los vascos, apoyados por asturianos y santanderinos, ofrecieron resistencia, a veces verdaderamente heroica. Mola ensayó con éxito por vez primera una acción combinada que hizo aparecer en España la guerra moderna: utilización intensiva de artillería acompañada de bombardeos continuados, incluso durante varios días, para dar paso finalmente a la infantería.

La ofensiva rebelde se acercaba a Bilbao mucho más despacio de lo que deseaba Mola, que había pronosticado tres semanas y al final fueron meses, pero decidió dar una advertencia previa en Guernica. La villa sagrada de los vascos fue escogida para perpetrar el 26 de abril el más cobarde, implacable y devastador ataque a una población civil que hasta entonces se había conocido. En un día de mercado, aunque se había suspendido por la cercanía del frente, los Junker 52 alemanes aparecieron para mostrar que lo de Durango no había sido más que un preámbulo. Les acompañaban Heinkel 111, Dornier Do 17, Savoia Marchetti 79 Sparviero, Fiat CR 32 y Me-109.

Era otro ensayo nazi para la II Guerra Mundial, pero más serio. Adolf Hitler había propuesto a Francisco Franco que el bombardeo masivo fuese en Madrid, pero el gallego arguyó que esa elección provocaría un gran escándalo internacional y además en la capital contaba con muchos seguidores clandestinos, la quinta columna que saldría a la luz con su victoria. Le propuso en cambio una localidad pequeña y periférica, pero cargada de valor afectivo para el enemigo. Guernica fue la elegida, como más tarde, en la II Guerra Mundial, lo sería Coventry, una pequeña ciudad muy especial para los británicos, con históricos monasterios.

Primero cayeron las bombas pesadas, de hasta 250 kilos, luego las incendiarias, y al final aparecían aviones ligeros que ametrallaban sin piedad a los que huían, volando tan bajo que las víctimas veían antes de sucumbir la cara de sus asesinos. Se calcula que pudieron caer unas 30 toneladas de explosivos, de forma que el 70 por ciento del pueblo fue destruido. Nunca hubo un balance oficial de las víctimas inocentes, pero se estima que las personas fallecidas fueron unas 150, entre ellas muchas mujeres, ancianos y niños. Guernica tenía entonces 6.000 habitantes.

Sería casualidad o causalidad, puede que la fortuna o el instinto, pero por Guernica pasaba Alberto Onaindia cuando sobre la villa cayó el infierno. El

cura iba en dirección a su pueblo de Marquina acompañado por el alcalde del PNV de Deva, Florencio Markiegi. El periodista Onaindia, que tuvo más éxito con la pluma que con la sotana, se convirtió en los ojos de Euzkadi para mostrar al mundo el mayor episodio de barbarie que hasta entonces se había vivido en la guerra entre hermanos, demostrándose además la participación fascista extranjera en apoyo de los sublevados.

65

Tres horas después del bombardeo, durante las cuales repartió ayudas y absoluciones en aquel escenario dantesco, Onaindia recogió a su amplísima familia entre la masa que huía despavorida por la carretera, tras encontrar primero a su hermano y más tarde a su madre y a su hermana. Luego en Lequeitio localizó a su cuñada y a sus cuatro sobrinos, el mayor, de cuatro años. De inmediato se acercó a Bilbao a explicar a José Antonio Aguirre la destrucción de Guernica, donde milagrosamente se había salvado el viejo roble bajo el que prestara juramento. Mientras cenaba la noche anterior en Bilbao, fue precisamente el presidente quien le había aconsejado acercarse hasta Marquina para evacuar a su madre, dada la situación en el frente. Aguirre le encomendó que saliera de inmediato hacia Francia para hacer de altavoz ante la comunidad internacional de lo que había visto.

El día 29 ya estaba el padre Onaindia en París para cumplir su misión, justo cuando el ventilador de la infamia franquista se había puesto a funcionar. Como en Durango, los franquistas propagaron la especie de que en Guernica habían sido las tropas republicanas, concretamente los dinamiteros asturianos, los que habían provocado el espantoso incendio que asoló la villa tras el bombardeo. Hasta el juicio de Núremberg, tras la II Guerra Mundial, los autores de aquella masacre no reconocieron su autoría. Incluso el cardenal Gomá, la sotana propagandística de los sublevados, pero con la mentira como argumento, informó al Vaticano y dijo en Roma que había estado en Guernica días después de la tragedia y que había comprobado por unos cortocircuitos que los responsables de la destrucción habían sido los republicanos.

Onaindia salió al paso de esta calumnia, propagada en la prensa franquista, ante los periodistas franceses, pero su testimonio presencial sólo sirvió en la España franquista para convertirle definitivamente en uno de los primeros enemigos a batir, incluso desde los púlpitos.

Coincidiendo en este caso con Mateo Mágica, que desde su exilio romano también levantó su voz de indignación ante el Vaticano, el padre Onaindia sólo recibió incomprendimientos, desprecios o ataques directos por parte de la

Iglesia. El Cabildo Metropolitano de Valladolid, donde el de Marquina no había dejado de ser canónigo, envió un telegrama a Franco y Queipo de Llano en el que censuraba sus «ideas separatistas» y condenaba su «conducta indigna y escandalosa», anunciando que «ha roto para siempre toda hermandad con él, y que moralmente le considera como excluido de su seno»⁵⁶.

Sin embargo, no era aquel hombre precisamente un cura dócil, ni siquiera con la jerarquía eclesiástica, sino un rebelde con causa al que la mentira y la injusticia irritaban especialmente, como tuvieron ocasión de comprobar por aquellos días en la Nunciatura en París de la Santa Sede. Recibido el 1 de mayo por monseñor Efrén Forni, en ausencia del nuncio, monseñor Valerio Valeri, nada más llegar a su despacho, sin tomar asiento siquiera, le espetó que era un mentiroso porque no había estado en Guernica el día del bombardeo. No tardó en arrepentirse y humillarse:

66

«“Usted estuvo aquí en esta casa la semana anterior — me dijo —. Bilbao está bloqueada y no es posible entrar y salir de aquella ciudad”.

Sus maneras y sus palabras eran de mandarín impertinente. Herido en lo más vivo de mi propio honor, con gran calma le mostré mi pasaporte con los sellos de aduana de Francia de salida y entrada en territorio francés. Le indiqué que un avión me había llevado y traído en viaje de Parma-Bilbao-Parma. Y sin más le dije que no mostraba él condiciones de diplomático ni de sacerdote al acoger así a un eclesiástico que venía de presenciar una inmensa tragedia de sangre y de muerte en su propia patria. Le ordené que inmediatamente saliera de la Nunciatura, por indigno, y que me dejara a mí regentar aquella casa en ausencia del señor nuncio. La impresión que yo daba era, sin duda, de vivo dolor, y monseñor me pidió perdón, poniéndose de rodillas. “Questo a estato un equívoco”, me dijo. Y, sin más, salí de la Nunciatura»⁵⁷.

Lo de Guernica no había sido un equívoco, sino una advertencia. Por si quedaban dudas, las despejaba el cardenal Gomá en su respuesta a la carta que le envió Onaindía describiendo lo que había visto en la villa martirizada. Tras culpar a las víctimas de lo ocurrido porque «los pueblos pagan sus pactos con el mal y su protervia en mantenerlos», el primado de España daba un ultimátum a los vascos, tomando la espada en vez del cáliz:

⁵⁶ Alberto Onaindía, *Hombre de paz en la guerra*, ob. cit., p. 249.

⁵⁷ Alberto Onaindía, *ibíd.*, p. 252.

«He trabajado con denuesto en pro de Vizcaya desde agosto último. Seguiré haciéndolo. Pero me permito responder a su angustiada carta con un simple consejo: que se rinda Bilbao, que hoy no tiene más solución. Puede hacerlo con honor, como pudo hacerlo hace dos meses. Cualquiera que sea el bando autor de la destrucción de Guernica, es un terrible aviso para la gran ciudad»⁵⁸.

El «terrible aviso» de Guernica daba paso en aquellas fechas a la ascensión de Aguirre a la jefatura de su ejército y a una intensificación de las negociaciones.

FRANCO Y EL VATICANO PIDEN LA RENDICIÓN

Los intentos negociados para que los nacionalistas vascos abandonasen a sus aliados coyunturales republicanos comenzaron con la guerra, pero se redoblaron de tal manera tras la destrucción de Guernica que se convirtieron en una tarea agotadora para los intermediarios de los franquistas, el Vaticano e Italia.

Se trataba de convencer a los católicos vascos para que corrigiesen su error al combatir contra unos sublevados que habían hecho de la Iglesia su principal aliada y del catolicismo amenazado por el marxismo su bandera. La guerra estaba fatalmente decidida y aún estaban a tiempo de evitar la pérdida de miles de vidas humanas y la destrucción de Bilbao, su gran ciudad y pulmón industrial y financiero del País Vasco y el norte de España.

67

Con este fondo de política, religión y guerra, nada debe extrañar que la mayoría de los negociadores e intermediarios vistiesen sotana. Alberto Onaindia, el portavoz e interlocutor inevitable del Gobierno vasco, también la llevaba, aunque no solía usarla en sus delicadas tareas diplomáticas. En aquellos diálogos entre curas, que podrían parecer ejercicios espirituales, se estaba decidiendo la suerte de la guerra en España.

Onaindia había trasladado su cuartel general y la sede de todas sus operaciones a Villa Zubiburu, la mansión de San Juan de Luz donde le había cedido aposento su amigo José Gamma, un exiliado vasco, ex presidente de la bolsa de Bilbao, que allí vivía con su familia. De camino hacia la iglesia de San José, junto al puente del ferrocarril, aquel caserón apartado y discreto era el

⁵⁸ Alberto Onaindia, *ibíd.*, p. 254.

lugar ideal para que pasasen desapercibidas las altas misiones de Estado del cura nacionalista, algo por otra parte casi imposible en aquella época en el País Vasco Francés, nido de espías de todo tipo de nacionalidades y tendencias políticas. Muy cerca, por ejemplo, estaba el centro de operaciones del espionaje franquista, en el Gran Hotel de Biarritz.

Ya en febrero, el día 17, se presentó en Villa Zubiburu, enviado por los franquistas, el antiguo sacerdote de la diócesis de Madrid Casimiro Morcillo, viejo conocido de Onaindia y futuro presidente de la Conferencia Episcopal Española. En nombre de «los nacionalistas vascos de Donostia» insistía en la necesidad de la rendición de Bilbao. En aquellas fechas los franquistas presumían de tener asegurada la inminente caída de Madrid y sólo respetarían Bilbao si su rendición se pactaba antes. Al día siguiente Onaindia se reunió con el conde de Torrubia, delegado de la Cruz Roja y negociador en canjes de prisioneros, que fue más explícito en su oferta, salida de Mola, con quien acababa de entrevistarse. Aunque estaba disgustadísimo con los vascos y su ejército podía tomar Bilbao cuando quisiera, el general Mola se mostraba generoso y si había rendición respetaría vidas y haciendas, permitiría huir al extranjero a los dirigentes nacionalistas y se estudiaría una autonomía administrativa para el País Vasco.

Con Morcillo mantuvo Onaindia otras dos entrevistas el 7 de abril en San Juan de Luz y siete días después en París, esta vez insinuando que las ofertas de capitulación venían de parte del general Dávila.⁵⁹

El 11 de marzo dos significados nacionalistas hicieron llegar a Onaindia un documento en el que aparece una oferta de acuerdo en la que ya no se habla de rendición, sino de cese de hostilidades. Faustino Garteiz, que había sido diputado peneuvista y sucesor de Aguirre en la alcaldía de Guecho, e Ignacio Rotaache, ingeniero, ex diputado y ex presidente del EBB, remitieron el escrito que les había entregado el franquista Enrique Areilza.

El escrito contenía cuatro puntos de posible acuerdo al que habían llegado «algunos elementos vizcaínos, obsesionados por la triste suerte que amenaza al país» con «jefes del Movimiento Nacional». Esos puntos eran el cese en la lucha antes de la toma de Madrid, la amnistía para delitos políticos y militares, la colaboración económica e industrial con el Movimiento y el reconocimiento y respeto de la personalidad regional vasca.

⁵⁹ Alberto Onaindía, *ibíd.*, p. 182-187.

Los «elementos», ya por su propia cuenta, proponían otros cinco puntos de acuerdo, entre ellos una alianza entre las milicias requetés y nacionalistas y el mantenimiento del concierto económico de 1926.

Es la primera vez que aparece documentado el apoyo de destacados miembros del PNV a un acuerdo con el enemigo, una posición que tendrá muchas ocasiones de repetirse y que acabará cuajando con la rendición final en Santoña.

Entre los múltiples contactos que se sucedieron en aquellas frenéticas semanas durante las cuales la guerra se dilucidaba tanto en el frente como en secretas mesas de negociación, destacaron por su insistencia los de dos jesuitas enviados a mediar por el bando franquista. Uno era Jacques de Bivort de la Saudeé, un belga espigado y miope que no inspiraba confianza alguna a Onaindia y que negociaba con José María Izaurieta, delegado del Gobierno vasco en París. Otro era Julián Pereda, escritor, rector del colegio de los jesuitas de San Ignacio de San Sebastián y profesor en la Universidad de Deusto, al que acompañaba en ocasiones Antonio González, que había sido director de *La Gaceta del Norte*. El padre Pereda recibía en Salamanca instrucciones directas de Franco, que le hizo jurar que nunca hablaría de sus misiones negociadoras.⁶⁰ Habitual interlocutor de este jesuita español era Julio Jáuregui, secretario de la Presidencia del Gobierno vasco. Jáuregui, que era de misa diaria y tan religioso como Pereda, aunque no llevase hábito, decía representar al PNV.

Otro intermediario tenaz fue el ex presidente de México Francisco de la Barra, miembro de la Academia Diplomática Internacional, una organización similar a la Sociedad de Naciones. De la Barra, que residía en París, mantuvo varias reuniones con Izaurieta y llegó a entrevistarse con Aguirre en Bilbao a finales de abril.

Siguiendo su táctica, ejecutada por su mensajero Onaindia, a quien sus detractores tenían por correveidile, el presidente Aguirre oía todas las ofertas, pero no respondía a ninguna.

Lo que ya nadie podrá aclarar y aún es motivo de polémica entre los historiadores es si habría respondido al telegrama enviado por la Santa Sede haciéndole llegar una oferta de Franco y Mola, si lo hubiera recibido. Porque asombrosamente nunca llegó a sus manos.

⁶⁰ Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España*, ob. cit., p. 394.

El Vaticano ya había iniciado tareas de mediación y había lanzado llamamientos a los vascos para que enterraran las armas mucho antes, pero en mayo, tras la «advertencia» de Guernica, la Santa Sede se involucró de manera definitiva. Primero lo intentaron mediante el imprescindible conducto previo de Onaindia, pero el sacerdote nacionalista no recibió al cardenal Gomá cuando le fue a visitar a San Juan de Luz, al parecer porque no estaba, aunque el indisimulado desdén del oficioso ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno vasco pueda hacer sospechar otras causas. También la ausencia de la ciudad fue la explicación de Onaindia sobre su incomparecencia en la Nunciatura de París cuando fue llamado por Valerio Valeri.

69

Gomá salió de Pamplona el 7 de mayo en dirección a Vitoria para cumplir el encargo solicitado el día anterior por el Vaticano: conocer las condiciones de Mola para que los nacionalistas vascos se rindiesen. Se desvió hasta San Juan de Luz para entrevistarse antes con Onaindia, pero ni siquiera se bajó del coche frente a Villa Zubiburu, y fue a su ayudante, el cura catalán Puigdollers, al que la familia Camiña informó de que su huésped estaba en La Rochelle.

En el hotel Frontón de Vitoria, residencia de Mola, el general jefe de las tropas rebeldes del norte dictó seis propuestas, condicionadas a que la rendición del Euzko Gudarostea fuese previa a la rotura del llamado «cinturón de hierro», el entramado defensivo de Bilbao. Eran textualmente las siguientes:

1. Las autoridades militares tendrán el máximo empeño en conservar intacta la ciudad.
2. Se darán facilidades para la salida de los dirigentes.
3. Se dará garantía plena de que las tropas no cometerán ningún exceso.
4. Se dará libertad absoluta a los soldados y milicianos que se entreguen con las armas, siempre que no hubiesen sido desertores del ejército nacional durante las operaciones.
5. Se someterá a los tribunales de justicia a los que sean reos de delitos contra el derecho de gentes, devastaciones y saqueos.
6. Respeto a las vidas y haciendas de los que se entreguen de buena voluntad, incluso a los jefes militares.

Contactado por teléfono, Franco modificó suavizándola la última cláusula (originalmente era «se considerarán desertores a los jefes del ejército contrario y se someterán a un tribunal que obrará con criterio benévolo») y añadió dos más:

7. En el orden político se concederá a Vizcaya la descentralización administrativa en forma análoga a otras regiones favorecidas.
8. En el orden social se ofrece una justicia progresiva dentro de las posibilidades de la economía nacional, según el espíritu de la encíclica *Rerum Novarum*.

Al día siguiente, 8 de mayo, el cardenal Pacelli envió desde Roma un telegrama a José Antonio Aguirre exponiendo estas condiciones y añadiendo una exhortación final: «Confiado en los generosos sentimientos de Vuestra Excelencia y de esos queridos hijos, el Santo Padre exhorta a Vuestra Excelencia a tomar en atento y solícito examen dichas proposiciones con el deseo de ver finalmente cesar el sangriento conflicto».

Inexplicablemente era un telegrama enviado vía Barcelona, en vez de a través del cable submarino Londres-Bilbao, y además abierto, es decir, sin clave alguna. Es de imaginar la sorpresa del telegrafista que lo leyó en Barcelona, que inmediatamente lo puso en conocimiento del Gobierno republicano. El servicio telegráfico estaba sometido a una férrea censura, normal en tiempos de guerra. Largo Caballero impidió que llegara a su destinatario y reservó la información para un reducido círculo. Al parecer reunió a algunos ministros para hacerles saber aquella noticia que confirmaba que los nacionalistas vascos buscaban una salida de espaldas a la República, excluyendo al ministro del PNV Manuel Irujo. Aunque hay versiones contradictorias parece que tampoco fue informado Indalecio Prieto.

70

Sin duda, ante la sospecha de que no había sido recibido, Pacelli volvió a enviar el mismo telegrama por el mismo sistema el día 12, con las mismas consecuencias: volvió a ser interceptado.

Aguirre contaría más tarde que no se enteró de este episodio ni de la existencia del telegrama hasta casi tres años después, en febrero de 1940, cuando leyó una narración de lo ocurrido en la publicación francesa *Revue de Deux Mondes*. Era en un artículo de Bivort de la Saudeé titulado «Los mártires de España y la alianza vasco- comunista», que contaba aquellas negociaciones de Franco y los vascos, con mediación del Vaticano, de las que el jesuita belga había sido uno de los protagonistas. El artículo incluía informaciones que Aguirre consideraba calumniosas, especialmente unas presuntas propuestas suyas emitidas quince días después de la oferta franquista que consistían en impedir que apareciese como un traidor en aquel proceso y garantizar el

absoluto secreto. El presidente vasco no admitía conocer el telegrama y por tanto era imposible que hiciese petición alguna.

Sin embargo, en 1992, el historiador Fernando de Meer demostró con indiscutibles pruebas en su libro *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España (1936-1937)* que Aguirre conoció la oferta del telegrama, aunque no lo hubiese recibido. No sólo era un secreto a voces conocido por muchas personas y aireado por la prensa, sino que su propio Gobierno cursó a Manuel Irujo un telegrama el 9 de mayo, al día siguiente de la primera interceptación, que desmiente la ignorancia que alega Aguirre. Incluso recibió el reproche por escrito de las autoridades republicanas en un mensaje que dijo no entender, pero que achacó a las operaciones comunistas que alegaba padecer con asiduidad. En su defensa cabe admitir que no creyese la autenticidad del telegrama, dado el insólito procedimiento, sobre todo para la prudente y delicada diplomacia vaticana.

Lo más lógico es pensar que Aguirre no se dio por enterado para eludir el enorme compromiso. Católico al frente del «oasis vaticanista», no quiso desairar al Vaticano, de donde siempre esperó una oferta de mediación, casi dispuesto a arrojarse de rodillas a la primera que llegase. Sin embargo, tampoco aceptaba una rendición ni estaba en condiciones de romper con la República ni con su propio Gobierno, donde estaban representados el PSOE, el PCE e IR. Acababa de hacerse cargo de su ejército y consideraba que el Gobierno central de Valencia estaba a punto de caer para dar paso a otro más moderado, sin comunistas. Lo menos malo era hacerse el despistado. Encargó una investigación de lo ocurrido a Onaindia y dio todo tipo de explicaciones e informes al Vaticano, pero pronto se echó tierra sobre tan espinoso asunto, aún hoy envuelto en el misterio.

71

El incidente del telegrama aumentó aún más la desconfianza de la República en el nacionalismo vasco. Una desconfianza que ya era tan grande que en abril de 1937 Largo Caballero envió a Vizcaya al vicesecretario del Comité Nacional de la CNT, Galo Diez, con la misión de confirmar los rumores sobre negociaciones secretas entre los nacionalistas y los franquistas.

COMIENZAN LAS NEGOCIACIONES DEL PACTO CON ITALIA

Los rumores y las desconfianzas tenían fundamento, pero no se había pasado de ciertas conversaciones informales sin compromiso. Las negociaciones serias y definitivas de los nacionalistas vascos para poner fin a su participación en la guerra, dejando de luchar junto a la República, se iniciaron el 11 de mayo de 1937. Y el interlocutor escogido fue Italia, aceptando su oferta de diálogo, la más digna de ser tenida en cuenta de todas las que habían llegado hasta entonces a los vascos, según su presidente.

Las dos partes estaban interesadas en tener éxito por causas diferentes. Italia necesitaba hacer olvidar el ridículo de Guadalajara con un éxito en la guerra, y ansiaba entrar con sus tropas victoriosas en Bilbao. Los vascos preferían un acuerdo a través de una potencia extranjera, porque su orgullo les impedía negociar con un general español como Franco. Habrían preferido que fuese el Reino Unido el mediador, por ser este país un referente histórico y comercial para Euzkadi. Hubo negociaciones al respecto y los ingleses no desdeñaban la idea de establecer una especie de protectorado sobre Euzkadi, pero estos planes no fructificaron. Los italianos eran fascistas, pero no españoles: parecía la menos mala de las opciones.

El interés de Italia venía del propio Benito Mussolini, que ya en diciembre había sugerido a Franco la necesidad de negociar con los vascos. El Duce impuso su criterio a sus propios generales enviados a España, más bien partidarios de la rendición incondicional. El 12 de abril el Ministerio de Relaciones Exteriores autorizó la oferta de dar garantías a los nacionalistas vascos para que abandonasen a los republicanos.⁶¹

La secreta operación diplomática italiana se hizo sin duda a través de Mola, o al menos con su conocimiento, porque el encargado de contactar con la parte vasca fue un hombre de extrema confianza del general, Francisco Horn Areilza. Apenas habían pasado unos días, durante la primera semana de mayo, del envío por parte de Horn a los dirigentes nacionalistas vascos de una nota de Mola en la que les advertía de que «las tropas rojas en retirada han de cometer toda clase de atropellos y han de procurar la destrucción de la ciudad», en referencia a la próxima caída de Bilbao. El escrito ofrecía un pacto al Euzko Gudarostea:

72

Solamente podría evitarse la ruina de la ciudad si las milicias vascas cooperasen a ello, pasando en momento oportuno, y rápidamente, de las

⁶¹ John F. Coverdale, *La intervención fascista en la Guerra Civil española*, Alianza, Madrid, 1979, p. 259.

posiciones del cinturón fortificado a las posiciones inmediatas a la ciudad *por ambas márgenes de la ría*, impidiendo el paso de los rojos hacia el casco; después, depondrían las armas. Los soldados de las milicias vascas serían considerados como evadidos; los pertenecientes a batallones rojos que fuesen hechos prisioneros, serían conducidos a campos de concentración y liberados ulteriormente, en cuanto no fuesen, individualmente, culpables de delito.

Hermano del diputado nacionalista José, Francisco Horn había sido expulsado del PNV por su posición favorable a los franquistas. Residía en San Juan de Luz, donde pocos espías tenían tan importantes relaciones, conocían e intercambiaban informaciones y realizaban gestiones tan delicadas como este banquero y hombre de negocios que siempre actuaba con discreción, fuera de la luz de los focos. Culto y extremadamente reservado, Paco Horn mantenía, sin embargo, una estrecha amistad con Alberto Onaindia, con el que se reunía casi todos los fines de semana en Bilbao antes de la guerra.

Mientras los franquistas seguían en su implacable avance hacia Bilbao y tomaban aquel mismo día la ermita de Bizkargi, situándose a poco más de tres kilómetros de la línea defensiva de la capital vizcaína⁶², Paco Horn trasladaba el 11 de mayo al cónsul de Italia en San Sebastián a Villa Zubiburu para presentarle al cura que era el oído del Gobierno vasco.

El marqués Francesco Cavalletti di Oliveto Sabino y Alberto Onaindia notaron que entre ellos había buena química desde aquel primer encuentro en el que nació una amistad que mantendrían durante sus dilatadas vidas. Tenían muchas cosas en común: eran jóvenes, inteligentes, dinámicos y atesoraban unos modales versallescos y una capacidad de sugestión personal que les hizo destacar en la diplomacia, uno de manera oficial y otro de forma oficiosa. Fueron intimando según discurría un diálogo pensado para agotarse en una semana y que al final se prolongó más de tres meses. Acabarían pasando a la historia como dúo.

Pese a su juventud, Cavalletti ya tenía experiencia en su trabajo. Había participado en las conversaciones del Sarre y había estado más de dos años en la Embajada italiana en Brasil. El embajador de aquel entonces en el país sudamericano era Roberto Cantalupo, destinado en esos momentos en España, que fue quien llevó a Cavalletti al País Vasco valorando sus cualidades

⁶² Luis María Jiménez de Aberasturi, *Crónica de la guerra en el norte. 1936-1937*, Txertoa, San Sebastián, 2003, p. 218.

para tan delicada misión en un territorio dividido por la guerra y fronterizo con Francia. Apenas llevaba unos meses al frente del consulado italiano de San Sebastián y ya había entablado negociaciones de paz con el padre Pereda, que hablaba en nombre de José Antonio Aguirre y Julio Jáuregui. No se tomaba descanso en su actividad y enviaba a Roma continuos informes en los que destacaba una idea: los nacionalistas vascos se mostraban inclinados a cesar la lucha, pero no arrojaban las armas porque tenían pánico a la represión de los franquistas. El mismo cónsul era testigo de la que habían padecido en Guipúzcoa. Entregarse al enemigo parecía un suicidio y el primer paso hacia un baño de sangre.

73

Tras el primer contacto mañanero en Villa Zubiburu, Cavalletti quedó con Onaindia en regresar sólo a las siete y media de la tarde. Así lo hizo, iniciando con aquel primer encuentro unas largas y complicadas negociaciones decisivas en la Guerra Civil española. Desde aquel día se convirtió en asiduo de la residencia de la familia Camiña, que nunca hizo preguntas. El cónsul acudía a veces en taxi, pero habitualmente en su coche oficial, que portaba la bandera italiana. El hecho de ser sus colores los mismos de la ikurriña ayudaba a provocar confusión y eliminar sospechas de cara a ojos inoportunos.

Con la puntualidad que exigen asuntos tan serios, Cavalletti llegó a la hora convenida y propuso al presidente Aguirre, a través de Onaindia, un pacto para que los nacionalistas vascos acallasen las armas mediante la negociación de un plan propuesto por Mussolini. Siempre riguroso en el método y con total prioridad por la garantía documental frente a la fragilidad y ligereza de las palabras, el cura rogó al enviado del Duce que expresara su propuesta por escrito. Y así lo hizo de inmediato en italiano, una lengua que Onaindia dominaba a la perfección. Aquéllas fueron las primeras palpitaciones registradas por escrito del complicado parto del Pacto de Santoña, que comenzó a gestarse en Francia y acabó ejecutándose en la localidad costera cántabra:

El gobierno italiano es favorable en principio a interponer su garantía para la rendición de Bilbao.

Para esa eventualidad necesita ante todo que haya una petición de parte de los vascos, pues el general Franco estima hasta ahora que una garantía extranjera es superflua.

Sería altamente útil y oportuno un telegrama del presidente Aguirre a Mussolini.

El telegrama lo expediría yo en cifra y se mantendría en secreto. San Juan de Luz, 11 de mayo de 1937.⁶³

Al día siguiente Onaindia trasladó personalmente la oferta a José Antonio Aguirre, utilizando el único avión de la línea Air Pyrenées que unía el País Vasco con el extranjero a través de Francia. El presidente aprobó el inicio de las conversaciones por una oferta que calificó como la más seria que habían tenido hasta entonces. No cerraba la puerta, pero vetó la palabra mágica: «Conteste usted a ese señor que los vascos no admitimos ninguna proposición donde se mencione la palabra rendición»⁶⁴.

Con esa sugerencia comenzó la pesada labor escribiendo del padre Onaindia, que trasladó al papel la contestación de Aguirre para hacerla llegar a manos italianas. Aquella primera nota vasca incluía cinco puntos y el cónsul la pudo leer en San Sebastián al día siguiente:

74

1. El presidente de Euzkadi agradece el interés que Italia manifiesta en esta gestión por el pueblo vasco.
2. Felicita como buen político a quien haya visto el problema vasco en el conjunto del problema español.
3. No puede haber diálogo sobre rendición.
4. El presidente de Euzkadi afirma con optimismo que cuenta con su pueblo y quizá con algo más.
5. Recibiráa Vd. Con todas las atenciones personales que se merece.

Se iniciaba así un protocolo seguido por el intermediario vasco al pie de la letra, nunca mejor dicho. Oía, interpretaba y transmitía propuestas y respuestas, pero siempre por escrito. Las notas o documentos de los italianos las traducía al castellano antes de hacerlas llegar al presidente y más tarde a los dirigentes del PNV.

Las de la parte vasca, primero de Aguirre y luego de Ajuriaguerra, las redactaba él mismo, interpretando lo que le decían. Siempre lo hizo con tal corrección que jamás le cuestionaron una sola expresión, guardando con celo todas las notas.

Las negociaciones iniciadas en San Juan de Luz coincidieron con la oferta franquista a Aguirre, hecha a través del Vaticano. El famoso telegrama que el

⁶³ Alberto Onaindia, *El «Pacto» de Santoña*, Laiz, Bilbao, 1983, p. 34.

⁶⁴ José Antonio Aguirre, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, Foca, Tres Cantos, 2004, p. 32.

presidente dijo desconocer fue expedido tres días antes y su copia uno después.

Los historiadores siguen discutiendo si la coincidencia de la mediación del Estado italiano y la de la Santa Sede fue casual, intencionada, fruto de una estrategia o resultado de la competencia. Las pruebas evidencian que si no hubo coordinación, al menos existió siempre una comunicación fluida entre Italia, el Vaticano y las autoridades franquistas.

El conde Ciano, ministro de Relaciones Exteriores de Italia, yerno de Mussolini, ordenó a su Embajada en Salamanca ante la España franquista que tuviese informado en todo momento a Franco de las negociaciones.

Además, el general gallego ya contaba con otro infalible conducto directo. Tal y como había acordado Aguirre con el Vaticano, tras la gestión personal de Onaindia, todos los documentos de la negociación entre vascos e italianos se enviaban al nuncio en París, Valerio Valeri, que inmediatamente lo comunicaba a Franco. El cura no dejaría dudas muchos años después, restablecida ya la democracia, de esta confluencia de intereses e informaciones entre el Gobierno fascista italiano, el español que se estaba forjando a su semejanza, y el de la Iglesia católica, que los bendecía a ambos: «José Antonio [Aguirre] había aprobado esto. De manera que cuando vinieron los italianos lo primero que hicimos fue comunicárselo al nuncio. Nunca dejamos de entregar los documentos. Están todos en la Santa Sede»⁶⁵.

75

EL CINTURÓN DE SEDA

Si la noticia del inicio de las conversaciones entre el ejército vasco y el enemigo hubiese llegado a las trincheras las consecuencias habrían sido imprevisibles, porque coincidía con los momentos más duros y sangrientos de la guerra en el norte. En continuo retroceso, completamente desmoralizadas, sin ninguna coordinación y contagiadas por el derrotismo, las tropas republicanas no conocían la victoria, aunque la toma momentánea de algunas posiciones y algunos rasgos de verdadero heroísmo, como en los montes Intxortas, cimentasen efímeras ilusiones.

⁶⁵ Entrevista a Alberto Onaindia, Fondo Carlos Blasco, IGARDI.

En cuanto a fuerzas había igualdad y hay incluso fuentes que sostienen que los republicanos sumaban más hombres. Los rebeldes disponían de 90 batallones encuadrados en seis brigadas navarras, más la mixta italiana Flechas Negras y una división motorizada también italiana, la 23 de Marzo. Los defensores oponían 85 batallones. Sin embargo, la superioridad franquista era evidente en artillería y decisiva en el aire. Los rebeldes se imponían en armamento, pero sobre todo en aviación, un recurso imprescindible en la guerra moderna, al que los franquistas sacaron un partido extraordinario en el norte. Los bombardeos destrozaban sin piedad a las tropas enemigas y acababan con la moral de los supervivientes. A veces los soldados deseaban que no volviese a amanecer para no tener que soportar de nuevo los ataques aéreos.

En el frente se pasaba del drama al sainete sin cambiar de tema: en una ocasión un cabo y cuatro *gudaris* del batallón Lenago II cruzaron las líneas y fueron invitados a comer por soldados enemigos, en un episodio que recuerda a la película *La vaquilla*, de Luis G. Berlanga. Antes de regresar, los soldados sublevados les confesaron que si tuvieran aviación «pasarían a las filas leales»⁶⁶.

En la dirección principal hacia Bilbao, por Éibar, el ejército franquista logró avanzar unos veinte kilómetros en el mes de abril. En la segunda fase de esta primavera teñida de sangre en el País Vasco, tras la reanudación de la ofensiva sobre Vizcaya, se libraron entre el mes de mayo y la primera decena de junio batallas decisivas para la defensa de la capital. *Gudaris* y combatientes republicanos ofrecieron resistencia, a veces verdaderamente épica, pero sus mandos, sus medios y su falta de organización contribuían tanto a la derrota como las limitaciones materiales.

El coronel francés Robert Monnier, que en la guerra española utilizaba un seudónimo (Jaureghy) como otros muchos militares extranjeros, vino al País Vasco como asesor del presidente Aguirre para intentar corregir estos males. Había sido miembro del Estado Mayor del mariscal Foch y era jefe de los Antiguos Combatientes. El 7 de mayo elaboró un informe en el que resumía las causas del fracaso:

1. Efecto de la aviación enemiga.
2. Mala organización del terreno.

⁶⁶ Informes obtenidos por el oficial Sr. Garay, perteneciente a la Sección II de Estado Mayor, GE-64-32, Archivo del Nacionalismo Vasco, Fundación Sabino Arana.

3. Mala organización del mando.

76

Monnier sostenía que «el descalabro de abril viene únicamente de la ausencia total de enlace y mando», y ponía ejemplos palpables:

Los batallones se han retirado sin combatir como consecuencia de no tener órdenes o de la desaparición del jefe del sector (como en Zaldívar, por ejemplo, en donde desde la mañana del 25 de abril no había nadie en el sector, mientras que en vano el batallón de Santa Mariñazar pedía órdenes y municiones desde las cinco de la mañana al mediodía). [...] En Axangiz, el jefe de la brigada estaba solo, sin enlace, sin ni siquiera una bujía para alumbrarse, sin medios de transmisión. ¿Qué podía hacer? [...] Es inverosímil que un ejército que se bate por su hogar, sobre su suelo, continúe dejándose maniobrar por un adversario inferior en número, inferior en moral, y que no conoce el terreno en el que se bate. Este adversario dispone sin duda de material, pero sobre todo de un Estado Mayor que sabe lo que quiere [...]. En resumen, a mi entender la situación es seria, pero puede volverse en nuestro beneficio a condición de que se ponga fin a las causas profundas de desorden actual, única verdadera razón de los fracasos que han sufrido.

Sin embargo, frente al pesimismo, los nacionalistas vascos no se aferraban a ningún milagro, sino a un cinturón. Oficialmente se llamaba «Cinturón Defensivo de Bilbao», pero la propaganda franquista lo bautizó como «Cinturón de Hierro». Los defensores criticarían luego estos excesos terminológicos, típicos de los vencedores, pero los vencidos no quedaban atrás en las exageraciones cuando aquella línea de contención les parecía inexpugnable. Georges Steer, que estaba tan cercano al Gobierno vasco que parecía su jefe de prensa, dejó escrito que era superior a las defensas de Verdún. Otras comparaciones lo llevaban a la línea Maginot o a la muralla china en miniatura.

Si Madrid podía presumir del famoso «No pasarán» por el coraje de sus defensores, Bilbao tenía aquel entramado de ciento cincuenta kilómetros de extensión a veinte de la capital, que iba a frenar inevitablemente a los franquistas, los cuales tendrían que pensar en avanzar por otros frentes de la Península.

Era tal la importancia que le daban que empezó a gestarse dos días antes de la constitución del Gobierno vasco, el 5 de octubre de 1936, con la aparición del Negociado de Fortificaciones, bajo la supervisión del jefe de Estado Mayor

del Ejército Vasco, Alberto Montaud, ayudado por el capitán Pablo Murga, que tenía a sus órdenes al también capitán Alejandro Goicoechea. Estaba a su disposición un equipo de arquitectos, ingenieros, peritos y contratistas.

77

De inmediato comenzó la construcción del cinturón, con un plazo de dos meses, todos los materiales necesarios y 14.000 trabajadores. Sin embargo, en noviembre se pararon las obras por problemas con el transporte y las herramientas. Poco después se reanudaron con 2.000 operarios. No hubo problemas de dinero y al final la inversión superó los 30.000.000 de pesetas.

Las dificultades no vinieron por la financiación, sino por la deslealtad. A finales de octubre la policía vasca descubrió en la valija de Guillermo Wakonigg, cónsul de Austria y Hungría en Bilbao, un informe detallado sobre el cinturón. Se lo había dado el capitán Murga para que pasara la información al bando franquista. En la valija también había un afijo de joyas y una lista de militares destinados en Bilbao, detallando sus preferencias políticas, elaborado por otro traidor, el comandante Anglada.

Wakonigg era también el encargado de Negocios de Alemania en Bilbao y espía de los nazis y los franquistas, una labor en la que tenía experiencia, porque ya la había ejercido en el norte español durante la I Guerra Mundial. Un tribunal popular condenó a la pena de muerte primero a Murga y más tarde a Wakonigg, Anglada y al cónsul de Paraguay, Martínez Arias, que ponía a disposición sus oficinas para esta red de espionaje. Todos fueron fusilados en noviembre. Otros tres implicados recibieron condenas a cadena perpetua.

Wakonigg era amigo de los consejeros vascos Aldasoro y Leizaola. Éste lo visitó en la cárcel la víspera de su fusilamiento. También era suegro del inspector general de Orden Público, Luis Ortúzar. En cuanto a Murga, era amigo personal del presidente Aguirre.⁶⁷

El cinturón estaba bajo sospecha, pero el PNV y el Gobierno vasco no aprendieron la lección. Al frente del proyecto quedó el capitán de ingenieros Alejandro Goicoechea, un ferviente nacionalista. Hijo del boticario de Elorrio, Goicoechea tenía entonces cuarenta y un años y había abandonado el ejército en 1921 para eludir la guerra de Marruecos, según cuenta el capitán del Euzko Gudarostea Sabino Apraiz, que decía que era «capaz de ponerse a temblar

⁶⁷ José Luis de la Granja, *República y Guerra Civil en Euskadi (del pacto de San Sebastián al de Santoña)*, HAEE/IVAP, Oñati, 1990, pp. 300 y 301.

delante de un perro de lanas»⁶⁸. Se reincorporó al ejército vasco como instructor al comenzar la guerra, y su presencia era continua en la sede del PNV. Ajuriaguerra no ponía en duda que se trataba de «uno de los nuestros»⁶⁹.

Los partidos de izquierdas y la CNT desconfiaban de los que llamaban «leales geográficos», los militares partidarios de Franco pero a los que la guerra había obligado a combatir junto a los republicanos. En el Estado Mayor y en el entorno de Aguirre veían a un verdadero nido de estos sospechosos vestidos con el uniforme de los leales, trabajando a la sombra para los sublevados. Los comunistas eran especialmente beligerantes con un problema que veían agravado por la complicidad del presidente vasco.

Convencidos de que la guerra se gana también en la retaguardia, por ese flanco observaban que la estaban perdiendo y pedían medidas represivas que chocaban con la ambigüedad y la permisividad de Aguirre, que prefería correr el riesgo de ser engañado a acostumbrar su mano a firmar penas de muerte.

78

Goicoechea personificaba estas discrepancias. Las denuncias al presidente sobre lo sospechoso del comportamiento del ingeniero fueron inútiles. El comunista vasco Manu Eguidazu, también ingeniero y procedente de una familia acomodada, no sólo era de los que barruntaban la traición de Goicoechea, sino que incluso propuso un trazado alternativo para el cinturón, que no fue aceptado.

Aguirre, que había ascendido a Goicoechea a comandante, llegó a llamarle a su despacho para aclarar su conducta. Ambos mantenían una buena amistad. Cierta era que ya había sido localizado en reuniones de una red de espionaje de la que formaba parte su paisano el marqués de Casa-Jara, pero también en esas mismas fechas había acudido a una celebración en Miruazpi en la que, completamente borracho, había dado muestras de su fidelidad nacionalista gritando varias veces «Gora Euzkadi Azkatuta» ante los *gudaris*. Asustado, después de negarlo todo, Goicoechea se fugó inmediatamente atravesando las líneas por el sector de Marín, con Jaime, un hijo del marqués, y con Mariano, su conductor. Era el 27 de febrero. Al día siguiente entregaba a Juan Vigón, jefe del Estado Mayor franquista en Guipúzcoa, treinta y dos folios sobre las obras del cinturón.

⁶⁸ Luis María y Juan Carlos Jiménez de Aberasturi, *La guerra en Euskadi*, ob. cit., p. 91

⁶⁹ Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, ob. cit., p. 560.

En el informe del ejército franquista sobre el fugado, detallando los datos que facilitó a las diez de la noche de aquella jornada en el puerto de Venta Barri (Elorrio), lo primero que se lee es que describió «una por una todas las posiciones enemigas desde el mar hasta Orduña, empezando por el sector de Lequeitio». Siempre se habla de los planos entregados, pero más correcto es aludir a completos informes de un proyecto que boicoteaba, incumpliendo las órdenes de Montaud. En el mismo informe se reseñaba que las instrucciones de su jefe «en absoluto han sido cumplimentadas por el informante, siguiendo la premeditada idea de no terminar jamás la obra que tantos perjuicios y sangre nos habrían de costar». En marzo, el mismo Goicoechea calculaba que sólo se había construido el 40 por ciento de la instalación.

Montaud introdujo cambios en el cinturón que ya conocía palmo a palmo el enemigo, pero era demasiado tarde. El cinturón de hierro era en realidad de seda. Aquel valladar irreductible de los vascos no era más que una chapuza, un fraude intencionado, una ratonera, pero no para los sitiadores, sino para los sitiados. Aquella inmensa fortaleza de hormigón, pensada para estar protegida por 1200 nidos de ametralladora, no había pasado de ser un ensueño para los que inocentemente confiaron en un grupo de viles infiltrados.

Otro informe de Monnier desmontaba definitivamente el mito y describía con meticulosidad el engaño. Había puntos resistentes, pero otros que no aguantarían la menor embestida. Las trincheras eran demasiado rectas, las alambradas de espino insuficientes, los refugios sólo servían para la lluvia. Aquello tenía mal arreglo.

«Creo que reina el más completo desorden, sin que se haya organizado nada con respecto a observatorios, enlaces, carreteras, etc.».

79

El diputado y combatiente socialista Miguel Amilibia daba una descripción parecida:

«Era una línea de defensa disparatada, de trinchera corrida y muy visible, con refugios escasos y malos, nidos de ametralladoras que se ofrecían con estúpida jactancia al fuego del atacante, obras de fábrica tan ostentosas como de fácil demolición e inverosímiles campos de tiro. Bastaba abrir una brecha para que toda la línea se derrumbara. Y había preparados varios “portillos” para que la brecha se abriera fácilmente».

El militar francés, el socialista vasco y otros muchos observadores ponían la vista en especial hacia un punto que más bien parecía una puerta de entrada colocada intencionadamente para dar la bienvenida al enemigo: el monte

situado al este de Gaztelumendi, totalmente indefenso. «Allí el enemigo tendrá una zona de asalto de primer orden», señalaba Monnier. «El principal de estos “portillos” era, sin duda, el dejado entre Gaztelumendi y Urrusti», coincidía Amilibia. Y exactamente en ese lugar rompió el ejército franquista el cinturón. Nunca una traición fue tan previsible.

Mola, que repasaba a diario el croquis del cinturón situado en su mesa, no vivió para ver cómo caía. El 3 de junio, hacia las seis de la tarde, el avión en el que viajaba se estrelló contra un cerro en las cercanías de Briviesca, en Burgos, pereciendo también su ayudante, el teniente coronel Pozas, el comandante de Estado Mayor Senac, el capitán aviador Chamorro y el sargento mecánico Barredo. A todo el mundo le vino a la memoria otro accidente similar que ocurrió al poco de empezar la guerra, cuando el general Sanjurjo, líder del alzamiento, perdió la vida al regresar en avión de su exilio en Portugal. Ocurrió en Cascaes, cuando el aparato se incendió al despegar sin que al general golpista le diera tiempo a salir del interior. Falleció carbonizado, aunque el aviador Juan Antonio Ansaldo, que pilotaba el aparato, sólo sufrió heridas leves.

Estas muertes siempre dieron lugar a especulaciones. En dos extraños accidentes desaparecían dos generales que parecían destinados a competir con Franco por el control de la España dictatorial que pensaban poner en marcha tras imponerse por la fuerza a la democracia. La frialdad de Franco al enterarse de la muerte de Mola y las palabras que dicen que dijo al enterarse de la muerte del general dan motivos para la especulación:

«¡Mola era un tipo muy terco! Cuando le daba órdenes que no coincidían con sus puntos de vista, me solía preguntar: “¿Es que ya no crees en mis cualidades de jefe?”»⁷⁰.

El sustituto de Mola en el norte fue el general Fidel Dávila Arrondo, que había combatido en Cuba y Marruecos, donde ascendió a coronel por méritos de guerra. Nueve días después de la muerte de su antecesor, Dávila decidió romper el mal llamado cinturón de hierro por el punto débil que dejó intencionadamente Goicoechea, como suponían Monnier, Amilibia y todos los defensores vascos con un mínimo de sentido común o de la observación. Era aquel lugar que carecía de fortificaciones, en Gaztelumendi, cerca de la población de Larrabezúa.

⁷⁰ Luis María Jiménez de Aberasturi, *Crónica de la guerra en el norte*, ob. cit., p. 231.

I. Los vascos y la guerra civil

A las cinco de la tarde del 12 de junio el cinturón fue desbordado por los nueve batallones de la VI Brigada de Navarra. Su jefe accidental era el coronel de infantería de marina Vicente Juan Gómez. La resistencia de seis batallones de *gudaris* fue prolongada, pero inútil frente a un infierno de fuego artillero que actuaba coordinado con la implacable aviación alemana e italiana. Goicoechea, antes de fugarse, había mandado talar un extenso bosque cercano para dejar sin refugio natural a los defensores, que sufrieron numerosas bajas.

Abierto el primer boquete, roto como un frágil papel de fumar de los que usaba Montaud, el cinturón se desmoronó con la facilidad de un castillo de naipes. De aquel pretendido muro de contención extraordinario no quedaba al poco tiempo ni el recuerdo físico que lo debió convertir en arqueología bélica: en la posguerra, cuando escaseaba el hierro, los campesinos vendieron lo que quedaba en el mercado negro.

Los franquistas ya estaban a diez kilómetros de Bilbao.

II. LA RENDICIÓN DEL NACIONALISMO VASCO

LA RENDICIÓN DE BILBAO, PRIMERA PARTE DEL PACTO VASCO-ITALIANO

Madrid no se defendió en el campo, y empezó a defenderse cuando el enemigo entró en los arrabales. En Bilbao será al revés. Cuando esté vencida la defensa en el campo, la villa no resistirá. Y temo aún otra cosa: caído Bilbao es verosímil que los nacionalistas arrojen las armas, cuando no se pasen al enemigo. Los nacionalistas no se baten por la causa de la República ni por la causa de España, a la que aborrecen, sino por su autonomía y semiindependencia. Con esta moral es de pensar que, al caer Bilbao, perdido el territorio y desvanecido el gobierno autónomo, los combatientes crean o digan que su misión y sus motivos de guerra han terminado. Conclusión a la que la desmoralización de la derrota prestará un poder de contagio muy temible. Y los trabajos que no dejará de hacer el enemigo. Y la resistencia, cuando no sea oposición, a que el caserío, las fábricas y otros bienes de Bilbao y su zona padezcan o sean destruidos.

(Palabras del presidente Manuel Azaña, fechadas el 31 de marzo de 1937 en sus *Memorias políticas y de guerra 1937-1939*).

La rotura del cinturón no la vio José Antonio Aguirre como jefe supremo del ejército vasco, pues su aventura militar apenas duró un par de meses. El 1 de junio tomó posesión como general jefe del Ejército del Norte el general

Mariano Gámir Ulibarri. Si el presidente vasco volvía a dedicarse sólo a la política en tiempos de guerra no era porque hubiese sido cesado, que nadie parecía tener autoridad ni valor para hacerlo, sino por propia voluntad tras un pacto con el Gobierno republicano.

Durante toda la primavera, mientras comprobaba que su mando militar no impedía el inexorable avance del enemigo, Aguirre había realizado una continua demanda de aviones al Gobierno republicano. La falta de aviación era

para el presidente vasco la única causa del desastre bélico, y las angustiosas peticiones de aparatos acabaron siendo reproches y finalmente amenazas. El destinatario de las mismas era el ministro de Marina y Aire, Indalecio Prieto, que respondía desmintiendo que hubiese ninguna conjura contra el País Vasco, como entendían los nacionalistas, sino carencias e imposibilidades materiales.

82

Necesitaría usted oír las quejas y las protestas que a diario y en todos los tonos se reciben en este despacho para convencerse de ello. Sé que en estos instantes la escasez de aparatos es ahí extraordinaria, pero hay regiones enteras muy amenazadas, más amenazadas aún que las provincias norteñas, y en las que se está combatiendo intensamente, que no disponen de un solo avión. Estoy atento a la necesidad que usted me expone y en la medida que pueda la cubriré. Ayer, en el *Sil* han recibido ustedes tres aparatos. Posiblemente y en fecha no lejana recibirán más. Se hará, yo se lo aseguro, cuanto se pueda.¹

Los vascos creían padecer con su indefensión aérea, al menos, la incompetencia republicana, y no entendían que no llegasen a Vizcaya los aviones que sí lo hacían a otras zonas leales, sobre todo a Asturias. Por el aislamiento del norte leal, rodeado de mar y enemigos, los aviones republicanos carecían de radio de acción para llegar sin escalas al País Vasco desde la meseta o el Levante atravesando territorio rebelde.

En uno de aquellos telegramas de la tensa correspondencia entre Aguirre y Prieto, el ministro le dijo al presidente: «Participo de todas las angustias que reflejan sus constantes telegramas, con la diferencia de que quizá las de usted estén atenuadas por la esperanza, en tanto que las mías se agravan por la impotencia».

Días más tarde, el 16 de abril, Prieto resumía esa impotencia ante el aumento de la angustia de Aguirre, que lanzaba verdaderos SOS solicitando aviones: «Aporto cuantos puedo».

Por encima de estas desavenencias, con críticas y reproches mutuos de por medio, Prieto y Aguirre siempre mantuvieron buenas relaciones.

Buen comunicador y sin prejuicios con los socialistas, el líder nacionalista respetaba y apreciaba al periodista y dirigente del PSOE, a quien siempre buscó como su máspreciado interlocutor con el «centralismo democrático».

¹ Carta de Indalecio Prieto a José Antonio Aguirre, 13 de enero de 1937.

Ovetense de nacimiento, pero radicalmente bilbaíno porque había vivido en la capital vizcaína desde niño, el ministro apreciaba personal y políticamente al presidente de Euzkadi, al que consideraba un gran político y un hombre leal a la República.

Los dos pactaron la sustitución al frente del ejército vasco de Aguirre por Gámir Ulibarri, que llegaba enviado por Prieto, una de sus primeras decisiones tras hacerse cargo del Ministerio de Defensa tras la caída del Gobierno de Largo Caballero, que fue sustituido por Juan Negrín. Su llegada coincidió con una nueva organización del Ejército del Norte que suponía el sometimiento definitivo de la República a la voluntad disgregadora del nacionalismo vasco. Aparecían así dos cuerpos de ejército. Uno en Euzkadi, dirigido directamente por Gámir, y otro que englobaba a Santander y Asturias, a donde fue destinado Llano de la Encomienda, degradado en la capital de La Montaña por su falta de sintonía con los nacionalistas, que nunca le habían admitido.

El general de brigada Gámir era un militar veterano y prestigioso que ya había cumplido sesenta años al llegar a su cuartel general de Bilbao. Había sido gentilhombre de cámara de Alfonso XIII, pero su republicanismo estaba avalado por su trayectoria. Había llevado la dirección de la Academia Militar de Toledo, donde también había sido gobernador militar. Al inicio de la guerra mandó las columnas que avanzaron sobre Teruel, y antes de ser destinado al frente norte se encontraba al mando de la V Brigada de Infantería de Valencia.

83

Como parecía ya fatídica costumbre en el norte, a Gámir lo llamaban, más que para liderar una operación militar, para intentar evitar una catástrofe. Porque lo que se precisaba para salvar Bilbao era un milagro cuando buena parte del territorio de Vizcaya estaba ya en manos de los nacionales. Las decisiones siempre parecían llegar tarde.

La rotura del cinturón defensivo encendió todas las alarmas, también entre los negociadores de los Gobiernos de Italia y Euzkadi. Las conversaciones continuaban sin avanzar apenas por el silencio del presidente Aguirre ante las propuestas que formulaba Cavalletti a través de Onaindia. Aunque al cónsul no le autorizaba su Gobierno a viajar a Bilbao para aceptar la invitación del presidente vasco, las propuestas italianas iban en aumento, hasta llegar a ofrecer un protectorado italiano sobre el País Vasco de varios años si el Euzko Gudarostea se rendía a las tropas de Mussolini.

La insistencia italiana era continua. Si no llega a ser porque la exquisita educación de aquel noble metido a político al servicio del fascismo italiano lo

hacía imposible, diríase que Cavalletti sometía a un verdadero acoso a Onaindia, al que visitaba prácticamente a diario para comprobar si había respuesta de Bilbao a sus ofertas. Sin embargo, nada le podía decir el cura nacionalista, porque Aguirre no respondía ni a la propuesta de un canje de prisioneros ni a la sugerencia de que enviase un telegrama a Mussolini pidiendo una intervención italiana en la guerra. Eso era algo imprescindible para el Duce ante Franco, que se mantenía perfectamente informado, aunque la iniciativa italiana no le hacía ninguna gracia porque le humillaba la intromisión extranjera. Por Aguirre no sentía más que desprecio y no entendía que hubiera que pactar cuando los vascos estaban derrotados y podía tomar Bilbao en cuestión de días.

A Aguirre le interesaba Roma, pero sobre todo la del Papa. La fidelidad del nacionalismo vasco a la República era discutible, pero su sumisión al Vaticano no. Las comunicaciones entre Bayona y Bilbao eran muy complicadas en aquellos días, hasta el punto de obligar a Onaindia a usar un código secreto de radio para transmitir sus notas, a falta de barco o avión. La que por fin recibió el sacerdote-enviado del presidente tuvo que recogerla en París el 13 de junio y estaba fechada dos días antes. Aguirre insistía en que siguiera con las conversacionesteniéndole informado puntualmente («No me enfadaré aunque envíe Vd. cuatro notas diarias»), pero sobre todo en que viajase al Vaticano para «deshacer todas cuantas informaciones tendenciosas están llegando». Para Cavalletti había otra nota informándole de este viaje previsto y manifestándose abierto al canje ofertado.

84

De vuelta a San Juan de Luz, confirmada ya la penetración franquista por el cinturón que auguraba la inminente caída de Bilbao, Cavalletti recordó a Onaindia que ya no había tiempo para seguir con dilaciones. El cura envió el día 14 un telegrama a Aguirre diciéndole que los italianos le recordaban que aún estaba a tiempo de solicitar la mediación a Mussolini, e incluso admitían que fuese Onaindia quien tomase esa iniciativa. Sin embargo, ese mismo día la contestación de Aguirre fue, aunque diplomática, definitivamente negativa: «Onaindia. Bayona. Daré instrucciones momento oportuno. Presidente»².

Ese momento oportuno no llegaría nunca. Por orden del EBB, Aguirre sería inmediatamente sustituido por Ajuriaguerra en las negociaciones con los italianos, que pasaban del presidente del Gobierno al PNV. Onaindia aceptó

² Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 53.

con disciplina de militante la marginación de su gran amigo, aunque le dolió profundamente.

EL BATALLÓN DE LOS DESERTORES

Con sus defensas desbordadas y el enemigo oliendo ya la presa, Bilbao era una ciudad acorralada a la que sólo podía salvar un milagro. Los nacionalistas seguían esperándolo del cielo, pero los aviones que reclamaban a la República seguían sin llegar. La capital tampoco contaba con defensa antiaérea. De nada servían las advertencias del Gobierno autónomo, en un negro análisis que sin duda compartía el central, aunque no lo dijese. Irujo lo había resumido ya el 23 de abril en una carta a Largo Caballero:

«Bilbao para ganar la guerra es una bisagra. Para perderla una puerta. Bilbao equivaldría a perder el norte y la guerra».

El golpe moral definitivo vino con la aparición de un nuevo batallón: el de los desertores. Los rojos tenían razón al ser suspicaces. Con los «leales geográficos» sólo se podía contar para las victorias. En aquellos días de desconfianzas y sospechas de traición, George Steer define el ambiente con deprimente precisión:

«Ante todo, uno nunca sabía si al despertarse al día siguiente se iba a encontrar con que el Estado Mayor General había huido sin despedirse»³.

En la noche del 13 de junio el hotel Carlton fue el escenario de una reunión convocada por Aguirre para que militares y políticos decidiesen si merecía la pena seguir defendiendo Bilbao. Como un miembro más del Gobierno vasco asistió también George Steer, que dejó descrita para la historia aquella cumbre que juntaba a hombres sombríos con gesto grave sentados en «las doradas sillas y las mesas bien pulidas» de un paradójico escenario de lujo en el que se decidía la suerte de la guerra. En realidad, al aventurero y periodista inglés sólo le faltaba el nombramiento oficial de asesor presidencial o miembro del Estado Mayor y, desde que lo había conocido al coincidir en el hotel Torrónategui, en el Arenal, se había hecho compañero inseparable de Monnier, a quien acompañaba en sus visitas al frente.

³ Georges Steer, *El árbol de Guernica*, ob. cit., p. 433.

II. La rendición del nacionalismo vasco

La reunión se prolongó desde las diez de la noche a las cuatro de la mañana. En presencia de Gámir, los militares extranjeros, sobre todo el general ruso Goriev y el coronel francés Monnier, lograron sacar adelante la propuesta de resistencia frente al escepticismo o el derrotismo de los nacionalistas. El general Goriev, nombre de guerra de Ián Antonovitch Berzin, artífice de la heroica resistencia madrileña junto al coronel Rojo, explicó que la defensa era posible si había voluntad para ello. Aguirre insinuó la traición de la República por la falta de aviones, pero el ruso salió al quite:

«Durante las tres primeras semanas de defensa de Madrid la mantuvimos con sólo dieciséis cazas. Más tarde teníamos treinta y dos aparatos de caza».

Monnier fue más diplomático, pero dejó entrever que eran los vascos los que debían decidir si estaban dispuestos a sacrificar su ciudad. Su colega vasco Montaud opinó que era una insensatez medieval pretender defender la ría y la ciudad, porque las tropas eran incontrolables y los medios paupérrimos. La réplica del francés aludió a las ventajas de la orografía:

«Pero es una contrapendiente; sólo puede operar la artillería pesada enemiga y la aviación».

El consejero de Justicia, Leizaola, cada vez con más mando en el Gobierno, ocultó su firme inclinación por la rendición, por lo que el encuentro concluyó con la decisión de defender Bilbao, aunque la población debía ser evacuada.

Entre las opiniones a favor de la retirada se había escuchado la del jefe de la artillería, el coronel Casiano Guerrica-Echevarría, que había hablado en tono pesimista retorciéndose en su silla mientras aludía al armamento escaso y averiado de que disponía. Dos horas más tarde se fugó, al igual que otros muchos jefes militares que a esa misma hora y en el mismo hotel Carlton también se reunían para ultimar los preparativos de la espantada. Otro de los asistentes, el comandante Arbex, que casi implorando la rendición llegó a preguntarse en voz alta «¿De qué sirve que nos maten aquí?», se pasó a la zona enemiga a los diez días.

Pocas veces el tópico que alude a las ratas que abandonan el barco fue tan real como en aquellos primeros minutos del día 14 de junio, sobre la una de la madrugada, cuando un numeroso grupo de desertores, entre ellos políticos, funcionarios y militares, escaparon desde los muelles del puerto de Santurce. El barco lo abandonaron en Francia.

Aprovecharon la salida de un grupo de civiles refugiados, que incluía a muchas mujeres y niños. Llegaron con el pretexto de despedir a sus familiares, pero embarcaron con ellos en los destructores *José Luis Diez* y *Ciscar*. La mayoría eran jefes de diferentes servicios del Gobierno vasco, dependientes directamente de José Antonio Aguirre o del secretario de la Consejería de Defensa, Joseba Rezola. Además de Guerrica-Echevarría, estaban allí, entre otros, el jefe de las fuerzas navales del norte, el capitán de fragata Enrique Navarro; su ayudante, el capitán de corbeta Vicente Agulló; José Ibarгүйen, jefe de la IV Sección del Estado Mayor; Joaquín Eguía, jefe de la Marina de Guerra del Gobierno vasco; Fernando Unceta, jefe de la Sanidad Militar; Bruno Mendiguren, jefe de Prensa y Propaganda de Presidencia; y Antonio Naranjo, jefe de la I Sección del Estado Mayor. Un grupo en el que estaba José María Pikaza, jefe de la Policía Motorizada de la Ertzaña, escapó después de la salida de los barcos en el yate *Goizeko Izarra*. Pikaza llegó a discutir acaloradamente antes de la fuga con Pedro Basaldúa, secretario de Aguirre, que asistía impotente en el muelle de Santurce a aquella bochornosa desbandada de quienes más tenían que dar ejemplo al pueblo.

86

El capitán del *Ciscar* descubrió a los fugados en mitad de la travesía y lo comunicó a Bilbao, desde donde le ordenaron que los devolviera tras dejar a los refugiados en suelo francés. Habían falsificado la firma de Aguirre en documentos con membrete y sello de Presidencia que contenían una orden para desplazarse a Francia en diferentes misiones. Sin embargo, las autoridades francesas no permitieron su vuelta a Euzkadi a su llegada al puerto de La Pallice, donde casi acaba a tiros un enfrentamiento entre el comisario político que iba a bordo y un cabo amotinado que portaba una pistola. Aprovechando la confusión, Navarro y Agulló huyeron a tierra los primeros, en el bote del práctico del puerto.

Los desertores llevaban alhajas y grandes cantidades de dinero en moneda nacional y extranjera que no pudieron evadir y acabaron en la caja fuerte de las fuerzas navales republicanas.

Esta fuga masiva dejó sin personal muchos despachos de Presidencia, el hotel Carlton medio vacío y a Aguirre en una soledad que seguían paliando los fieles, aunque el golpe moral se sumaba al militar, aumentando la tristeza de aquella situación desesperada.

No era la primera deserción en la marina ni en aquellos barcos malditos que trabajaban para el enemigo. En marzo, la tripulación del *José Luis Diez*,

en vez de escoltarlo, informó a los franquistas de un cargamento de armas que transportaba para los republicanos del norte, desde México, el buque *Mar Cantábrico*. En esas fechas, después de sabotear el barco inutilizándolo, desertaron en Burdeos un capitán, el comandante médico, el capitán de máquinas, dos maquinistas y el oficial de derrota, una denominación esta última muy certera para aquellos marinos infiltrados en el bando de los leales.

Si no fuera por la gravedad que suponen las traiciones en las guerras, sobre todo en aquélla entre hermanos, lo de la armada republicana en aguas vascas parece un sainete capaz de desatar carcajadas. Las fugas de junio no fueron sino las tracas finales de aquella comedia con tintes trágicos.

Los barcos estaban en condiciones de zarpar seis horas después de recibir las órdenes la tripulación, frente a las dos necesarias en Cartagena. Las averías intencionadas en el *Ciscar* y en el *José Luis Díez* eran continuas, de modo que pasaron en el puerto la mayor parte de la guerra. A este último la población, con humor negro, lo había bautizado como «Pepe el del puerto». La inmensa mayoría de las veintidós operaciones para las que le demandaron servicios las incumplió. La misión de su ingeniero naval consistía en tener las calderas continuamente en reparación. En una batalla naval en Santander la gente contaba los disparos fallidos al minador franquista *Júpiter*, que fueron todos. Hay quien habla de doscientos tiros errados. Se llegó a dar el caso de disparar incluso contra su propia cubierta, inutilizando la chimenea, en una «gloriosa» actuación antiaérea tras un ataque de la aviación enemiga.

87

El comandante del *Ciscar* era cocainómano y, más que en la mar, donde se le podía ver era en los cabarés de Bilbao, según la denuncia formulada por el propio presidente Aguirre al Gobierno republicano. El lendakari también aludía en su narración trágico-cómica al comandante de un submarino atracado en Portugalete que «se pasa el día en el refugio con una silla, provocando la hilaridad de cuantos se acogen a aquel lugar»⁴.

Aguirre decidió intervenir y creó su propia marina adaptando barcos pesqueros. También sustituyó a la tripulación del *José Luis Díez* por otra de marinos nacionalistas voluntarios. Los del «Pepe el del puerto» fueron detenidos y castigados en el Batallón Disciplinario. En su defensa se puede decir que muchos eran jóvenes del sur alejados desde el inicio de la guerra de

⁴ José Antonio Aguirre, «Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República», ob. cit., p. 110.

su familia y puestos bajo el mando de jefes y oficiales franquistas, auténticos responsables de aquel despropósito.

Sin embargo, el mayor topo en el País Vasco no navegaba sino entre las mentiras y ocultaciones tejidas alrededor del presidente Aguirre en su sede del hotel Carlton. Era nada menos que su jefe de Estado Mayor, Ángel Lamas Arroyo, traído por Gámir a Bilbao, que lo había tenido a sus órdenes en la Academia Militar de Toledo.

Natural de Santoña, Lamas venía de Madrid. Franquista de los pies a la cabeza, más por el orden y la disciplina militar que por convicciones políticas, desde el primer día fue un importante espía e informador del bando al que aspiraba a pasarse en cuanto pudiese, lo que hizo finalmente en su propio pueblo.

En su ingenuidad, comparable a la de Gámir, los nacionalistas vascos lo tenían por competente y afín a ellos, sin darse cuenta de que su misión no era otra que la de separarlos de los rojos, objetivo para el que maniobró cuanto pudo. Hasta lamentaban que no hubiese llegado antes.

En Bilbao fue recibido magníficamente, situando sus dependencias y su domicilio en un gran edificio en la esquina de la Gran Vía, donde también se había trasladado la familia Gámir. La de Lamas iba acompañada de una empleada que atendía a sus hijos pequeños. Su piso era tan amplio y confortable que incluía hasta un oratorio, algo muy natural para quien mandaba a los *gudaris*.

Lamas Arroyo, un burócrata que no pisaba los frentes, fue un agente del enemigo que sólo destacó a la hora de aplaudir las órdenes equivocadas y las operaciones más absurdas, además de fomentar inquinas y divisiones entre los que habían confiado en sus servicios, según confesaría luego en sus memorias, que el mismo Judas habría firmado. Unos recuerdos escritos con amargura, porque al final los franquistas decidieron, como los antiguos romanos, no pagar a traidores.

BILBAO INTACTO, EL PRIMER ACUERDO CON LOS ITALIANOS

Si en la crisis interna por la matanza de las cárceles de Bilbao en enero Aguirre se había impuesto a Ajuriaguerra, que tuvo que encajar el golpe de autoridad del presidente, en los momentos decisivos, cuando se estaba

II. La rendición del nacionalismo vasco

decidiendo la guerra en Euzkadi, el líder del partido se cobró su venganza apartando al Gobierno autónomo de las negociaciones con los italianos.

Aguirre era reticente, aunque consentía y daba luz verde a las negociaciones, pero Ajuriaguerra tenía claro que la situación era irreversible y que el nacionalismo vasco no pretendía ya ganar la guerra, sino salvar a Euzkadi. Y para eso se pactaba con quien hiciese falta, a poder ser con un país extranjero. Italia se había ofrecido y había que aprovechar la baza. No importaba que su Gobierno fuese tan fascista como el que Franco presidía en Salamanca. El fin justifica los medios, y aquél no era otro que Euzkadi. Había que salvar al país, a sus guerreros y a sus gentes. Las cosas volvían a su sitio porque en el nacionalismo vasco quien manda es el PNV.

Desde el día 16 de junio, coincidiendo con la entrada de los italianos en Algorta, lo que les dio el control de la importante zona urbana de la margen derecha de la ría de Bilbao, Juan Ajuriaguerra se convirtió en el interlocutor de Alberto Onaindia para las conversaciones secretas.

Al cura no se le dieron explicaciones ni las pidió, aunque le disgustó la exclusión de su amigo Aguirre. También acogió con sorpresa el cambio el cónsul Cavalletti, que empezaba a entender los complicados laberintos del nacionalismo vasco, herméticos y sólo al alcance de los iniciados, especialmente en tiempos de guerra. La obediencia debida, la disciplina y la supeditación de toda acción al objetivo único, la patria vasca, ahorran problemas pero ahondan los misterios.

Todo ello puede llegar a extremos inconcebibles si el máximo responsable de la pirámide de poder en el nacionalismo vasco es alguien con la compleja personalidad de Ajuriaguerra, un ingeniero de difícil carácter, lacónico, con una seriedad y una frialdad más propias de un nórdico que de un vasco, aunque paradójicamente representara la esencia de su pueblo. Como a toda su generación, al dirigente peneuvista la guerra le arrancó la juventud, pero el nacionalismo le quitó los placeres de la vida, aunque su entrega fuese gozosa y voluntaria. Soltero y sin más compromiso vital que el del partido, se unió a éste en una especie de matrimonio político al que guardaría una fidelidad inquebrantable.

En sus órdenes a Onaindia, Ajuriaguerra utilizaba el nombre de guerra de «Jacinto», por el que lo conocían en el partido. Su intermediario era José Michelena, jefe del Servicio de Información del PNV y responsable de las comunicaciones entre Bilbao y Bayona. La primera notificación del día 16, en

un telegrama radiado, ya indicaba que Bilbao se daba por perdido y que la prioridad de los nacionalistas era la de siempre desde el inicio de la guerra: mantener intacto el territorio y garantizar el orden público frente a la amenaza roja:

«Michelena. Diga Onaindia hable cónsul amigo como cosa de él creyendo interpretar nuestro pensamiento que si tropas Franco entrasen en Bilbao espera que italianos que han llegado a comprender nuestro problema querrán ser salvaguardia vidas población civil y que nosotros estaremos hasta el último momento para evitar desórdenes»⁵.

89

El padre Onaindia habló con el «cónsul amigo», como le ordenaron, y en la nota que le entregó añadió que San Sebastián ya era un precedente del comportamiento de los nacionalistas, entregando intactas las ciudades rendidas. Cavalletti se comprometió a que los italianos respetarían las vidas de la población civil y evitarían represalias. Para ajustar el acuerdo, el diplomático propuso la celebración urgente de una reunión entre los representantes vascos y los militares italianos, a espaldas del mando franquista. Llegó a decir que de ese encuentro dependería que en Bilbao entrasen primero sus tropas o las de Franco, algo esencial para los nacionalistas, que tenían pánico a un baño de sangre, teniendo en cuenta precedentes como el de Málaga. En todo caso los italianos garantizaban que los *gudaris* que capturasen quedarían bajo su custodia con total respeto a sus vidas y a su dignidad, al margen de que hubiese rendición o resistencia.

Con el desmoronamiento de las últimas defensas de Bilbao, estos acuerdos verbales tendrían ocasión de ponerse en práctica esa misma semana.

BILBAO NO ES MADRID

El 16 de junio de 1937 la situación de Bilbao era insostenible. El Bocho, el agujero urbano de la gran ciudad de los vascos, lo era más que nunca, rodeado casi completamente en su contorno por el enemigo. Ya había ocupado los poblados montes del norte, Archanda y Santo Domingo, y por el sur era suya la cima del Pagasarri. El gran bastión cantábrico republicano estaba copado, sólo con la salida por carretera hacia Santander como escape, si se asumían

⁵ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 54.

los riesgos que desde las alturas suponía la presencia de las bien armadas tropas franquistas.

Sin gas ni luz ni agua, servicios que los invasores se apresuraron a cortar, las horas del Bilbao republicano estaban contadas.

Como tres señales definitivas de lo inevitable y otras tantas advertencias de desalojo, tres balas disparadas desde Archanda se colaron en el despacho de José Antonio Aguirre en el hotel Carlton. Al otro lado de la ría, a un kilómetro, ya dominaban el terreno los soldados italianos.

A las diez y media de la mañana el presidente volvió a reunir a sus consejeros, mandos militares y Estado Mayor, a propuesta del general Gámir. Su Gobierno estaba al completo. Los militares hicieron un informe de la situación, que más que pesimista era dramático. Leizaola, el consejero de Justicia, volvió a tener especial protagonismo. El Bilbao republicano contaba sólo con la margen izquierda de la ría del Nervión. Dada su orografía, su situación geográfica y hasta su trazado urbano, la ciudad era indefendible. Era la antítesis de Madrid, el símbolo del coraje y la resistencia. Bilbao no era una prolongada llanura donde la vista no encontraba obstáculos, como ocurría en la capital española, ni tenía como ella defensa antiaérea, sino que era una trampa mortal rodeada de montañas dominadas por el enemigo. Además Madrid se podía defender hasta por debajo del suelo, porque tenía metro y la red subterránea era otra ventaja considerable. Tampoco era Bilbao como el Oviedo que resistía el asedio republicano, con su laberinto de callejuelas estrechas, sino una sucesión de amplísimas calles y avenidas que harían las delicias de cualquier francotirador.

90

Los mandos militares se plegaron a estos planteamientos, empezando por Gámir, que se resignó a lo inevitable. En cambio, Lamas Arroyo, topo de los sitiadores, se mostraba encantado por no tener que defender con ardor el repliegue, lo que le habría puesto en un aprieto.

La suerte estaba echada. Como había pronosticado Azaña con su pesimismo español e inteligente que siempre le hizo adelantar todos los desastres de la guerra en el norte, era impensable que Bilbao afrontase un asedio como los tres de los que salió airoso durante las guerras carlistas del siglo XIX. Un mes más tarde, el comisario general del norte, González Peña, comentó al presidente de la República que los nacionalistas rechazaron un proyecto para hacerse fuertes en Bilbao con 20.000 soldados y abundante

material y comida. Para liberar a los sitiados iría un ejército de socorro de asturianos y santanderinos.

El acuerdo de tres días antes quedó, no obstante, en papel mojado y se adoptó el criterio contrario: retirada hasta situar la nueva línea defensiva al oeste de Bilbao, que a Gámir le parecía la menos mala de las soluciones para seguir manteniendo activo a su ejército. No se aceptó una propuesta más radical del consejero de Interior, Monzón, muy en su línea: rendición a los franquistas del Gobierno vasco, que permanecería en la ciudad. Aguirre se ofreció para quedarse él solo, pero lo que se aprobó fue que se desplazase al día siguiente con su gabinete a Trucios, un pueblo vasco fronterizo con Santander, a treinta kilómetros de Bilbao. En la ciudad quedaría una Junta de Defensa formada por tres consejeros de diferentes partidos. Los elegidos fueron el nacionalista Leizaola, definitivamente la cabeza del Gobierno en el adiós a Bilbao, el socialista Aznar y el comunista Astigarrabia.

Antes de concluir la reunión se expuso la reiterada petición de Indalecio Prieto, repetida ese mismo día por telegrama, para evitar que la industria vasca, la más importante de España, cayese en manos de los franquistas. El ministro pedía la inutilización, no la destrucción, pero lo básico era garantizar que aquellas fábricas, que podrían abastecer la industria bélica de los sublevados y facilitarles divisas, no fuesen para los fascistas un triunfo tan importante como la propia toma de Bilbao.

91

Completo mi telegrama anterior haciéndole observar la enorme responsabilidad que sería entregar, mediante una retirada precipitadísima, toda la potencia industrial de Bizkaia, que casi exclusivamente radica en la orilla izquierda de la ría, desde la capital hasta la desembocadura del Nervión en el mar. Todo esto puede defenderse mientras se organiza el envío de auxilios aéreos, que confío será inmediato. Si una situación desesperada, que no podrá producirse mientras el enemigo no salve el foso que constituye la ría, y determinará obligatoriamente una retirada de esos lugares, ante los cuales deben estrellarse las fuerzas facciosas, sería indispensable como ya se tiene ordenado a vucencia, inutilizar cuantos elementos industriales no puedan ser trasladados.

El Gobierno vasco no se opuso, pero matizó la petición de Prieto: nada de dismantelar la industria. Destrucciones, las razonables. El acta de la reunión, aprobada por unanimidad de todos los consejeros, indica concretamente:

«Examinada la necesidad de las destrucciones que imponga la defensa de Bilbao, expuesto el criterio del Gobierno de que deben limitarse a lo militarmente razonable, el mando se ha hecho cargo del deseo significado por el Gobierno de que las destrucciones no deben exceder de lo que reclamen las exigencias de la lucha, ya que el aniquilamiento total de la industria y de la edificación sería organizar el hambre para el momento de la victoria».

Aún quedaban muchos habitantes en Bilbao, entre ellos refugiados que habían llegado de Guipúzcoa, y Aguirre pidió a sus *gudaris* un último esfuerzo para facilitar su evacuación. Había que distraer al enemigo que no cesaba de hostigar con la aviación y la artillería a aquella multitud de hombres, mujeres, niños y ancianos. Era una triste caravana humana que marchaba a pie en penosa retirada con sus bártulos a cuestas, en un espectáculo que encogía el corazón más insensible. Se dirigió el presidente por radio en emocionada alocución a sus tropas pidiendo el supremo sacrificio de acometer un contraataque a las posiciones enemigas para facilitar la huida de aquella legión de desgraciados. Sería la última proclama del presidente en su tierra vasca.

El prestigio y la credibilidad de Aguirre entre los suyos eran tan extraordinarios y la llamada de la tierra para los nacionalistas vascos tan sagrada, que aquella propuesta desesperada tuvo eco de inmediato en los batallones del Euzko Gudarostea. Tres de ellos, el Kirikiño, el Itxasalde y el Itxarkundia, salieron aquella noche hacia Archanda, donde otros vascos, ayudados por brigadas expedicionarias, intentaban contener a los invasores en un lugar de valor estratégico fundamental.

La de Archanda sería la batalla más épica de la Guerra Civil en el País Vasco. Con un valor y un heroísmo que impresionaron al enemigo, aquellos soldados se inmolaron en un sacrificio que no fue estéril, aunque no perseguía una victoria imposible. Llegaron a reconquistar el Casino y las posiciones que permitían el control de Bilbao, pero sólo durante el tiempo necesario para facilitar la huida de los suyos, de aquellos que no portaban armas.

92

Los cronistas describen una tragedia gloriosa, digna de los más brillantes episodios bélicos de la historia, en una babel donde se oían gritos en euskera, en castellano, en italiano y en asturiano. Los *gudaris* morían entonando sus himnos y elevando al cielo ese «Gora Euzkadi Askatuta» que jamás sonó tan trascendente. A su lado otras voces gritaban «Arriba Asturias» o «Viva la FAI».

Los asturianos dirían más tarde que si los nacionalistas vascos hubiesen luchado siempre así durante la guerra, la historia se habría escrito de otra forma.

LEIZAOLA EMPIEZA A CUMPLIR CON LOS ITALIANOS

Jesús María Leizaola era un peso pesado del nacionalismo vasco. Puesto al frente de la Junta de Defensa pasaba a ser el hombre que apechaba con la responsabilidad de las últimas horas del Bilbao republicano. Parecía tener cualidades para ello.

Profundamente religioso, como resultaba inevitable en el PNV, Leizaola era, aunque firme en el trato, una persona serena, una cualidad más que estimable en aquellos terribles momentos. Siempre con su boina calada, era uno de los abogados de mayor prestigio del País Vasco e incluso de España, pero en la vida política no era precisamente brillantez lo que destilaba, sino que ofrecía más bien una imagen gris, aunque su indumentaria era siempre negra. «Todo en él era oscuro, poco militarista y burgués, en el más refinado y religioso de los sentidos», según descripción de George Steer.⁶

Fiel a su ideario, a las consignas nacionalistas y a los compromisos con los italianos, Leizaola se marcó sus prioridades: evitar la destrucción de la gran ciudad industrial y los desórdenes. Para lo primero tuvo que desobedecer a Prieto y al Gobierno republicano. Para lo segundo había que comenzar liberando a los presos derechistas.

Con las industrias, el Gobierno vasco pasó de la matización a la abierta insumisión. Hubo algunas actuaciones menores, pero los batallones nacionalistas se ocuparon de evitar las destrucciones que mandaba el Gobierno republicano, enfrentándose para ello a otros combatientes republicanos, especialmente a los dinamiteros asturianos encargados de las voladuras. Veinte camiones de dinamita quedaron sin utilizar.

En ocasiones hubo tremendos forcejeos, como en el puente de Isabel II, que los asturianos acabaron volando cumpliendo la orden del Estado Mayor a pesar de la oposición de los *gudaris*, que llegaron a emplazar ametralladoras en las azoteas vecinas. Pero en otras ocasiones la violencia fue mayor y

⁶ Georges Steer, *El árbol de Guernica*, ob. cit., p. 454.

llegaron a sonar los disparos, como en Baracaldo, aunque no se conocen víctimas de estas luchas entre combatientes del mismo bando que ya dilucidaban por la fuerza sus diferencias.

93

En la Universidad de Deusto y en la iglesia vieja de San Nicolás intervino presto Leizaola para evitar las voladuras ordenadas por el ejército que mandaba el general Gámir. Las cargas de dinamita ya estaban colocadas. Los republicanos sostenían que eran lugares apropiados para que el enemigo instalase nidos de ametralladoras.

El director de los parques de Bilbao, donde se acumulaba el material de guerra, Julio Aznar, recibió la orden de volarlos, pero no se cumplió. Lo impidieron la Compañía Alberdi y los Miñones (policía de la Diputación, dependiente del Gobierno vasco) en el Parque de la Albóndiga, y la Ertzaña en el de las Casas de Subiñas. En el primero ya habían sido colocadas para hacer volar el edificio unas cuarenta toneladas de dinamita. Parte de las bombas de aviación y los cartuchos de fusil para cañones que se almacenaban en esos parques fue evacuada a Santander, pero mucho material no fue desalojado y sería más tarde utilizado por el enemigo.

Se calcula que en Bilbao había 20 millones de balas de fusil, 70.000 granadas de mortero y miles de granadas de mano. Más de la mitad de este material era de producción propia. Una parte muy importante quedó en Bilbao y acabó siendo usado contra los que lo abandonaron. Leizaola diría después que mucha cantidad de este material abandonado se encontraba inservible. En su informe al presidente Azaña sobre la pérdida del norte, el teniente coronel Francisco Buzón Llanes dice que «hasta la última hora se mantuvo el criterio de preferir la pérdida del material a entregarlo a santanderinos o asturianos»⁷.

Frustrada resultó también la operación para la voladura del pantano de Ordunte, que abastecía a Bilbao de agua potable. El mando militar republicano dictó la orden, conociendo además el interés del ejército nacional en tomar la instalación de inmediato, antes incluso que la cercana población de Balmaseda. Mandos *gudaris* de la IV División y del Estado Mayor paralelo vasco, acompañados de jefes de batallón y un comisario, se entrevistaron en Trucios secretamente con Ángel Lamas Arroyo para evitarlo. El topo ayudante de Gámir les alentó en su desobediencia.

⁷ Mariano Suárez Rodríguez, *¿Quién escaeció a Belarmino Tomás?*, ob. cit., p. 761.

Hasta Ordunte se trasladaron dinamiteros de la Escuela de Especialistas de Santander, pero un batallón nacionalista impidió que ejecutaran su misión. Al final el pantano fue inutilizado parcialmente, pero la avería tuvo escasa importancia y entró pronto en servicio para los ocupantes franquistas.

El plan de inutilización de la industria vasca recrudeció el siempre latente conflicto entre comunistas y nacionalistas. Éstos culpaban a la política de tierra quemada de los revolucionarios de pretender acabar con su riqueza y su país con la complicidad de los militares rusos. Por las alturas, entre los de los galones, mantenían una pugna sorda Goriev y Montaud, el mejor ayudante que tuvo Aguirre para evitar las destrucciones. Sin embargo, con quien llegó a enfrentarse abiertamente el que fuera jefe de Estado Mayor del ejército vasco fue con otro de los militares llegados de la URSS.

94

«Yo tuve el choque con un tal Dambroski, bestia ignara, grosca y viciosa a la que no había tenido el disgusto de ver más de dos o tres veces. Claro está que es igual éste que los otros, puesto que tanto daba Juan que Pedro y lo mismo habría sucedido si cualquiera de aquéllos hubiera pretendido hacerme sentir la menor autoridad o imposición. Dambroski fue expulsado del norte como resultado de aquel disgusto [?] y no volvió más a saberse de él»⁸.

Pero si a alguien deben Aguirre y Montaud haber hecho posible la desobediencia a la República salvando la industria vasca es a Pablo Beldarrain. Nacido en Bilbao en 1909, Beldarrain era uno de los pocos buenos militares que dio el ejército nacionalista, lo que se debía tanto a su intuición como a su formación, porque había cursado estudios superiores en la Academia Militar, de donde salió como alférez de complemento. Era perito industrial y trabajaba en el astillero Euskalduna.

Su competencia y su valentía, que le convirtieron casi en un mito en la batalla de los montes Intxortas, le llevaron a la jefatura de la V División, que incluía a las brigadas vascas I, V y VIII, además de una santanderina, ocupando una amplia extensión de terreno desde la costa hasta Munguía.

Nacionalista y montañero de los Mendigoixales, a Beldarrain costaba mucho arrancarle las palabras, pero habría sido imposible oírle una sola contra Aguirre, al que guardaba una fidelidad a prueba de las bombas que soportaba

⁸ *Historia general de la Guerra Civil en Euzkadi*, tomo VI, «El ejército vasco en la Guerra Civil», ob. cit., p. 129.

en la guerra. El presidente siempre lamentó haber hecho caso antes de la caída de Bilbao a Gámir, que no autorizó al jefe de la V División a llevar a cabo un intrépido plan propio para envolver al enemigo. Beldarrain se tragó sus lágrimas de impotencia y, con un puñado de hombres, lo acometió en pequeña escala, volviendo con el mayor grupo de prisioneros que consiguió su ejército en toda la guerra del norte.

Cuando la insumisión de los nacionalistas agotó la paciencia de Prieto y aún era posible evitar que los franquistas se quedasen con industrias claves intactas, Gámir dio el día 21 una orden definitiva de inutilización a Beldarrain, haciéndole responsable de su cumplimiento. El ultimátum iba por Altos Hornos de Vizcaya (AHV), la más importante de las factorías. Obedeciendo al parecer la orden que le dio personalmente José Antonio Aguirre para salvar la más importante productora de acero de España, Beldarrain desobedeció la de Prieto y Gámir con la ayuda de Luis Urkullu, el comandante del batallón Gordexola, que más tarde evitaría que los rojos entrasen en AHV. A este batallón nacionalista, formado por vecinos de Baracaldo, no le correspondía estar en esa localidad de la margen izquierda de la ría, pero se lo consintió el mando del Euzko Gudarostea. Los del Gordexola, que tenían entre sus hombres a personal de la empresa infiltrado, mantuvieron en su defensa de la factoría una auténtica batalla campal con soldados asturianos y lograron que por la puerta de la industria más emblemática de Euzkadi no entrase dinamitero alguno.

Ramón Rubial —jefe de un batallón socialista y un trabajador experimentado, que había pasado por la Naval de Sestao, la Naval de Reinosa y Babcock Wilcox — opinaba que «habría bastado con volar el principal grupo electrógeno de la fábrica para dejar paralizada la producción de acero durante un par de años»⁹.

95

La orden que no se pudo cumplir limitaba la paralización de la factoría a la central eléctrica y el laboratorio.

Comenzando por AHV, la lista de las grandes empresas que se encontraron los franquistas prácticamente intactas es muy larga: Constructora Naval, General Eléctrica, Babcock Wilcox, Echevarría, Firestone, Euskalduna, la fábrica de dinamita de Galdácano, los depósitos de combustible de Campsa,

⁹ Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, ob. cit., p. 567.

la central térmica de Burceña, la papelera de Arrigorriaga, fábricas de cemento...

Aunque Ajuriaguerra mostró después de la guerra sus dudas sobre si aquella protección de la industria fue adecuada, en el nacionalismo vasco hubo unanimidad y se cerraron filas, como siempre que ocurre con una decisión importante. El consejero de Acción Nacionalista Vasca en el Gobierno, Gonzalo Nárdiz, presionó personalmente a Luis Urkullu, militante de ese partido con el que nació la izquierda *abertzale*, aunque no fuese realmente necesario:

«Hablamos con Urkullu e insistimos en que su misión consistía en defender Altos Hornos y hacer todo lo posible para impedir su voladura. No le dimos órdenes por escrito, ni siquiera tuvimos que decir con palabras lo que pensábamos. Quedó bien entendido a base de alusiones, *sotto voce* [...]. Sabíamos que dejar las fábricas intactas era traicionar a nuestros aliados, pero más habríamos traicionado a nuestro pueblo si lo hubiéramos destruido todo, dejándole sin trabajo»¹⁰.

Aguirre no se ocultó a la hora de asumir su responsabilidad. Sólo habían pasado unas semanas cuando en Santander respondió con claridad a una periodista francesa de *L'Humanité* que le preguntó por qué no habían paralizado la industria vasca:

«Pues está claro, señorita, porque estas industrias son riqueza y patrimonio forjado por nuestro pueblo y pertenecen a él. Y porque nosotros no nos marchamos definitivamente, sino que pensamos y esperamos volver».

A Beldarrain ni Aguirre ni su partido le dejaron tirado. Tras andar huido varias semanas y reunirse clandestinamente con la cúpula del PNV en la provincia de Santander, le consiguieron un barco para escapar a Francia el 3 de julio, donde entraría a formar parte de los servicios secretos de su organización. Ajuriaguerra fue su gran valedor y le dijo en una cita concertada en la casa donde aún se ubicaba la Consejería de Hacienda: «Aunque pueda hacernos falta queremos librarle de un sumarísimo»¹¹.

Franco despreciaba profundamente a Aguirre, pero en esta ocasión debería estarle tan agradecido como los grandes capitalistas vascos. El

¹⁰ Ronald Fraser, *ibíd.*, p. 568.

¹¹ Pablo Beldarrain, *Historia crítica de la guerra en Euskadi*, autoedición, 1991, p. 406.

aprovechamiento que hicieron los rebeldes del botín industrial fue rápido y espectacular, tanto para producción bélica propia como para obtener importantes beneficios económicos y divisas. Lo reconoció públicamente el mismo Franco, que decía que la Guerra Civil la había ganado en el norte.

96

La maquinaria de guerra del ejército sublevado comenzó a ser abastecida en toda España desde las fábricas del País Vasco. La producción de acero en Vizcaya, que había descendido en 1937 a 97.474 toneladas con relación a las 356.302 de 1935, aumentó hasta superar las cifras de antes de la guerra, llegando con el control franquista a 359 085 toneladas.¹²

Lo mismo ocurría con el mineral de hierro. En sólo seis meses superaba en un 6 por ciento la producción anterior al conflicto. Las exportaciones se dispararon y llegaron al 60 por ciento de la producción total. Al restablecerse los envíos a Inglaterra, gracias al acuerdo con la Alemania nazi, los franquistas ingresaban 1.700.000 libras al año.

PRESOS LIBERADOS, PUENTES VOLADOS

Sin comunicárselo a sus aliados republicanos, Leizaola se dio prisa en llevar a la práctica una de las prioridades de los nacionalistas durante toda la guerra: vaciar las cárceles antes de la llegada del enemigo, para evitar venganzas y matanzas por parte de izquierdistas y anarquistas.

Los primeros presos liberados fueron la mayoría de los que custodiaba en Portugalete el Cuerpo Disciplinario, el lugar al que iban a parar los soldados castigados. En las últimas horas del día 15 de junio fueron llevados a la otra orilla de la ría atravesando el famoso puente colgante y una vez allí entregados a la Ertzaña, responsable de ponerlos en libertad. Esa noche la tensión y los enfrentamientos internos en el ejército vasco se desbocaron, cobrándose la primera víctima. A ello contribuyó el extremo secretismo de las operaciones y de las órdenes emanadas del Gobierno y del PNV, que actuaban con la sintonía y complicidad habituales. Durante el traslado de aquellos prisioneros civiles, un teniente del Cuerpo Disciplinario, visiblemente embriagado, se negó a obedecer. En la discusión con un ertzaña recibió un puñetazo, cayó a la ría y se ahogó.

¹² Juan Pablo Fusi, *El País Vasco 1931-37: autonomía, revolución, Guerra Civil*, ob. cit., p. 238.

Al día siguiente, coincidiendo con la primera oferta de Ajuriaguerra a Cavalletti, las tropas italianas encontraron en su entrada a la localidad a trescientos presos liberados en el pósito de pescadores de Algorta. Eran derechistas que habían trabajado en las obras del cinturón defensivo.¹³

Una jornada después se acometía la más peligrosa y comprometida de las sueltas de presos decididas por Leizaola, en Bilbao, en la cárcel de Larrinaga, donde se hacinaban 1100 personas. Encargó la operación al nacionalista Francisco Gorritxo, jefe de la IV Brigada del ejército vasco, un mando intermedio por completo obediente, de esos que no hacen preguntas ni aunque la misión despierte especialmente la curiosidad. Su nombre irá siempre asociado a la rendición de Bilbao, donde fue una especie de hombre para todo, presente en todos los escenarios.

97

La primera intentona se pospuso hasta el día siguiente al detectarse algunos síntomas de que un batallón asturiano, desplegado en la zona por donde iban a huir los presos, había sido advertido por un chivatazo. Al amparo de la oscuridad, a última hora del día 18 de junio empezó a vaciarse la cárcel de forma ordenada siguiendo el plan de Gorritxo, que mandaba varias compañías del batallón Itxasalde. Primero, en parihuelas, irían los enfermos y heridos, después las cincuenta mujeres encerradas y por último los encarcelados por la guerra. Entre éstos había militares franquistas como el comandante Aguilar o el capitán de caballería Jesús Velasco. También había algunos italianos y alemanes, entre ellos varios pilotos como Wandel, y civiles fascistas, como el militante de Falange Julián Calle. Para disimular, como si saliesen a la calle a realizar trabajos, se les dieron picos y palas. Y a algunos, armas, como a José Valdés Larrañaga.

Cuando ya habían ganado la calle custodiados por los *gudaris*, penetró en la cárcel, excitadísimo, el jefe de la VI Brigada, el militante de ANV Jaime Urkijo, dando grandes gritos. Viendo las celdas vacías mentaba repetidas veces la palabra «traición» y pedía explicaciones a Gorritxo, al que reprochaba haber ultrajado los ideales nacionalistas. Sus voces resonaron como una amenaza y un anuncio de lo inevitable de un ajuste de cuentas entre nacionalistas:

—¿Cómo consientes esto, Gorritxo?

¹³ Guillermo Tabernilla y Julien Lezámiz, *El Cuerpo Disciplinario de Euzkadi*, Asociación Sancho de Beurko, Bilbao, 2004, pp. 103 a 107.

II. La rendición del nacionalismo vasco

Paralizado, el liberador de los presos apenas atinó a dar alguna explicación coherente, aunque dejó claro que actuaba obedeciendo órdenes del Gobierno vasco. Ni calmó ni convenció a Urkijo, que salió disparado cuesta abajo gesticulando y anunciando que iba a por sus tropas para «limpiar» a aquellos «traidores».

Gorritxo, al frente de un grupo de unos dieciocho *gudaris*, se aprestó a organizar la resistencia, con los fusiles en posición y algunos hombres cuerpo a tierra armados con bombas de mano.

Urkijo no tardó en llegar, mandando el batallón Amuategi, formado fundamentalmente por eibarreses y adscrito a las Juventudes Socialistas Unificadas. Tras darles el alto, los encerrados en la cárcel se arrojaron precipitadamente a los lados del camino. Rechinaron los cerrojos y esa tensión sofocante que precede a la batalla, asfixiante si estalla entre camaradas. La rompió Urkijo, pidiendo que no llegasen a hablar las armas. Gorritxo se mostró dispuesto a parlamentar y se pactaron las condiciones. Los dos jefes se acercaron uno al otro contando los pasos hasta encararse. Acordaron solventar y aclarar aquel contencioso en la sede de la división. La tragedia y el cainismo, que se habían apropiado de aquellas escenas sacadas de un guión cinematográfico, cedían ante la prudencia imprescindible para evitar que una confusión provocase un baño de sangre. Al salir, los *gudaris* que estaban en la calle gritaban a favor o en contra de cada uno de los dos militares, otra señal de que algo en la unidad familiar nacionalista se estaba quebrando.

Al llegar a la sede de la división, en la plaza de Zabalburu, los ánimos estaban revueltos porque ya habían llegado noticias de lo ocurrido. Incluso pudieron leer una nota escalofriante escrita en grandes caracteres: «Fusilar a Gorritxo».

98

Era el coronel Putz quien había tomado la competencia de depurar las responsabilidades de Gorritxo, creyendo que había actuado por su cuenta. Leizaola, que se presentó en la división acompañado por Ajuriaguerra, aclaró lo sucedido, rescatando del pelotón de fusilamiento a Gorritxo, que sólo se vio a salvo cuando recibió sendos abrazos de Putz y de Monnier. Tampoco faltó el abrazo de Urkijo, solicitando perdón por su error.

Los presos de Larrinaga ya estaban libres en territorio enemigo, en la zona de Derio. Unos doscientos *gudaris* del Itxasalde y el director de la cárcel aprovecharon la ocasión para huir también: veinte minutos después del

desalojo de la cárcel llegó un batallón de la CNT. Hay que interpretar que fue el tiempo justo para evitar una tragedia.

La mayor parte de los desórdenes que los nacionalistas no pudieron evitar se circunscribieron a la zona de Las Arenas, donde se desató incontroladamente la violencia. La ubicación de esta localidad, en la que se asientan algunas de las familias más ricas del País Vasco, fronteriza con Algorta y que estaba ya en manos de los italianos, la convirtió en aquellos momentos finales para la República en Vizcaya en un verdadero polvorín. Hubo saqueos, robos, incendios y asesinatos en los que se mezclaban delincuentes comunes, algunos bajo el uniforme del Cuerpo Disciplinario, milicianos anarquistas y quintacolumnistas que disparaban desde las ventanas. Idígoras, un capitán del Cuerpo Disciplinario, denunció a su comandante Amós Ruiz Girón por escapar con un botín de joyas y oro. Ruiz Girón acabó exiliado en México tras pasar por Francia, a donde llegó desde Asturias, aunque regresó al País Vasco tras la muerte de Franco.

Una treintena de edificios de Guecho fue destruida, parcial o totalmente, por incendios. El crimen más conocido fue el de la influyente familia Zubiría, cerca del muelle. Murieron Rafael, Pedro, Gabriel, la esposa de éste, María Garnica, y su antigua institutriz, la británica Bredie Boland.¹⁴

La quinta columna no había actuado durante toda la guerra en el País Vasco, pero ahora, con la victoria al alcance de la mano, los francotiradores fascistas, a los que llamaban «pacos», comenzaban a provocar el pánico. Para reprimirlos apareció en Las Arenas el batallón anarquista Malatesta, con una furia incontrolada. Fue entonces cuando el comandante del batallón destrozó la iglesia de la que era sacerdote su propio hermano.

Los pacos también dispararon sobre milicianos asturianos, matando a un capitán del batallón Somoza. Sus compañeros le vengaron de inmediato, provocando tres o cuatro víctimas en el domicilio del que habían salido los disparos.

A pesar del acoso de los rebeldes y de los bombardeos, que sólo en la jornada del 18 de junio llegaron a arrojar sobre Bilbao 20.000 bombas y proyectiles, la evacuación de la población hacia Santander fue masiva y algunas fuentes aseguran que afectó a unas 200.000 personas, más de la mitad de la población de la ciudad.

¹⁴ Guillermo Tabernilla yjulen Lezámiz, *ibíd.*, p. 107.

II. La rendición del nacionalismo vasco

Por orden de Leizaola, a las dos de la madrugada del día 19 fueron volados los puentes de la ría para impedir el paso inminente del enemigo y facilitar la huida de los últimos combatientes. En este caso no había grandes problemas para la reconstrucción y no hubo que desobedecer al Gobierno republicano. Alguno ya había caído, como el famoso puente colgante entre Portugaleta y Las Arenas, muestra del adelanto de la ingeniería y orgullo de los vascos. Ahora sucumbían, por el impacto de treinta y cuatro explosiones ordenadas por el ingeniero Tomás Bilbao, los puentes de San Francisco, el de Hierro, el de La Merced, el del Arenal, el Giratorio, el de Deusto y el de Begoña. Los dos últimos estaban recién estrenados y habían costado 6 millones de pesetas cada uno.

El foso de la ría era la última frontera entre sublevados y gubernamentales. Era también un símbolo de las dos Espadas para las que ya era tarde que alguien intentara tender puentes. Los de Bilbao, hundidos en las oscuras aguas del Nervión, lo atestiguaban.

La contracheca de Anacleto Ortueta

El nombre de Anacleto Ortueta evoca a un detective de tebeo de la posguerra y su biografía no desmerece aquellas ingenuas aventuras, aunque las suyas más bien recuerdan a un cómic de éstos que no desdeñan la violencia o a una narración histórica realista con tintes de novela negra.

Nacido en Olabeaga en 1877, Ortueta fue uno de los pioneros del nacionalismo vasco, cuando aquel movimiento no contaba más que con un minoritario grupo de seguidores de una especie de apóstol llamado Sabino Arana. Facultativo de minas, de reconocida inteligencia, formación y cualidades naturales para los negocios, en 1918 salió elegido diputado por Guernica, en una época en la que se encontraba muy vinculado al empresario y naviero nacionalista Sota, uno de los grandes protagonistas del despegue industrial de Vizcaya.

Tan conocido por su capacidad como por su arrolladora personalidad, Ortueta estuvo en el centro de la división interna que provocó la crisis de la prensa nacionalista. Había sido llamado para reflotar el periódico *Euzkadi*, que se encontraba al borde del cierre por problemas económicos. Lo logró, pero tras una tumultuosa reunión de una junta de la sociedad, fue desposeído de

sus acciones en una operación de la que culpó a Jesús María Leizaola, a quien llevó a los tribunales. La demanda no prosperó, según Ortueta por presiones de Indalecio Prieto, uno de sus grandes enemigos políticos.

A principios de los años treinta el panorama del nacionalismo vasco se clarifica, limitando la confrontación interna y la proliferación de organizaciones. Comunión Nacionalista Vasca y Aberri forman lo que desde entonces es el Partido Nacionalista Vasco, una organización conservadora y radicalmente católica. Acción Nacionalista Vasca opone a esta concepción tan ortodoxa un nacionalismo más cercano al liberalismo y sobre todo aconfesional.

100

Anacleto Ortueta fue uno de los fundadores de ANV y se cree que redactó el Manifiesto de San Andrés con el que nació este partido el día de la festividad de ese santo, el 30 de noviembre de 1930. Poco duró su militancia. Ortueta no era un meapilas dispuesto a actuar al dictado de la Iglesia, pero sí un patriota vasco profundamente conservador, que llegó a trasladarse al campo para que sus cinco hijos aprendieran euskera, y al que el auge del marxismo y de la izquierda obrera desplazaba cada vez más hacia la derecha.

El giro progresivo de ANV hacia la izquierda le decepcionó hasta el punto de darse de baja en 1932 en el partido que él mismo había creado. Es creencia común situar con ANV el nacimiento del nacionalismo vasco de izquierdas, aunque ese alineamiento ideológico no quedó claro hasta mucho después. En la guerra, la identificación de ANV y PNV no admite dudas, aunque lucharan en batallones distintos. Tras la muerte de Franco ANV fue uno de los partidos que se integró en la coalición Herri Batasuna.

La revolución de 1934 —que sólo triunfó en Asturias, pero también tuvo incidencia entre el proletariado vasco— radicalizó aún más a Ortueta, que criticó la posición de los dos partidos nacionalistas frente a la insurrección. ANV apoyó las huelgas que se convocaron en la margen izquierda de la ría del Nervión, concretamente en Basauri y Baracaldo.

Cuando estalló la guerra, sus posiciones políticas se identificaban con las de las derechas españolas que apoyaban el golpe para restaurar el orden y ahuyentar el fantasma de la revolución, aunque le separaban de ellas sus convicciones nacionalistas. Cuando fue juzgado terminada la contienda, llegó a declarar que el alzamiento tuvo todas sus simpatías y que sólo confiaba en el ejército español para salvar la cultura de Occidente de la «barbarie asiática» que representaban los republicanos, pero hay que poner lógicamente en

entredicho estas manifestaciones pronunciadas ante un tribunal militar fascista del que dependía su vida. De lo que no cabe duda alguna es de la identificación ideológica entre sus ideas y las de los que apoyaron el golpe, aunque se sintieran hijos de patrias diferentes.

Antes de la guerra Anacleto Ortueta había hecho mucho dinero con sus negocios y tenía una considerable fortuna, un cómodo piso en Bilbao y una gran mansión en el pueblo vizcaíno de Yurre, a veintidós kilómetros de la capital, donde regentaba una explotación agrícola y ganadera. Allí tuvo escondido a un amigo derechista, Fernando Lozano, durante más de medio año de guerra, hasta que fue descubierto y detenido. Sus actividades se centraban en el sector de la minería. Llevó la representación de una empresa sueca especializada en sondeos.

101

La personalidad de este luchador hecho a sí mismo, hijo de un modesto carpintero, es tan desbordante que puede parecer contradictoria. Poseía una brillante oratoria y una sólida cultura, plasmada en varios libros de historia vasca en los que pasa por ser el primer autor que ofrece una concepción unitaria del nacionalismo, cuyo origen sitúa en Navarra. Cultivó la amistad de gentes como Esteban Urkiaga, *Lauaxeta*, excelente poeta en euskera, una verdadera gloria de las letras vascas, con quien mantuvo una estrecha relación hasta su fusilamiento en la guerra por los sublevados. Sin embargo, también era un hombre vehemente, tan enérgico que terminaba siendo autoritario, no destacando precisamente por su mesura o su prudencia. Siempre hablaba en alta voz y públicamente sin ahorrar los comentarios destemplados o críticos que se le ocurriesen sobre cualquier tema o persona. Sus enemigos lo tenían por un bocazas y un soberbio.

Cuando su pasión se desbordaba podía ceder a la cólera o la violencia, lo que le hacía peligroso, dada su corpulencia y demostrada fortaleza. Famoso en Bilbao debió de ser un episodio que contaba el capitán del Estado Mayor del Euzko Gudarostea, Sabino Apraiz, protagonizado por Anacleto Ortueta a la salida del restaurante Armendáriz, en la bilbaína calle de Somera, donde, más que un cliente parecía uno más de la casa, dada su habitual presencia. Con su conocida generosidad, porque era de los que no dejaba pagar nunca, se retrasó al abonar la cuenta mientras sus acompañantes abandonaban el local. Cuando salió a la calle los vio contra la pared, encañonados por los fusiles de dos milicianos asturianos que, medio borrachos, los insultaban y amenazaban. Sin mediar palabra se abalanzó sobre el más próximo, le arrebató el arma y lo

lanzó a la acera de enfrente. De inmediato tumbó al otro en el suelo a culatazos y «habría continuado dándole golpes hasta matarlo de no intervenir y contenerlo sus acompañantes, a los que, fuera de sí, increpó, llamándoles gallinas y cobardes que se dejaban amedrentar por dos miserables maquetos»¹⁵.

Al comenzar la guerra fue de los que, con su amigo Ignacio Rotaeché, «exiliado» en Francia por no soportar una «Euzkadi roja», participó en cuantas negociaciones y conspiraciones les fue posible para conseguir la neutralidad del nacionalismo vasco, lo que era sinónimo de rendición a Franco. Decía que José Antonio Aguirre le había ofrecido una cartera en su Gobierno, pero que le había contestado que sólo aceptaría la de Defensa para gestionar la rendición a los golpistas. Le molestó la entrada de la izquierda en el gabinete, en especial la consejería del comunista Astigarrabia.

Del enfado pasó a la indignación en enero, con las matanzas de las cárceles, donde coincidió con Ajuriaguerra en su petición de medidas drásticas y el cese del consejero de Interior, Telesforo Monzón. Ortueta no ahorró desde entonces críticas a Aguirre, al que pidió la rendición de Bilbao y su presencia en la ciudad cuando entrasen las tropas franquistas. Cabe pensar si el nombramiento que le ofreció personalmente el presidente a mediados de marzo, como embajador de Euzkadi en Cataluña, no fue precisamente para alejar al disidente. No aceptó, por no querer representar a un Gobierno con partidos de izquierdas.

102

Sus quejas se repitieron en abril, pero entonces el ex peneuvista y ex fundador de ANV ya había perdido la paciencia. Fue con motivo de las matanzas de Ceánuri del día 8 de ese mes, cuyos autores fueron milicianos republicanos en retirada. Aguirre tardó en recibirle, pero a finales de mes Ortueta pudo exponerle su irritación y la exigencia de responsabilidades. El presidente garantizó un proceso justo, individual e implacable para los autores de los crímenes, no más allá de dos días más tarde, porque ya se sabía la filiación de los responsables. Perteneían al batallón vasco Dragones, de las Juventudes Socialistas Unificadas. A Ortueta no le pareció fiable lo que escuchaba ni suficiente la solución propuesta y puso sobre la mesa presidencial la suya: constituir una organización autónoma, ajena al control gubernativo, para poner coto a ese tipo de crímenes. Aguirre rechazó la idea,

¹⁵ Ramón Olazábal, *Crónicas y testimonios de la Guerra Civil en Euzkadi*, autoedición, Irún, 1992, p. 208.

II. La rendición del nacionalismo vasco

negándose a la aventura por las cloacas de aquel «Estado vasco» que le proponían. Ortueta diría luego que los asesinatos de Ceánuri quedaron impunes.

No obstante, tres o cuatro días más tarde, sobre el 28 o 29 de abril, Anacleto Ortueta encontraría eco y apoyo para su proyecto en una entrevista con Juan Ajuriaguerra. Fue el máximo dirigente del PNV quien le citó. Era la primera vez que hablaban, pero no midieron precisamente las palabras, que fueron de una tremenda gravedad.

Ajuriaguerra preguntó a Ortueta si era cierto que tenía constituida la «contracheca» que había propuesto a Aguirre. Le respondió que su formación estaba pendiente de la depuración que le había prometido el presidente, pero que la podía constituir de inmediato, porque contaba con apoyo humano para ello.

El líder del partido le dijo que el presidente no podía actuar por la injerencia de los comunistas en el Departamento de Defensa, que anulaban o modificaban las decisiones de Aguirre. Según Ortueta, le citó a dos de aquellos «comunistas saboteadores», Ciutat y Larrañaga, antes de proponerle:

«Es necesario que usted elimine a esos dos y a otros de los que se hablará».

Acababa de nacer la contracheca vasca, dedicada a vigilar las actividades de los comunistas y evitar desmanes de rojos y anarquistas. Ortueta aceptó con la condición de que Ajuriaguerra le garantizara la cooperación de algunos jefes de batallones nacionalistas amigos suyos, con los que tendría que hablar. No hubo reparos para ello.

Tampoco los hubo para otra petición de quien ya era el jefe del nuevo servicio secreto: un documento que avalase sus planes y gestiones en el Euzko Gudarostea. A los dos días tenía uno donde figuraba como «jefe de la Policía Interior de las milicias vascas». Nunca le hizo falta mostrarlo.

La contracheca no tardó en ser realidad. La actividad que desplegaba Ortueta era frenética y enseguida tuvo aquella organización secretísima un Estado Mayor formado por un triunvirato de comandantes de batallones nacionalistas de su total confianza, que representaban a otros con los que se había contactado. Eran Luis Urkullu, del Gordexola, Domingo Letamendía, del Arztimuño, y Roque Amunárriz, del Saseta, que no tardaría en fallecer. Otro de los peones claves de Ortueta en aquella arriesgada jugada era

Francisco Gorritxo, el *gudari* de mayor graduación con que contaba. Con sus galones de jefe de brigada, Gorritxo no pasaba por ser un genio en el arte de la guerra, pero entraba y salía de los cuarteles como de su propia casa.

103

Paradojas de la guerra, aparecía en el País Vasco una contracheca en el único territorio republicano donde no se conocían checas, siniestras máquinas represivas comunistas contra fascistas, derechistas, quintacolumnistas, trotskistas o anarquistas. Aquélla era una organización introducida en el ejército nacionalista de modo tan clandestino, que sólo podían conocer su existencia los que la formaban y la cúpula dirigente entre los mandos militares y políticos, tanto del Gobierno vasco como del PNV.

Sin embargo, Anacleto Ortueta era muy individualista, un tipo que ya había demostrado no adaptarse mucho a las disciplinas. Era un nacionalista que iba por libre. De este modo, el proyecto pronto se le fue de las manos a Ajuriaguerra y los suyos. El jefe de la Policía Interior de las milicias vascas pretendía no sólo garantizar el orden, sino dar un golpe de Estado dentro del nacionalismo, al que veía con el rumbo perdido. Los objetivos de ese golpe los resumía su instigador en tres puntos a aplicar, que conducían a otros tantos objetivos:

1. A ejercer la hegemonía en todas las milicias dependientes del Gobierno vasco.
2. A evitar las brutales «evacuaciones» de pueblos, que eran un verdadero crimen.
3. Dar por terminada la lucha contra el Gobierno de Burgos, entregándose, pues había ya pasado la oportunidad de una negociación conducente a terminarla mediante un convenio.

RENDICIÓN CON CHAMPÁN

Los frentes de guerra, los cuarteles y los *batzokis* fueron algunos de los lugares que frecuentó Anacleto Ortueta en su labor de captación de *gudaris*. Sabino Apraiz coincidió con él en la batalla del Gorbea, en el collado de Austingarmin, durante una intervención ante varios oficiales en el puesto de mando del comandante del batallón Malato, José María Antzola. Impresionado y asustado por el tono autoritario y el mensaje derrotista que inculcaba el jefe

de la Policía Interior, el capitán Apraiz fue ese mismo día a contarle lo que había escuchado al jefe de las milicias vascas, Ramón Azkue. Su respuesta dejó claro que no necesitaba informantes sobre algo que de sobra conocía:

—Eso no es asunto que te atañe a ti. Así que en lo sucesivo dedícate a tus asuntos en el Estado Mayor y no te metas a indagar cuál es la misión de ese señor ni a juzgar su labor.

104

Así lo hizo Apraiz cuando siguió siendo testigo de las actividades de Ortueta, como algún tiempo después en Munguía o en el *batzoki* de Galdácano, donde lo acompañaban Francisco Gorritxo y el abogado Ignacio Areilza. Los consejos del jefe de la contracheca parecían órdenes:

«Vigile a los rojos y si es preciso dispare contra ellos. Reservemos a los batallones nacionalistas sin meterles en combates que ya son inútiles».

En vísperas de la caída de Bilbao, la ruptura entre Anacleto Ortueta y la dirección del PNV ya era evidente. Era un extremista imposible de controlar que había defraudado su confianza sembrando la semilla de la discordia entre los *gudaris*. Pero ya era demasiado tarde para poner freno a sus planes.

El 14 de junio de 1937 se celebró una reunión convocada por la contracheca con los comandantes, oficiales y comisarios de los batallones nacionalistas para acordar una rendición masiva. Algunos batallones, como el Arana-Goiri y el Ibaizabal, estaban representados por su comandante y su comisario. Ortueta no acudió a la cita en el cuartel de los *gudaris*, en el colegio de los escolapios, pero mandó a sus hombres de confianza, entre ellos Iñaki Garamendi y Jaureguibeitia, que eran enlaces motorizados.

Con las largas mesas de mármol del comedor del colegio como asientos y testigos mudos de aquella conspiración, presidía la reunión Patxo Gorritxo, al que Sabino Apraiz había sorprendido minutos antes escribiendo un borrador de rendición dirigido al jefe militar franquista responsable del asalto a Bilbao, con las propuestas y beneficios que solicitaban los vencidos. Apraiz arrancó la hoja de un manotazo y la rompió delante de Gorritxo, que no tardó en colocar otra en la máquina de escribir y continuar su tarea. Aquel texto estaba destinado a la cumbre de los escolapios, pero no llegó a ser leído ni debatido, porque la presencia inesperada de Juan Ajuriaguerra, Ramón Azkue y Lucio Artetxe desbarató las previsiones de los golpistas nacionalistas. Ajuriaguerra ordenó que todos los asistentes fueran a ocupar sus puestos en las unidades, mientras recordaba que el EBB controlaba la situación y prohibía decisiones al margen del partido y del mando del Euzko Gudarostea.

A pesar de este contratiempo, los planes de Ortueta seguían en marcha. Esa misma noche hubo una reunión para ultimar los preparativos de la rendición e intentar captar a más adeptos, como al comandante del batallón Itxarkundia, Koldo Sansinenea, a través de su antecesor Felipe Lizaso. Fue durante una suculenta cena. El escenario era el domicilio de Anacleto Ortueta, en la calle del Licenciado Poza. El empresario vizcaíno tenía a su familia en Yurre y se hacía traer la comida del Armendáriz, el restaurante de moda en Bilbao. El menú era una provocación y un privilegio en aquel Bilbao donde muchos tuvieron que comer gaviotas y gatos para saciar el hambre. Consistió en salmón regado con buenos vinos, además de postres sin restricciones. Nadie negaba a Ortueta una brillantez oratoria y una sugestión personal que frente a aquellos manjares podían resultar irresistibles. Los *gudaris* que no sucumbieron a sus propuestas dijeron luego que, más que por la razón, imponía sus argumentos por el estómago en aquellos tiempos de penuria, especialmente si se topaba con algún comandante goloso.

105

A aquella conspiración gastronómica hubo quien la llamó «la cena de las estrellas» por la gran cantidad de mandos del ejército vasco que se juntaron. Había comandantes, comisarios, civiles y miembros de la Policía Motorizada de la Ertzaña, con su jefe a la cabeza, Pikaza, que huiría a Francia poco después de levantarse de la mesa. Se debieron de dar allí las últimas consignas, porque cuarenta y ocho horas después Bilbao ya estaba en manos de los sublevados.

El sábado 19 amaneció con un ambiente que presagiaba el final. Soldados que no habían podido obedecer la orden de evacuación deambulaban como espectros por la ciudad casi vacía, donde coincidían con otros que se negaban a rendirse. A las siete y media de la mañana un grupo de *gudaris*, muchos borrachos, asaltaron la bodega de la Presidencia en el hotel Carlton. Cuando salían con las botellas en la mano, por la puerta del hotel que da a la Alameda de Urkijo, fueron sorprendidos por el comisario nacionalista Patxi Maidagán, que ordenó su desalojo a un grupo de *gudaris* del batallón Otxandiano.

Pocos minutos después, como si aquella deprimente escena acelerase los deseos de rendición, Patxi y su hermano Matai, que era capitán de la compañía Oldargui del batallón Otxandiano, iniciaron el contacto directo con el enemigo para entregar la plaza de Bilbao. Otro Maidagán, su hermano Pío, era comandante del Otxandiano.

Sin perder su cargo militar, Matai desempeñó durante la guerra el puesto de conductor y mecánico de José Antonio Aguirre, con el que mantenía una

vieja y afectuosa relación forjada por largas jornadas en las que no se despegaban, como en las campañas electorales. Aguirre lo había nombrado jefe del Parque Móvil de la Presidencia, que tenía sus dependencias en los garajes de la empresa automovilística italiana Fiat, en el número 30 de la Alameda de Urkijo. Allí entabló una buena amistad con el representante de Fiat en Bilbao, el odontólogo Juan Larrazábal, cónsul de Cuba.

Los Maidagán se sentían abandonados. Les habían mandado garantizar el orden antes de la entrada de los franquistas y luego retirarse a posiciones de retaguardia, pero ya no lo podían hacer ni tenían a quién apelar en el mando. A las siete de la mañana Patxi había ido a recibir instrucciones de Jesús Luisa, viceconsejero de Gobernación y su enlace con el Estado Mayor, pero ya había abandonado su despacho del hotel Carlton y la ciudad.

Con este estado de ánimo se dirigieron Matai y Patxi al domicilio de Juan Larrazábal, que se encontraba en el edificio del Parque Móvil.

El cónsul les recibió muy afectuosamente y, tras escuchar de los Maidagán sus peticiones de ayuda para pactar una rendición con los rebeldes, les presentó al comandante franquista Juan Aguilar, que llevaba sólo unas horas bajo su protección domiciliaria tras ser liberado de la cárcel de Larrinaga. Con reuma y tan achacoso que apenas podía ponerse en pie, el comandante no estaba en condiciones de desplazarse con el resto de los presos liberados hasta el Alto de Santo Domingo, donde habían sido entregados al ejército franquista. Desde la ventana de la casa donde se escondía, Aguilar había presenciado esa misma madrugada la voladura de los puentes de Bilbao. Sobreponiéndose a su estado físico, se ofreció a hacer de intermediario con sus compañeros sin dudarle un instante.

106

Tras consultarlo con los mandos y oficiales de los batallones nacionalistas que quedaban en Bilbao, Matai y Patxi volvieron a entrevistarse con Aguilar y aceptaron todas sus condiciones. Pasaba a ser su jefe, aunque su autoridad dependía de la de sus superiores que rodeaban Bilbao, que nada necesitaban pactar para tomar una ciudad que se rendía a sus pies.

En el coche de los Maidagán trasladaron los hermanos al comandante Aguilar hasta la sede del Euzko Gudarostea, en el número 45 de la Gran Vía. Pasados dos controles de *gudaris*, a las nueve y media de la mañana tuvo lugar la reunión en la que se acordó la rendición. A la misma hora llegaba un motorista del Estado Mayor republicano con la última orden exigiendo la retirada inmediata, pero hasta el enlace la ignoró y decidió quedarse.

En un despacho situado en el chaflán de la planta baja, los jefes de los batallones Itxasalde, Irrintzi, Otxandiano, Malato, Saseto, Itxarkundia, la Policía Motorizada de la Ertzaña, más los grupos de transmisiones y antigases y enlaces, ratificaron las propuestas de Aguilar, al que ya debían obediencia. Rodeado de los que aún eran oficialmente sus enemigos, el comandante estaba tan nervioso que llegó a fumar dos cigarrillos a la vez, uno en cada mano.

Las primeras órdenes que transmitió fueron que salieran a la calle para garantizar el orden, ocupando puntos vitales emplazando armas automáticas, prohibiendo el tránsito por las calles y haciendo fuego si era preciso para evitar asaltos, robos, destrucciones o incendios. Les dijo que no tuvieran temor a los batallones rojos porque ya no estaban dispuestos a combatir. Era cierto, aunque tuvieron que impedir a algunos milicianos del Rosa Luxemburgo asaltar los almacenes de los Depósitos Francos, y a otros del Amuategui los desarmaron cuando ofrecían resistencia. En aquellos momentos aún no habían salido de Bilbao al menos cinco (Larrañaga, Rusia, México, Rosa Luxemburgo y Amuategui) y se veían grupos de soldados asturianos.

Y efectivamente, aunque lleno de emociones, el día transcurrió sin grandes incidencias, excepto la muerte de un miliciano asturiano en El Parque o la de los ocupantes de un vehículo que abrieron fuego contra un grupo de *gudaris* en un lugar cercano. Al repeler la agresión, los vascos, que habían resultado ilesos, mataron a todos los ocupantes del coche, que fue a estrellarse contra una farola frente al Palacio de Estraunza. Con la confusión ni siquiera fueron identificados.

A las diez de la mañana Aguilar puso en marcha las labores de mediación prometidas. Redactó una nota dirigida al teniente coronel Camilo Alonso Vega, que suponía al frente de las tropas franquistas en el Alto de Santo Domingo. El escrito dice:

107

Mi distinguido amigo y compañero:

Me encuentro desde primeras horas de la madrugada de hoy 19 de junio de 1937 en contacto con los mandos de las fuerzas del Euzko-Gudarostea, dispuestas a la defensa de Bilbao, al objeto de coordinar unas condiciones dignas de rendición, las cuales deseo de todo corazón sean aceptadas.

Las propuestas de rendición por parte de estas fuerzas son las siguientes:

II. La rendición del nacionalismo vasco

1. Las unidades indígenas marroquíes no pasarán por la villa de Bilbao, camino de otros frentes.
2. Se respetarán las vidas y haciendas de los *gudaris*.
3. No se empleará ninguna clase de violencia moral ni física contra la población civil ni contra las fuerzas heroicas del Euzko-Gudarostea que defienden la villa.
4. Estas fuerzas mantendrán en todo momento sus armamentos, hasta tanto vayan adentrándose en la villa fuerzas enemigas y se retiren las fuerzas *gudaris* a sus respectivos cuarteles.
5. Las armas serán depuestas cuando las fuerzas de *gudaris* estén de retirada y a cubierto en sus cuarteles.

Se seleccionaron emisarios para establecer contacto con las líneas franquistas: el comandante intendente Andrés Ordorica, el teniente Pascual Olascoaga y el *gudari* Artiach, que partieron con una bandera blanca en un coche del batallón Itxasalde. En ausencia de Alonso Vega, la carta la entregó en mano Patxo Gorritxo al teniente coronel Rafael GarcíaValiño, que había establecido su cuartel en un caserío cerca de la ermita de San Roque. El encuentro y el breve diálogo establecido entre los dos es la mejor representación de una rendición histórica, donde la superioridad del vencedor contrastaba con la humillación del vencido. García Valiño fue al encuentro de Gorritxo a caballo y, cuando vio la pistola ametralladora que portaba el vasco, le llamó la atención con su mano extendida.

—¿Quiere usted que la envaine? Usted dirá.

—Bien, déjela como está.

El *gudari* no envainó su arma, pero sí su dignidad.

García Valiño no puso reparos a los cinco puntos del escrito e incluso se mostró generoso: las garantías para los *gudaris* se ampliaban también a jefes y oficiales. Sólo puso una condición: a primera hora de la tarde tendrían que entregarle 100 ametralladoras pesadas y 50 ligeras.

Cuando a media mañana los mensajeros regresaron del Alto de San Domingo con estas exigencias, los requetés ya habían penetrado en la ciudad, aunque los franquistas aún no habían pisado el centro neurálgico ni tomado los edificios del poder republicano y nacionalista en Bilbao. A las once los navarros habían entrado sin pegar un solo tiro en el estadio de San Mamés, donde se rindieron dos comandantes nacionalistas.

II. La rendición del nacionalismo vasco

Atendiendo a la exigencia de García Valiño, Juan Aguilar ordenó recoger inmediatamente todas las ametralladoras de Bilbao, excepto cuatro que siguieron instaladas en puntos que le parecían esenciales y peligrosos. A la espera de la llegada de las tropas franquistas, los batallones nacionalistas rendidos se acuartelaron en la escuela Cervantes y en la de los escolapios. Para ello Matai Maidagán formó a sus hombres en el centro de la Gran Vía pistola en mano y con gritos patrióticos, como el popular «Gora Euzkadi Azkatuta», que debió de ser una de las últimas veces que se pudo oír entonar en Bilbao a los *gudaris*. En aquellas condiciones, escuchar aquello parecía un tanto surrealista o una broma de mal gusto.

Aguilar decidió entonces tomar posesión del hotel Carlton. La que fuera hasta hacía pocas horas sede de la Presidencia vasca era el edificio simbólico que representaba el cambio de poder en el País Vasco. Le acompañó el comandante del batallón Itxasalde, Víctor Erquiaga.

Sin embargo, Erquiaga no comió con Aguilar, sino con Anacleto Ortueta, que le había mandado llamar por medio de su enlace, Iñaki Garamendi, al igual que a Patxo Gorritxo. La invitación del jefe de la Policía Interior del Euzko Gudarostea fue como siempre opípara, con «viandas y vinos de calidad», en palabras de Gorritxo. Había más comensales en la casa de la calle del Licenciado Poza, entre ellos otro de los escuderos inseparables de Ortueta, José Domingo Arana, al que los *gudaris* llamaban Aranita.

Ortueta amplió la información que ya le habían proporcionado. Estaba cabreado y echaba más pestes que nunca contra José Antonio Aguirre. Lamentaba no haber intervenido en la hora decisiva. Su amistad con varios militares habría allanado muchas dificultades y probablemente mejorado las condiciones impuestas. Su golpe estaba fracasando.

A las tres de la tarde ya estaban dos camiones llenos de ametralladoras y fusiles listos para partir hacia Santo Domingo. Gorritxo y Erquiaga se incorporaron a esta segunda expedición, en la que iba el comandante Aguilar y también el del batallón Otxandiano. De camino en el coche de Gorritxo, que siempre dispuso de conductor, se encaramaron unos soldados franquistas que desplegaron una gran bandera monárquica.

Al llegar Aguilar fue muy afectuosamente recibido, sobre todo por el comandante Vara de Rey, que le conocía. García Valiño, al ver los camiones con las armas solicitadas, mandó a Vara de Rey traer champán y algo de comida del caserío para celebrarlo. Enseguida apareció con unas botellas y lo

que pudo encontrar para acompañar: queso, galletas y jamón. Se descorcharon las botellas y todos, militares franquistas y nacionalistas, brindaron por la inminente entrada de los primeros en Bilbao. Tiempo después Patxo Gorritxo reconocería que había pasado uno de los peores ratos de su vida. Podría haber añadido que también debió de ser el más amargo trago por el que había pasado hasta entonces el nacionalismo vasco. No sería el último que le brindaba aquella histórica jornada, y mucho menos la guerra.

109

DESFILANDO DELANTE DEL ENEMIGO

Las personas de derechas y las favorables a los sublevados, que habían estado escondidas o disimulando sus inclinaciones políticas durante once meses, empezaron a salir a la calle y a mostrar su euforia, pero tímidamente, porque aún reinaba el desconcierto y Bilbao vivía esos momentos confusos en los que aquellos que se van todavía no han desaparecido y los que llegan no ejercen el control absoluto de la situación.

Muchas persianas, que habían permanecido tanto tiempo cerradas, comenzaban a levantarse. Aparecieron en las ventanas algunas banderas rojas y gualdas. Pero a las cuatro de la tarde un tanque vasco apareció por la Gran Vía — para no volver — quitando aquellas enseñas a cañonazos.

En cambio, Juan Aguilar izó en el Carlton la bandera que luego camparía en solitario en Euzkadi durante casi cuarenta años, pero no se dejó llevar por la imprudencia. Muchos bilbaínos se habían concentrado frente al hotel y pretendían organizar una manifestación. El comandante sublevado salió al balcón y se dirigió a la masa que lo ovacionaba, pero aconsejó paciencia. Si habían esperado casi un año aquella escena, bien lo podían hacer unos minutos más.

Le hicieron caso y la espera les mereció la pena. Pasadas las cinco de la tarde ya pudieron agasajar a las Brigadas Navarras, que se vieron frenadas por la voladura de los puentes de la ría, salvada sin problemas improvisando con rapidez pasarelas y pontones.

Juan Aguilar salió al encuentro de García Valiño, que presidía la entrada triunfal. En el hotel Carlton formaba para recibir al hasta hacía unas horas enemigo el batallón Itxasalde, lo que sorprendió a los recién llegados. Tras la recepción, los *gudaris* desfilaron ante los ocupantes de Bilbao. Los falangistas

y requetés uniformados les humillaban gritando a su paso «Viva España». Con la vista fija en el suelo, sin romper la formación, los vascos respondían con impotentes «Gora Euzkadi».

Después García Valiño y Aguilar entraron en el hotel y se reunieron en una habitación con los jefes de los batallones nacionalistas rendidos. El teniente coronel franquista dio la mano uno a uno a los reunidos, lo que aumentó su confusión, pero también probablemente su esperanza de que se cumpliera lo pactado.

García Valiño no tardó en ocupar el despacho de José Antonio Aguirre, donde se encontró un calendario del Sagrado Corazón, una cama sin hacer con un pijama granate sobre la almohada y un libro, *Las divertidas aventuras de Aristides Pujol*, de William J. Locke. Nacido en Barbados, Locke era un escritor de novelas populares traducido al castellano por Alejandro Frías Giraud. Literatura de evasión para tiempos en los que era imprescindible apartar la realidad para conservar la razón, debió de pensar entonces el lendakari.

110

Establecido ya el mando en la plaza y nombrado gobernador Juan Aguilar, llegaba el momento de la gloria y su pública exhibición. En esto los italianos eran maestros. No habían entrado los primeros en Bilbao como pretendían, porque no se lo permitió Franco, pero no pasarían desapercibidos.

Con sus tropas venían varios periodistas enviados especiales de sus medios. Uno de ellos, Sandro Sandri, violando esa máxima del periodismo que reza que los informadores no son noticia, se convirtió en uno de los personajes de la histórica jornada. Llegó a Bilbao luciendo el uniforme militar de la guerra de Abisinia, cuya cobertura le había supuesto una condecoración del Gobierno fascista italiano. Iba cargado de panes, que repartió entre la población. Oliéndose un lugar en la historia, penetró raudo en el hotel Carlton, saliendo al balcón, desde donde dirigió unas palabras en un forzado castellano, anunciando la liberación de Bilbao y prometiendo paz y libertad.

Profesionalmente Sandri fue en la guerra en el norte la otra cara de su compañero Indro Montanelli, también enviado especial en el País Vasco, pero muy crítico e implacable con la actuación del ejército italiano en España. Los deportes habían atraído a Sandri al periodismo, donde debutó informando del famoso combate de boxeo entre Dempsey y Carpentier, y trataba la toma de Bilbao casi como un ejercicio de escalada, donde reclamaba su protagonismo, aunque fuese en tono de humor:

«Voy a tener que entablar un pleito porque resulta que yo entré el primero en el Carlton. Y, naturalmente, nada más entrar planté allí mi bastón con un pañuelo como señal de primer ocupante. El hotel debe ser mío. ¿No ha visto usted lo que sucede siempre con los buscadores de oro en las películas americanas?».

Franco había previsto tres semanas para tomar Bilbao, pero aunque al final fueron doce, se mostraba eufórico. Lo había hecho como quería, sin pactos que no entendía con enemigos derrotados que nada tenían que ofrecer, a los que además odiaba. Y encima les había humillado y arrancado una rendición prácticamente incondicional.

Mussolini ya había insistido ante Franco en una solución pactada con los nacionalistas vascos, y en cuanto conoció la caída de Bilbao le envió un telegrama para recomendarle moderación y respeto a los vencidos. El general español llevó a la práctica esos consejos y contestó también por telegrama al dictador italiano:

«En el momento en el que las tropas nacionales entran victoriosamente en Bilbao, os envío mi saludo más entusiasta junto con el de este ejército orgulloso de haber respondido a la confianza puesta en él por su pueblo y por su Duce».

Otro telegrama enviado a Hitler era muy similar, modificando la alusión final, dedicada al «gran pueblo alemán» y «su guía».

Italia no quiso desaprovechar la ocasión para resarcirse del desastre de Guadalajara, repetido luego en pequeña escala en Bermeo, donde a los cuatro días del bombardeo de Guernica sus tropas habían sido copadas, llegando sumar 368 bajas en otro día aciago. *Il Giomale d'Italia* resumía las sensaciones del día después:

«La victoria de Bilbao venga gloriosamente a los heroicos muertos italianos de Guadalajara».

EL PACTO DE BARACALDO

Si en Bilbao la rendición fue a los españoles, en Baracaldo fue a los italianos, sacando fruto por vez primera de las negociaciones iniciadas en mayo.

II. La rendición del nacionalismo vasco

Importante asentamiento de emigrantes, Baracaldo es una de las poblaciones más emblemáticas de la margen izquierda de la ría, la zona industrial donde el movimiento obrero y el socialismo compiten con el nacionalismo. Cuando cayó Bilbao, a cinco kilómetros hacia el este, la brigada italiana Flechas Negras ocupaba los pueblos de enfrente, en la margen derecha, más conservadora socialmente y de hegemonía nacionalista: Algorta, Las Arenas, Guecho...

La defensa de Baracaldo la había asumido el batallón Gordexola por su cuenta, porque no le correspondía esa zona, y el Estado Mayor ordenó sustituirlo por el Aralar. Sin embargo, los del Gordexola no lo consintieron y se hicieron fuertes en su pueblo, porque la mayoría de sus componentes eran baracaldeses. El comandante del batallón, Luis Urkullu, también lo era.

Urkullu era íntimo amigo de Anacleto Ortueta y uno de los tres comandantes del triunvirato que formaba el Estado Mayor de la contracheca. Su estrecha relación con el jefe de la Policía Interior de las milicias vascas venía de atrás. Ambos habían militado en ANV, que había tenido una gran implantación en Baracaldo. Luis Ruiz de Aguirre, que utilizaba el seudónimo Sancho de Beurko y era comisario general del ejército de Euzkadi, dejó escrito que el Gordexola, adscrito al PNV, fue formado por un grupo escindido de ANV. Sabía lo que decía, porque era uno de los máximos dirigentes de ANV. Aquel grupo era tan numeroso e influyente en el partido que se le denominaba ANV Autónoma de Baracaldo, donde tenían 1.117 afiliados en una población de 23.000 habitantes.¹⁶

Urkullu, un tipo popular en su pueblo, donde no pasaba desapercibido con sus casi dos metros de estatura, tuvo que desplegar aquellos días tras la toma de Bilbao una actividad extraordinaria, política y militar, que apenas le dejaba tiempo para dormir. Era el hombre más solicitado de Euzkadi porque se había convertido en el líder de un grupo de *gudaris* amotinados que se negaban a evacuar y no consentirían destrucciones antes de entregar el territorio intacto y sus propias tropas a los invasores extranjeros. La contracheca había triunfado y se había hecho fuerte en Baracaldo.

¹¹²

Su agenda política apenas tenía espacio para una ronda agotadora de entrevistas. Su figura se convirtió en el centro del huracán que sacudía en

¹⁶ Luis María y Juan Carlos Jiménez de Aberasturi, *La guerra en Euzkadi*, ob. cit., p. 339.

II. La rendición del nacionalismo vasco

aquellos días al nacionalismo vasco, y todo el que pintaba algo en esos momentos se vio obligado a presionarle, ordenarle o aconsejarle.

Anacleto Ortueta le recibió en su domicilio el día 17 de junio, dándole las últimas instrucciones para la rendición, que cumpliría a rajatabla. Dos días después, por la noche, en el primer piso de una pequeña casa de dos pisos de Herrera, mantuvo una entrevista con una delegación del EBB que encabezaba Juan Ajuriaguerra, acompañado por Luki Artetxe, Koldo Arredondo y Yosu Solaun. A media tarde del día 20, en Baracaldo, estuvo con José Antonio Aguirre y el general Gámir. También ese día habló con Sancho de Beurko y Pablo Beldarrain, el jefe de la V División desplegada en la zona. Por si era poco, al anochecer, Aguirre envió a Baracaldo al secretario general de Defensa, Joseba Rezola, y a su secretario particular, el baracaldés Pedro Basaldúa, que hicieron de mensajeros en sus indicaciones a Urkullu. ¿Era necesario exponerlas con mayor claridad, sin la presencia incómoda de Gámir, el encargado de ejecutar las órdenes de paralización de la industria de Indalecio Prieto?

Los dirigentes del partido le ordenaron defender Altos Hornos de Vizcaya, desobedeciendo la consigna de destrucción de sus instalaciones básicas, y luego replegarse. No están tan claras las indicaciones del presidente, porque Aguirre fue muy conciso y ambiguo más tarde aludiendo a ellas, y hay versiones contradictorias de otros testigos, como Pablo Beldarrain y Sabino Araith. El segundo sostiene que el presidente le indicó lo mismo que Ajuriaguerra. En apasionada discusión en las oficinas de AHV, Sancho de Beurko intentó convencer a toda la oficialidad del Gordexola allí reunida de la conveniencia de obedecer al Gobierno vasco y cesar la resistencia, pero los rebeldes le llegaron a replicar que era Aguirre quien tenía que seguir sus pasos y quedarse en Euzkadi.

Hay dudas en las fechas, porque los testimonios no coinciden, pero lo que no admite discusión es lo que hizo Urkullu tras someter la decisión a votación en el batallón: pactar la rendición con los italianos.

Todo empezó con una visita de un grupo de ocho soldados italianos del tercer regimiento del Flechas Negras, al mando del teniente Capponi, que atravesaron la ría desde Erandio a Baracaldo en un «gasolino», la popular embarcación de pasaje en la que llevaban al enemigo en señal de buena voluntad varios sacos de pan blanco, tabaco y diversos alimentos.

Urkullu recibió a la expedición y regresó con ella a Erandio. En el bar de los hermanos Sasieta, el comandante del Gordexola llega a un acuerdo con el jefe de la brigada Flechas Negras, el coronel Piech, que actuaba comisionado por el comandante en jefe de aquella unidad italiana, el coronel Fiumara. Los vascos se rindieron al mando italiano, que les permitió defender AHV al otro lado de la ría. El batallón de Urkullu tenía su comandancia en las propias oficinas de la empresa, en la plaza de Villalonga de Baracaldo, y había otros tres nacionalistas por la zona comprometidos en el mismo pacto. Con gente tan mayor o tan joven que no había sido llamada a quintas, también se formó un batallón, llamado Baracaldo, con cinco compañías del PNV y una de ANV, para ayudar al Gordexola.

113

Aparecía pues por vez primera en la historia de las guerras, que es la de la humanidad, un ejército que se rendía, pero pasando a asumir misiones de combate a las órdenes del vencedor, antes de acabar como prisioneros de guerra. Militares italianos como el general Piazzoni resaltaron este fenómeno que convertía a *gudaris* y Flechas Negras en «ex enemigos».

Para corroborar la rendición Urkullu entregó su pistola a Piedh, pero el italiano la rechazó. Se acordó en cambio dotar a los batallones vascos de pistolas de señales por si necesitaban ayuda para la protección de sus fábricas, la Naval de Sestao además de AHV La amenaza venía de los asturianos del batallón Somoza, dispuestos a ejecutar la orden de paralizar la industria. Los del Gordexola lo impidieron a la fuerza blandiendo sus ametralladoras y enfrentándose a los asturianos abiertamente. También cumplieron con el rito de liberar a los presos, que en Baracaldo estaban en el cuartel de la Guardia Civil.

El pacto llegó a hacerse público ante la población. Un grupo de Flechas Negras al mando de un teniente coronel tomó oficialmente Baracaldo durante un acto en el que intervino el militar italiano con un discurso desde el balcón del Ayuntamiento, mientras los *gudaris* formaban con los fusiles apuntando al suelo. También lo hizo Urkullu, que justificó la rendición como una medida inevitable, la menos mala para sus vecinos.

Después, en la Plaza Mayor o de los Fueros, el Gordexola rindió armas ante sus ex enemigos.

EL BOTÍN IMPRESIONANTE

Las cifras de los batallones y los soldados rendidos en la ría, tanto en Bilbao como en Baracaldo, son hasta hoy motivo de controversia y discusión. Como en todas las guerras, el vencedor tiende a la exageración y el vencido a lo contrario, con el añadido en este caso de tratarse de un episodio oscuro y nunca aireado por el nacionalismo vasco, que no tiene motivos precisamente para enorgullecerse de lo ocurrido.

Los franquistas calificaron lo que consiguieron de «botín extraordinario, entregándose en bloque batallones enteros», en alusión a los nacionalistas. Sus partes llegan a citar a una docena y reseñan que, sólo su VI Brigada, que actuaba en las afueras de la ciudad, capturó 2.150 prisioneros. A los soldados hay que añadir enormes cantidades de armas y municiones.

114

Los pocos nacionalistas que hablan o escriben de la rendición de Vizcaya rebajan estos datos. Ponen en duda la existencia de los 10.000 prisioneros que llegan a citar los franquistas. De sus batallones admiten nueve casos de rendiciones, parciales o totales.

No se discuten en Bilbao los casos del Itxasalde, Otxandiano, Alkartzeak, Kikikiño, Malato, Irrintzi, la Ertzaña y la Policía Motorizada. En la zona de Baracaldo, además del Gordexola, se rindieron el batallón Martiatu y dos compañías del San Andrés, unos 1.500 hombres en total. Los del Martiatu, desplegados en Luchana, eran en buena parte de Erandio, lo que les permitía saludar a los vecinos y familiares del otro lado de la ría, algo que no contribuía precisamente a incentivar mucho su combatividad.

En su defensa, los nacionalistas también sostienen que fueron más los soldados y batallones republicanos rendidos, de filiación de izquierdas o anarquista. Algún *gudari* llega a contar hasta veinticinco. Es cierto que muchos de estos batallones se perdieron en Bilbao, pero se trata siempre de unidades que quedaron copadas o dispersas, nunca de rendiciones premeditadas, ni mucho menos pactadas con el enemigo siguiendo un plan o una estrategia. Alfonso Urkijo, que entró en Bilbao con la IV Brigada de Navarra, dice que los únicos batallones que habían quedado en Bilbao, por no poder obedecer la orden de retirada, fueron el Rosa Luxemburgo, del PC de Euzkadi y con su cuartel en la capital vizcaína, y el Amuategui, de las Juventudes Socialistas Unificadas y con su cuartel en Éibar. En cualquier caso el balance de pérdidas

para el ejército republicano fue enorme. En la siguiente reorganización de las tropas que se vio obligado a acometer, ya en Santander, faltaban una treintena de batallones.

El golpe de Estado de Anacleto Ortueta fue un fracaso, excepto en Baracaldo, aunque los batallones que controlaba su contracheca hubieran cumplido lo acordado. No se evitaron las evacuaciones masivas, para impedir que Euzkadi se convirtiese en una patria sin patriotas que la defendiesen, y la rendición no había sido total. Para frenar el éxodo de la población y los soldados había incluso un plan para volar puentes al que no era ajeno Luis Urkullu, pero no se llevó a cabo. En el de Muskiz, cerca del límite con la provincia de Santander, la presencia de un batallón anarquista frustró la voladura que pretendía el capitán Atela, uno de los seguidores más fieles de Ortueta.

En realidad, la ejecución del proyecto de Anacleto Ortueta fue una verdadera chapuza digna de los tebeos que evoca su nombre, y los acontecimientos acabaron desbordándolo y desplazándolo a un papel secundario. Todo se precipitó, sus *gudaris* acabaron negociando por su cuenta sin su participación e incluso fue despedido de malas maneras por Pío Maidagán del hotel Carlton cuando el día 19 fue a intentar que le presentaran al comandante Aguilar. Era demasiado tarde para que su presencia se hiciera necesaria. Ya no precisamos a salvadores ni oportunistas, le vino a decir.

115

Ortueta acabaría siendo detenido y encarcelado por los franquistas en el Puerto de Santa María y en Larrinaga, pero su estancia en prisión fue breve. También fue multado con 10.000 pesetas y desterrado una temporada a Gijón y Santander. El mismo trato favorable recibieron todos los comandantes, oficiales y *gudaris* rendidos en Bilbao y Baracaldo. En una sentencia muy representativa de esta actitud, el 9 de febrero de 1940 el Consejo de Guerra reunido en Bilbao acordó imponer penas de doce años y un día de reclusión a cinco de los grandes protagonistas de la rendición, entre ellos el enlace Andrés Ordorica y el comandante del batallón Itxasal de Víctor Erquiaga, al que el propio tribunal adjudicaba una especial iniciativa y un «papel preponderante» en los hechos. Pero la sentencia, firmada por Alberto Fernández, Daniel Zulueta, Manuel Martín, Rufino Errán y Eduardo López, indicaba al final que «dadas las especialísimas circunstancias que concurren en los procesados, por lo que la pena impuesta resulta notablemente excesiva», se solicitaba al Gobierno de Franco «la conmutación de la pena impuesta por otra de prisión

II. La rendición del nacionalismo vasco

menor». Para fundamentar esta propuesta los jueces franquistas recordaban «que los batallones que se rindieron en Bilbao prestaron un eficaz y positivo servicio a la causa del orden y en definitiva a la de España», citando que tuvieron que emplear las armas «para repeler una agresión de los rojos», además de sus acciones en la defensa de los edificios de la ciudad y de la vida de los presos. En la causa, el comandante Aguilar había salido en su defensa.

Tras facilitar la entrada de los franquistas, justo al día siguiente, el propio Aguilar había dado a Erquiaga y los suyos salvoconductos para que anduviesen libremente por Bilbao. Sin embargo, apenas los pudieron disfrutar unas horas. En las primeras horas del día 22 fueron trasladados de sus cuarteles al teatro Arriaga para iniciar desde allí su traslado a diferentes prisiones, entre ellas las de Pamplona y Logroño. En el teatro estaban reclusos unos 2200 *gudaris*. La estancia en la cárcel, como fue el caso de Erquiaga, no excedió de los tres años.

No vio los barrotes Patxo Gorritxo, que se esfumó después de consultar tras el brindis de Santo Domingo a García Valiño sobre su futuro. El general le tranquilizó, prometiendo cumplir lo pactado, pero no convenció al jefe de la IV Brigada del ejército vasco.

Ayudado por Ortueta y por Julián Calle, uno de los falangistas que había liberado de la cárcel de Larrinaga y que ahora le devolvía el favor, Gorritxo anduvo escondido por varias casas de Bilbao y en 1938 logró pasar a Francia. Huyó con su hermano Vicente en el coche de un capitán de Falange que les cobró 20.000 pesetas. El viaje tuvo mucho riesgo, atravesando la Euzkadi franquista, pero llegaron sin contratiempo a Fuenterrabía y desde allí usaron una lancha que los dejó en la playa de Ondarraitz, al otro lado de la frontera. Más tarde el periplo de Patxo Gorritxo acabaría en el exilio en Sudamérica.

Con las rendiciones de Vizcaya comienza la leyenda negra del nacionalismo vasco en la Guerra Civil, con unos episodios sobre los que desde entonces los *burikides* (dirigentes) pasaron siempre de largo, porque no les interesaba remover una parte de la historia muy escabrosa. Aquellos batallones cumplieron con la parte esencial de lo que se les había pedido y estaba pactado con los italianos. En teoría no habían obedecido la orden de retirarse después de salvaguardar el orden y los edificios civiles e industriales, pero aquello era imposible. No se pueden tocar las campanas y acudir a la procesión, por usar un ejemplo cristiano que bien entenderían aquellos fieles seguidores de la ley de Dios. Además, al nacionalismo vasco no le vinieron mal las rendiciones, por bochornosas que parecieran, porque sirvieron de aval para su conducta y

para seguir negociando con los italianos la definitiva del resto de su ejército, que ya tendría que ser en Santander.

116

No hubo reproches ni críticas a los rendidos desde sus propias filas, sino argumentadas justificaciones. Aguirre recordó que los del Gordexola estaban entre los héroes de Archanda, donde habían combatido contra el enemigo por última vez, en vísperas de su pacto con los italianos. Habían resistido durante cuatro días, hasta el 17, un verdadero infierno de fuego enemigo, con aviación y artillería, ésta con cien baterías de todos los calibres. Murieron 42 de sus hombres. El resto acabaron en muchos casos heridos y, en todos, agotados y desmoralizados. Aseguraban que mientras combatían había llegado un telegrama de Indalecio Prieto pidiéndoles que resistieran, porque en seis horas llegaría el refuerzo de la aviación republicana, que nunca llegaron a ver, aunque consumieron mucho más tiempo en las trincheras. Por su valentía en aquella sangrienta batalla, el general Gámir había propuesto para el batallón la Laureada de Madrid, la máxima distinción del ejército republicano, antes llamada de San Fernando.

El presidente vasco decía entender aquel cambio de actitud: «¿Cómo se comprende que un batallón que el día anterior es objeto del máximo galardón, al día siguiente no resiste el abandono de su pueblo? Es menester conocer a fondo el problema vasco, y el que no lo comprenda no podrá juzgar jamás la situación de aquel momento. Para el vasco, el abandono de su territorio era algo tan profundo que en más de una ocasión resultaba superior a su propia voluntad. ¿Deslealtad? No admitiría que nadie pronunciara esa palabra»¹⁷.

A Patxo Gorritxo el Gobierno vasco le pagó el hotel mientras estuvo en el sur de Francia tras su huida de Euzkadi, un detalle nada usual y menos en aquellos tiempos de penuria. Años más tarde, en pleno franquismo, durante una visita a Buenos Aires donde se encontró con Gorritxo, Jesús María Leizaola le llamó públicamente «el héroe de Bilbao» por haber evitado matanzas, y pidió para él una estatua en la ciudad que los dos tuvieron que abandonar. Cuando regresó como lendakari tras el exilio, Leizaola no se debió de acordar de aquella idea.

Tampoco las heridas abiertas entre los seguidores de Anacleto Ortueta y los *burikides* fueron tan profundas como para no cicatrizar. El PNV pasó página y siguió contando con los disidentes. Primitivo Abad, un oficial del

¹⁷ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., p. 188.

Euzko Gudarostea que asumió tras la guerra la tarea de reorganizar al partido en Vizcaya con un grupo clandestino llamado Euzko Naia, consultó con Ajuriaguerra si debería contactar con los desertores de Bilbao y Baracaldo, citando en concreto a Luis Urkullu y a otros comandantes como José Urrutia, del batallón Martiatu, y a Pío Maidagán, del Otxandiano. Desde la cárcel, donde mantenía su autoridad, el líder del partido contestó:

«Ahora no estamos en condiciones de juzgar si faltaron, pero si así lo hicieron, que sus trabajos en la resistencia y los riesgos asumidos les puedan servir de rehabilitación».

117

Abad fue el responsable de la reincorporación a las tareas políticas de Urkullu, de quien decía que había dado pruebas de lealtad y patriotismo. Por su gran estatura y su carisma, el comandante del Gordexola no podía dejarse ver en exceso.

«Con Urkullu, que por su presencia física y su representatividad anterior era más vulnerable a la policía, hablé personalmente y desaparecieron algunos brotes de recelo que estaban incubando en su persona».

El jefe de espías Primitivo Abad asegura que la vuelta a casa de tan peculiares disidentes fue un éxito:

«Casi todos fueron reincorporados en la resistencia, comportándose excelentemente»¹⁸.

El instigador de aquella insubordinación no fue excepción, aunque su responsabilidad y las razones para vetarle como camarada o colaborador eran mucho mayores. Tras la guerra, el núcleo dirigente que controlaba al PNV en la clandestinidad consideraba a Anacleto Ortueta un traidor, pero no por ello cesaron los contactos con quien había intentado dar un golpe interno desde la extrema derecha del partido.

Incluso el empresario siguió poniendo a su servicio su contracheca, que aseguraba que seguía latente. A un enviado de la organización le dijo en 1938 que sus hombres eran muchos, contando con 2.000 presos nacionalistas que entonces estaban en las cárceles, y que estaban en condiciones de asaltar con éxito guarniciones franquistas, excepto en el caso de «algún cuartel de la Guardia Civil que les ofrecería seria resistencia, pero que no perderían el tiempo en reducirlo y se contentarían con aislarlo y reducirlo así a la

¹⁸ Memorias inéditas de Primitivo Abad Gorostiza.

impotencia»¹⁹. También presumía de poder conseguir armas y fabricar bombas, además de disponer de medios de locomoción. No hubo ocasión de comprobar si Ortueta hablaba con arrogancia, pero sí está comprobado que siguió manteniendo en la posguerra, unido alrededor de su figura, a aquel grupo de comandantes y jefes de los batallones nacionalistas. Se les continuó viendo entre los manteles del Armendáriz, donde la presencia de Ortueta seguía siendo tan habitual como imposible de ocultar, porque sus tajantes opiniones y su verbo inconfundible nunca conocieron la discreción, ni siquiera en aquellos tiempos tan tenebrosos en que se imponían los silencios.

A ellos se entregaron también muchos de los *gudaris* rendidos, porque la sombra de la mala conciencia les persiguió siempre, y la mejor forma de no recordar un pasado que les abochornaba era no mentarlo. Pablo Beldarrain lo observaba entre combatientes del batallón Martiatu, que habían luchado gallardamente a sus órdenes en el monte Intxorta. Pasados los años los veía «pesarosos y como avergonzados»²⁰.

118

En cambio, Luis Urkullu nunca tuvo esos problemas. Su figura fue tan querida y respetada entre sus vecinos, que en Baracaldo pasaba por ser un verdadero héroe, el paisano que con su gallardía había salvado Altos Hornos de Vizcaya.

Los años y la recuperación de la democracia no sirvieron para cerrar las cuentas pendientes entre los protagonistas de aquel duro capítulo de la historia del País Vasco. Algunos *gudaris* que se habían enfrentado hacía tantos años no volvieron a dirigirse la palabra, a pesar del tiempo transcurrido y de los intentos de reconciliación de algunos compañeros.

En algunos actos públicos salieron a relucir las viejas heridas, en alguna ocasión en presencia de Leizaola, que nunca quiso aclarar nada, por mucho que lo intentaron algunos veteranos *gudaris*. Tan imperturbable era su respuesta cuando se le pedían explicaciones, que lo acabaron llamando «La esfinge».

Cuando pudo volver a poner los pies en su tierra, Patxo Gorritxo no reclamó la estatua prometida por Leizaola, pero sí una «reunión a celebrar con las personas actoras de los sucedidos en la entrega o supuesta entrega de la plaza de Bilbao». Citó en diciembre de 1986 a una treintena de personas para

¹⁹ Informe sobre Anacleto Ortueta del PNV (1938), folio 4, Archivo Militar de Avila.

²⁰ Pablo Beldarrain, *Historia crítica de la guerra en Euskadi*, ob. cit., p. 400.

II. La rendición del nacionalismo vasco

aquella mesa redonda en la que se pretendía remover el pasado, quizás para lavar el nombre y la conciencia del convocante. Sólo el comisario de la XI Brigada Mixta de la III División, José Ramón Olazábal, le atendió personalmente y se mostró dispuesto a secundar la convocatoria de Gorritxo.

119



Un batallón nacionalista oyendo misa en pleno frente.
(Archivo del Nacionalismo Vasco).



José Antonio Aguirre, primer presidente vasco. (Archivo de la Asociación Sancho de Beurko).

II. La rendición del nacionalismo vasco

121



Tropas franquistas penetrando en Bilbao, ante el hospital civil. (Archivo del Nacionalismo Vasco).

II. La rendición del nacionalismo vasco

123



El puente de San Antón, uno de los que fueron volados en la ría de Bilbao en junio de 1937. (Archivo del Nacionalismo Vasco).

II. La rendición del nacionalismo vasco

124



Los franquistas se hacen cargo, en la Gran Vía de Bilbao, de las armas entregadas por los batallones nacionalistas rendidos el 19 de junio de 1937. (Cortesía de Santiago Macías).

II. La rendición del nacionalismo vasco

125

SERVICIO HISTÓRICO MILITAR ARCHIVO DE LA GUERRA DE LIBERACION

Activo Juénes de Avila
92 - 03521
Brigada Serrano
Documentación Nacional

CUERPO DE TROPAS VOLUNTARIAS
GURIZO

Legajo num. 10 Numerados del 1 al 14
Carpeta núm. 17 trís. 301. Sección de E. M.
Armario núm. 38

OPERACIONES

BRIGADA DE FLECHAS NEGRAS.- Fotocopia del Acta y Orden de Operaciones para la rendición de las fuerzas rojas del E. Vasco.

Firmado en Agosto de 19 37

La rendición de Gurizeo, firmada el 14 de agosto de 1937. (Archivo Militar de Avila).

II. La rendición del nacionalismo vasco

126

2º Jeneral, quedará en batallas vascas, en cada uno de los puntos siguientes: Laredo - Bolintra - Lempio - Ampuero - Lantaca y Barasa, así como en cualquier otra posición que juzgue necesario ocupar y cuyo nombre será comunicado al mando de este Arzobispado por un oficial que pase con los primeros fusiles.

Estos batallones quedarán en sus puntos hasta la llegada de muchos fusiles a los que entregaran los armas, siendo después de efectuado esto, trasladados a Laredo.

Para regular los detalles que sean necesarios en el curso de lo que se especifica anteriormente, deberá ir con los primeros fusiles que pasen a muchos fines, un jefe superior o de estos mayor con atribuciones de Jefe.

Se expresa, sin poderlo afirmar exactamente, que el total de los fusiles que se comprometen a pasar con las armas y material de guerra de guerra es de unos 30.000 (treinta mil) hombres.

Se entiende por la rendición es sin condiciones, con arreglo a las disposiciones dadas por S. E. el Jefe de la Armada, respetando la vida de todos, excepto la de aquellos que hagan cometer crímenes.

para que conste y a todos los efectos, lo firmamos los que suscriben este decreto y los jefes y oficiales presentes.

El P. N. de... *Militar... Jefe... Subjefe...*

La rendición de Guriezo, firmada el 14 de agosto de 1937. (Archivo Militar de Avila).

II. La rendición del nacionalismo vasco

127

En Guriezo a veinticuatro de agosto de 1937, como en el comando del 4.º Regto de la Brigada Fieles Reges, de un parte don Sabino Elizasoain e Urizarrena y don Primitivo Elizasoain y Echeanuria, capitanes del Ejército Vasco y de otra el teniente coronel de Ertz. Mayor don Amilcaro Fama y el Comandante tambien de Ertz. Mayor don Pascual Párraga, ambos de la Brigada arriba mencionada, acuerdan la rendición de los Guerreros del Ejército Vasco, para bien de España y sujeción a una restauración a los moros siguientes:

- 1.ª Empezará a las 25 de agosto entre las 5 (cinco) y (seis) horas se hará una a la zona ocupada por el Ejército Nacional (Brigada "Fieles Reges") 2.000 (dos mil) hombres por el frente del "Fieles Reges", y 8.000 (ocho mil) por el frente de la magistratura, todos en grupos de 25 que llevarán a la cabeza una bandera roja y otra blanca. Los grupos dejarán separados por intervalos de 15 minutos de tiempo.
- 2.ª Al alcanzar nuestra línea, depositarán las armas en el lugar que se indicará previamente, así como los municiones y todo clase de material de guerra que lleven los soldados, sin concentrados y distribuidos los soldados, por nuestros fuertes y Bando Morales.
- 3.ª Para garantizar, tanto la vida de la población civil, como el orden público, atentados a la propiedad, deberán de Puz que deberán permanecer inactivos, y otros importantes, en

La rendición de Guriezo, firmada el 14 de agosto de 1937. (Archivo Militar de Avila).

II. La rendición del nacionalismo vasco

128

The image shows a handwritten document on a light-colored, textured paper. The text is written in dark ink in a cursive script. It is organized into two columns. The left column contains the following text: 'Teniente Coronel', 'Domingo Basterri', 'Teniente Coronel', and 'Teniente Coronel'. The right column contains: 'Teniente Coronel', 'Teniente Coronel', and 'Teniente Coronel'. There are some additional markings, including a small arrow pointing downwards on the left side and a horizontal line across the middle of the page.

La rendición de Guriezo, firmada el 14 de agosto de 1937. (Archivo Militar de Avila).

II. La rendición del nacionalismo vasco

129



Consejeros del Gobierno vasco y miembros del EBB en Laredo (Santander), en el verano de 1937. De izquierda a derecha, sentados: Lucio Antetxe, Juan Ajuriaguerra, Luis Arredondo y Edorta Alberdi; de pie: Aurelio Antetxe, Telesforo Monzón, Ramón Aldasoro, Gonzalo Nárdiz y Doroteo Ciaurniz. (Archivo de la Asociación Sancho de Beurko).



Gudaris en el puerto de Santoña a la espera de los barcos. (Archivo de la Asociación Sancho de Beurko).



Colas en el puerto de Santoña a la espera del embarque. (Archivo de la Asociación Sancho de Beurko).



Alberto Onaindia en Londres, en su programa de la BBC. (Cortesía de la familia de Alberto Onaindia).

II. La rendición del nacionalismo vasco

131



Tropas italianas entrando en Santander. (Archivo de la Asociación Sancho de Beurko).

III. HACIA LA CAPITULACIÓN TOTAL

ALGORTA: ORGANIZANDO EL ATAQUE ENEMIGO

Como se esperaba, la caída de Bilbao decidió la guerra en el norte. El ejército vasco había tenido que enterrar muchos muertos desde el inicio de la ofensiva en Vizcaya y ahora lo hacía definitivamente con la voluntad de seguir luchando del brazo de los republicanos. Junio había sido un mes terrible para los vascos, el peor de su historia. Sólo del 10 al 19 de junio, en las batallas que decidieron la pérdida de la mayor ciudad del norte, hay cálculos que estiman entre 7.000 y 10.000 las bajas de los leales, mientras que desde el 31 de marzo la suma era de 17.000.¹ Otros citan 30.000 bajas de los rebeldes desde que se inició la ofensiva por 35.000 de los republicanos, con 4.000 y 10.000 muertos respectivamente.²

Franco renunció a machacar definitivamente al enemigo persiguiéndole. Sus tropas no parecían suficientes ni estaban en condiciones tras casi tres duros meses sin tregua, pero si las hubiera obligado a un esfuerzo final la guerra para los nacionalistas vascos habría acabado irremisiblemente. La desbandada y el caos eran la expresión de lo peor que puede padecer cualquier ejército: la desmoralización y la desmotivación de unos soldados que estaban a punto de perder hasta el último metro de su territorio, cuya defensa era la única causa que les había metido en la guerra.

Si alguien era consciente de ello era Alberto Onaindia, que cenando con José Antonio Aguirre en Bilbao el 12 de mayo, cuando se iniciaron las conversaciones con los italianos, preguntó al presidente hasta cuándo lucharía su ejército. La respuesta fue inequívoca: hasta la frontera con Santander, porque los *gudaris* sólo defenderían el territorio de Euzkadi.

Aguirre ya estaba en esa frontera, aunque en tierra vasca, en Trucios, desde donde fue informado tanto por Onaindia como por Ajuriaguerra de la intensificación de las negociaciones con los italianos. No se había llegado a

¹ Juan Pablo Fusi, *El País Vasco 1931-37: autonomía, revolución, Guerra Civil*, ob. cit., p. 251.

² Hugh Thomas, *La Guerra Civil española*, ob. cit., p. 749.

tiempo a Bilbao, pese a las prisas y la insistencia de los italianos, pero ahora había que alcanzar un acuerdo de rendición antes de la próxima ofensiva sobre Santander, que se creía inminente.

El padre Onaindia, que era mucho más que un intermediario y tomaba decisiones e iniciativas, se apresuró al día siguiente de la caída de Bilbao a enviar al cónsul Cavalletti una nota recordando que los nacionalistas vascos habían cumplido. Tres días después Ajuriaguerra insistía en lo mismo a los italianos en un telegrama, enviado a través del cura, aunque acusaba a los ocupantes de responder a la pasividad de los *gudarís* con desmedida violencia, en referencia a los bombardeos que soportó la población civil durante la evacuación.

134

«Los presos gubernativos han sido pasados al otro lado. Se ha evitado que... Obtiénese la evacuación de Bilbao. Se encuentran intactas las fábricas. Están enteras las casas. También se evita volar las universidades que han estado ya minadas. Se han evitado el saqueo y el desorden. Todo ello obra del partido aún con peligro de sus dirigentes y población civil al evacuar gente. A los actos de humanidad nuestra se contesta con crueldad canalla. Ajuriaguerra»³.

Pronto tendría ocasión el líder nacionalista de exponer estos argumentos cara a cara a los italianos. Las notas, los telegramas y las mediaciones debían dar paso sin más pérdida de tiempo a los contactos directos. Onaindia y Cavalletti prepararon el primero. No fue fácil concertar la cita en Algorta. La primera quedó fijada para las once de la noche del día de San Juan, el 24 de junio. La señal en el puerto viejo eran tres golpes de luz, con un mechero o lámpara de bolsillo. Los vascos se confundieron y su gasolino, una embarcación que acabó convirtiéndose en el medio de transporte oficial en aquellas negociaciones italo-vascas, no llegó al destino previsto, sino a la playa de Arrigunaga. Aquel viaje resultó tan accidentado que Ajuriaguerra llegó a ser detenido por las autoridades del puerto de Laredo cuando embarcaba, al igual que un grupo de curas y otras personas que partían hacia Francia, según un informe del PNV, aunque hay fuentes que sitúan en Castro Urdiales la salida de la expedición.

Fuera en un lugar o en otro, al día siguiente todas las dificultades fueron vencidas. La reunión se inició sobre la medianoche en el palacio de Horacio

³ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 61.

III. Hacia la capitulación total

Echevarrieta, un potente empresario, tan amigo de Indalecio Prieto que le había proporcionado en 1934 al dirigente socialista las armas que transportó a Asturias el barco *Turquesa* con destino a la revolución asturiana. El lugar elegido fue una pequeña habitación de aquella imponente mansión, para cuya construcción se había aprovechado la piedra del puerto de Algorta, y que había sido habilitada como cuartel general de las tropas italianas.

La delegación vasca estaba encabezada por Juan Ajuriaguerra, al que acompañaban los hermanos Eizaguirre, Juan y Koldo, Balbino Barriola y José Mari Azaldegui. Koldo era el piloto de la embarcación, mientras Balbino y José Mari eran conductores, ahora también en misión de escolta, por lo que iban armados. La italiana tenía al frente al coronel De Carlo, agregado militar del cónsul Cavalletti y ayudante del general Mario Roatta, jefe de las fuerzas expedicionarias enviadas por Mussolini a España. En el norte eran entonces unos 7.000 hombres los que actuaban bajo las siglas CTV, Cuerpo de Tropas Voluntarias, que en total había desplazado a 50.000 para apoyar a Franco. Los militares extranjeros usaban seudónimos para disimular su presencia en España, aunque la hipocresía del Comité Internacional de No Intervención, siempre mirando hacia otro lado, no hacía precisas tantas precauciones. El alias de De Carlo, que ostentaba la Medalla de la Guerra de Italia, era «Da Cunto» y el de Roatta, Mancini, un apellido de su esposa.

Cuatro horas de negociación propiciaron un principio de acuerdo sobre las líneas básicas de la rendición del Euzko Gudarostea. El salto cualitativo que supuso aquel primer cara a cara fue enorme, pero al ejército republicano lo conducía directamente al desastre. El acuerdo que en Algorta comenzaron a perfilar vascos e italianos no sólo incluía las fórmulas de los nacionalistas para engañar a los republicanos, sino también la recomendación al enemigo de cómo y por dónde debía atacar en Santander para que los *gudaris* pudieran parecer obligados a entregarse. Los tres puntos básicos acordados fueron:

135

1. Los vascos no lucharían, sino que se mantendrían a la defensiva, sin abandonar tampoco el frente que miraba a Euzkadi, o sea, sin prestar ninguna colaboración al resto del ejército del norte.
2. Que los italianos, por su ascendencia en el cuartel general de Franco, se comprometían hasta el 31 de julio de 1937 a dejar libre el mar para la entrada de barcos con víveres, los cuales a su salida podrían evacuar a la población civil vasca «refugiada en Santander y Asturias», que

III. Hacia la capitulación total

como hemos dicho suponían unas 100.000 personas. También se comprometían a no realizar bombardeos contra la población civil.

3. Que el ejército de Franco y las tropas legionarias italianas para tomar Santander no atacarían por el frente de Euzkadi y que llevarían su ofensiva por Reinosa y el Escudo para ocupar Torrelavega y Solares, los dos puntos estratégicos de las comunicaciones con Santander y Asturias y de esta manera «copar» al ejército de Euzkadi en su demarcación territorial.⁴

Otros compromisos que el PNV arrancó a los italianos se referían a que se hicieran cargo de sus prisioneros, evitando que fuesen obligados a combatir con los franquistas tras la rendición. A los responsables políticos y militares se les permitía huir en barco al extranjero y a los soldados se les encerraría en campos de concentración bajo custodia italiana.

En Algorta se acordó la entrada en las negociaciones de asesores militares, porque la guerra exigía su presencia, aunque actuasen al dictado de los políticos. Por la parte italiana se eligió al comandante Bencini, jefe del Servicio de Información del CTV, y por la vasca al coronel Montaud.

El cónsul italiano confirmaría después a Onaindia la buena impresión que a los italianos les dio Ajuriaguerra, disipando su confusión tras la sustitución del presidente Aguirre como interlocutor. Seguía habiendo dos posiciones en el nacionalismo vasco. El gobierno juzgaba que la pretensión italiana era separar a los vascos de los republicanos, algo peligroso porque el ejecutivo de Valencia todavía insistía a aquellas alturas en que iba a ganar la guerra a pesar del revés del norte. El PNV apostaba abiertamente por la rendición a través de los italianos, porque lo único que había ya que salvar era a Euzkadi, la patria amenazada por el éxodo de sus habitantes. Sin embargo, las dos posiciones no colisionaban abiertamente. Aguirre había sido apartado, pero se le mantenía informado. Lo hacía su amigo Onaindia, pero también Ajuriaguerra. En un telegrama al diputado Lasarte del 29 de junio, nombrándole delegado en las negociaciones con los italianos e informándole de los acuerdos ya tomados, las cuatro palabras finales del texto del líder del EBB eliminan cualquier suspicacia: «José Antonio es conforme»⁵.

136

⁴ Informe Ugarte y Lejarcegui. Archivo del Nacionalismo Vasco, Fundación Sabino Arana.

⁵ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 68.

III. Hacia la capitulación total

De haberlo pretendido, mantener en la ignorancia a Aguirre habría sido inútil, porque a aquellas alturas las conversaciones con los italianos ya no eran tan secretas en la jerárquica estructura de poder del nacionalismo vasco. Antes de finalizar junio, Ajuriaguerra informó personalmente tanto a los dirigentes políticos como a los militares.

Al EBB lo reunió para ello en uno de esos lugares donde el PNV se sentía muy a gusto: en el coro de una iglesia. Fue en Herrera, entre Zalla y Balmaseda, en la pequeña franja occidental de Euzkadi que aún no había conquistado el ejército franquista.

Muy cerca, en Avellaneda, el 22 de junio el máximo órgano del partido se citó con los comandantes y comisarios del Euzko Gudarostea. Una buena ocasión para hacer recuento y ver lo que quedaba en pie de aquel ejército autónomo dentro del republicano tras las rendiciones de Bilbao y Baracaldo. Eran en total 39 personas, representando a 21 batallones. Presidía el veterano Doroteo Ziaurriz, que figuraba como presidente del EBB, aunque el control y la iniciativa correspondían al joven Juan Ajuriaguerra, que presidía el BBB. Los otros *burikides* eran Lucio Artetxe, Koldo Arredondo y Edorta Alberdi.

Sus nombres han quedado para la historia porque cometieron la imprudencia de firmar en señal de asistencia en el libro de visitantes de la Casa de Juntas, donde se celebró la reunión. Una maestra lo escondería después cuando lo buscaban agentes del Servicio de Inteligencia Militar franquista, lo que evitó a muchos de los presentes condenas y represalias fácilmente imaginables.

El texto firmado no sólo fue una temeridad, sino una oportunidad para que los franquistas pudieran empezar a disparar contra los *gudaris* con otra arma infalible: el humor. Nada más ocupar Avellaneda, el documento — que comienza con tres palabras ilegibles seguidas de «y acordaron seguir adelante» — ya tenía un añadido:

Distinguidos antecesores: con mucho gusto os habría saludado, pero... ¡cómo no me habéis esperado! ¡Comandantes, un poquito más de seriedad! ¡No corráis tanto! ¡Idiotas!

Comandante de verdad.

Sepúlveda.

Si los vascongados hubieran sabido ser lo que fueron por y para España, Avellaneda tuviera hoy su significación. Avellaneda, 3 de septiembre, II año triunfal.

Juan Irigoyen.

Delegados de Arte de Vanguardia. Junta Técnica del Estado Español.

137

En Avellaneda los planes de rendición masiva no se habían rechazado, sólo se habían retrasado. Se acordó seguir porque con las tropas en desbandada y los batallones desperdigados era imposible acordar el adiós a las armas con los italianos. Los nacionalistas necesitaban tiempo para concentrar a sus *gudaris* y evacuar a los civiles que ahora inundaban Santander. Entre aquellas 100.000 almas desamparadas algunas habían iniciado su penosa aventura en Irún. Exponiendo estos argumentos, Ajuriaguerra insistiría en pedirle paciencia a Roatta tres días después en Algorta. Pero como también sabía que cada minuto perdido podía ser un paso más hacia el precipicio que se abría para su pueblo en Santander, el líder del PNV se dio prisa en iniciar conversaciones directas con el Gobierno italiano. No es difícil adivinar quién sería el elegido para representarle. Alberto Onaindia tendría que regresar a Roma, en la misión más importante que iba a caer en sus manos. Era política y de gran altura, pero también militar, porque se ponía en discusión la manera de parar una guerra. Acogió la orden con su disciplina habitual el 30 de junio. Esta vez venía a través de José María Lasarte, el diputado guipuzcoano recién incorporado como delegado político a las negociaciones.

AGUR EUZKADI

Mientras el padre Onaindia hacía las maletas, un ejercicio al que estaba muy acostumbrado, Euzkadi parecía desvanecerse, coincidiendo con el desplome republicano. El cuartel general del Euzko Gudarostea ya estaba en la provincia de Santander, en Laredo. La flota que aún mantenía (apenas cuatro pesqueros con cañones y ametralladoras, rastreadores de minas y alguna lancha rápida), se encontraba en Santoña. Y el Gobierno ya olía el amargo aroma del exilio.

La autonomía, que se convirtió en una independencia real por condicionantes de la guerra, había venido con la República y con ella se iba de manera penosa. Volvían las Provincias Vascongadas. Entre las primeras medidas que tomó Franco, a los cuatro días de la toma de Bilbao, estuvo la supresión del concierto económico de las provincias rebeldes de Vizcaya y Guipúzcoa, mientras se mantuvo el de Navarra y Álava.

Las desbandadas, las rendiciones, las deserciones y las retiradas espontáneas de los frentes eran lo único en lo que nacionalistas y republicanos parecían tener coincidencias. Un parte del 24 de junio del comisario daba fe de la detención de ciento veinte soldados asturianos del Batallón Expedicionario 230 por deserción, indicando que la misma proporción se daba en otros muchos. Hubo uno que aprovechó un relevo para evaporarse.

El día 29 se entrega en Balmaseda una compañía completa del batallón nacionalista Avellaneda, formando con sus oficiales y rindiendo honores a los franquistas. Según sus partes se entregaron medio millar de hombres con su armamento.

138

Muy cerca, en Trucios, la ikurriña se alzaba en el último reducto de la patria vasca, donde se había trasladado José Antonio Aguirre con su Gobierno. Arrinconado por el avance enemigo en el extremo occidental del País Vasco, en la frontera con la provincia de Santander, aquel pequeño pueblo se convirtió en el símbolo de la postrera resistencia para los vascos, porque el de Aguirre nunca dejó de ser un Gobierno plural de independentistas y españolistas, de derechas y de izquierdas. Entre las paredes del palacio medieval de la familia De la Puente, un hermoso edificio de tres pisos y planta cuadrangular convertido en la sede del Gobierno, aún se podía respirar el aire de la libertad. Nunca la llegada del verano y el luminoso mes de julio fue tan triste en Euzkadi.

Con el declinar de aquel maldito junio también murieron los sueños de los nacionalistas, obligados a abandonar su tierra. El último día del mes, Ajuriaguerra y otros cuatro dirigentes del PNV, Lucio Artetxe, Luis Arregui, Koldo Arredondo y Jesús Solaun, iniciaron la retirada en coche. Al pasar la frontera con Santander, a la altura de Guriezo, Solaun inició emocionado el canto del *Agur Euzkadi*, que sus acompañantes secundaron.⁶

Aguirre no dejó constancia de su retirada, pero sí un conmovedor escrito que desde entonces pasó a llamarse el Manifiesto de Trucios:

He llegado con las tropas vascas hasta el límite de Euzkadi. He permanecido entre ellas admirando el temple de nuestro pueblo, cuyo espíritu jamás será vencido. Y antes de salir de Euzkadi protesto en su nombre ante el mundo del despojo que con los vascos se verifica en pleno siglo XX privándonos de nuestra patria, a la que tenemos derecho

⁶ Gregorio Morán, *Los españoles que dejaron de serlo*, Planeta, Barcelona, 1981, p. 211.

III. Hacia la capitulación total

por ser nuestra y porque la amamos entrañablemente. Y protestamos doblemente, porque para verificar el despojo ha necesitado el fascismo español de fuerzas mercenarias y extranjeras y de elementos de guerra alemanes e italianos. Con absoluto descaro invocan nuestros enemigos el derecho de conquista. Lo negamos para siempre. El territorio habrá sido conquistado; el alma del Pueblo Vasco, no; no lo será jamás.

Hemos obrado noblemente; nuestra conducta no ha variado ni siquiera a última hora. Hemos dejado intacto Bilbao. Y sus fuentes productoras. Hemos dado libertad a los presos con generosidad que es pagada por el enemigo con persecuciones y fusilamientos. Ningún despojo es imputable al ejército vasco.

El pueblo vasco mira el futuro con ilusión; su alma nos pertenece. Nuestra conducta es la suya. Volveremos a recobrar el suelo de nuestros padres para restaurar el idioma escarnecido, la ley ultrajada, la libertad arrebatada. ¿Qué prometió jamás el fascismo a Euzkadi? Nada, pues puesta su planta sobre Bilbao ha derogado no sólo la autonomía conquistada, sino hasta el concierto económico, viejo resto de las libertades históricas que fue respetado hasta en los tiempos de la monarquía. Protesto también por ese postrer despojo, interpretando el sentido sordo del pueblo sojuzgado, a quien no se le permite hablar.

Mi pueblo emigrado tropieza con el mar, encontrándose ante un doble peligro. No quiero pensar que los pueblos amigos o enemigos han de permanecer en silencio. ¿Tan grave es que un pueblo defienda su libertad?

Por defenderla, por ser dignos de la patria, centenares de miles de vascos pasan hoy momentos de angustia y privaciones. No quiero creer que del mundo ha desaparecido la sensibilidad.

El Gobierno vasco sigue en su puesto, lo mismo en Euzkadi que donde quiera que se encuentre. Él es el Gobierno legítimo de los vascos porque interpreta el sentir del pueblo, que no ha sido vencido, sino temporalmente avasallado y ultrajado. Y el afecto de nuestros compatriotas les acompañará hasta el día de la victoria.

El presidente del Gobierno de Euzkadi.

El optimismo de Aguirre, algo que no perdió ni en tan dramáticas circunstancias, no se vio corroborado. Después de escribir este manifiesto abandonó la tierra vasca. No regresaría jamás.

ONAINDIA NEGOCIA EN ROMA CON CIANO

Además de elevar el rango de las negociaciones, hasta llegar directamente al Gobierno italiano, el objetivo básico del viaje de Alberto Onaindia a Roma consistía en que Mussolini lograra arrancar a Franco el compromiso de respetar el acuerdo de rendición.

En su carta al sacerdote, entregada en mano por Lasarte, Ajuriaguerra daba instrucciones precisas de cómo se debía «plantear el problema vasco en toda su amplitud» mediante siete puntos:

1. Qué es Euzkadi.
2. Los vascos no son españoles.
3. Por qué los vascos están en la guerra.
4. Actuación de los vascos de gran civilidad en esta guerra, únicos en los dos bandos.
5. Aspiraciones de los vascos: libertad como pueblo: a) en su lengua; b) en sus costumbres; c) en sus leyes; d) en su desarrollo cultural; e) en sus formas políticas.
6. El pueblo vasco defiende sus características y formas políticas y respeta las características y las formas políticas que se den los demás pueblos a sí mismos.
7. Esperanza de que el Duce apoye nuestras legítimas aspiraciones.⁷

140

Los vascos no tenían temor a parecer osados con tales planteamientos ante los fascistas italianos. Aguirre tenía noticias sobre las pretensiones de Mussolini, que aspiraba a hacer con el País Vasco un ensayo para la paz por separado, que luego quería extender a Cataluña. Además los negociadores italianos ya habían dejado claro que no les asustaba el separatismo vasco y habían puesto encima de la mesa la propuesta de ejercer un protectorado provisional en Euzkadi, una iniciativa que Aguirre tomaba a risa.

⁷ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 67.

III. Hacia la capitulación total

Onaindia sólo solicitó dos cosas para cumplir su nueva misión: tener un acompañante y la autorización por escrito de sus gestiones de los presidentes del Gobierno autónomo y del PNV. La primera petición no era por inseguridad, porque pocas personas pisaban tan firme y demostraban tal confianza en sus propias fuerzas como el cura de Marquina. Más bien debía de corresponder a la necesidad de tener un testigo ante sus interlocutores y ante la propia historia. En la segunda se podría adivinar el especial empeño de Onaindia en no permitir que Aguirre fuese un convidado de piedra.

El documento de Aguirre era muy escueto y autorizaba a su amigo «para que exponga el problema nacional vasco y la situación actual de Euzkadi ante el jefe y el Gobierno italianos, concediéndole mi representación a este objeto». El de Doroteo Ziaurriz era más extenso e indicaba que la misión consistía en exponer «los deseos y esperanzas de tipo humanitario y de derecho de gentes que abriga el pueblo de Euzkadi en los momentos actuales y las reivindicaciones políticas que constituyen la doctrina y el problema del nacionalismo vasco»⁸.

Como acompañante, el propio Onaindia escogió al director del periódico peneuvista *Euzkadi*, Pantaleón Ramírez de Olano. El periodista era un tipo reservado y de aspecto triste, que se lanzaba a aquella aventura obligado por su fidelidad al partido. Su pesimismo natural, su desconfianza en los fascistas italianos y su miedo al avión, en el que iba a viajar por vez primera, no parecían convertirlo en el compañero ideal, pero hizo con Onaindia muy buenas migas y el cura descubrió en él a un consejero sensato con un oculto sentido del humor. Era tal su falta de entusiasmo que esperaba que cualquier pretexto o dificultad de última hora provocasen la anulación de las entrevistas en Roma.

Los dos delegados vascos salieron el 4 de julio del aeropuerto de Parma (Biarritz) en el *Negus*, uno de los aviones que mantuvieron durante la guerra la comunicación de Euzkadi con el resto del mundo gracias al coraje y la lealtad de su piloto, el francés Lebaud. Fue el más famoso de los seis bimotores, guiados por otros tantos pilotos, de la compañía aérea Air Pyrenées, fundada en noviembre de 1936 con capital de los Gobiernos republicano y vasco para enlazar Biarritz con las capitales del norte republicano. Era una avioneta biplana con capacidad para tres pasajeros, sin armamento y adaptada para viajes rápidos. El Gobierno vasco la había comprado por 5.000 libras cuando ya era un aparato mítico, porque había sido usado por el emperador de Etiopía,

⁸ Alberto Onaindía, *ibíd.*, p. 70.

Haile Selassie, para abandonar el país ante la invasión italiana. Por eso se le bautizó popularmente como *Negus*. Su aspecto delataba su pasado, con dibujos en la carlinga de los países para los que había servido y el león de Judá. Ahora también lucía el emblema de Euzkadi.

141

El viaje tuvo sus peripecias. Aterrizaron en la playa de Niza, donde había habilitada una pista, después de volar sobre la bahía varias veces a ras de suelo. No tenían permiso ni dieron aviso previo, pero Lebaud alegó una avería del motor. En pleno verano, con un bello día y la Costa Azul llena de veraneantes, la presencia de aquel aparato entre los bañistas no pasó desapercibida, pero la expectación debió de convertirse en estupefacción cuando vieron descender a un sacerdote.

Onaindia y Ramírez de Olano tardaron dos días en poder salir de Francia, porque las autoridades italianas se demoraron en concederles la autorización para cruzar la frontera. Llegaron a Roma en tren a las nueve de la mañana del 6 de julio. En la estación de Termini les recogieron para llevarles al Ministerio de Asuntos Extranjeros, en el Palacio Chigi. El conde Ciano les estaba esperando, pero la entrada de los vascos en su despacho motivó un incidente que parecía dar la razón a los negros presagios del periodista. El ministro se levantó y saludó al estilo fascista, levantando el brazo, una posición que mantuvo hasta que sus invitados se sentaron. Visiblemente enojado, Ciano mantuvo con Onaindia un primer diálogo no precisamente muy cordial:

—No ha respondido usted a mi saludo.

—Sí, he saludado como saludan los caballeros.

—¿Cómo saludan los caballeros?

—Cuando se tiene la cabeza cubierta, descubriéndose; cuando se tiene la cabeza descubierta, con una inclinación de la misma.

—Yo les he saludado a lo fascista y esperaba que ustedes respondieran de esa misma manera a mi saludo.

—Nosotros no somos fascistas.

—Más de un embajador de potencias democráticas suele responder a lo fascista a mi saludo.

—Es que nosotros no somos embajadores.

—Entonces, ¿qué son ustedes?

—Unos aldeanos.⁹

⁹ Alberto Onaindía, *ibíd.*, p. 76.

III. Hacia la capitulación total

La gallardía y la sinceridad del cura debieron de impresionar al ministro, que de inmediato relajó su enfado y pasó a mantener una cortés conversación. Onaindia no era embajador, pero podía haberle dicho sin jactancia al conde que eran colegas, porque se encontraba allí como ministro oficioso de Asuntos Exteriores del Gobierno vasco, ese cargo que nunca tuvo pero que siempre ejerció.

142

A Ciano lo superaba en inteligencia y cultura, aunque no en rango. Galeazzo Ciano di Cortellazzo había nacido en Verana en 1903 y a sus treinta y cinco años Europa dependía en gran medida de sus decisiones. Ser yerno de Mussolini le convertía en un político muy cercano al dictador, aunque no era el Duce persona que se dejara aconsejar por nadie, y menos por aquel joven frívolo e inmaduro.

Ciano le hablaba en italiano y el cura le respondía en español, pero las explicaciones sobre Euzkadi, la patria vasca y el independentismo le sonaron al ministro fascista como si fuera chino. No tenía ni idea de que hubiera un «conflicto vasco», y creía que el euskera era un dialecto del castellano. De Aguirre poco sabía y de los Fueros no tenía ni idea. Y lo peor es que tampoco tenía interés alguno en el tema ni en acabar con su ignorancia. Sí estaba enterado de las conversaciones iniciadas. Cuando ya estaban metidos de lleno en el plan de rendición y sus condiciones, el ministro canceló la entrevista para ir a consultar a Mussolini. Les volvió a citar a las once.

Con absoluta puntualidad se reanudó la reunión. Ciano les mostró el telegrama que el Duce había enviado a Franco. No les autorizó a copiarlo, pero el padre Onaindia casi lo aprendió de memoria, a pesar de su larga extensión:

Muy querido Generalísimo:

El ministro de Asuntos Exteriores que ha recibido a los dos delegados de

Aguirre provistos de credenciales en regla me ha referido sobre el coloquio mantenido y los deseos de los vascos para llegar a una completa rendición. Independientemente de aquellas que son las condiciones técnicas de la rendición y que han sido en su lugar expuestas a los expertos militares, ellos han hecho conocer cuáles son prácticamente sus deseos, esto es: que Italia invoque ante V. E. un tratamiento humano en relación con la población civil, sea aquélla la que permanece en

III. Hacia la capitulación total

Bilbao, sea la evacuada a Santander, y que los prisioneros vengan considerados como prisioneros de las tropas italianas según los usos de la guerra. Han solicitado además que los prisioneros no sean enviados en bloque a combatir contra Madrid, salvo aquellos que lo soliciten expresamente y bajo el comando italiano, y podrán ser numerosos. En contrapartida a estas garantías, ellos ofrecen la rendición al comando de las Flechas Negras de todas las fuerzas vascas y prácticamente esto es de aquellas fuerzas que solamente ahora pueden ofrecer una resistencia organizada al avance de los nacionales, atrincherándose en los pueblos y en las ásperas montañas de Vizcaya. Ellos calculan que las tropas vascas luchando con las fuerzas de la desesperación pueden resistir todavía un mes. En cuanto mira a Santander y Asturias, ellos no prevén ninguna resistencia organizada, si los vascos se rinden.

143

Permita, querido Generalísimo, que le diga que la oferta de rendición por parte de los vascos tiene una gran importancia no solamente militar, sino sobre todo política y moral. Ella liquida definitivamente el frente norte y corta a los católicos de todo el mundo un motivo de preocupación. Especialmente en la semana en la que el Comité de Londres ha sido convocado, el anuncio de la rendición de los vascos tendría una repercusión muy favorable en todos los ambientes internacionales y decisiva — pienso yo — para las fuerzas residuales de Valencia y Barcelona. Los vascos esperan que después de la rendición serán tratados con generosidad por el vencedor. Conociendo vuestro ánimo estoy seguro de que lo haréis. Se trata de católicos fervientes que se han equivocado, pero que son — en su casi totalidad — recuperables para vuestra España. Esto os lo digo también en mi calidad de católico. Naturalmente las negociaciones en curso no deben parar los preparativos militares en dirección a Santander. Mi querido Generalísimo, en nombre de la solidaridad que os he dado y que continuaré dándoos, acoged cuanto os expongo en el presente mensaje y cuanto antes mejor.

Mussolini.

Mientras llegaba la respuesta de Franco, Onaindia y Ramírez de Olano pudieron disfrutar del verano romano y de Castelgandolfo, desplazándose en un coche sin placas que les facilitó el Ministerio de Relaciones Exteriores. En

Francia y en Santander las noticias que facilitaba el cura por telegramas cifrados provocaron una grave preocupación en la cúpula nacionalista. Aquello daba la impresión de ser una auténtica bajada de pantalones, aunque quien la protagonizara llevase sotana. Y la alusión de Mussolini al Comité de Londres provocaba pavor, porque encima el mundo entero se podía enterar de la rendición vergonzante de los vascos. Desde Bayona, Lasarte envió el día 7 un telegrama en el que lamentaba la imagen de rendición diplomática unilateral que daba el telegrama del Duce. Recordaba que había que escenificar una farsa bélica que diese la impresión de que los *gudaris* se veían obligados a entregar las armas y exigía secreto absoluto de las negociaciones. Onaindia actuó de inmediato y ese mismo día, a las diez de la mañana, entregaba en el ministerio una nota de cinco puntos. El primero decía: «De efectuarse la rendición ha de ser precisamente en forma de operación militar, es decir, como resultado de una victoria italiana sobre el campo de batalla, y sin que aparezca en momento alguno la existencia de negociaciones de carácter diplomático»¹⁰.

No había muchos motivos para el optimismo respecto a Franco, que había intentado que el Gobierno italiano no recibiera a Alberto Onaindia, lo que quizás explique los dos días de espera en la frontera. Sin embargo, la respuesta del general español, el día 8, daba luz verde a la rendición, aunque era tan escéptico que más bien parecía que había decidido no incomodar a sus aliados en una pretensión que juzgaba inútil. Ni los republicanos iban a permitir la rendición de los vascos ni la guerra en el norte acabaría si la hubiera, porque contaba con la resistencia asturiana. El texto de Franco fue leído dos veces por Ciano a los dos delegados vascos en su despacho:

144

Querido Duce: Recibo vuestra carta telegráfica y recibo vuestro consejo con la entusiástica fe que todos vuestros actos me inspiran; en consecuencia, podéis dar por aceptado cuanto me habéis trasladado. Nuestra conducta con los vascos se ha orientado y se orienta, precisamente, en el sentido de lo que piden.

Considero difícil que las fuerzas vascas obedezcan las órdenes de Aguirre, ni que los rojos le dejen darlas. La entrega de los vascos, si se lleva a cabo, facilitaría la guerra grandemente, pero en Asturias pueden y seguramente tratarán de extremar la resistencia.

¹⁰ Alberto Onaindia, *ibíd.*, p. 79.

III. Hacia la capitulación total

Con mi gratitud a vuestro interés y generosa cooperación os envío el más entusiasta y el más efusivo de los saludos.

Con su visto bueno a las negociaciones y al acuerdo final, Franco también cedía a las presiones de otro aliado, el Vaticano, que actuaba coordinado y en estrecha relación con el Gobierno italiano, al que parecía supeditarse. El mismo día 8, en el que Franco contestaba a Mussolini, el mandatario español recibía un telegrama de Pío XI a través del cardenal Gomá. El texto había sido sugerido por Ciano a monseñor Pizzardo, que tomó notas en el despacho del ministro. Pedía a Franco que aceptase la oferta de rendición, recordando el catolicismo del pueblo vasco, que «si ha errado es, sin embargo, un pueblo cristiano»¹¹.

Las dos Romas siempre fueron de la mano en sus iniciativas para apartar a los nacionalistas vascos de los republicanos y frenar la guerra. La participación de la Iglesia fue tan activa que había sido el nuncio del Papa en París, Valerio Valeri, quien había aconsejado a Onaindia, antes de su viaje a Italia, que pidiese asesores políticos y militares en vista del avance de las negociaciones. Los nombramientos de Lasarte y Montaud llegaron pues con la bendición papal, aunque Onaindia apenas recibió ayuda del militar, que acabaría refugiándose en Francia.

De regreso a Bayona, el padre Onaindia siguió negociando con los militares italianos. El día 12 se entrevistó en San Juan de Luz con De Carlo y Bencini. En las notas que redactó el intermediario vasco sobre la reunión destaca una preocupación de los italianos:

La ofensiva que se acuerde simular deberá ser brevísima en el tiempo y lugar, porque de lo contrario se corre el riesgo de que los rojos se percaten de lo tramado y provoquen una tragedia. Aun sin eso, si la operación militar se prolonga durante unos dos días, el alto mando gubernamental deberá enviar refuerzos a los frentes y la simulación terminaría en batalla: la comedia en tragedia.¹²

145

Sin embargo, los italianos empezaban a tener sospechas de que lo de los vascos con ellos también era una comedia. Desde el principio de las negociaciones, en mayo, intentaron darles agilidad y premura, pero no fructificaron antes de la caída de Bilbao. Ahora Ciano ya les había expuesto que lo de la rendición

¹¹ Fernando De Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España*, ob. cit., p. 496.

¹² Alberto Onaindia, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 86.

tenía que plasmarse en cuestión de días, pero los vascos no tenían ninguna prisa. Creían que dilatando las negociaciones saldrían ganando. Ciertamente necesitaban tiempo para agrupar sus batallones con vistas a la «comedia» a representar en el frente, pero los italianos ya empezaban a comprender, no sin irritación, que había otro motivo para aquella indolencia: la división del nacionalismo. El PNV, con Ajuriaguerra al frente, apostaba abiertamente por la rendición. Aguirre quería ganar tiempo porque su plan era evacuar a su ejército por mar para, a través de Francia, penetrar en Cataluña y volver a combatir con la intención de conquistar Euzkadi.

La ofensiva de Brunete del ejército republicano el 7 de julio sirvió para apaciguar los ánimos. Obligó a los franquistas a frenar su ofensiva en el norte durante un mes, que era uno de los objetivos del Gobierno republicano. A falta de aviones, esas operaciones de distracción eran las únicas ayudas efectivas que llegaban de Valencia.

«SANTANDER SALUDA A LOS CORREDORES VASCOS»

Haciendo buenas las previsiones de los nacionalistas, el recibimiento en Santander a los vascos no fue precisamente cordial. Las pancartas que podían leer en las carreteras los refugiados y los soldados que abandonaban su tierra les daban la bienvenida, pero con punzante ironía. «Santander saluda a los corredores vascos». «Santander no será Málaga ni Bilbao. Será un segundo Madrid». «Menos cerveza y más fortificación». Numerosos confesionarios utilizados como garitas en aquella ruta del éxodo completaban la imagen tenebrosa que para los recién llegados ofrecía la provincia que los acogía.

Además de la hostilidad de los milicianos republicanos, dispuestos a pasarles factura por las rendiciones y la protección de las industrias en Vizcaya, en Santander los nacionalistas vascos temían el españolismo de sus vecinos. La prensa cántabra les recordaba que ya no había que hablar de asturianos, santanderinos y vascos, sino de «españoles unidos ante el enemigo feroz», con alusiones a que no se admitirían «ilusiones cobardes» ni «que nadie mire al mar»¹³.

Por si esto fuera poco para los nacionalistas, Santander era sólo accidentalmente republicana. La derecha siempre había sido mayoritaria en

¹³ Vicente Talón, «Los vascos en la batalla de Santander», *Defensa*, 22, p. 63.

una zona que entonces se llamaba La Montaña, aunque ahora combatiese al fascismo. Los militares profesionales habían logrado mantener la lealtad al Gobierno, pero el entusiasmo de la población con la causa republicana era escaso. El 85 por ciento de los soldados provenían de reemplazos forzosos y eran de extracción conservadora. Por todo ello Santander era una de las provincias españolas donde más presencia tuvo la llamada quinta columna. Esta denominación, que sirvió para nombrar a los derechistas ocultos en zona republicana que trabajaban clandestinamente para los sublevados, fue al parecer una ocurrencia de Mola, cuando le preguntaron cuál de las cuatro columnas que había enviado sobre Madrid entraría la primera: «Ninguna. Lo hará la quinta columna, que ya está dentro».

146

En Santander la quinta columna también estuvo dentro desde el inicio de la guerra y con gran actividad. No sólo llegó a organizar sabotajes y atentados, sino que contó incluso con una organización armada para responder a los asesinatos de incontrolados republicanos, abundantes sobre todo en las semanas que siguieron al levantamiento del 18 de julio. En el mismo escenario de algunos de estos crímenes, en Jesús del Monte, un grupo de falangistas vengó el 20 de agosto a once personas que acababan de ser pasadas por las armas, matando a sus asesinos cuando regresaban a la capital. Los ametrallaron, cayendo por una sima los coches en los que viajaban, que lucían distintivos de la FAI. El grupo lo formaban Arturo Arredondo, José Antonio Barciela y Alfonso Barnés, sobrino este último de dos ministros republicanos, Francisco y Domingo.

No fue ésta la única intervención de esta contracheca santanderina, que a diferencia de la *abertzale* de Anacleto Ortueta pasó a la acción directa. En septiembre protagonizó otras acciones similares. Barnés se introdujo en un batallón de la FAI y logró cambiar de bando. Barciela aprendió a manejar aviones y consiguió a engañar a los republicanos, montando en uno desde el que arrojó bombas a sus propias tropas. El 19 de septiembre fue asesinado en el aeródromo santanderino después de otra de sus misiones como infiltrado.

Sin embargo, los problemas de los vascos en Santander no sólo tenían causas ideológicas, políticas o bélicas. Ésos son más llevaderos que los que provoca el hambre. La Montaña ya padecía las carencias y limitaciones de la guerra, pero la avalancha de refugiados vascos las agravó, hasta provocar situaciones desagradables y a veces violentas.

III. Hacia la capitulación total

Eran 200.000 personas, casi la mitad de la población de la provincia santanderina, y vascos el 80 por ciento. El Gobierno de Euzkadi logró sacar por mar durante el mes de julio a unas 50.000. Antes de su llegada los problemas de abastecimiento y las colas para obtener comida apenas se habían visto. Ahora eran habituales. El Gobierno de Aguirre, que conocía el problema de primera mano porque también estaba establecido en Santander, logró fletar varios barcos ingleses que transportaban alimentos (harina, carne, pescado), pero no solucionaron la emergencia.

La movilización del Socorro Rojo Internacional, animando en visitas a sus casas a los santanderinos para que acogieran a los refugiados vascos, tampoco tuvo excesivo eco, aunque muchos fueron alojados solidariamente tanto en la capital como en otras localidades de la provincia. Se habilitaron los teatros Coliseum y Pereda, retirando las butacas, pero no fueron suficientes ante aquella avalancha humana.

147

Las calles santanderinas fueron el escenario de una de las páginas más tristes de la historia de la guerra para los vascos. Eran el hogar al aire libre de aquellas masas que no tenían ni comida que llevarse a la boca ni ropa adecuada que vestir. Menos mal que era verano, aunque fuese un estío tan dramático. Un informe del SIM franquista lo expresaba así el 17 de julio: «Los refugiados vascos, muchos de ellos por no tener cabida en cines, teatros y casas particulares, duermen en paseos y calles dándoles de comer pan y queso. [...] Aumenta el malestar entre los refugiados vascos y los montañeses, produciéndose hasta entre las mujeres grandes peleas en las calles»¹⁴.

Especialmente doloroso, sobre todo para ellos, era el espectáculo de los heridos en la calle, algunos con espantosas mutilaciones en brazos o piernas, heridas y lesiones sólo atendidas por sucios vendajes. Entre los hospitalizados, el Gobierno vasco llegó a contabilizar a 8.000, denunciando el mal trato sanitario que recibían y sus tremendos sufrimientos. El gobernador de Santander, Ruiz Olazarán, lo negaba, destacando que recibían «los mismos cuidados afectuosos que los heridos de otras provincias»¹⁵.

¹⁴ Vicente Talón, *ibíd.*, p. 28.

¹⁵ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, ob. cit., p. 332.

LA CHECA DE NEILA

Las quejas del Gobierno de Euzkadi por los padecimientos de los vascos en Santander eran mucho más amplias y amargas, incluyendo hasta asesinatos. Y éstos no los pudieron negar las autoridades republicanas.

La sede del ejecutivo, la primera de un largo exilio de cuarenta años, se había trasladado a una cómoda finca llamada Villa Bohío, situada cerca del faro de Cabo Mayor, en un hermoso paisaje con vistas al Cantábrico, uno de los más bellos de la capital. Allí, en su propia residencia oficial, fue testigo el presidente Aguirre de algunos de aquellos sucesos. Otros se los contaron sus paisanos, como las detenciones por hablar euskera, las burlas por llevar escapularios y otros símbolos religiosos, o la rotura de documentos oficiales vascos cuando se entregaban a quien los solicitaba.

Cuando el Gobierno vasco se trasladó a Santander estaba en su apogeo la checa de Manuel Neila, en la comisaría de la calle del Sol, un lugar aborrecible asociado a la tortura y la muerte. Neila era un modesto trabajador y un dirigente socialista cuando comenzó la guerra que vincularía siempre su nombre a los más negros episodios de la contienda en Santander. Al poco tiempo fue nombrado coronel y jefe de policía. Por su comisaría pasaban muchos detenidos derechistas o acusados de tales. A algunos no se les volvía a ver, pero también hubo víctimas antifascistas. Entre ellas, vascos llegados con aquel verano sangriento.

148

Uno de los asesinados fue el conductor del consejero de Abasto y Comercio del Gobierno vasco, Ramón María Aldasoro. Era socialista, aunque su jefe representaba en el Gobierno a Izquierda Republicana.

La lista vasca de las víctimas de la checa santanderina es amplia. Aguirre vio con sus propios ojos desde su mansión, e hizo que Gámir presenciara el macabro espectáculo, los cuerpos desnudos de cinco personas flotando en la mar. Uno era el de Zabalo, un médico de San Sebastián. Su americana apareció con un agujero de bala en Villa Bohío, donde también se registró en otra ocasión un atentado al efectuar tres disparos uno o más individuos sin identificar.

Otros nombres conocidos entre los asesinados vascos fueron los del jefe de Impuestos de la Diputación de Vizcaya, Juan Luis Biziola, el periodista del *Euzkadi*, Ortueta, un afiliado a Izquierda Republicana apellidado Quílez, los

III. Hacia la capitulación total

empleados vascos de Comercio y Abastecimiento, Lasa y Gorostiaga, y *gudaris* como Regino Maidagán, Luis Zamalloa, Jon Zubiri o Iñaki Otxoa. Entre los desconocidos están los de dos jóvenes socialistas caídos en Torrelavega.

Por la comisaría de Neila también pasaron soldados vascos que denunciaron sufrir golpes y malos tratos. Como respuesta, tropas de la III División Vasca, ayudadas por un blindado, asaltaron la comisaría y propinaron una paliza a los policías que actuaban al servicio del temido coronel.¹⁶ Las venganzas de los vascos fueron luego mayores: dos policías al servicio de Neila, acusados de algunos de los crímenes, corrieron la misma suerte que sus víctimas.

Fue de todas formas una réplica menor con relación a la que anunciaron varios comandantes de batallones vascos al lendakari si persistían los crímenes y los incidentes. Avisaron a Aguirre de que se mostraban dispuestos a entrar a la fuerza en Santander e imponer el orden.

Las detenciones llegaron a afectar a altos cargos. El secretario general de Defensa, Joseba Rezola, uno de los hombres más cercanos a Aguirre, también dio con sus huesos en los calabozos, a pesar de acreditar su identidad.

Era tal la inseguridad de los vascos, que hubo ocasiones en las que fueron alertados cuando deambulaban por la calle de la existencia de bandas anarquistas que los atacaban. La existencia de alguna está constatada.

A principios de julio un grupo de casi cuarenta curas vascos se refugió en un chalé abandonado de El Sardinero que había sido requisado por el Gobierno vasco para convertirlo en cuartel de la Ertzaña. Fueron a parar allí huyendo de lo que llamaban «caza al vasco», aconsejados por la Delegación de su Gobierno. Durante casi una semana pasaron hambre y todo tipo de necesidades, pero nunca les faltó la eucaristía, traída de una residencia clandestina de monjas y depositada en una banqueta. Se puede decir que, a falta de otra cosa que llevarse a la boca, se alimentaban de Dios, porque cada mañana todos pasaban a comulgar por el piso superior que, aunque destartalado, era un lugar sagrado, al menos para aquellos sacerdotes ocultos.

149

Puso fin a aquella estancia la visita de un grupo de tres milicianos armados, uno con una metralleta y los otros con pistolas. Al poner a los detenidos en fila y pedir su documentación, uno presentó un salvoconducto firmado por el lendakari Aguirre. Mientras rompía en pedazos el documento y lo arrojaba a

¹⁶ Vicente Talón, «Los vascos en la batalla de Santander», *Defensa*, p. 29.

III. Hacia la capitulación total

sus pies, el portavoz del comando dejó clara su opinión sobre el presidente de los vascos: «¡Ah! ¡Este Aguirre, ya le arreglaremos aquí a este sinvergüenza, si le pescamos aquí!».

La liberación de este grupo de curas es una prueba inequívoca del caos y el pillaje que reinaban en Santander y del que los refugiados vascos fueron singulares víctimas. Lograron dar aviso al consejero de Hacienda sobre su situación. Heliodoro de la Torre llamó al gobernador Ruiz Olazarán, quien le dijo que nada podía hacer, excepto facilitar los nombres de los cabecillas de la organización autora del secuestro para que el consejero negociase su libertad a cambio de dinero. Así se hizo, se pagó un rescate y los curas salieron de Santander, protegidos por sus mismos secuestradores, en el barco inglés *Molton*, rumbo a Francia. En el buque viajaban más de mil personas, entre ellas ancianos, mujeres y niños. Uno de aquellos viajeros era Pablo Beldarrain, que también había logrado huir gracias a la mediación de Heliodoro de la Torre después de permanecer oculto y protegido por el Gobierno vasco, que impidió su detención por parte de las autoridades republicanas. Todos pudieron llegar a Burdeos gracias a una gestión del Papa con el Gobierno de Franco, pues el *Molton* había sido interceptado por el navío rebelde *Almirante Cervera*. El mensaje fue captado por el Gobierno vasco, que se dirigió de inmediato a la Santa Sede para solicitar su intervención.¹⁷

Las purgas de Neila se convirtieron en una verdadera leyenda negra y en uno de los episodios más conocidos de la represión en el Santander republicano. Se calcula que pudieron costar la vida a unas 600 u 800 personas. Neila acabó escapando por mar a Francia, donde hizo escala hacia México. Allí murió, víctima al parecer de sus mismas artes.

AGUIRRE ANTE AZAÑA, NEGRÍN Y PRIETO: PROPUESTAS Y SILENCIOS

Tampoco a José Antonio Aguirre le sirvieron para nada sus documentos acreditativos en el aeródromo de Santander. Permaneció retenido, con su avión, desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde con el argumento de que había que esperar instrucciones sobre la necesidad de revisar su equipaje. El presidente, que siempre quiso dar mucho empaque y formalidad

¹⁷ Tiburcio Ispitzua Menika, *Odisea del clero vasco exiliado*, Bilbao, 1986, pp. 25- 33.

a su cargo, consideró ese trato una vejación y, tras sus protestas, el Gobierno central le dio la razón. Ruiz Olazarán le expresó por escrito sus disculpas, anunciando que el agente responsable de lo ocurrido había sido fulminantemente destituido.

150

El incidente tuvo lugar el 17 de julio, cuando el lendakari se desplazaba a Valencia para entrevistarse con las autoridades republicanas, a las que detalló la situación de su pueblo. El objetivo central del viaje era exponer su plan de evacuación por mar del ejército vasco hasta Francia para desde allí pasar a Cataluña, una propuesta que chocaba con la rendición que negociaba en secreto el PNV con Italia. De todas formas, a Manuel Azaña lo primero que le dijo, en referencia a los vascos en Santander, es que «los vejámenes que sufrían podían determinar de un momento a otro, o una acción violenta del ejército vasco, o su entrega lisa y llana al enemigo, porque se preguntaban los soldados quién era su enemigo, si el que estaba enfrente o el que estaba a sus espaldas»¹⁸.

Una vez en Cataluña, el ejército vasco atacaría Jaca camino de Navarra, para iniciar la reconquista del País Vasco. Tras el vasco también serían evacuados con el mismo destino los ejércitos de Asturias y Santander. En su larga gira política, que incluyó Valencia, Madrid, Barcelona y París, no se cansó Aguirre de detallar este proyecto. La propuesta fue repetida en otras entrevistas con el presidente del Gobierno, Juan Negrín, al que acompañaban los ministros Julián Zugazagoitia y Manuel Irujo, y en Madrid a Indalecio Prieto.

Todos le oyeron con respeto, lo que el lendakari llegó a interpretar como aceptación o al menos toma en consideración. De hecho les pareció una locura, cuando no un absoluto disparate. Azaña se abstuvo de preguntarle si acaso los *gudaris* no hacían falta donde estaban o si no querían defender Santander, pero no le ocultó la imposibilidad de poner en práctica el traslado:

—¿Por dónde van a venir? Por mar es imposible, y por Francia no lo consentirían.

—¡Qué sé yo! Como heridos...

—¿Heridos? También son combatientes, si no quedan inútiles. Y a nadie le haría usted creer que íbamos a transportar quince o veinte mil heridos de una región a otra.

¹⁸ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., pp. 214-215.

III. Hacia la capitulación total

—Pues es lástima. El cuerpo del ejército vasco, ya reorganizado, rehecha su moral, se batiría muy bien poniéndolo sobre Huesca. Se enardecería en cuanto le dijésemos que íbamos a conquistar Navarra.

—¿Navarra?

—Sí. No es que tengamos el designio político de dominarla nosotros, pero ha sido desleal a la causa vasca. El ir sobre ella entusiasmaría a nuestra gente.

El presidente de la República no respondió, zanjando el tema, pero en sus *Memorias políticas y de guerra* no se privó de manifestar crudamente su opinión, recordando que ya antes Manuel Irujo le había propuesto la invasión de Navarra: «Y ahora, este Gobiernito vasco, derrotado, expulsado de su territorio, sin súbditos, apenas con tropas, y desmoralizadas, se encandila y cree que encandilaría a sus gentes (a lo mejor es verdad) pensando en “la conquista” de la provincia limítrofe y rival»¹⁹.

Manuel Azaña no era precisamente un centralista ni un castellano ensimismado que no comprendiese la delicada cuestión de la diversidad de los pueblos de España. Era un federalista que había dado pruebas de lo contrario, pero ya hacía tiempo que sentía el aliento de la traición de los nacionalistas a esos ideales republicanos que habían hecho posible que Cataluña y el País Vasco disfrutasen por vez primera de autogobierno en una España democrática. Su generosidad intelectual aceptaba mal la mezquindad y el provincianismo que destilaban los nacionalismos. Frente a ellos se levantó el fascismo, pero con ellos no podía contar tampoco ahora en la guerra el escritor de Alcalá de Henares, que nunca había pensado que la España descentralizada que llevaba en la cabeza pudiese acabar en una vuelta a los reinos de taifas.

¹⁵¹

Conocía lo suficiente el País Vasco para tener una opinión fundada sobre lo que allí pasaba. Había sido candidato por la circunscripción de Bilbao en 1933. A José Antonio Aguirre no le tenía en gran consideración, aunque lo tratase con una corrección exquisita. Lo veía tan henchido en su cargo, tan preocupado por las apariencias y por parecer un dignatario y un hombre de Estado, que si su cargo y su educación no se lo hubiesen impedido, le habría dicho lo ridícula que le parecía aquella conducta. En sus *Memorias* llega a ser implacablemente mordaz con él, resumiendo una de sus conversaciones: «He observado que Aguirre habla y pronuncia el castellano como un burgalés»²⁰.

¹⁹ Manuel Azaña, *Memorias políticas y de guerra 1937-1939*, ob. cit., p. 261.

²⁰ Manuel Azaña, *ibíd.*, p. 262.

III. Hacia la capitulación total

Tampoco lo decía, pero le escandalizaba el tamaño y las atribuciones en gastos y personal de que se había dotado la autonomía vasca, donde los funcionarios, asesores y hasta conductores y ayudantes de los altos cargos formaban una verdadera legión: «Recuerdo para mí que Aguirre, entre sus quejas contra los santanderinos, me dijo que no le habían rendido honores: “No sé bien los que me corresponden”, añadía como si los hubiese echado de menos también en Valencia»²¹.

En cambio Indalecio Prieto mantenía una entrañable relación con José Antonio Aguirre. El ministro de Defensa era un bilbaíno apasionado, aunque no hubiera nacido ni en la ciudad ni en el País Vasco, y sus relaciones con el nacionalismo fueron buenas habitualmente. Tanto que consideraba que en el EBB se practicaba una verdadera democracia interna. Con el orondo político y periodista socialista, el consenso entre el PNV y el PSOE estaba asegurado.

A Aguirre le profesaba un sincero cariño que ni las graves disputas de la guerra y la política lograron minimizar jamás. Le consideraba un hombre cabal, simpático, con grandes dotes para la política y leal a la República. Por eso en Madrid le escuchó atentamente en una larga entrevista de cuatro horas. Sin embargo, aquel traslado que se traía entre manos, o más bien entre sueños, le debió de parecer otra muestra más del irrefrenable optimismo del presidente vasco, una característica que valoraba positivamente en Aguirre y que tanto contrastaba con el pesimismo que Prieto compartía en la guerra con Azaña.

Tardó Prieto en transmitir la contestación oficial, porque quiso reflexionar sobre tan peliagudo asunto, decisivo sin duda para el desarrollo de la guerra. Y cuando llegó fue por medio de una decisión colegiada del Gobierno, no suya. El Consejo Superior de Guerra por dos veces rechazó la propuesta de Aguirre de forma unánime.

152

Por escrito, Indalecio Prieto justificaba a José Antonio Aguirre la decisión y su propio criterio favorable el 30 de julio:

He meditado mucho sobre la indicación de usted acerca de la conveniencia de trasladar al frente del este tropas vascas. Creo difícil, difícilísimo, ese transporte. Desde luego yo no asumiría directa ni indirectamente la responsabilidad de que hicieran el viaje por mar, dando la vuelta casi entera a la Península, porque el transporte de tal

²¹ Manuel Azaña, *ibíd.*, p. 280.

III. Hacia la capitulación total

número de hombres es imposible que pase desapercibido por el enemigo, y nos expondríamos a una gran catástrofe. En cuanto al traslado a través de Francia, tropezamos con el riesgo de llevar hacia el territorio extranjero a unas tropas no repuestas aún de la conmoción sufrida por la caída de Bilbao. Nos expondríamos a que algunos grupos de esas unidades, viéndose en territorio extranjero, decidieran quedarse en él, sin que nosotros dispusiéramos de resorte alguno de autoridad para hacerles continuar viaje.²²

Tres días después, en París, Aguirre demostraba que la insistencia era otra de sus características, a pesar del rechazo categórico del Gobierno republicano. Aprovechando una comida en su honor que organizó en la delegación diplomática Ángel Osorio Gallardo, embajador republicano en Francia, el lendakari volvió de nuevo a la carga, en presencia de Ivon Delbos, ministro de Negocios Extranjeros galo. Según Aguirre, Delbos se mostró «rotundamente» favorable a su plan, lo que eliminaría el problema de la autorización francesa, que parecía asegurada. Sin embargo, el problema era España, según la respuesta airada del embajador, en presencia de Alberto Onaindía, que también asistía al banquete. Aunque la conversación fue al término del acto y en un «aparte», Onaindía diría luego que su tono fue un tanto violento y Aguirre que causó mal efecto al ministro francés. A Ángel Osorio la pretensión del presidente de Euzkadi le parecía casi una provocación: «¿Qué? ¿Combatientes vascos, bien fogueados en la lucha, a Cataluña? ¿Piensa usted ayudar a los catalanes a proclamar la independencia de su país? Si yo puedo algo en este asunto, no se llevará a cabo semejante plan»²³.

A París también habían llegado los temores republicanos ante lo que algunos denominaban el eje Bilbao-Barcelona, una operación de los nacionalismos periféricos que amenazaba con debilitar aún más al Estado democrático herido de muerte.

Más violenta habría sido la respuesta, tanto del embajador como de sus superiores en España, si hubieran sabido que, mientras Aguirre les intentaba convencer para evacuar a su ejército hacia Cataluña, continuaban los nacionalistas vascos las negociaciones para la rendición con los italianos, iniciadas por el propio lendakari, que había avalado con su firma la visita de los negociadores a Roma.

²² José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., pp. 214-215.

²³ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 161.

Azaña ya tenía la mosca detrás de la oreja. Con su agudo pesimismo, que no era derrotismo, sino inteligente realismo, la máxima autoridad del Estado que aún se mantenía en pie podía intuir los más negros presagios y las más despiadadas traiciones, pero es difícil que llegase a adivinar la operación que se estaba tramando a sus espaldas.

Acertaba siempre en sus nada esperanzadoras previsiones, como ocurrió con la caída de Bilbao y la pérdida de la combatividad de los nacionalistas cuando saliesen de su territorio, pero era difícil llegar tan lejos como la realidad lo hacía.

Algo debió de intuir su perspicacia cuando recibió de nuevo a Aguirre en Valencia, al regreso de su viaje a Madrid para hablar con Prieto. Hacía algunas semanas que manejaba informaciones inquietantes. Tras unas palabras de Leizaola a Prieto, el socialista asturiano Belarmino Tomás, presente en aquella conversación, había dicho con rotundidad al ministro: «No le ha descubierto todo su pensamiento. Yo le he oído decir que era partidario de un acuerdo con Franco para el País Vasco»²⁴.

El presidente de la II República también sabía que había división en el nacionalismo vasco sobre la rendición, incluso en el Gobierno autónomo. El 1 de julio Leizaola intentó sonsacar a Negrín todos los datos precisos sobre la situación y los planes en el bando republicano para adaptarlos a los intentos de mediación con los rebeldes que se producían en el País Vasco: «¿Una mediación de quién? Negrín ha entendido que el Gobierno vasco pretendía ser mediador entre los rebeldes y el Gobierno de la República. Añadió que los otros comisionados del norte afirman que Aguirre no es de esa opinión. El presidente le ha dicho a Leizaola que no hay nada que intentar por ese camino, ni es posible la mediación. Los de Santander y Asturias dicen que todavía es posible la resistencia»²⁵.

El 22 de julio, mientras las negociaciones en Francia entre vascos e italianos seguían avanzando, cara a cara frente a Aguirre, Azaña supo que aquel hombre, bajo su cortina de cordialidad, algo le ocultaba, y no precisamente irrelevante: «Le retuve poco tiempo. La conversación no podía dar mucho de sí. Aguirre se ha mantenido en el terreno de las generalidades vagas, superficiales. ¿Deliberadamente? Tal creo. No me ha dicho más que una

²⁴ Manuel Azaña, *Memorias políticas y de guerra 1937-1939*, ob. cit., pp. 103-104.

²⁵ Manuel Azaña, *ibíd.*, p. 109.

mínima parte de lo que sabe, y nada de lo que verdaderamente piensa sobre el pasado. ¿O será que no ve más? Parece increíble»²⁶.

EL ENEMIGO EN CASA

Mientras Aguirre gestionaba sin éxito el traslado de los *gudaris* para seguir combatiendo en el bando con el que iniciaron la guerra, los jefes de éstos no tenían otra ocupación que la de preparar la rendición al contrario, cumpliendo los compromisos de las negociaciones con los italianos.

154

No era fácil. Aunque el parón de la ofensiva en el norte, provocado por la republicana en Brunete, podía facilitar las cosas, había que tener grandes dotes para el engaño si se quería evitar que se descubriera la farsa.

A finales de junio surgió un gran problema. El general Gámir Ulibarri centralizó en sus manos todo el mando del ejército republicano del norte y Llano de la Encomienda puso fin a su particular calvario abandonando Santander. El ejército republicano del norte acometió una nueva reestructuración que pretendía acabar con la politización y la falta de unidad interna que tan nefastas consecuencias habían tenido hasta entonces. Se trataba de acabar con los batallones de partido o sindicato, empezando a funcionar como un verdadero ejército, sin banderías ni enfrentamientos políticos. El ejemplo del enemigo victorioso no serviría para nada, excepto para esto.

Este cambio encendió todas las alarmas en el nacionalismo vasco. El PNV perdería el control de sus batallones y hasta el Euzko Gudarostea peligraba con una pretendida fusión de unidades que acabaría con los peculiares hechos diferenciales del ejército republicano. Y por supuesto no podría cumplir lo pactado con los italianos, que era no luchar y concentrar las tropas en la zona más oriental de la provincia de Santander, mirando hacia el frente y a su patria vasca.

La reacción no se hizo esperar. Al día siguiente de la orden del general Gámir, cursada el 24 de junio, el EBB le envió una nota desde Trucios negándose a obedecer y exponiendo para ello tres razones:

²⁶ Manuel Azaña, *ibíd.*, p. 265.

III. Hacia la capitulación total

En primer lugar, nuestros batallones no están adscritos al Frente Popular, sino al Partido Nacionalista Vasco, a la Sociedad de Trabajadores Vascos y a Euzko Mendigoixele Betza.

En segundo, porque esto desfiguraría por completo el espíritu que anima en la lucha a nuestros batallones, que ya se encuentran bastante desmoralizados, principalmente por la actuación de algunos batallones asturianos y santanderinos en la retaguardia.

Y en tercer lugar, porque no podemos permitir que los batallones que hasta ahora han actuado con todo entusiasmo se vean controlados por mandos que desconocen sus principales características combativas.

Aceptaremos que nuestros batallones se reagrupen entre sí y formen unidades más compactas con los mandos propios, en la confianza de que es ésta la única forma de obtener de ellos el rendimiento máximo que pueden dar en las actuales circunstancias. Los momentos son suficientemente graves para que se acentúe esta peligrosidad con medidas de buena fe pero que pueden perturbar[...].

La insubordinación nacionalista no se quedó en los papeles. En señal de protesta, los batallones nacionalistas, aterrados ante la pretensión de fusionarlos con los de izquierdas, se concentraron en las proximidades de Laredo. Ante esta demostración de fuerza Gámir cedió y autorizó a los batallones del PNV a reorganizarse según sus propios criterios en un plazo de dos semanas. Así lo hicieron, y el 15 de julio contaban con 13 batallones de infantería, algunos de ingenieros y otras tropas sueltas que no habían caído con sus unidades en Bilbao. Serían unos 12.000 combatientes. El «otro» ejército vasco sumaba con sus batallones una cifra similar. Algunas fuentes elevan el número total de fuerzas republicanas vascas a 36.000.

155

La debilidad de Gámir podría asumirse en vista de la situación de su ejército, diezmado, desmoralizado, desunido y continuamente derrotado, pero es más difícil de entender su ingenuidad ante las sospechosas maniobras del nacionalismo vasco, cuando él mismo las había manifestado en carta a Indalecio Prieto el 28 de junio:

Fuera de la idea de la autonomía, si no de la independencia, sus principios son más afines al enemigo que a los nuestros: religión, propiedad, etc., y se exterioriza ya por contactos con el enemigo, ya por públicas opiniones de que la guerra está terminada virtualmente y produce la causa inevitable y lógica: el pase de batallones al enemigo,

III. Hacia la capitulación total

con la resistencia enérgica y activa contra el elemento que, aplicando las prácticas de la guerra, quiere destruir la riqueza y medios de vida posteriores del País Vasco.

Las concesiones hechas no bastaron para acallar las críticas nacionalistas. La reorganización final, con la que aparecían cuatro divisiones con tres brigadas en cada una y nueve batallones en estas últimas, fue considerada un nuevo ataque al Euzko Gudarostea del comunismo que tanto mandaba en el Estado Mayor republicano a través de los militares afines al PC y de los asesores rusos. Los nacionalistas protestaron porque desaparecía la V División del prófugo Pablo Beldarrain y por el relevo de otro hombre de su confianza, el coronel Daniel Irezábal, el ex jefe de Miñones de la Diputación de Vizcaya, que había mandado otra división. Se le nombró director de las Escuelas Militares.

José Antonio Aguirre censuró mediante un telegrama a Indalecio Prieto una operación que, en su opinión, no tenía otra finalidad que «dar mando a comunistas, quitando vascos mediante intrigas rusas como sucede en servicios transportes y otros cargos»²⁷.

Los cambios introducidos durante el verano no acabaron con el dañino cantonalismo, como si no se conocieran sus efectos. Había menos divisiones, pero la *división* de siempre entre los ejércitos de los tres pueblos cantábricos republicanos. Para mandar al vasco se ascendió al coronel Vidal Munárriz, que trajo de Madrid como jefe de Estado Mayor al teniente coronel José Gállego.

Al poco de tomar posesión, Gállego pasó revista a los batallones nacionalistas en Laredo, felicitando a sus jefes por la moral, la disciplina y la apariencia que observó en las unidades. El teniente coronel llegó a ofrecer al PNV acoplar a todos los batallones en una división, dejando en sus manos la designación de los jefes y la formación de las brigadas, que era realmente lo que habían aceptado como contraprestación a la reestructuración que impidieron. Sin embargo, las victorias lejos del campo de batalla, frente a sus enemigos en su propio ejército, tenían a los nacionalistas crecidos. Tras una reunión de los mandos *gudaris* con el EBB se desechó la propuesta: «Determinamos no aceptarla, porque para la captación de los restantes batallones vascos de otras ideologías a los que el PNV tenía también verdadero empeño en salvarlos, perjudicaba grandemente, aunque para el plan “italiano”

²⁷ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., p. 192.

podía favorecerlos», escribieron en su famoso informe los comisarios nacionalistas Ugarte y Lejarcegui.

156

EL INFORME DE UGARTE Y LEJARCEGUI

Víctor Lejarcegui e Iñaki Ugarte formaron un triunvirato con Luis Ruiz de Aguirre, al que el PNV confió la ejecución del pacto con Italia. Lejarcegui había comenzado la guerra como comisario de la IV División y Ugarte como comisario general supliendo en el puesto a José María Lasarte, imposibilitado por sus heridas a causa de un ataque aéreo. Heridas que no le impedían en cambio ser uno de los negociadores políticos con los italianos. Luis Ruiz de Aguirre, también comisario general, líder de ANV, poeta y escritor, es más conocido por el sobrenombre de Sancho de Beurko.

Este Alto Comisariado para la Rendición tenía su centro de operaciones en la Villa Tierra y Mar de Laredo, que estaba al lado de Villa Miserias, sede del EBB en el destierro santanderino, desde donde Juan Ajuriaguerra seguía llevando el timón del partido.

Si Sancho de Beurko no es asociado habitualmente a este Comisariado es porque sólo sus dos compañeros son los firmantes de un informe elaborado en agosto de 1938, justo un año después de la rendición de los *gudaris* que se encargaron de llevar a cabo. Fue un encargo interno del PNV y no se conoció públicamente hasta más de cuarenta años después, cuando lo localizó en la antigua sede del Gobierno vasco en París el periodista Gregorio Morán, al que acompañaba el dirigente del partido Iñaki Anasagasti.

El «Informe Lejarcegui y Ugarte» es sencillamente demoledor. En cuarenta y un folios deficientemente redactados cuenta, sin ninguna cortapisa y con apabullante naturalidad, toda la estrategia de engaños, disimulos y argucias que tuvo que desplegar el PNV ante el ejército republicano para poder sacar adelante la capitulación. Es un documento histórico definitivo para comprender el fin de la guerra en el norte y una pieza literaria única en el género de la traición. Nadie suele contar luego las puñaladas por la espalda a sus amigos, y a Judas nunca se le habría ocurrido escribir sus memorias. Sin embargo, éstas son algunas de las peculiaridades de la guerra y la política: se encarga una justificación escrita a los protagonistas de un sucio encargo para consumo interno y acaba siendo un implacable juicio ante la historia. Es lo

que tiene la letra impresa, que no se la lleva el viento si se la protege del fuego y la destrucción.

157

Durante el mes de julio las negociaciones proseguían en el País Vasco Francés a un ritmo lentísimo que desesperaba y molestaba a los italianos, que no disimulaban su cansancio con las dilaciones de los vascos. Justificaban éstos su tardanza por la complicación del proyecto y las dificultades para comunicarse con Santander, donde estaban el EBB y Aguirre, al que se le mantenía informado. Las notas que recibía o elaboraba el padre Onaindia, tanto en italiano como en castellano, se enviaban en clave a través de la radio de los servicios secretos del PNV, instalada en el arrastrero *Domayo*, fondeado en la ría de Bayona. Este servicio ya había sido inaugurado en el verano de 1936 y ahora, tras pasar por el hotel Carlton, tenía su sede en Villa Mimosas, en Bayona. Se escogió como agentes a un grupo de personas de comprobada fidelidad al partido y con conocimientos de francés. Al frente de los espías nacionalistas estaban los hermanos Michelena, José y Juan José. Tras la caída de Bilbao comenzaron a prestar sus servicios José María Lasarte y Pablo Beldarrain, entre otros. A bordo del *Domayo* trabajaban los hermanos Burgaña, de Motrico.

De Carlo llegó a facilitar al padre Onaindia una clave para cuando hubiera comunicaciones urgentes de la delegación negociadora vasca. En tal caso había que mandar un telegrama al hotel María Cristina de San Sebastián, redactado en francés con el siguiente texto: «Llegaré hoy a esa tal hora. Charles».

Sin embargo, los vascos no tenían urgencias, sino una premeditada calma que desquiciaba a los italianos y ponía a prueba las dotes diplomáticas de Onaindia, que ninguna respuesta ni novedad tenía para ellos en sus continuas y casi diarias visitas a Villa Zubiburu.

El escaso avance en las negociaciones se debía a un par de propuestas vascas, ambas formuladas el 16 de julio. Una consistía en concentrar sus tropas para facilitar la rendición entre Castro Urdiales y Carranza, la zona más oriental de Santander y la más occidental de Vizcaya, aún territorio republicano. La otra era un nuevo avance cualitativo en la ignominia de aquel acuerdo secreto que se estaba pariendo: indicar al enemigo por dónde debía atacar. La sugerencia era por Reinosa, es decir, de sur a norte. De esta manera quedarían copados los batallones vascos y podrían rendirse simulando la imposibilidad de seguir luchando. Si el ataque era de este a oeste, el enfrentamiento con el ejército franquista era inevitable, pues los Flechas

III. Hacia la capitulación total

Negras italianos avanzaban en esa dirección por la costa. Si eran atendidos, los vascos prometían liberar a los presos de la cárcel de El Dueso, que calculaban en unos 2500.

Disimular sobre el terreno la capitulación, haciéndola aparecer militarmente como la imposición de los hechos consumados, fue una obsesión de los nacionalistas desde el inicio de las negociaciones, un tema en el que nunca dejarían de insistir.

158

En el primer aniversario del alzamiento, el 18 de julio de 1937, a las diez de la mañana, los técnicos militares de los dos bandos se reunieron en Biarritz para perfilar lo que discutían los políticos.

Sin embargo, lo de Iparralde (Euzkadi Norte para los nacionalistas) eran palabras que literalmente se llevaba el viento, de Bayona a Santander. Y lo de España (el españolismo de la provincia cántabra era de lo poco no discutible entre los republicanos) eran hechos. Para corroborar estos hechos en toda su crudeza está el informe de Lejarcegui y Ugarte, que a esas alturas de julio ya describe cómo los batallones nacionalistas de la III División, «por indicación nuestra», debían desobedecer la orden de dirigirse a la demarcación de Solares, lo que los alejaba de la zona donde se debían concentrar para la rendición. La contraorden era que «en el trayecto cambiaran de dirección y se encaminaran para Laredo y Santoña». La posición de aquellos comisarios empezaba a ser verdaderamente embarazosa.

En estas luchas intestinas y de franca oposición nos transcurrió todo el mes de julio. Nuestro papel era muy “airado” no solamente ante los jefes militares, sino también ante las organizaciones políticas y sindicales de Euzkadi y del norte, a quienes, como es lógico, transcendían las continuas rebeldías y conatos de “indisciplina” de las unidades nacionalistas vascas, con la particularidad de que ya se señalaba que el origen de las mismas no provenía de los “batallones”, como en principio se había sospechado, sino más bien era una “trama” preconcebida y dirigida por los jefes nacionalistas. Entre éstos nos situaban a nosotros, con la especial particularidad de ostentar el cargo de comisarios de guerra, representantes genuinos de la “moral y disciplina” del ejército y que en la práctica resultábamos todo lo contrario, equivaliendo nuestro papel al de unos verdaderos agentes provocadores con todos los visos de estar laborando más por el enemigo que por la causa “antifascista”. El comportamiento de los jefes, comisarios y oficiales de los batallones

III. Hacia la capitulación total

nacionalistas en este transcurso de tiempo es lo más loable y más digno que podemos hacer constar en estas memorias. Como militares dependían naturalmente de la “disciplina y jerarquía” del ejército. El PNV era para ellos en aquellos momentos el único “faro de salvación”. Ellos no conocían nada de la trama del partido. Podían sospechar que el partido contaba con alguna fórmula, pero ésta no llegaba a su conocimiento ni en el procedimiento ni en la forma. Si recibían alguna orden de sus organismos superiores militares, por intuición comprendían que estas órdenes podrían perjudicar de algún modo al principio del partido y a los planes que éste tuviera en estudio, y antes de acatar y cumplir las “órdenes” de los cuarteles generales se acercaban al partido y consultaban lo más conveniente, sobre todo cuando se trataba de movimientos de tropas, bien para relevos y guarnecer frentes, o bien para pasar a las “zonas de instrucción” a que antes hemos hecho referencias; y si el partido les indicaba la no conveniencia de obedecer esas “órdenes”, ellos, anteponiendo a la disciplina militar la disciplina del partido, contravenían las disposiciones militares, conscientes del riesgo de muerte en que incurrían por el desafuero militar. Son múltiples los casos ocurridos de esta índole durante todo el mes de julio y puede decirse que no ha habido ningún jefe nacionalista de batallón que no haya estado incurso en esta responsabilidad.

159

Esta actitud de los jefes, oficiales y comisarios de los *gudaris*, que en el informe se califica de patriótica, llevó a algunos de ellos ante tribunales militares, pero sin que tuvieran que lamentarlo, aunque hubo casos de petición de pena de muerte. Sancho de Beurko presidió algunos de estos juicios en Limpias. Las deliberaciones del tribunal se hacían entre velas, en la sacristía de la iglesia. El comisario general *abertzale* vetaba todas las condenas importantes a los *gudaris*, aunque los fiscales Vega de Seoane y Luis Rasche inculparan con rigor.

No se depuraron responsabilidades ni cuando las desobediencias de los nacionalistas se produjeron en el campo de batalla. A finales de julio tuvieron lugar los únicos contraataques republicanos del verano en la ermita de Koltiza, en territorio vasco, y el 1 de agosto se reanudó la ofensiva sobre Oviedo, esa sangrante espina que nunca lograron arrancar los gubernamentales a los sublevados.

III. Hacia la capitulación total

El plan había sido concienzudamente elaborado y se puso en marcha el 28 de julio, pero acabó en un completo desastre, como ya era costumbre. Fallaron la artillería y la aviación, como era hábito, pero también contribuyó decisivamente al fracaso el abierto boicot de los batallones nacionalistas, secundado por algunos de la CNT, aunque los anarquistas lo hicieron por oponerse al plan del alto mando y no por apoyar la «solución italiana», que desconocían. Lejarcegui y Ugarte lo vieron así, tras describir el pésimo balance de la primera jornada: «Al día siguiente se pretendió seguir la operación, pero nosotros nos opusimos a ello decididamente y, pasara lo que pasara, dimos orden a nuestros batallones para que no actuaran, cumpliéndose la misma y haciendo fracasar totalmente los intentos de lucha».

El coronel Francisco Galán, al mando de la IV División, logró el procesamiento de algunos de los boicoteadores, pero el PNV volvió a hacer una demostración de fuerza y frenó cualquier castigo con la amenaza de denunciar también a los jefes del Estado Mayor por su responsabilidad en el fracaso del plan, que costó a los milicianos republicanos 1.500 bajas, según sus cálculos. Muchos quedaron muertos en las alambradas. La comedia con los italianos ya se había convertido en tragedia.

La ofensiva de Oviedo corrió la misma suerte en parecidas circunstancias. En la capital asturiana la traición tuvo un solo nombre, el de Ángel Lamas Arroyo. Recién nombrado el 10 de julio jefe de Estado Mayor de todo el ejército republicano del norte, el topo Lamas prestó esta vez al enemigo un servicio impagable, aunque tomar Oviedo parecía una quimera para los republicanos, al margen de las ayudas con las que contasen los sitiados.

160

Lamas Arroyo había trasladado a su Santoña natal a su familia. Enterado del asesinato del cura del pueblo en la prisión flotante de Santander, el militar logró evacuar a su madre y a sus hermanas en uno de los barcos fletados por los nacionalistas vascos, con los que se encontraba en sintonía. Por esas mujeres mandó aviso a los nacionales de la inminente ofensiva sobre Oviedo y los lugares por los que se atacaría: La Manga, Cimero y Cotaniello.

Esta nueva tentativa fallida sobre la Vetusta de Clarín se saldó con más de 800 bajas en el ejército republicano, que en una sola jornada perdió una docena de aviones sin ser capaz de avanzar un solo metro.

No era Lamas el único militar que en Santander permanecía agazapado sirviendo a los rebeldes y esperando cambiar de bando a la primera oportunidad, formando aquella plaga que tanto minaba a los republicanos y

tanto exasperaba a los comunistas. El teniente coronel de ingenieros Valeriano González Puertas, director general de Industrias, era otro de ellos. Los franquistas le agradecerían más tarde sus informaciones y sus saboteos a la producción industrial.²⁸

TAMBIÉN CON LOS FRANQUISTAS

Euzkadi también llegó a mantener negociaciones directas con el bando franquista para la rendición, aunque sólo se plasmaron en un intercambio de prisioneros.

En la tarde del 23 de julio, en Chantaco, entre San Juan de Luz y Ascaín, mantuvieron un encuentro el diputado Julio Jáuregui y el coronel Julián Troncoso, jefe del ejército franquista en la frontera norte, con sede en Irún, y también del Servicio de Información Militar y Policía (SIMP). Por la mañana, en el bar Basque de San Juan de Luz, el ex diputado Juan Careaga no había acudido a una cita a la que había sido convocado. Plantó a Nicolás Franco, hermano del Generalísimo, Troncoso y otro militar franquista.

En cambio Jáuregui, llamado esa misma tarde ante la ausencia de su compañero de partido, no falló. En las dos convocatorias hizo de intermediario entre franquistas y nacionalistas el empresario cántabro José María Quijano.

Troncoso propuso que la población y los *gudaris* se concentraran en lugares diferentes de Santander y se cambiaran de bando. En tal caso el ejército sublevado permitiría «la huida de los jefes, sin distinguir civiles y militares». Para ello estaba dispuesto a enviar un barco a Santander. Se respetaría la negativa de los soldados vascos a combatir con el bando aún enemigo. Incluso «los que no lograran escaparse podrían reunirse en un lugar señalado de antemano, donde la autoridad militar les respetaría hasta marcharse o les facilitaría la huida por mar o tierra»²⁹. No se conoce contestación, pero habría correspondido a Leizaola, uno de los más fervientes partidarios de pactar para poner fin a la guerra, que era quien había delegado en Jáuregui. Antes que a la España fascista, el PNV prefirió rendirse a Italia, donde la extrema derecha había llegado al poder mucho antes.

161

²⁸ Vicente Talón, «Los vascos en la batalla de Santander», *Defensa*, p. 61.

²⁹ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 109.

III. Hacia la capitulación total

Esta oferta franquista fue realizada de espaldas a sus aliados italianos, que se enteraron al día siguiente a través del padre Onaindia. Tres jornadas antes fue el cura vasco el que recibió la noticia a través del negociador De Carlo de que «los italianos tienen sospechas de que Franco anda en tratos directos con los santanderinos para la entrega de la capital»³⁰.

Mussolini y Franco aparentaban una gran admiración mutua, pero lo que la guerra alimentó entre ellos fue una gran desconfianza. En el norte acabaría estallando.

PUTAS EN LA GUERRA

Cuando se acercaba a su ecuador el verano de 1937, que tiñó España de sangre y no precisamente de corridas de toros, por Santander prácticamente no había pasado la guerra. En algo se tenía que beneficiar aquella provincia, la única castellana bañada por la mar, que forma una isla entre vascos y asturianos. Mientras del territorio de sus vecinos se había enseñoreado la muerte, la venganza y el cainismo, en Santander la guerra era más que nada una amenaza. Enfrentamientos aislados, maniobras y operaciones en los puertos fronterizos con Castilla y en Arija (Burgos), donde reinaba el enemigo, más la presencia de tropas expedicionarias santanderinas tanto en Asturias como en el País Vasco, eran los únicos síntomas de que la paz se había perdido, al margen de la represión a los derechistas.

La población sólo había tenido la oportunidad de conocer y padecer los efectos de las bombas el 27 de diciembre de 1936. Aquel domingo soleado y primaveral fue una excepción climatológica en pleno invierno, pero también bélica, porque el bombardeo que padeció la capital permitió por vez primera a los santanderinos contemplar la espantosa realidad de la guerra. Los asesinados y los desaparecidos por la checa de Neila era algo tan siniestro como execrable, pero se trataba de sucesos que no alteraban la vida cotidiana de la gente, excepto la de los familiares y amigos de las víctimas. El ataque aéreo era algo distinto.

El bombardeo se inició a la una y cinco de la tarde, mientras los santanderinos tomaban los paseos, parques y rincones de la ciudad, burlando al fantasma de una guerra que casi creían ajena. Apenas duró quince minutos,

³⁰ Alberto Onaindia, *ibíd.*, p. 104.

pero debió de ser el cuarto de hora más espantoso de la historia de Santander. Aviones alemanes procedentes de Castilla arrojaron toneladas de bombas, obligando a la población despavorida a intentar guarecerse en los veintiocho refugios distribuidos por la ciudad. Se ensañaron especialmente con el Barrio Obrero, reducto de la izquierda en aquella capital conservadora que no había votado al Frente Popular, pero que se había mantenido fiel a la República. Hubo más de 70 muertos, y los heridos de gravedad fueron más de medio centenar.

162

Las autoridades republicanas, empezando por el comisario general de Guerra, el socialista Bruno Alonso, intentaron calmar los ánimos y garantizar el orden público, pero se vieron desbordados por las ansias incontroladas de venganza de la masa. Doscientos presos del barco prisión *Alfonso Pérez* fueron asesinados. Oyendo un seco disparo y el ruido de un cuerpo cayendo a la mar en aquella jornada que jamás olvidarán, muchos de los restantes 1300 encerrados en la capital pensaron que para ellos también sería la última. La mayoría de los asesinados eran falangistas, fascistas, derechistas o personas que apoyaban el alzamiento y figuraban en una lista. Entre ellos estaba el párroco de Santoña. También se sumaron a la orgía de sangre los hombres de Neila, y aparecieron víctimas aisladas de la venganza en los alrededores de la ciudad, en lugares como Ciriego.

Sin embargo, si se borrara del mapa aquella víspera del Día de los Inocentes, que anunciaba tan macabra broma, en Santander podían sentirse afortunados en una guerra que casi ignoraba su existencia.

Desde las filas republicanas se oían acusaciones por la frivolidad que suponía la relajación cántabra, en contraste con el drama y la lucha que se sucedía desde el levantamiento fascista en Asturias y el País Vasco. El informe a Azaña de Francisco Buzón Llanes describe una ciudad alegre y confiada, donde hasta en el Estado Mayor había mujeres cortejando con los oficiales. También se las veía llenando los coches por las carreteras y en los espectáculos públicos, que no se suspendieron por la contienda. Al teniente coronel aquello le parecía un espectáculo poco serio y edificante, que contagiaba al ejército republicano. «Nadie sentía la guerra ni se preparaba para ella», escribió.³¹

El mismo panorama describe el periodista asturiano Juan Antonio Cabezas, que estuvo en Santander a mediados de agosto de 1936 en una excursión en

³¹ Mariano Suárez Rodríguez, *¿Quién escaeció a Belarmino Tomás?*, ob. cit., p. 298.

dos vehículos para sacar de España al dramaturgo Alejandro Casona y al escritor Luis Amado Blanco, dos de los intelectuales republicanos que abandonaron el país. Salieron de Gijón y durmieron en Llanes, donde los dos escritores tuvieron que padecer por última vez las restricciones y las carencias de la Guerra Civil, que en Asturias fue especialmente cruenta: «En Unquera, nada más pasar el puente sobre el río que separa Asturias de Santander, todo cambió radicalmente. Allí había confiterías abiertas y cafés en los que pudimos desayunar como en los buenos tiempos. Pero lo bueno fue en Santander. Era la auténtica ciudad alegre y confiada. Allí no se descubría el menor síntoma de guerra. Funcionaban hoteles, restaurantes de lujo, teatros... Y esos dos signos tan característicos del mundo capitalista: limpiabotas andaluces y cabarets con prostitutas... Cenamos como burgueses y nos fuimos a un cabaret. Le costó el dinero a Luis Amado. Allí no se podía pagar con vales»³².

163

GORASA EUZKADI, NO A LA REPÚBLICA

Con la llegada de los vascos, la ciudad ya no era tan alegre ni mucho menos confiada, porque entre los nacionalistas y los republicanos las relaciones ya habían superado la etapa de la desconfianza para instalarse en la de la solapada confrontación. Que siguieran en el mismo bando parecía tan irreal como la guerra en Santander.

Sin embargo, la ingenuidad de la República parecía no tener límites, y en medio de aquel ambiente el Frente Popular dio un paso adelante solicitando al PNV su ingreso en la coalición antifascista. Que la organización nacionalista, en plena vorágine de las negociaciones con Italia, desechara la oferta de inmediato, sólo pudo sorprender a quienes la formularon.

Un desfile militar el 18 de julio, coincidiendo con el primer aniversario del inicio de la guerra, escenificó una ruptura que parecía inevitable, pero que se mantenía por conveniencia, como ocurre con algunos matrimonios en crisis. Aunque a diferencia de lo que suele ocurrir con esas parejas, en este caso ni siquiera se disimulaba la situación en público.

El desfile en el paseo de Pereda de Santander tenía su eje principal en una tribuna en la que se había desplegado todo el Estado Mayor del ejército

³² Juan Antonio Cabezas, *Asturias: 14 meses de Guerra Civil*, Del Toro, Madrid, 1975, p. 63.

III. Hacia la capitulación total

republicano del norte. El teniente coronel Ibarrola, jefe de la 50 División del ejército vasco, ordenó a sus hombres secundar el grito de «Viva la República» al pasar frente a la tribuna. Aleccionados por el capitán del batallón Padura, Primitivo Abad, los *gudaris* cambiaron la consigna por un sonoro «Gora Euzkadi Askatuta», provocando emoción entre los vascos que asistían como espectadores e irritación en los militares republicanos. Las dos patrias no podían al parecer vivir juntas, ni para defenderse de unos invasores.

Otra muestra en público de la inminencia del divorcio no tardó en aparecer. Las relaciones entre la izquierda y el nacionalismo tras la caída de Bilbao habían empeorado y la tensión se volvía día a día irrespirable. Con el PCE, el enfrentamiento de los partidos nacionalistas y el Gobierno había llegado a la plaza pública.

El 22 de julio un mitin comunista celebrado en Santander sonó a ruptura y punto de no retorno. Larrañaga no se mordió la lengua y culpó a los nacionalistas de la pérdida del País Vasco, además de repetir las viejas críticas sobre lo que para los comunistas era la pésima política del PNV y el Gobierno autónomo respecto a la guerra. Los receptores del mensaje se indignaron, haciendo sonar las campanas que anunciaban el cisma. En un mitin del PSOE de Santander, protagonizado por Roberto Álvarez, se intentó atajar aquella grave crisis, lo que agradeció José Antonio Aguirre, que lanzaba una pregunta que sonaba tanto a justificación como a amenaza: «¿Con qué ilusión habían de combatir los vascos después de una campaña en esa forma llevada?».³³ El lendakari olvidaba que Larrañaga era tan vasco y tan nacionalista como él, aunque también se sentía español y comunista. Y con más pundonor que ilusión, seguiría luchando hasta Asturias.

164

En telegrama remitido al Gobierno en Valencia, Leizaola denunciaba una campaña comunista de propagación de falsedades destinada a destrozarse al pueblo vasco y deshacer su «unidad moral». «Con errores y consignas la República se perderá irremisiblemente como ya se perdió Euzkadi», advertía.

El parón en la ofensiva rebelde impidió que aquella escalada en la tensión degenerase en consecuencias imprevisibles, pero incluso sin actividad bélica a punto estuvo de derramarse la sangre entre republicanos y nacionalistas.

En la primera semana de agosto el ejército republicano del norte disolvió la Marina del Euzko Gudarostea. Sus barcos, atracados en el puerto de

³³ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., p. 218.

Santoña, debían trasladarse a Santander con nueva tripulación y bandera. Eran los bous *Bizkaia*, *Guipuzkoa*, *Ipareko Izarra* y *Gazteiz*, aunque este último estaba registrado como mercante. El PNV los pensaba usar para la evacuación que seguiría a la rendición de sus tropas.

El jefe de la flotilla nacionalista se negó en principio a obedecer la orden y dio aviso a un batallón del Euzko Gudarostea, que se acuarteló a la espera de intervenir contra la tripulación sustituta y los soldados de la armada republicana que los protegían. Avisado Leizaola, intervino ante Gámir, pero acabó plegándose a su decisión. El consejero vasco dio orden a los suyos de obedecer la orden que él mismo les mostró. La entrega de sus barcos se hizo en una solemne ceremonia, muy del estilo del ritual nacionalista. La tripulación relevada formó a proa y cantó el himno de Euzkadi mientras se arriaba la ikurriña, sustituida por la bandera republicana.

También en esos mismos días tropas nacionalistas de tierra recibieron la orden de trasladarse hacia el oeste, lo que suponía un nuevo compromiso ante el acuerdo con los italianos. Era precisamente para prevenir el ataque que los nacionalistas sugirieron a los sublevados por Reinosa, acción que los republicanos tenían prevista. Allí se enviaba una división en la que estaban encuadrados los batallones Aralar, Munguía, Padura, Arana Goiri y Lenago II. Los comisarios estuvieron un par de días indecisos, porque no lograban contactar con los negociadores de Bayona para saber qué decisión tomar. Como la salida de los batallones se les echó encima sin noticias de sus jefes, permitieron a sus soldados partir, pero con una recomendación. El informe de Lejarcegui y Ugarte la consigna: «Que evitaran en todo lo posible la actuación en primera línea, y si las circunstancias les obligaban a intervenir tuvieran cuidado también de situarse lo más posible a la izquierda de su frente, para que si en el entretanto venía la orden de evacuación estuvieran lo más cerca o en los mejores medios de venir a Santoña».

FRANQUISTAS SÍ, «NACIONALES» MENOS

Que la ayuda extranjera, consentida por la cobardía de las democracias europeas, fue decisiva para el triunfo franquista está fuera de discusión si observamos los datos. En el norte, la aportación de tropas alemanas, italianas

III. Hacia la capitulación total

y marroquíes se acercó mucho a la que formaban los españoles enrolados en el bando franquista.

Cuando estalló la ofensiva sobre Santander a mediados de agosto, la última para los *gudaris*, la superioridad del ejército sublevado, con sus 100.000 hombres, era casi abrumadora y en su seno el número de soldados extranjeros se aproximaba al de los españoles. Curiosa guerra esta de España en el norte, donde en un bando abundaban los extranjeros y en el otro la mitad no se sentían españoles.

Los republicanos oponían unos 80.000 hombres, aunque en la práctica eran muchos menos, dado el compromiso nacionalista de no combatir. En total, los batallones del PNV sumaban unos 12.000 hombres.

La evidente superioridad de los nacionales residía fundamentalmente en sus mejores y mayores medios.

Aunque denominarlos «nacionales» no es del todo correcto, porque abundaban en sus filas los italianos, que no eran, además, los únicos extranjeros. Y tampoco es muy acertado el término «franquistas», porque con Franco las relaciones de los militares mussolinianos no eran buenas, aunque una hipocresía comparable a la del Comité de No Intervención hiciese parecer lo contrario. Más exacto es llamarlos fascistas, porque en la defensa de los ideales totalitarios sí se abrazaban los españoles, los italianos y los nazis alemanes que luchaban unidos contra la democracia en España.

El Corpo di Truppe Volontarie (CTV), cuyas siglas en las matrículas de sus vehículos la población republicana traducía jocosamente como «¿Cuándo te vas?», destinó en el norte a la Agrupación Legionaria al mando del general Ettore Bastico. Estaba formada por las divisiones Littorio (general Bergonzoli), 23 de Marzo (general Francisci), Llamas Negras (general Frusci), el regimiento de artillería 9 (teniente coronel Manildo) y el Grupo Celere (coronel Babini). Contaban con el apoyo de la brigada mixta Flechas Negras, mandada por el general Roatta. En total el CTV aportó 32 batallones.

Buena parte de los soldados italianos que lucharon en España eran voluntarios, muchos de ellos cuarentones y la mayoría de procedencia campesina. No destacaban precisamente por su fiereza, y muchos de sus enemigos los recuerdan, cuando estaban alejados del frente, por su sentimentalismo, a veces no exento de esa teatralidad que en ellos parecía genética. Otros eran soldados de reemplazo, que en muchos casos

desconocían a dónde eran enviados a combatir. Algunos acabaron en España, cuando pensaban que su destino era Abisinia.

Los Flechas Negras, que también se hacían llamar Camisas Negras, aparecieron a finales de abril de 1937 desplegados entre Elgóibar y Ondárroa, dirigidos por el general Piazzoni. Desde entonces no abandonarían su penetración hacia el oeste por la costa. Formaban una brigada mixta porque juntaba a italianos y españoles. Los mandos eran italianos, pero dependían del alto mando franquista en el norte, que entonces ejercía el general Mola. Era una fuerza muy bien equipada. Sus soldados iban motorizados y podían presumir de una excelente artillería.

166

La espantada de Guadalajara, donde habían participado, incentivaba a los Flechas Negras en el norte, donde su objetivo era hacer olvidar aquel ridículo. Sin embargo, entraron con pésimo pie. En Bermeo, los dos primeros días de mayo, los italianos sufrieron un tremendo descalabro a manos de los *gudaris*, situación que no acabó en desastre gracias a los refuerzos que recibieron de sus compatriotas del 23 de Marzo y de la V Brigada Navarra. En Italia llegó a hablarse de una segunda Guadalajara.

George Steer dejó constancia del poder armamentístico del CTV en Santander, que contrastaba con la manifiesta inferioridad del ejército republicano del norte. Cuenta el periodista inglés que los soldados italianos eran quince mil, distribuidos en sus tres divisiones, aunque el cálculo se queda corto y el número real fue al menos el doble, porque vino a suponer un tercio del total de las tropas rebeldes. Los navarros aportaban otras dos divisiones, y el contingente se completaba con dos tabores de marroquíes y ocho o nueve escuadrones mixtos de caballería africana y española.

Cada bandera o batallón italiano se completaba con 850 hombres, que podían contar con nueve ametralladoras. Cada pelotón de 30 soldados tenía a su disposición dos fusiles ametralladores. La artillería abrumaba. Disponían de una batería de artillería ligera y dos cañones antiaéreos por bandera. Cada división se hacía acompañar de 45 tanquetas, la mayoría Fiat-Ansaldo.

Comparar este potencial armamentístico con el de sus enemigos es como hacerlo con su moral de victoria. Baste reseñar que para la defensa de la provincia de Santander se contaba con 60 baterías. La munición solía ser defectuosa y reventaba el armamento. Si los alemanes ya ensayaban en España para la II Guerra Mundial, los republicanos se defendían con material

III. Hacia la capitulación total

procedente de la primera. Hasta tenían que utilizar banderas de señales y mensajeros en vez de teléfonos y puestos de observación, por falta de alambre.

Por el aire, cuyo control en las guerras modernas empezó a ser decisivo a partir de la de España, la hegemonía extranjera era aún más evidente. Algunos estudiosos contabilizaron casi medio millar de aviones fascistas. Steer dice que sólo en el aeródromo italiano de Villarcayo (Burgos), a treinta kilómetros del puerto del Escudo, había 32 aviones Fiat CR, casi el doble de los que estaban en Santander. La temible aviación alemana estaba concentrada en Aguilar de Campoo y en el aeródromo de Gamonal, a tres kilómetros de Burgos, y contaba con 40 bombarderos.

Los republicanos tenían su aeródromo principal en la capital santanderina, el de La Albericia. Había otros menores que nunca llegaron a prestar un servicio adecuado en Pontejos, Torrelavega, La Perrilla y Los Corrales de Buelna. Disponían de menos de una treintena de cazas rusos, los famosos Moscas, y una colección de antiguallas inservibles — en opinión de Steer — como los viejos Breguet, Potez o Gordou. Estos últimos, no más de una docena, eran franceses y más recientes, pero tan lentos y con tan escasa capacidad para almacenar bombas (sólo 450 kilos) que compararlos con los modernos aparatos del enemigo sería como hacerlo entre los aviones de la Legión Cóndor y los de miniatura que arrojaban los franquistas sobre Bilbao para desmoralizar a la población.³⁴ La dotación republicana, de no más de 75 aparatos, se completaba con otros modelos (Koolhoven, Bristol Bulldog y cazas Polikarpov 1-15 e 1-16) y algunos aviones civiles realizando tareas de enlace.

167

El único refuerzo que recibió la aviación republicana en Santander fueron nueve Moscas soviéticos, que llegaron a La Albericia después de la caída de Bilbao. Venían de Madrid en vuelo directo, pero eran insuficientes y llegaban tarde, como si se quisiera dar la razón al nacionalismo vasco en sus denuncias sobre el abandono padecido en Vizcaya por parte de la aviación republicana, en el que veía el principal motivo de la derrota. Cuando Prieto pudo anunciar que sus técnicos ya habían conseguido vencer sus problemas y programar vuelos directos sin escala entre el aeródromo de Torrelaguna y el norte, el destino ya no podía ser Euzkadi, sino Santander.

³⁴ Georges Steer, *El árbol de Guernica*, ob. cit., pp. 466-468.

III. Hacia la capitulación total

Aguirre decía que habían llegado 15 cazas hasta la pérdida de Bilbao, mientras que en el resto del territorio republicano la cifra se elevaba a 200 sólo hasta diciembre de 1936. Parece ser que en realidad se enviaron 100, pero sólo 30 llegaron a su destino. Cuando se inició la ofensiva, en la capital vizcaína no contaban con un solo avión. Con los franquistas ya en Bilbao, el Gobierno republicano reconoció al vasco que los pilotos rusos se habían negado a combatir en Vizcaya, aunque no dijo que fuera por causas políticas. Sin embargo, Aguirre vio en ello la confirmación de la conjura comunista contra Euzkadi y una traición republicana que legitimaría la de los *gudaris*, que entonces ya se estaba preparando.

Si en algo fue fundamental la relevante ayuda militar soviética a la República española fue en la aviación. Aparatos y pilotos eran predominantemente rusos debido a las carencias españolas al respecto. Las primeras promociones de aviadores republicanos se formaron en la URSS.

La confrontación entre los comunistas e Indalecio Prieto fue abierta durante la guerra. ¿Boicotearon desde dentro los comunistas rusos al ministro de Defensa, a costa de Euzkadi? El ministro republicano de Justicia, el cenetista Juan García Oliver, parece apuntarse a esa tesis, al reconocer que los vascos habían sido engañados.

Las crisis internas y los relevos en el ejército republicano eran tan habituales como en su Gobierno. En julio cayó el teniente coronel Joaquín Vidal al frente del cuerpo del ejército vasco y fue sustituido por el coronel Prada, elegido por su fama de duro y enérgico, además de por estar considerado uno de los héroes de la defensa de Madrid. Se le vinculaba entonces al PCE, pero al final de la guerra demostró que ya no lo estaba. Para Vidal creó Lamas Arroyo un cargo absurdo que aliviase su destitución, el de «jefe de las fuerzas de tierra en el frente del mar».

El desconcierto y la desmoralización entre los de abajo no eran menores que entre los de arriba. Durante el periodo que comprende el fin de la ofensiva de Vizcaya y el inicio de la de Santander se contabilizaron 494 deserciones entre los soldados santanderinos.

Ensimismada en una normalidad un tanto ficticia, Santander no se había preparado para la guerra, que veía tan lejana, y eso que tuvo casi catorce meses para ello. Los comunistas lamentaban que ni siquiera en los puertos se hubieran hecho las fortificaciones necesarias, uno de sus constantes caballos de batalla. Y a pesar de esa ligereza, en la provincia parecía reinar el optimismo

en los ambientes republicanos, que eran los oficiales. Un periódico llegó a titular: «Si Madrid vende heroísmo, nosotros lo regalamos».

Pero lo que se regalaba era humo. Cuando sonaron los disparos, aquella euforia artificial se evaporó como las volutas de un cigarrillo. Si hasta entonces había sido un paréntesis, cuando la guerra llegó no fue más que un soplo en Santander.

EL ATAQUE QUE PROPUSIERON LOS VASCOS

Si la eficacia se midiera en las guerras por los cambios sin fin de mandos, organización y denominaciones, el ejército republicano habría sido invencible, pero esas continuas modificaciones no expresaban más que su desconcierto y su división. Desde primeros de agosto de 1937 hay que memorizar nuevos nombres, siglas y números romanos para seguir aludiendo a los mismos contratiempos. El Cuerpo de Ejército XIV pasa a ser el del País Vasco, el XV el de Santander y el XVII el de Asturias. El XVI estaba compuesto por unidades asturianas y cántabras.

La víspera del inicio de la ofensiva rebelde Juan Ajuriaguerra se desplazó al País Vasco Francés para retomar directamente las negociaciones con los italianos. Esos días el padre Onaindia se encontraba enfermo en la cama. Su mediación en aquellas conversaciones era tan imprescindible que mientras estuvo convaleciente no pudieron verse el dirigente del PNV y los negociadores italianos, por lo que tuvieron que sacarle del lecho de Villa Zubiburu, donde la fiebre le tenía rendido, para hacer posible aquella histórica entrevista.

Los italianos tardaron cuatro días en verse con Ajuriaguerra, justo cuando la guerra penetraba con su aliento de espanto en Santander. Estaban ya cansados de las dilaciones de los vascos y creían que les estaban tomando el pelo.

La ofensiva se inició el 14 de agosto justo por donde los nacionalistas deseaban y habían propuesto a los italianos en Algorta: desde el sur hacia el norte, a través del puerto del Escudo y Reinosa. Por el frente del este, donde las tropas vascas miraban a Euzkadi sin ánimo de combatir, los Flechas Negras no atacaron. El alto el fuego pactado en el sector Castro Urdiales-Guriezo-Lanestosa afectó a una treintena de batallones que no se movieron.

III. Hacia la capitulación total

En cambio, en aquellas montañas cántabras de los Picos de Europa, que ya manaban sangre, algunos batallones nacionalistas se vieron obligados a combatir al estar destinados en esa zona dentro de la 50 División que mandaba Juan Ibarrola. Junto con el santanderino Sanjuán, jefe de la 55 División, y el asturiano Bárzana, Ibarrola fue un ejemplo de coraje en esos primeros momentos de la embestida rebelde.

Ibarrola era vasco y capitán de la Guardia Civil. Fue de los pocos mandos en el Cuerpo que se puso de inmediato a las órdenes del Gobierno cuando se produjo el alzamiento, presentándose para ello en el cuartel bilbaíno de La Salve. Eso no le sirvió para evitar la desconfianza de la izquierda, que ya quisiera haber sido capaz de demostrar la lealtad y la valentía de este militar que llegó hasta Asturias defendiendo a la República y con ella continuó combatiendo tras la pérdida del norte. Llegaron las dudas a tal extremo que le pusieron vigilantes para controlar sus pasos en el frente, por lo que siempre estaba rodeado de socialistas o comunistas, lo que hizo que algunas personas, al verle siempre con esa compañía, pensaran que era izquierdista. Otros, como Lamas Arroyo, lo tenían por nacionalista.

Al igual que varias brigadas asturianas y batallones sueltos, treinta y seis horas resistió Ibarrola con sus hombres al enemigo, al que provocó 1500 bajas. Los batallones nacionalistas a sus órdenes — a los que el vigilado no vigilaba, aunque le sobraban razones — se vieron obligados a combatir a los italianos, lo que puso en peligro las negociaciones. El informe de Lejarcegui y Ugarte incluye esta insólita narración de una batalla acaecida el 15 de agosto en una guerra en la que se mataba sin querer y para disimular: «Hacia las tres de la tarde el enemigo se presentó de improviso sobre las posiciones que ocupaban nuestros batallones Munguía y Padura, a unos treinta kilómetros del frente del día anterior, creyendo éstos al principio que eran fuerzas “santanderinas” que se replegaban, y al darse cuenta de la realidad, tuvieron rápidamente que presentar batalla al enemigo y lo hicieron de tal forma que le causaron unas 800 bajas».

Aquello era lo que faltaba para acabar con la paciencia de los italianos, que a punto estuvieron de clausurar el diálogo abierto, pero un telegrama del dirigente del EBB Luki Artetxe a Bayona aclaró lo sucedido, prometiendo que no actuarían más esos batallones. El compromiso sería cumplido antes de que el Estado Mayor de la 50 División se decidiera a disolver a los batallones nacionalistas Munguía, Padura y Arana Goiri, como se amenazaba en un

escrito que describe sus indisciplinas de esos días. Consistían en desobediencias y desbandadas. Nunca fue posible ejecutar aquella amenaza, justificada porque «corren peligro de pasarse al enemigo», sencillamente porque los tres batallones desaparecieron camino de Santoña.

SE PERMITE RENDIRSE, PERO DE NOCHE

170

La bienvenida de Santander a los «corredores vascos» parecía una ironía, pero los hechos lo convirtieron casi en un saludo de admiración y una promesa de imitación. El XV Cuerpo del Ejército desapareció prácticamente a las cuarenta y ocho horas de iniciada la ofensiva. La defensa de Santander era una entelequia y la provincia cayó en manos franquistas en un suspiro, como se desploma un castillo de naipes.

Sólo en una jornada era posible contemplar cómo los italianos eran capaces de avanzar treinta kilómetros y ver la rendición de catorce batallones. El día 16 los partes de los invasores citaban veinte batallones aniquilados y dos jornadas después sumaban 10.000 prisioneros.

La penetración era tan rápida como la aviación que la permitía, con unos aparatos que descargaban su mortífera mercancía sin que los soldados que la padecían tuvieran tiempo siquiera de mirar al cielo.

Las desbandadas y las rendiciones masivas se hicieron tan frecuentes que acabaron siendo admitidas con sonrojante naturalidad, como indica esta orden del mando republicano, más digna de los chistes de la guerra de Gila, hecha pública a las veinticuatro horas del comienzo de la ofensiva: «Como consecuencia hechos registrados se dispone con carácter general que durante combate no pueden admitirse rendiciones en masa con manos arriba, lo que expone a viles estratagemas que cuestan caras. El que desee pasarse debe realizarlo durante la noche anterior al combate, individualmente o tirando las armas al suelo».

Entre los fracasos más sonados en la defensa de Santander estuvo el de la 52 División del coronel Villanas, que se entregó, y sobre todo la fuga a Francia el día 19 del teniente coronel Eloy Fernández Navamuel, al mando de la 54. Navamuel, bien acompañado, huyó pilotando su avión, a pesar de que Gámir había prohibido que volara al tenerle bajo sospecha.

III. Hacia la capitulación total

En la bolsa de Reinosa, a veintiocho kilómetros del Escudo, algunas fuentes estiman que se entregaron 12.000 soldados republicanos. A cuatro kilómetros del pueblo los sublevados se hicieron con un gran premio. Allí estaba la Constructora Naval, una de las principales industrias de guerra del norte, que abastecía al ejército republicano. En la madrugada del día 16, la IV Brigada Navarra ocupó sin resistencia la fábrica, donde encontró 10 baterías casi terminadas, 12.000 granadas, 40 piezas de artillería en avanzada construcción y unos 40 vagones llenos de material. Días atrás se había personado en la empresa el mismísimo general ruso Goriev para advertir de la inminencia de la llegada del enemigo. Hubo algunas voladuras y sabotajes, sacándose también maquinaria, pero en muy escasa cantidad. Después los propios trabajadores impidieron la evacuación definitiva, causando la muerte al director de la factoría, que dirigía la operación. El comunista Juan Ambou, que niega esta insubordinación de los obreros frente a las aseveraciones de Zugazagoitia, Lamas Arroyo y otros autores, admite en cambio que frieron los empleados de los Altos Hornos de Nueva Montaña los que permitieron la entrega intacta de su empresa, enfrentándose a los dinamiteros.

171

La propaganda franquista utilizó ampliamente el éxito de la Constructora Naval, donde el propio Franco cursó una visita dejándose fotografiar en aquella fábrica que le era entregada de nuevo casi intacta, como ya había ocurrido en Vizcaya. Enseguida estaría funcionando a pleno rendimiento al servicio de las necesidades de su ejército.

POR LA CARA

La pasajera enfermedad de Alberto Onaindia no podía ser más inoportuna. No lo era porque le mantuviera postrado en pleno verano, con aquellos calores sólo parcialmente dulcificados por el aire marino del hermoso litoral de Euzkadi Norte. Un cura, aunque fuese tan avanzado como don Alberto, no podía entonces pisar las bellísimas playas que tenía a dos pasos de Villa Zubiburu, por mucho que apretase el sol.

El problema consistía en que aquel extraño diplomático con sotana era el hombre clave en las negociaciones vasco-italianas, que esos días pasaban por sus momentos decisivos. Onaindia se había ganado de tal manera el respeto y

III. Hacia la capitulación total

la confianza de los italianos que su presencia en aquellas conversaciones parecía imprescindible.

Con esa convicción se debió de presentar De Carlo el 17 de agosto en Villa Zubiburu, acompañado de Roatta. Prácticamente desde la cama había concertado el sacerdote su entrevista para esa noche, pasadas las doce, con Juan Ajuriaguerra. El lugar era el hotel Miramar de Biarritz. Era la hora de la cita cuando el coronel le rogó a Onaindia que le acompañara, a pesar de su estado febril. Casi lo arrastró de la cama.

Llegaron los tres al hotel cerca de la una de la madrugada. Con Ajuriaguerra estaba José María Lasarte. En una hora se cerró un acuerdo por el que los italianos clamaban desde hacía más de tres meses. Italia, manteniendo alejada a la armada franquista, garantizaba que los nacionalistas podrían huir a Francia por mar desde las doce de la noche del día 21 hasta la misma hora del 24. El puerto elegido para el embarque era el de Santoña, el lugar de la costa más adecuado, por su ubicación, para aquella gran operación secreta. Los soldados vascos que se rindieran en ese plazo al ejército italiano serían considerados prisioneros de guerra bajo soberanía italiana. Algunos historiadores estiman que éste es el Pacto de Santoña, parido sin grandes esfuerzos entre las paredes de la habitación de un hotel de Biarritz, mientras los veraneantes dormían plácidamente.

El acuerdo se completó a las pocas horas con el envío por parte de los nacionalistas a los italianos de una nota con la situación exacta de sus tropas en Santander.

Agruparse en los pueblos costeros orientales de Santoña y Laredo, donde estaba el EBB y el cuartel general del Euzko Gudarostea con gran parte de sus tropas, era ya una carrera contra el reloj para los *gudaris*. Los primeros batallones en iniciar el desplazamiento clandestino fueron lógicamente los que estaban más lejos, a un centenar de kilómetros en la zona de Reinosa, al suroeste de Santander. Tenían mucha prisa porque de un momento a otro podía quedar cortado el paso por Torrelavega, lo que les aislaría por completo.

172

Recibida la orden del alto mando militar nacionalista el día 19, unos 2.000 hombres de los batallones Munguía, Padura, Arana Goiri y Lenago II iniciaron la marcha en camiones y a pie. A las cuarenta y ocho horas ya estaban en su destino, no sin sufrir contratiempos. Aprovecharon sobre todo la oscuridad y la impunidad de la noche, que también les evitaba el calor y los estragos de la aviación rebelde, que aunque ya no era exactamente enemiga, tampoco tenían

III. Hacia la capitulación total

la certeza de que fuese amiga. La orden fraudulenta autorizando la marcha la firmó el comisario nacionalista Ramón Olazábal. Al enterarse los mandos comunistas de la división, con Jesús Larrañaga al frente, decidieron fusilarle por alta traición tras debatir el tema bajo el puente de la carretera general de Saja. Olazábal estuvo al día siguiente al lado de Larrañaga, Ibarrola y otros miembros de la plana mayor de la división en plena batalla, sudando en frío a pesar del calor. Pidió permiso para dar instrucciones a unos soldados asturianos que avanzaban deficientemente y no volvió. Su destino era Santoña, que se había convertido en La Meca de los *gudaris*.

El batallón Padura encontró un problema al pasar por Torrelavega, donde había un control riguroso de los soldados santanderinos, pero lo solucionó el capitán Primitivo Abad. Con un simple papel de calco falsificó el sello de la brigada en una orden falsa del Estado Mayor, que desplazaba a su batallón para reforzar el frente este en Laredo.

Por el agujero que dejaron los tres batallones nacionalistas sublevados se colaron cuatro brigadas de los invasores. Pasado el nudo de Torrelavega por sus hombres, al PNV le interesaba entonces que lo tomaran los franquistas para así quedar separados definitivamente de sus ex compañeros republicanos. Acabaron tomándolo las brigadas navarras. Antes, Lejarcegui y Ugarte explican su torticera estrategia sin disimulos, pero con temores de ser descubiertos:

Todo nuestro empeño consistía en dos cosas. Primero, evitar toda participación en la lucha a nuestros batallones y después debilitar el frente de tal manera que las divisiones italianas pudieran moverse a su antojo y conquistaran rápidamente Torrelavega, cosa que por esta parte del frente prácticamente conseguimos, en tanto que para el viernes 20 ya se habían replegado los batallones nacionalistas, sembrando al mismo tiempo la semilla de la discordia entre los batallones vascos Larrañaga, Guipúzcoa e Isaac Puente, quienes también llegaron a negarse a subir a posiciones, todo lo cual permitió al “enemigo” situarse para el sábado día 21, es decir, a los siete días de la ofensiva, a las puertas de Torrelavega, lo que suponía un avance en profundidad de 80 kilómetros y el corte de las comunicaciones con la “región asturiana”, con lo que se impedía la evacuación del ejército de Euzkadi a Asturias. Francamente debemos confesar que estos días temimos por nuestras vidas y por la de Lucio Arteché, pues ya nos era imposible disimular las cosas y

claramente se veía nuestra intervención y responsabilidad, pero no quedaba otro remedio que seguir adelante con nuestro “plan”, ya que las cosas las hacíamos, como vulgarmente se dice, por la cara.

173

El plan de rendición era del PNV, pero se sumó sin plantear impedimento alguno ANV Sancho de Beurko, que completaba con Lejarcegui y Ugarte el triunvirato de comisarios encargados de transmitir las órdenes del EBB a los *gudaris* rebeldes, mantuvo informados a los batallones de su organización, ANV. Este partido de vocación vasquista y progresista, cuando tuvo que elegir entre el nacionalismo y la izquierda que se combinaban en su seno, no dudó en optar por lo primero.

La candidez o la incompetencia de los que con Gámir al frente mantenían la fidelidad al Gobierno en el Estado Mayor del ejército del norte explica la increíble tardanza en enterarse de la traición nacionalista. Esta ignorancia se prolongó tres jornadas en las que aquellos movimientos de tropas vascas no pasaron desapercibidos y provocaron enfrentamientos directos entre soldados republicanos y *gudaris*.

A veces no se pasó del reproche airado. Cuando regresaba de poner camino a Santoña a tres compañías que se dirigían a Asturias, Ramón Laniella, el comandante del batallón Euzko Indarra, de ANV, fue increpado por Francisco Rabanera, antiguo jefe del batallón MAOC. El comunista Rabanera, padre del modisto Paco Rabanne, declinó indignado sumarse a la propuesta de Laniella para acompañarle y se dirigió a Santander. Sólo fue un triste desvío provisional, porque acabaría también en Santoña encarcelado y sería uno de los primeros fusilados.³⁵

Pero también las palabras fueron calladas por las armas, desatándose la violencia entre los que habían estado hasta entonces en la misma trinchera antifascista. Para completar el esperpento, en una ocasión fue el ejército franquista el que impidió el enfrentamiento armado entre un batallón republicano y otro nacionalista sorprendido cuando se dirigía a Laredo. Fue en el sector entre La Cabada y Gama, cuando el batallón Azkatasuna, de ANV, tuvo el infortunio de tropezarse en su camino con el Rosa Luxemburgo, del PC de Euzkadi, al tomar la carretera general. En medio de una gran discusión y cuando estaban a punto de desenfundarse las pistolas, la aviación rebelde inició un bombardeo en el lugar del fatídico encuentro. Los *gudaris*

³⁵ Vicente Talón, «Los vascos en la batalla de Santander», *Defensa*, 22, p. 38.

aprovecharon para correr hacia los coches y seguir velozmente su ruta hacia Laredo.

El derramamiento de sangre fue imposible de evitar durante el repliegue de otro batallón del mismo partido, el ANV 1. Lejarcegui y Ugarte reseñan que «según el parte que recibimos entonces murieron casi todos sus hombres por la reacción antinacionalista vasca que se produjo en dos batallones vascos, no nacionalistas, por los acontecimientos de aquellos días y por la retirada en masa de los batallones nacionalistas vascos». Los batallones de ANV fueron los que más bajas padecieron durante la guerra en el norte.

174

AGUIRRE RECHAZA EL PLAN ITALIANO

Cada vez más aislado en Santander, encerrado en la sede de su Gobierno en Cabo Mayor, último reducto físico de su legitimidad, José Antonio Aguirre también estaba alejado de las posiciones del PNV. En la medida en la que se precipitaban los acontecimientos se veía obligado a tomar partido, pero sólo internamente ante las cabezas visibles del mundo nacionalista repartidas por el exilio, tanto en el interior santanderino como en el exterior francés. Jamás por la cabeza del presidente vasco, por cuya fidelidad republicana pondrían la mano en el fuego Indalecio Prieto y otros muchos dirigentes de aquel régimen que se tambaleaba, se pasaría la idea de comunicar al Gobierno de Valencia las negociaciones con Italia que él mismo había iniciado y que ahora se estaban aplicando en el campo de batalla.

Era tan contumaz que parecía obsesivo. Su optimismo podía resultar desmesurado y, en tiempos de guerra, totalmente irracional. Una de sus frases favoritas era que «hay que ser osado», y la estaba aplicando sin caer en el desaliento con su plan de evacuar al ejército por mar hacia Cataluña, vía Francia. Nadie lo apoyaba, ni su propio partido, que ya había puesto en marcha otro plan absolutamente contrario.

Puede que esa firmeza fuese fruto de un cierto endiosamiento, de una excesiva confianza en sí mismo y en su popularidad ante los suyos, algo que para sus críticos era puro mesianismo que se adaptaba perfectamente a sus convicciones religiosas.

Aguirre estaba seguro de que sus soldados le seguirían al fin del mundo, un lugar que en aquel momento no estaría más lejos que Cataluña, y no se

recató de insinuarlo alguna vez al mismo presidente Azaña. Pero a la hora de la verdad tuvo ocasión de comprobar que se equivocaba.

El jueves 19 se entrevistó en Villa Bohío con Lejarcegui y Ugarte. Les pidió que cesara la operación de concentración de tropas en Santoña y Laredo, manteniendo «la colaboración con las tropas españolas hasta el último momento». Frente al plan italiano que rechazaba, insistió en el suyo, sacando las tropas por el puerto de Santander. Cuando los comisarios le replicaron que eso sería imposible, porque en breve quedaría cortada la comunicación por Torrelavega, Aguirre dio una vez más muestras de su optimismo sin límites. Propuso eliminar el problema colocando barcazas en Suances para que los batallones atravesaran la ría. Lejarcegui y Ugarte no se rieron por el respeto que les merecía el presidente, pero se mantuvieron firmes al lado del partido, como han hecho siempre los militantes nacionalistas: «Le manifestamos que entre los dos planes de evacuación, el presentado por él y el del PNV, o sea, el plan italiano, éste nos parecía mejor y de más fácil realización. Nos dijo que estudiáramos el suyo y que si habíamos pensado en los italianos, tan aficionados a hacer traición, contestándole nosotros que lo creíamos suficientemente garantizado, pero que de todas formas también estudiaríamos el suyo y que prepararíamos la evacuación para poderla efectuar en una noche».

175

Antes de levantarse, los comisarios fueron informados por el presidente de la llegada inminente a las costas santanderinas de varios barcos contratados para la evacuación. El 2 de agosto había ordenado que se fletaran diez. Al citarles el nombre de uno de ellos, el *Thorpehall*, aumentó el escepticismo de los visitantes, que sabían que entonces estaba en Barcelona. Si todos los barcos son como ése, le dijeron sin cortarse, no llegará ninguno a tiempo. Una cosa es mantener la ilusión de la tropa y otra ser un iluso, debieron de pensar mientras se despedían.

TRAGADERAS DESCOMUNALES

El día 21, en vista de que la rendición no acababa de consumarse, los negociadores italianos lanzaron un serio ultimátum. El plazo para capitular culminaba coincidiendo con el de la evacuación marítima, a las 00:00 horas

III. Hacia la capitulación total

del día 24. Las fuerzas que se entregaran después «serán tratadas como todas las otras tropas adversarias»³⁶.

Ese día, ya recuperado, Onaindia tuvo una larga charla con Cavalletti. Su relación había desbordado los cauces de la secreta e importantísima misión de Estado que se traían entre manos. Ya eran dos amigos preocupados por la marcha de unas negociaciones que parecían devoradas por la rapidez con la que se precipitaban los acontecimientos, que era la misma que marcaba el ritmo de la penetración franquista en Santander. Dieron un paseo en el coche del cónsul, un lugar discreto en aquel nido de espías que era el País Vasco Francés, donde cada esquina parecía tener ojos y oídos.

Las confidencias continuaron en el café de la estación de Hendaya, donde parecían dos viajeros más, aunque al italiano las prisas no se las ocasionaba ningún viaje, sino la implacable marcha de la guerra, que los nacionalistas no parecían tener en cuenta. Con su refinada educación, a tono con su distinción nobiliaria, el marqués hizo un encarecido ruego al cura. Los nacionalistas debían informar a tiempo del momento de la retirada de Santander de los republicanos. Los italianos querían ser los primeros en entrar.

Al día siguiente los delegados del PNV contestaron a los italianos aceptando el plazo impuesto, recordando con insistencia que los prisioneros deberían quedar bajo custodia de su país sin ser obligados a combatir junto a los franquistas. Esa misma tarde, a las siete, Onaindia recibía una nota ampliando el plazo para seis batallones vascos armados, de no más de 500 componentes, a los que se permitía responsabilizarse del orden público hasta su entrega, además de facilitar la huida al extranjero de los oficiales del Euzko Gudarostea. A este acuerdo algunos historiadores lo denominan el Pacto de Hendaya.

¹⁷⁶

El apéndice de la nota de los vascos parecía atestiguar que, pese a la división en el nacionalismo, el partido coincidía con el presidente en que había que ser osados. Las recomendaciones al ejército italiano sobre la estrategia a seguir eran cada vez más concretas:

1. Que se active la ofensiva sobre Torrelavega.
2. Que se vaya moderando la ofensiva sobre Solares.³⁷

³⁶ Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España*, ob. cit., p. 521.

³⁷ Alberto Onaindia, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 126.

III. Hacia la capitulación total

Lo de Torrelavega no debió de sorprender a los de Mussolini, que sólo con un mapa comprobarían la importancia de cerrar ese paso que los batallones nacionalistas ya habían superado. La pretensión contraria para Solares, nudo de las comunicaciones terrestres con Santander capital, les haría plantearse alguna duda, que Lejarcegui y Ugarte despejarían después con su informe: «Evidentemente que nos convenía una rápida conquista de Solares por parte de los italianos, pero en aquellos momentos nos era también perjudicial a causa de la permanencia del Gobierno de Euzkadi en la capital montañesa, lo que habría supuesto quedar prisioneros de los santanderinos».

No tendrían que esperar más que un par de días para anudar la encrucijada de Solares, porque en cuarenta y ocho horas Aguirre abandonaría para siempre Santander, donde ya se sentía un prisionero amenazado de muerte.

Antes, el día 22, tuvo tiempo de presidir en la casa que se le asignó en Santander, Villa Pardo, al general Gámir, una reunión que le tuvo que recordar aquélla ya lejana del hotel Carlton donde se decidió la suerte de Bilbao. Apenas habían pasado dos meses, pero parecía que a los vascos, expulsados de su patria y más divididos que nunca, se les había hundido la tierra bajo los pies.

Cuando la reunión se inició, a las cinco de la tarde, el mapa de Santander era ya mayoritariamente azul, aunque parte de su territorio y su capital estaban aún en zona republicana. En una semana los sublevados habían destrozado las defensas de una provincia que aspiraba a resistir como Madrid. Hay quien calcula que se perdieron 90 batallones republicanos. La última respuesta sería a su avance la encontraron los franquistas ese mismo día en la zona montañosa bañada por el Ebro, que no sirvió como barrera natural frente al fascismo.

En aquel domingo, que sería el último que todos los reunidos pasarían en Santander, al derrotismo que se palpaba en el ambiente de Villa Pardo había que añadirle la invisible pero inconfundible presencia de la traición, que sólo el general Gámir parecía no percibir. A su cita no faltó nadie, y allí estaban todos los mandos militares de los tres cuerpos del ejército, los cargos políticos y los representantes de los partidos. Además del anfitrión se sentaban allí, entre otros, el coronel Adolfo Prada, jefe del XIV Cuerpo del Ejército; el teniente coronel García Vayas, jefe del XV; el comandante Linares, del XVII; el jefe de la aviación del norte, teniente coronel Martín Luna; el jefe de las fuerzas navales, el capitán de navío Valentín Fuentes; el jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte, comandante Ángel Lamas Arroyo; el jefe de Estado

Mayor del Cuerpo XIV, Ernesto de la Fuente; el asesor militar Goriev; y el gobernador civil de Santander, Juan Ruiz Olazarán. La parte vasca, además del propio presidente, la completaban los peneuvistas Lejarcegui y Ugarte y el dirigente socialista Guillermo Torrijos.

177

Mientras los *gudaris* se concentraban en Laredo y Santoña, en clara insubordinación, se estaba decidiendo si se defendía la capital santanderina o se iniciaba el repliegue a Asturias. Y sus jefes se sentaban en aquella misma mesa donde se tomaba la decisión. Ni la última cena de Jesús supera en traición a aquel cónclave, porque entre los comensales que describen las santas escrituras sólo había un traidor, mientras que en la reunión de Santander debían ser mayoría. Allí se respiraba de todo, menos sinceridad. Lamas Arroyo hizo un frente común con los representantes del PNV, que más tarde agradecerían en su informe: «Favoreció mucho nuestra opinión las últimas manifestaciones hechas en la reunión por el mayor Lamas, quien recogiendo las expuestas por los asistentes hizo un resumen de las mismas a las que añadió la suya particular, que era la imposibilidad a aquella hora de retirarse a Asturias, puesto que el enemigo se encontraba a tiro de fusil de Torrelavega y que, ya dividido prácticamente el ejército del norte en dos fracciones, era conveniente por lo menos conservar el puerto de Santoña».

Aguirre dijo que las decisiones correspondían a los militares. Vladimir Goriev guardó silencio, porque recordó que ya Gámir sabía su opinión. El general ruso, héroe de la defensa de Madrid, había asistido a un espectáculo similar en Bilbao y debió de decidir que sobraban las palabras. Las decepciones de aquel militar comunista, siempre acompañado en España por su intérprete Lina, sólo debieron tener fin, en aquellos años en los que guerra no daba tregua en Europa, ante el pelotón de fusilamiento que acabó con su vida en la URSS en una de las purgas de Stalin.

El Gobierno de Valencia pedía resistir lo que fuese posible antes de evacuar a Asturias, prometiendo una ofensiva sobre Zaragoza antes de setenta y dos horas que obligaría a los rebeldes a frenar su avance en el norte. Las soluciones de Prieto siempre eran indirectas, probablemente porque no disponía de otras que pudiese sacar de su boina vasca, que solía lucir orgulloso. Ya que a la cornisa cantábrica no podía enviar ayuda ni devolver la moral a sus hombres, movía las tropas por otros lados.

Al final no se tomó ninguna decisión, aunque quedó flotando en aquel aire, tan contaminado por la indignidad, la idea de que se defendería Santander,

intentando mantener la comunicación con Asturias. Para los nacionalistas vascos y afines como Lamas Arroyo y De la Fuente, que ya estaban planeando la huida a Santoña, fue todo un éxito, porque lograron evitar la orden de retirada a Asturias, que pondría en peligro y en evidencia sus planes. Estaban eufóricos. A la salida Lejarcegui y Ugarte fueron felicitados por Aguirre y llamaron inmediatamente al EBB a Laredo, donde la convocatoria de la reunión les había pillado a sus componentes por la mañana en misa. Cuando regresaron recibieron tan efusivas muestras de alegría que aquello parecía el Aberri Eguna festejado en el destierro cántabro.

178

Lamas Arroyo se preguntaría luego si había engañado a Goriev, pero estaba seguro de que su propuesta, que era un tiro de gracia desde dentro de las filas republicanas, había salido adelante porque no sólo él entre los asistentes era un agente del enemigo. En sus memorias dice que el jefe de Estado Mayor del Cuerpo del Ejército XV, el teniente coronel López Piñeiro, presente en la reunión, ya había preparado su huida a Francia en cuanto cayese Santander. También interpreta la posición de Aguirre, que una vez le confesó que si los franquistas hubiesen respetado la autonomía vasca, Euzkadi estaría de su lado.³⁸

«El resultado fue que, como las apetencias generales quedaban satisfechas, aunque se dejaban incumplidas las directivas de la superioridad, todos parecieron encantados; la propuesta fue aceptada y el propio Aguirre hizo el resumen, más satisfecho que nadie — a buen seguro — por no tener que descubrir su juego: la actitud rebelde de los nacionalistas y sus reservas propias»³⁹.

La capacidad teatral de Lamas Arroyo era al menos tan grande como la militar. Sólo esa habilidad explica que su engaño y su doble actitud no sólo no fueran descubiertos por los republicanos, sino que hasta los más desconfiados y duros le mostraran en todo momento un respeto y una consideración que no merecía. Los comunistas Goriev y Ciutat, también presente en la reunión, estaban muy preocupados porque su familia había quedado atrapada en Santoña y le ofrecían trasladarla a la URSS. Los pretextos y simulaciones que tuvo que improvisar para evitar la evacuación de su mujer y sus hijos de su

³⁸ Ángel Lamas Arroyo, *Unos y otros*, ob. cit., pp. 491 y 579.

³⁹ Ángel Lamas Arroyo, *ibíd.*, p. 589.

pueblo, donde se reuniría con ellos tras desertar, fueron dignos del mejor actor dramático.

El propio jefe de Estado Mayor se sorprendía con el éxito de sus embustes y la facilidad natural que tenía para burlar a los incautos, especialmente en exposiciones como aquella de Villa Pardo: «Casi parecerá increíble el que me “tragaran” entonces, y en algunas otras circunstancias críticas semejantes en que elucubré o camelé por todo lo alto [...]. Verdaderamente no supe entonces explicármelo del todo; como tampoco luego ni ahora mismo, qué opinar sobre mi “habilidad” insospechada y sus “tragaderas” tan descomunales»⁴⁰.

LA REPÚBLICA VASCA DE SANTOÑA

Poco duró la fiesta en Laredo. Los burladores de Villa Pardo resultaron burlados aquella misma noche. Ya sea por presiones de Valencia, consejos de Goriev, decisiones propias o porque no quedaba otra opción, no había concluido el día cuando Gámir dio la orden de retirada a Asturias. En el EBB en Laredo se les atragantó la cena cuando se lo comunicaron a las diez y media de la noche.

179

La noticia fue confirmada en el Estado Mayor a los tres comisarios de guerra nacionalistas por el comandante De la Fuente, que les comunicó cuál era la consigna, que aún no había transmitido a las divisiones. Eran unas palabras enigmáticas, que parecían inquietantes para los nacionalistas: «Las cuentas serán saldadas».

Lejarcegui, Ugarte y Sancho de Beurko dieron rienda suelta a su indignación y dejaron caer su careta. Anunciaron a De la Fuente que no obedecerían la orden. La insubordinación de los *gudaris* y la ruptura en el ejército republicano acababa de estallar abiertamente, aunque llevaba varios días extendiéndose como una mancha de aceite.

De vuelta al EBB, Ziaurriz, Artetxe y Unzeta les ordenaron que, antes de hacer pública la rebelión, informasen al presidente Aguirre. Les acompañó Artetxe. Pasaban de las dos de la madrugada cuando llegaron a Cabo Mayor, pero aquélla era una de esas noches de vigilia en la que apenas se dormía, y menos en la residencia del presidente de Euzkadi, donde si el timbre sonaba a

⁴⁰ Ángel Lamas Arroyo, *ibíd.*, p. 589.

III. Hacia la capitulación total

deshora no sería el lechero, sino probablemente un fascista de los que ya empezaban a mascullar su venganza.

Aguirre debió de respirar aliviado cuando comprobó que los recién llegados eran los comisarios nacionalistas a los que había felicitado hacía unas horas, pero las noticias que traían debieron de aumentarle los temores. Ahora sí que su soledad en Villa Bohío, donde presidía un Gobierno odiado por los franquistas y un ejército que acababa de apuñalar por la espalda a los republicanos, parecía toda una temeridad.

Le dijeron que ya habían dado la orden a los batallones para incumplir la del general republicano y le aconsejaron llamar a Gámir, pero no lo hizo. Tampoco quiso «opinar ni comprometerse con la determinación que habíamos adoptado con respecto a nuestros batallones», escribieron los comisarios. Le recomendaron que saliese para Francia lo antes posible. En la despedida todos se preguntaban si sería la última.

De vuelta a Laredo, a las cinco de la madrugada del 23 de agosto, en el vestíbulo de la sede del comisariado en Villa Mar y Tierra, al hacerse pública la decisión del EBB, la rebelión de los *gudaris* contra la República comenzó oficialmente. Se hizo visible en las primeras horas del día con el sonido de las sirenas que anunciaban los bombardeos, pero que en esa ocasión era la consigna para aquel golpe de Estado en tiempos de guerra, limitado a un reducido espacio que no llegaba a los mil kilómetros cuadrados y a una parte del ejército gubernamental.

Enseguida se puso en marcha la organización política, administrativa y militar. Se declaró la «República Vasca de Santoña», el lugar de la concentración para la rendición y la evacuación, aunque la sede del EBB estuviera en la vecina Laredo. Se arriaron las banderas republicanas y se izaron las ikurriñas en los ayuntamientos. Se dividió el territorio controlado en tres sectores, con sus jefes correspondientes: de la costa al Pontarrón, del Pontarrón a Carranza y de Carranza a Solares. Se distribuyeron batallones para garantizar el orden público, como se había pactado con los italianos. El acuerdo situaba al Padura en Santoña, al Arana Goiri en Laredo, al ANV 2 en Limpias, al Meabe 2 en Ampuero, al Durruti (anarquista y vasco) en Ramales y al San Andrés en Gama. Según Ugarte y Lejarcegui el plan previsto sufrió algunas modificaciones, y en su informe sitúan al batallón Munguía en Monteano, al San Andrés y al Aralar en Colindres, al Loiola y al Itxarkundia en Ampuero y al Gogorki en Limpias.

III. Hacia la capitulación total

Se depuso al gobernador militar de Santoña y se constituyó un Estado Mayor formado por tres personas, Lino Lazcano, Luis Azkue y Sabino Apraiz. La toma del poder se efectuó sin tener que apelar a la violencia. En la villa marinera había tres instalaciones militares. La más importante era la Academia Militar, donde se formaban trescientos cadetes para ayudar al Gobierno republicano a ganar la guerra. La guarnición se completaba con dos cuarteles, uno de artillería y otro de infantería.

Hubo en principio momentos de gran tensión e incertidumbre. Frente a la Academia llegaron a emplazarse una compañía de ametralladoras y la batería artillera del Euzko Gudarostea, pero no hizo falta que interviniesen. Se negoció con Benito Reola, un oficial que sólo llevaba cuatro días al mando de las tropas republicanas desplegadas entre Santoña y Agustina. La oferta de los nacionalistas consistió en permitirles abandonar libremente Santoña hacia la zona leal. Eso evitó el derramamiento de sangre.

Los cadetes recibieron la orden de desplazarse, arrimados a los portales y con las armas apuntando hacia arriba, hasta el cuartel de infantería, donde fueron desarmados. Luego fueron obligados a desplazarse varios centenares de metros hasta el cuartel de artillería con los brazos en alto, bajo el punto de mira de las ametralladoras de los *gudaris*.

Los mandos de la Academia partieron de Santoña en una camioneta, tras cargar en su interior la documentación del cuartel. Su viaje terminó en Deva, a las afueras de Gijón, donde pensaban volver a poner en marcha la Academia.

Benito Reola, uno de los militares vascos de inquebrantable lealtad republicana, siguió combatiendo hasta Asturias, donde desapareció misteriosamente tras la entrada de las tropas franquistas.

El poder civil pasó a manos de la denominada Junta de Defensa de Santoña, que fue el primer Gobierno vasco exclusivamente nacionalista de la historia, de coalición entre PNV y ANV, que tenía una cartera. La presidencia y la cartera de Defensa eran ejercidas por Alejo Artaza. Completaban el Gobierno Juan Manuel Epalza (Justicia), Domingo Lejarcegui (Intendencia), Alejo Bilbao (Marina), Manuel Azkarreta (Transportes) y Bernabé Orbegozo (Gobernación). Este último ostentaba la representación de ANV. Al comisario Lejarcegui la acumulación de cargos y responsabilidades le debió de provocar la actividad más frenética de su vida.

III. Hacia la capitulación total

Aun en aquellas precarias condiciones que dictaba la guerra, los nacionalistas se sintieron en su pequeña república libres de las dos Españas, la fascista y la republicana.

181

La historia es rica en paradojas, pero ahora parecía inclinarse por su lado más bromista. La primera vez que los vascos ejercían la independencia era en una pequeña porción de territorio ajeno, el de sus vecinos santanderinos, con los que sus relaciones no eran precisamente buenas, situándose en el medio de las dos Españas en guerra y sólo durante unas horas, hasta que cedieran su soberanía a otro Estado extranjero, la Italia fascista de Mussolini. Nunca un Estado soberano, el único que pudieron disfrutar los vasquistas, fue tan efímero. Enfrentados a un futuro incierto, para los nacionalistas aquella singular experiencia debió de ser como el último deseo del condenado a muerte, un capricho para demostrar que la utopía era posible, aunque sonase a chiste. Si Sabino Arana hubiese levantado la cabeza no se habría creído cómo lograron sus discípulos la ansiada independencia y lo poco que pudieron disfrutarla.

Uno de los primeros objetivos que se marcaron en la República Vasca de Santoña, además de ejecutar las condiciones de la rendición, fue evitar que el PNV y el Gobierno de Aguirre se viesan salpicados por lo ocurrido. Comenzaba así una gran campaña, que aún hoy mantiene cierta efectividad, para descargar de toda responsabilidad en la capitulación y en el abandono de las filas republicanas tanto al EBB como a Aguirre y sus consejeros nacionalistas. La culpa de todo lo ocurrido, si es que la había, era de los jefes militares de los *gudaris*, que debían pasar ante el exterior como los únicos organizadores y gestores de la rebelión. El partido y el Gobierno no deberían salir de aquel trago con manchas ante la historia.

También se acordó proponer a los militares profesionales del Estado Mayor del cuerpo vasco que se sumaran a la concentración de Santoña. Lo hicieron algunos de los reunidos en Villa Pardo, como Ángel Lamas Arroyo y Ernesto de La Fuente, además de Salvador Gómez Buillón, José Luis Arenillas, Ricardo Urrutia, Julio Crespo, L. Salazar y Máximo Astiz.

Lamas Arroyo llegó a la casa donde estaban sus subordinados con un mapa de Santoña y tal tensión que lo primero que dijo cuando le abrieron la puerta es que les invitaba a una copa. Su fuga desde Santander en un coche oficial con dos conductores vascos y el enlace del PNV Lecároz había sido épica. A gran velocidad y logrando pasar todos los controles, nunca la vuelta a su

pueblo fue tan deseada, porque Gámir había ordenado fusilarle en cuanto descubrió consternado que se había fugado con el pretexto de ir a visitar al presidente Aguirre. Le seguían los pasos en sus potentes motos policías militares, dispuestos a pasarle por las armas allí donde lo pudieran atrapar.

Aguirre sale, Ajuriaguerra regresa

182

Los planes de Ajuriaguerra y Aguirre colisionaban tanto que su presencia en el mismo lugar no era posible, aunque sus relaciones siempre fueron formalmente correctas y la estrategia nacionalista consistía en evitarles a ambos responsabilidades ante la historia.

Cuando Aguirre estaba en Santander lidiando con los republicanos el toro de Santoña, Ajuriaguerra negociaba en Francia con los italianos. Y en veinticuatro horas los dos cambiaron sus residencias. El presidente se desplazó al lugar que el dirigente peneuvista abandonaba para regresar precisamente a Santander. Si no fuera porque los llevó a ambos el mítico piloto Lebaud, cuya fidelidad igualaba a su valentía, casi podría decirse que se cruzaron por el aire en sus caminos, aunque lo cierto es que Ajuriaguerra partió antes.

El líder del PNV sabía que arriesgaba la vida, porque dejaba su seguro refugio francés para meterse en la boca del lobo, pero quiso asumir directamente ante sus hombres la responsabilidad de un pacto que había que poner en práctica con muchísimas incertidumbres y poquísimos recursos materiales. Se podrá criticar muchas cosas de este adusto ingeniero vizcaíno al que la juventud se le fue defendiendo su causa, también desde la cárcel, pero jamás que haya abandonado a los suyos, como hicieron en la guerra muchos dirigentes políticos.

Su despedida en Francia fue muy emotiva para los que la presenciaron. Sobre las tres de la madrugada fue a Villa Zubiburu. El padre Onaindia, acostumbrado ya a aquellos despertares intempestivos, como todos los protagonistas de aquellas jornadas históricas, le recibió afectuosamente. Entre los dos nunca hubo química, porque Ajuriaguerra no era un hombre que facilitara mucho las relaciones personales, pero ambos se guardaban un mutuo y cariñoso respeto. Sentados en la cama, mantuvieron una conversación inolvidable:

—Alberto, vengo a despedirme.

III. Hacia la capitulación total

- Pero ¿a dónde va?
—Me voy allá.
—Pero si esta tarde empieza la rendición.
—Por eso me voy.
—¿Sabe lo que le espera?
—Sí: el fusilamiento.
—¿Qué saca con exponerse a eso?
—Hay que trabajar para ayudar a nuestra gente y yo debo estar allí. Soy el principal responsable. Las cosas son así y me voy.⁴¹

Se podría decir que Ajuriaguerra, tan católico como los curas, salió de Francia bajo palio. La bendición de su madre ya la tenía desde que se inició la guerra, cuando le dijo: «Estate bien con Dios y con eso ya basta». Antes de tomar el avión en Parma, a mediodía del 23 de agosto, asistió a misa con otro amigo sacerdote, el antropólogo José Miguel Barandiarán, con quien mantuvo otra charla similar:

183

- Voy a tomar el avión para Santander.
—Pero si Santander está a punto de caer.
—Lo sé, pero mañana se rinde el ejército vasco a los italianos y mi puesto está allí.

Las amenazas para Ajuriaguerra se hicieron visibles en cuanto sobrevolaron Santander. El aeródromo había sido bombardeado horas antes y Lebaud, que era capaz de volar desafiando los mayores peligros, no quiso ser suicida:

- No es posible aterrizar en semejantes condiciones. Tendremos que volver a Francia.
—Tengo que bajar como sea.
—Agárrese bien entonces. Posiblemente volcaremos. El piso del campo está impracticable.

Sorteando agujeros con maniobras inverosímiles, el *Negus* logró tomar tierra, saldando con éxito una más de esas misiones de alto riesgo al servicio del nacionalismo que Lebaud jamás rehusó durante la guerra. En el aeródromo les dieron la bienvenida, pero con una exclamación pertinente: «Están ustedes locos»⁴². Sin embargo, el trabajo del piloto francés no había concluido. El

⁴¹ Entrevista a Alberto Onaindía, Fondo Carlos Blasco, IGARDI.

⁴² Artículo de Vicente Escudero en *Deia*, 24 de agosto de 1977.

destino definitivo de Ajuriaguerra era Laredo, donde le esperaban sus compañeros del EBB.

Sobre las siete de la tarde, aprovechando la bajamar que aumentaba el tamaño de tan natural pista de aterrizaje dejando una arena húmeda ideal para la maniobra, el *Negus* dejó en tierra a aquel empecinado pasajero. Le recibieron el miembro del EBB Koldo Arredondo y el comisario Ramón Olazábal:

—¿Cómo se le ocurre venir aquí, si ésta todo perdido?

—Yo vengo aquí a dar la cara, yo os he metido en esta aventura.

Camino de un chalé que en aquel mes de agosto agonizante no acogía a veraneantes, sino a políticos vascos decididos a acabar con su participación en la guerra, sus explicaciones continuaron, aunque parecían confundirse con la brisa cantábrica. En la reunión del EBB las ampliaría.

MIEDOS Y SIMULACIONES EN VILLA BOHÍO

A la misma hora, en Villa Bohío, las sombras que anunciaban la noche aumentaban la angustia de José Antonio Aguirre. La sede de su Gobierno y su residencia hacía días que parecían más un búnker que una hermosa finca para pasar el verano. Las primeras avanzadillas de los sublevados se encontraban ya en los extrarradios de Santander, y si para alguien constituían una amenaza, era para él. Dormía con las pistolas preparadas sin otra compañía que una mínima guardia, sus más fieles colaboradores y los dos únicos consejeros que permanecían a su lado, Heliodoro de la Torre y Telesforo Monzón. El resto del Gobierno ya estaba en Francia por decisión del propio Aguirre.

184

Tanto le había separado la guerra de Ajuriaguerra que le consumía el deseo contrario: salir de Santander. Y como el líder del PNV, también lo tenía por una obligación ante los suyos. Todos se lo habían pedido. El *lendakari* representaba la legitimidad democrática y el autogobierno de los vascos, y no estaba dispuesto a que desaparecieran con él.

Por la mañana recibió las últimas novedades de Santoña y Laredo por medio de Ramón Olazábal, que le visitó personalmente. A las once de la noche le llamó el general Gámir disgustadísimo, informándole de la rebelión de los *gudaris* en Santoña, de la que se acababa de enterar. El presidente vasco simuló a través de la línea telefónica y dejó constancia de ello en su informe

III. Hacia la capitulación total

posterior a la República: «La noticia me sorprendió profundamente. En un principio creí que era uno de tantos bulos como en los momentos de desgracia suelen esparcirse»⁴³.

Decidió enviar de inmediato a Santoña a una persona de su total confianza, Joseba Rezola. Mientras el secretario general de Defensa cumplía el encargo, se presentaron en Villa Bohío, a las tres de la mañana, el general Gámir, el coronel Prada, el gobernador de Santander, Ruiz Olazarán, y el comisario general del cuerpo del ejército santanderino, el socialista Antonio Somarriba. En aquel corro de republicanos humillados, la indignación de Aguirre no parecía menor, y el presidente, en una posición más embarazosa que nunca, pronunció unas palabras ambiguas que pasaron a la historia como un sincero alejamiento de quienes habían traicionado a sus aliados: «Comprenderán ustedes que quien más derecho tiene a la queja por esa actitud soy yo. Aquí me tienen, siendo presidente del Gobierno de Euzkadi, entregado a manos de ustedes o de otros elementos que pueden creer que haya relación entre el acto de Santoña y esta presidencia. Pero pueden ustedes creerme que en estos momentos yo ya no tengo autoridad para imponerme a nadie. Son muchas las vejaciones sufridas y éstas, naturalmente, las ha acusado el pueblo en armas»⁴⁴.

Gámir y sus acompañantes estaban asustados imaginándose a los *gudaris* volviéndose contra ellos y asaltando Santander, pero Aguirre les convenció de que era imposible: «Lo que sucede es que entre quedarse en Santander sin agua y sin medios de defensa a quedarse en aquel territorio, han preferido, aun cometiendo un acto de indisciplina e insubordinación, esto último»⁴⁵.

A pesar de esta justificación del presidente, un tanto tibia, nadie dudaba de su sinceridad. Al jefe de las fuerzas aéreas del norte, Antonio Martín Luna, que se incorporó a la reunión, le parecía especialmente afectado: «Aguirre aparecía muy abatido. Tuve la convicción de que el tema se le había escapado de las manos, si es que en algún momento dependió de él. Se sentía impotente y humillado, pues no creo en absoluto que estuviera haciendo teatro»⁴⁶.

⁴³ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., p. 230

⁴⁴ José Antonio Aguirre, *ibíd.*, p. 231

⁴⁵ José Antonio Aguirre, *ibíd.*, p. 231.

⁴⁶ Vicente Talón, «Los vascos en la batalla de Santander», *Defensa*, 22, p. 38.

III. Hacia la capitulación total

Como Rezola no regresaba, Aguirre se ofreció para ir personalmente a Santoña «para apaciguar a los insubordinados», según sus propias palabras⁴⁷. Ruiz Olazarán se opuso radicalmente temiendo que no volviera, no se sabe si porque creía que no se lo iban a permitir o porque pensaba que se uniría a la rebelión para liderarla.

185

Cuando por fin regresó, el secretario de Defensa informó de que la vuelta atrás de los *gudaris* era imposible y advirtió que entre los amotinados también había soldados de batallones no nacionalistas. Todos estaban aguardando una capitulación que les permitiera salir por barco hacia Francia.

El amanecer les sorprendió a todos en pie, con esa zozobra de quienes notan que el tiempo se les escapa. Sería el último día que verían en Santander. Gámir se fue, pero no llevaba Aguirre más de un par de horas echando una cabezada cuando el general regresó para ofrecerle un puesto en el submarino que ya estaba preparado para trasladarles a Asturias. El lendakari agradeció la oferta, pero la rechazó. Para los nacionalistas, al oeste siempre estaba el infierno en aquella maldita guerra y el objetivo del presidente se escondía justo en dirección contraria. No obstante, se veía encerrado en una ratonera.

Para escapar a Francia hacía tiempo que los dirigentes nacionalistas estaban en manos de Lebaud. El piloto francés seguía al pie de la letra esa apelación de Aguirre a la necesidad de ser osados, y sus vuelos diarios lograron mantener la comunicación de los *jeltzales* (nacionalistas) a través del golfo de Vizcaya. Sin embargo, su llegada a Santander era siempre a última hora de la tarde, sobre las siete, y ese horario, aquel 24 de agosto, podría ser demasiado tardío para los últimos ocupantes de Villa Bohío, que ya se sentían prisioneros. Sólo quedaba mirar al cielo y esperar un milagro.

A la una de la tarde, con el *Negus* llegó el milagro. Lebaud, un talismán para los nacionalistas que moriría combatiendo a los nazis en 1940, había decidido adelantar su llegada. El día anterior, viendo la situación en la ciudad, intuyó que el siguiente sería el último del Santander republicano y que su presencia sería imprescindible horas antes de lo habitual. Aguirre estaba convencido de que a esa premura debía la vida.

Lebaud dejó su aparato en La Albericia y al poco llegó jadeante a Villa Bohío, porque un minuto perdido podía ser en aquellos momentos sesenta segundos ganados a la muerte. Sin embargo, los colaboradores de Aguirre, con

⁴⁷ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., p. 232

III. Hacia la capitulación total

Rezola a la cabeza, que decidieron unirse a los sublevados de Santoña, quisieron despedirse de su presidente y sacaron dos botellas de champaña que había en la bodega de la residencia. Brindaron por Euzkadi y por la llegada del lendakari a Francia.

Le emoción de Aguirre se desbordó al abandonar para siempre Villa Bohío. En la puerta del jardín se le cuadraron los *gudaris* de su guardia personal presentando armas, sin poder contener las lágrimas y contagiando al presidente, que también lloró como un niño. Fue una de las pocas veces que lo hizo en su vida.⁴⁸

No acabaron ahí los sobresaltos. El coche, en el que le acompañaban Heliodoro de la Torre y Telesforo Monzón, tuvo que sortear los baches de la carretera, los peligros que acechaban en aquella ciudad caótica y un fuerte bombardeo de los sublevados, que sería de los últimos que antecederían a la toma de Santander.

En el aeródromo, con las bombas persiguiéndoles, el presidente y sus dos consejeros empujaron aquel avión legendario que nunca fallaba, como atestiguaba el lema que lucía en su vieja estructura: «Llegó, vio y venció». Una hora después aterrizaba en Biarritz. Esa misma tarde Villa Bohío fue asaltada por incontrolados fascistas, que ya se estaban haciendo dueños de la capital de La Montaña.

186

El cansancio que delataban sus rostros sin afeitar era la muestra visible, a su llegada a Francia, de la angustia y la falta de sueño que habían padecido en sus últimas jornadas en España Aguirre y sus consejeros. Al saludar a Alberto Onaindia, lo primero que le preguntó es si habían llegado los barcos a Santoña. La respuesta negativa del cura fue para el presidente como una estocada final en aquel cúmulo imparable de desgracias. También tuvo que contestar el lendakari, que empezaba a serlo en el exilio francés en una primera etapa, a una pregunta que el cónsul Cavalletti había encargado que le formulase el padre Onaindia. Era sobre el momento de la evacuación republicana de Santander, donde entrar los primeros era para los italianos una verdadera cuestión de honor. Aguirre no dudó en responder con la verdad: esa misma tarde.

El agotamiento no impidió al presidente vasco poner de inmediato su energía a funcionar en un objetivo básico: había que evitar el descrédito para

⁴⁸ José Antonio Aguirre, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, ob. cit., p. 68.

III. Hacia la capitulación total

el nacionalismo vasco a causa de la insubordinación de Santoña. Para ello lo primero era salir en defensa de los *gudaris*, que esperaban impacientes los barcos para ser evacuados, y de sus jefes, que en la versión oficial del EBB eran los únicos responsables de lo ocurrido.

El día 26, por medio de un telegrama al ministro Manuel Irujo, Aguirre aclaraba desde Bayona su posición y su radical apoyo a los rendidos, que de nada eran culpables, sino víctimas:

Mientras Santander se rinde, en Santoña está aún el ejército vasco sitiado, cuya visión de las cosas ha sido exacta y no ha podido soportar la vergonzosa huida de lo que llamaban ejército regular ni ha querido encerrarse en Santander, donde se sublevaron como se sospechaba guardias de asalto y carabineros[...].

No he conocido página de fracaso semejante advirtiéndote que recibiré el gobierno noticias pretexto de que órdenes evacuación se dieron porque tropas vascas se sublevaron. Rechaza violentamente afirmación de esa naturaleza porque no hubo sublevación, sino resistencia a evacuar a Asturias porque no se podía llegar a tiempo como la realidad ha demostrado y varios jefes militares afirmaban lo mismo. Envíame copia de cuantos informes lleguen porque no estoy dispuesto a tolerar que los insignes fracasados intenten manchar nuestro nombre respetado por todos.⁴⁹

El 27 de agosto Irujo recibió personalmente en Francia las explicaciones de Aguirre. Al ministro, que era el único dirigente nacionalista con férreas convicciones republicanas, se le había mantenido en una total ignorancia sobre el pacto con los italianos. Quedó perplejo. Si lo suyo era inocencia, lo de sus camaradas fiándose de los fascistas mussolinianos le parecía mucho mayor.

187

Ese mismo día el ministro republicano navarro asistió a la reunión del Gobierno vasco que convocó Aguirre, pero sólo invitando a los representantes de los partidos nacionalistas: PNV y ANV. También acudió Alberto Onaindia, que explicó con detalle todo el proceso negociador con los italianos. Sólo había un punto en el orden del día: dar o no conformidad a lo de Santoña. No hubo mucho que discutir y la solidaridad con los *gudaris* rendidos fue unánime.

⁴⁹ José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, ob. cit., pp. 234-235.

El sacerdote nacionalista sostiene que días más tarde el lendakari también reunió a los consejeros no nacionalistas, recibiendo igualmente su apoyo a lo que ya se empezaba a conocer como el «Pacto de Santoña»⁵⁰.

Aguirre no estaba de acuerdo con la «solución italiana», pero en el nacionalismo vasco el primero que acataba la disciplina exigida, especialmente en circunstancias tan duras, era el lendakari. El nombre de Euzkadi acababa de aparecer en la historia oficialmente, representando las aspiraciones de un pueblo milenario, y no podía ser ensuciado. En la casa que presidía los trapos siempre se lavaron dentro y con las ventanas bien cerradas.

Iniciaba así Aguirre, cuando la suerte de los *gudaris* de Laredo y Santoña era aún una incertidumbre, una gran ofensiva política destinada a evitar que aquel episodio en tierras cántabras se convirtiese en una mancha negra para el nacionalismo vasco ante la historia. En el campo de batalla no saldría victorioso de ningún combate, ni cuando lo llamaban Napoleonchu, pero de aquel enfrentamiento político saldría acompañado por el éxito.

LA RENDICIÓN DE GURIEZO

Al primero que quiso Juan Ajuriaguerra exponer el acuerdo con los italianos a su regreso fue a Luki Artetxe, convertido desde entonces en su mano derecha. Después de verse ambos a solas, el líder del PNV reunió al EBB en Villa Miserias y amplió la explicación al resto de la cúpula del partido.

Aunque estaban en Laredo, el pacto que pasaría a la historia con el nombre de la vecina localidad de Santoña consistía en unos compromisos mutuos aceptados por las dos partes. Las fuerzas vascas asumían:

- A. Deponer ordenadamente las armas entregando el material a las fuerzas legionarias italianas, que ocuparían sin lucha la región de Santoña.
- B. Conservar el orden público en la zona que ocuparan.
- C. Asegurar la vida y la libertad de los rehenes políticos de las cárceles de Laredo y Santoña.

188

El compromiso de las fuerzas italianas consistía en:

⁵⁰ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 166.

III. Hacia la capitulación total

- A. Garantizar la vida de todos los combatientes vascos y tenerlos hasta la terminación de la guerra bajo su mando, sin entregarlos al general Franco.
- B. Garantizar la vida y autorizar la salida al extranjero de todos los políticos y funcionarios vascos en el territorio de Santoña y Santander.
- C. Considerar a los combatientes vascos sometidos a esta capitulación libres de toda obligación de participar en la Guerra Civil.
- D. Garantizar que no fuera perseguida la población vasca leal al Gobierno provisional de Euzkadi.

En la reunión se discutió sobre la forma y el orden de la evacuación. Como el plazo para salir libremente por mar concluía al día siguiente a las doce de la noche, se acordó solicitar a los italianos una prórroga de cuarenta y ocho horas. Los primeros en marchar serían los miembros del EBB, aunque Ajuriaguerra logró imponer que la mitad se quedase para supervisar la capitulación. La elección se haría por sorteo, pero el ingeniero vizcaíno decidió que dos nombres no tentasen a la suerte. Uno era el de Doroteo Ziaurriz, el anciano presidente del PNV, que por su edad y representatividad sería de los destinados a la partida. El otro era el del propio Ajuriaguerra, que se quedaba por su responsabilidad en el pacto. Aún con la emoción desatada, Ziaurriz encabezaría el grupo de los que salieron hacia Francia en avión esa misma noche.⁵¹

Al día siguiente, el 24 de agosto, cuando las brigadas navarras tomaban Torrelavega cerrando definitivamente el paso a Asturias, el acuerdo se puso en conocimiento de los jefes de los batallones a primera hora de la mañana. Esta cumbre militar se celebró en el palacio de la duquesa de Santoña, ocupado por la Junta de Defensa. Nunca habría imaginado doña Sol, dueña de aquella imponente residencia y hermana del conde de Romanones, que su noble palacio de varias plantas sería la sede de la República Vasca y el lugar donde durante varios días fue posible el sueño independentista que un lejano día había forjado la mente de Sabino Arana. Ni en sus peores pesadillas se habría imaginado la ikurriña ondeando desafiante en el balcón y a decenas de dirigentes políticos y militares del independentismo vasco ocupando sus lujosas habitaciones y utilizando las magníficas alfombras como camas.

⁵¹ Gregorio Morán, *Los españoles que dejaron de serlo*, ob. cit., p. 230.

III. Hacia la capitulación total

En la reunión se comunicó a los jefes militares que los oficiales que quisieran escapar a Francia lo podrían hacer en los barcos fletados por el Gobierno vasco. De momento no se veía ninguno por el puerto de Santoña, y aquél era el último de los cuatro días del plazo oficial de los italianos. La intranquilidad ya comenzaba a consumir la paciencia de Ajuriaguerra, que telegrafió sus temores a José Antonio Aguirre a Bayona: «Si no llegan barcos nos cogen como a ratas».

El presidente, en su habitual tono optimista, contestó a Jacinto, que era el nombre en clave de Ajuriaguerra, que dos barcos ya estaban frente a Santoña y otros cinco de camino, de los que dos tenían capacidad para 5.000 pasajeros cada uno. También prometía varios aviones.

189

Mientras todas las miradas se dirigían a aquel mar Cantábrico, esperanza y muro a la vez, en tierra se produjo esa misma tarde el primer contacto directo entre los ejércitos de Euzkadi e Italia. Sobre las ocho, en cumplimiento de los acuerdos previos, seis capitanes de los *gudaris* se dirigieron por diferentes rutas al encuentro de los Flechas Negras. Por la carretera de Ampuero a Carranza fueron los capitanes Añón y Lasarte, por la de Santoña a Solares, Azkárate y Sarasqueta, y por la de Laredo a Castro Urdiales, Eguileor y Pujana. Estos últimos acabarían juntando sus nombres con los de varios militares italianos en el único documento firmado que se conoce del Pacto de Santoña.

Como los otros cuatro mensajeros, Sabin Eguileor y Raimundo Pujana, capitanes del batallón Ibaizábal, sólo estaban autorizados a entablar contacto directo con los italianos para apurar la rendición, pero su firma acabó avalando una sustancial modificación del acuerdo establecido en Francia, en detrimento de los vascos. El PNV sostendría después que fueron engañados e incluso amenazados y coaccionados. Los menos benevolentes entre sus camaradas dirían que merecían ser fusilados.

Lo cierto es que en el puente del Pontarrón, en Guriezo, se encontraron con los Flechas Negras, que les llevaron a su comandancia, ubicada en el pueblo. La delegación legionaria estaba encabezada por el teniente coronel Amilcare Farina y el jefe de Estado Mayor del IV Regimiento de Flechas Negras, el comandante español Bartolomé Barba, que tenía contacto directo con el general en jefe del ejército franquista del norte, Fidel Dávila. Estos cuatro y otros ocho Flechas Negras corroboraron en un papel escrito a mano un acuerdo de siete puntos. El último, aceptando la rendición incondicional a

III. Hacia la capitulación total

Franco, incluye sólo cuatro líneas, pero son las más traumáticas de la historia del nacionalismo vasco.

El acuerdo de Guriezo, tras el encabezamiento con los nombres y cargos de Eguileor, Pujana, Farina y Barba, recoge que «la rendición de las fuerzas del ejército vasco, para bien de España», se sujetaba a las siguientes normas:

1. Mañana, día 25 de agosto, entre las seis y las siete horas se trasladarán a la zona ocupada por el ejército nacional (brigada Flechas Negras) 2.000 (dos mil) hombres por el puente de Pontarrón, y 8.000 (ocho mil) por el puente de la Magdalena, haciéndolo en grupos de dos mil, que llevarán a la cabeza una bandera vasca y otra blanca. Los grupos llegarán separados por intervalos de quince minutos de tiempo.
2. Al alcanzar nuestra orilla depositarán las armas en el sitio que se les indicará previamente, así como las municiones y toda clase de material de guerra que lleven las unidades, siendo concentrados y trasladados los soldados por nuestras fuerzas a Castro Urdiales.
3. Para garantizar tanto la vida de la población civil como el orden público, y evitar atentados a la propiedad, destrucción de puentes que deberán permanecer intactos, iglesias y obras en general, quedará un batallón vasco en cada uno de los pueblos siguientes: Laredo, Colindres, Limpias, Ampuero, Carranza y Santoña, así como en cualquier otra posición que juzguen necesario ocupar y cuyo nombre será comunicado al mando de esta brigada por un oficial que pase con las primeras fuerzas.
4. Estos batallones quedarán en sus puestos hasta la llegada de nuestras fuerzas, a las que se entregarán las armas, siendo después de efectuado esto, trasladados a Laredo.
5. Para regular los detalles que sean necesarios en el curso de lo que se especifica anteriormente, deberá ir con las primeras fuerzas que pasan a nuestras filas un jefe superior o de Estado Mayor con atribuciones suficientes.
6. Se expresa sin poderlo confirmar exactamente que el total de las fuerzas que se comprometen a pasar armas y material de guerra diverso es de unos 30.000 (treinta mil) hombres.

7. Se entiende que la rendición es sin condiciones, con arreglo a las disposiciones dictadas por S. E. el Generalísimo, respetándose la vida de todos, excepto la de aquellos que hayan cometido crímenes.

190

Varias de las firmas que acompañan a las de Farina, Barba, Eguileor y Pujana son ilegibles, pero se distinguen los nombres del capitán De Nicola, el teniente Federico Punzo, Antonio Jordi, Ildefonso Blanco y Giuseppe Bertelli.

DEJAR PASAR AL ENEMIGO

Como temía Ajuriaguerra, la República Vasca de Santoña ya era una ratonera. Miles de soldados vascos, muchos heridos, atestaban unas calles que no estaban acostumbradas a aquel bullicio. El nerviosismo crecía como la marea que no traía a los malditos barcos, tanto entre la tropa y la población civil como entre los dirigentes.

Entre los de abajo ya había quien cedía al «sálvese quien pueda». Por la noche, mientras embarcaban en un lugar de la costa de Laredo llamado El Túnel, murieron varios soldados del batallón Araba cuando intentaban huir, al ser ametrallados por los carabineros. Entre las víctimas estaba el comandante Félix Barañano.

Si esa noticia era luctuosa para comenzar el día 25 de agosto, la de la firma de la «rendición de Guriezo», casi coincidente, agudizó los peores presagios entre los de arriba. Para la cúpula peneuvista supuso una auténtica conmoción. Más de tres meses negociando clandestinamente con los italianos para no tener que rendirse a los españoles y al final se firma una capitulación sin condiciones ante el general Franco. Para los dirigentes nacionalistas aquello era un papel mojado sin ninguna validez, arrancado por los franquistas a través del coronel Barba.

191

Entre las seis y la siete de la mañana los 10.000 *gudaris* que esperaban los italianos en los puentes no aparecieron. Los vascos estaban en la orilla izquierda del río Agüera. Como las tropas nada sabían del acuerdo firmado unas horas antes difícilmente podían cumplirlo, aunque quisieran. Los puentes cortados, como corresponde a toda guerra, aumentaban la desinformación y el caos entre dos ejércitos que no querían enfrentarse. No tardaron en empezar a colaborar. Desde las dos orillas, zapadores y

III. Hacia la capitulación total

pontoneros vascos e italianos trabajaron para reparar la comunicación, lo que consiguieron poco después del mediodía. Antes, sobre las once, los comandantes de los batallones Avellaneda y Sukarrieta, Javier Villanueva y Martín Aldazábal, habían dado una orden por escrito a sus soldados: «No disparar, dejar pasar al enemigo, se dirigen a otro frente».

El pacto que respetaban los nacionalistas era el aprobado en Francia, y en uno de sus puntos tenían una amplia experiencia: liberar a los presos derechistas. En Laredo sólo eran algo más de una treintena y no hubo problemas, pero en el penal de El Dueso de Santoña, que era entonces la cárcel más grande de España, había que tomar precauciones. Lo primero retirar los trescientos cartuchos de dinamita preparados para volar la prisión.

En El Dueso había unos 700 presos, y su liberación correspondió al batallón Padura. En aquella calurosa jornada de verano, plagada de escenas surrealistas, la del penal fue de las más llamativas. Cuando los *gudaris* liberadores llegaron al patio donde se concentraban los presos, fueron confundidos con los fascistas, a los que soñaban ver aparecer un día como aquél. Ya eran presos sólo de la euforia y comenzaron a lanzar vítores a España y a Franco. El teniente Luis Ezpeleta, al mando de la sección del batallón nacionalista, les hizo callar de inmediato respondiendo a sus gritos con otro que acabó con su júbilo: «Gora Euzkadi Askatuta». Contagiados por el pánico, los presos se encaramaron al tejado intentando salvar sus vidas.

Deshecho el malentendido, cuando por fin bajaron a tierra, presos y *gudaris* celebraron la liberación con una misa en el penal, oficiada por un sacerdote jesuita que estaba entre los reclusos. Los gritos fascistas de los liberados acabaron trocándose en «Viva los vascos», una frase que volvió a oírse esa misma mañana por las calles de Santoña, cuando la salida de la cárcel provocó una espontánea manifestación. Antes de que la semana acabase, las celdas de los presos las ocuparían sus liberadores.

Con Francisco Franco, sin firmas ni documentos, los nacionalistas vascos plasmaron un acuerdo ese mismo día. Fue un canje de prisioneros pensado en principio para 250 personas, pero la cifra se fue rebajando en la misma medida que la capacidad de los vascos para imponer condiciones, y al final sólo afectó a un puñado de personas. Fue entre el Gobierno vasco y el franquista, con la mediación del inglés.

A las diez de la mañana llegaba a Santoña el destructor *Keith* de la Royal Navy, que traía a bordo a los consejeros vascos Leizaola y Nárdiz por la parte

vasca y al teniente coronel Troncoso y al marqués de Linares por la franquista. Los nacionalistas bajaron a tierra y estuvieron con los miembros de la Junta de Defensa en Santoña y con los del EBB en Laredo, pero al volver al barco sólo lo pudieron hacer acompañados de poco más de una veintena de cargos políticos y militares nacionalistas. Ocho pudieron salir en un mercante y el resto en el *Keith*.⁵²

192

En el destructor inglés escaparon a Francia, entre otros, el secretario de Gobernación vasco, Jesús Luisa, y el comisario nacionalista Sancho de Beurko, que vio en aquella operación un síntoma de que las negociaciones con los italianos no marchaban. En caso contrario, ¿para qué era preciso un canje, si el acuerdo garantizaba la evacuación de jefes políticos y militares como él? Durante la travesía, Troncoso le dijo a Nárdiz que a quien debían rendirse los vascos era a los franquistas, que garantizaban las mismas condiciones que los italianos y no obligarían a los *gudaris* a combatir en sus filas. La competencia entre los aliados del ejército rebelde no auguraba nada bueno para los nacionalistas. Se rendían a quien querían, pero empezaba a comprobarse que no a quien debían.

PRIMERAS RENDICIONES EN LAREDO

En el Pontarrón de Guriezo había tanta tensión entre los militares italianos y los franquistas en la orilla derecha, como con los *gudaris* del otro lado del río Agüera. Las brigadas de Navarra amenazaron con presentarse en el puente y atravesarlo sin más contemplaciones con los vascos. La prudencia y la diplomacia de los italianos lograron disuadirlas.

A las once y media un enlace de los capitanes vascos firmantes de la rendición de Guriezo se presentó ante el teniente coronel Farina, diciéndole que no reconocían otro acuerdo que el de Roatta y Ajuriaguerra, aunque, pasase lo que pasase, los *gudaris* no dispararían contra los italianos.

A las tres de la tarde la paciencia de Farina llegó a su fin. Precedido de una bandera blanca y otra monárquica, el coronel cruzó el puente, aquella especie de tierra de nadie que separaba en un lugar de la provincia de Santander a dos ejércitos que se consideraban extranjeros en aquellas tierras y a los que en

⁵² Vicente Talón, «Los vascos en la batalla de Santander», *Defensa*, 22, p. 42.

realidad sólo dividía el desconcierto. También formaban parte de aquella comitiva el capitán Bonardi, del Estado Mayor del general Roatta, un *carabinieri* y un guardia de asalto. Más tarde se sumó el comandante Barba. A sus órdenes iniciaban la reconquista de la República Vasca de Santoña los batallones del IV Regimiento Flechas Negras.

El avance de los legionarios no encontró en principio resistencia alguna. A dos milicianos vascos que encontró Farina les mandó dirigirse a Laredo para comunicar a sus mandos que ése era su destino inmediato.

Con el puerto que les separaba de la localidad costera llegó a los italianos otro escollo imprevisto. El comandante de una batería vasca del siete y medio en posición de combate les dio el alto. Muy exaltado, llamaba traidores a los invasores porque no tenía orden alguna para dejarles pasar. Ahí empezó a demostrar Farina sus grandes dotes para la política y la diplomacia, comenzando una labor de sugestión que acabaría venciendo la gran desconfianza del enemigo armado. El teniente coronel hablaba perfectamente castellano, y su facilidad para manejar la palabra no era inferior a la que demostraba para mandar sus tropas. En aquellas circunstancias usar la elocuencia era preferible a las armas.

193

Al comandante vasco lo convenció Farina de tal manera que al final de una tensa discusión le concedió el honor de llevar su batería orgánicamente formada hasta Laredo. En realidad, la osadía del teniente coronel era tremenda, y justificaba que sacase a relucir sus habilidades. Tenía que cubrir con éxito un largo trayecto con un escaso contingente de tropas rodeadas por las vascas, que eran muy superiores en número y estaban armadas. Llegó a enviar un fonograma a su Estado Mayor, rogando que los refuerzos que le cubrían las espaldas no disparasen si surgía algún incidente: «Estoy cercado por vascos en armas que no saben nada».

Por muchas precauciones que se tomasen, mantener el orden era imposible. La llegada a Laredo fue caótica y estuvo precedida por tumultos e incidentes. El teniente Pascual, que precedía con su motocicleta a los Flechas Negras, fue rodeado y amenazado por la masa. Peor le fue a otro motorista llamado Cargnelutti, que fue apaleado y tuvo que huir a la carrera.

En vista de aquel desmadre, Farina ideó otra de sus originales estrategias, muy en la línea de la teatralidad italiana y coincidente con la empleada por el general Queipo de Llano para tomar Sevilla. Distanció a los camiones, les ordenó hacer todo el ruido posible y desperdigó por el pueblo a

los soldados del batallón autónomo que le acompañaba, formado por 280 hombres. También se tomaron los puntos clave de la localidad, como las estaciones eléctrica y telefónica o el depósito de municiones. Con aquella sensación de poderío, que para nada correspondía a la realidad, Laredo caía en poder de los italianos sobre las siete y media de la tarde.

La actuación de Farina en Laredo, donde entró subido en el sidecar de una moto, fue memorable. Hablaba a voces a los *gudaris*, se dirigió a la masa desde el balcón del Ayuntamiento y ordenó que se colocaran copias de la «rendición de Guriezo» por el pueblo, junto al aval de la bandera italiana. Se ganó la confianza y la simpatía de los vascos, que sucumbieron ante su espontaneidad y su elocuencia. Prometía que las condiciones de rendición las decidirían ellos mismos y que nadie estaba obligado a entregar las armas. A los batallones y soldados que quisieran les dio la opción de marchar hacia Santoña. Reticentes aún, algunos lo hicieron, pero otros decidieron en aquel mismo instante que para ellos había terminado la guerra.

La penetración italiana continuó en dirección a Colindres y Limpias, ya sin mayores contratiempos. Poco después de medianoche culminaba la ocupación de Limpias, donde se rindieron siete batallones vascos, por lo que la cifra total de la jornada se elevó al menos a diez. El mensaje que enviaron los italianos a su Estado Mayor describía perfectamente un ambiente que, más que a la guerra, recordaba al teatro del absurdo: «Pueblo en fiestas y desorden poblacional fantástico».

194

Desbordados ya por el vértigo de unos acontecimientos que les obligaban a estar en todas partes y no les dejaban tiempo para dormir, Ajuriaguerra y Artetxe llegaron a Laredo para hablar con Farina justo cuando cedía el mando el comandante de la plaza, León Solaberría jefe del batallón Arana Goiri. También ordenaron a Lejarcegui y a Ugarte entrevistarse directamente con el alto mando del CTV en Vitoria, a donde no lograrían acceder. Los comisarios llegaron en aquellos días frenéticos a acumular cincuenta y seis horas seguidas sin dormir.

El teniente coronel italiano remitió a Ajuriaguerra y a Artetxe al general Roatta y les facilitó incluso un coche, el popular Fiat Balilla, para ir en su busca a Algorta. El viaje estuvo en consonancia con lo que ya se podía registrar para la memoria en aquella irreplicable jornada. Tras una parada en el Pontarrón, donde hablaron con el general Piazzoni, Bilbao les acogió con una manifestación franquista para celebrar la conquista de Santander. A la altura

III. Hacia la capitulación total

del edificio de La Bilbaína se vieron rodeados por los manifestantes, que tenían que apartarse para que pudiera circular aquel coche en el que nadie dudaba que viajaban unos peces gordos. Ajuriaguerra debió de sudar a chorros dentro de aquel vehículo oficial, y no precisamente por el calor veraniego, cuando en la chapa se apoyó uno de los que festejaba la última victoria del ejército sublevado. Si aquel fascista, antiguo colaborador del PNV y del propio líder del partido, llegara a reconocerlo, es probable que su aventura terminase allí mismo y no precisamente de muy buena manera.⁵³

Al llegar a Algorta les dijeron que se habían cruzado con Roatta, que había ido en su busca. Le localizaron en Castro Urdiales, ya a medianoche. El general les recibió cordialmente, pero les comunicó de palabra y por escrito que las conversaciones se habían roto definitivamente por los incumplimientos de los vascos. Las disculpas y los argumentos que llevaban preparados los negociadores nacionalistas, sobre todo la premura de tiempo y la ausencia de los barcos, se estrellaron contra las evidencias del militar italiano. Según el comunicado de los legionarios los retrasos, vacilaciones y tergiversaciones «de la parte vasca» habían sido continuas a lo largo de las negociaciones, y terminado el plazo para la rendición no se había rendido ni un solo soldado. La suerte de los que lo hicieran en adelante dependería de la voluntad de Italia. «Todo dependerá del modo en que se efectúe dicha rendición y del número de hombres que se rindan», decía la nota.⁵⁴

En Santoña, que se había convertido en el último reducto de una República Vasca en tierra española invadida por soldados italianos, la unidad de los nacionalistas se comenzaba a quebrar y el orden público peligraba. La ratonera era cada minuto más asfixiante y la angustia de los *gudaris* empezaba a aflorar. Algunos ya se sentían engañados y se fiaban de los italianos tanto como de los franquistas. Los más exaltados se presentaron en el Ayuntamiento, donde los dirigentes intentaban mantener el tipo y la calma reclamando los mismos derechos para poder escapar que los jefes políticos y militares, que tenían prioridad en la evacuación porque también la tendrían ante el pelotón de ejecución de los franquistas. «O salimos y nos salvamos todos o no sale nadie», amenazaban.

195

⁵³ Vicente Talón, *ibíd.*, 22, p. 44.

⁵⁴ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 137.

III. Hacia la capitulación total

Peor suerte corrieron los más desesperados. Hubo varios suicidios de *gudaris*, uno de ellos en grupo, utilizando granadas de mano para poner fin a sus vidas y sus tormentos.

A falta de los barcos salvadores, esa misma noche se ocuparon los pequeños pesqueros atracados en Santoña. Enseguida se llenaron de forma desordenada de *gudaris* armados, incluso con ametralladoras. No lograron partir. Aunque la sangre no llegó a la mar, hubo episodios de violencia entre quienes pretendían huir como fuese y los que trataban de evitarlo.

Ajuriaguerra no se pudo librar de aquellas muestras de desesperación y descontento. Nada más regresar de la entrevista con Roatta, un grupo de *gudaris*, en los que el alcohol había multiplicado la excitación, entró en el cuartel de artillería de Santoña, donde Ajuriaguerra conversaba con Joseba Rezola, y le exigieron que cumpliera su compromiso. A la petición del político para que tuvieran calma y confianza, le espetaron como respuesta:

—Usted nos ha vendido. Ustedes saldrán, pero nosotros nos quedaremos aquí.

El líder peneuvista no perdió la compostura:

—Yo saldré el último, y si les hubiera vendido, me habría quedado en Algorta, de donde acabo de llegar.

Primitivo Abad no permitió más discusiones y expulsó con grandes gritos a los disconformes de la sala de armas, donde tuvo lugar la escena.

LA TOMA ITALIANA DE SANTOÑA

El jueves 26 de agosto el ejército franquista entró en Santander y en Santoña. Las Repúblicas española y vasca ya no tenían sitio en la provincia, donde habían compartido el poder durante algo más de dos jornadas.

En la capital, los italianos lograron su objetivo de llegar los primeros, aunque fue por pura casualidad. Tras una larga y tensa asamblea de trece horas de duración entre los republicanos que quedaban en el Ayuntamiento, se eligió al teniente de los Guardias de Asalto, Francisco Delgado, como responsable de la entrega de la ciudad. Salió al encuentro de los sublevados por la carretera

de Burgos, pero a quienes se encontró fue a los soldados italianos, que le llevaron ante la presencia del general Bergonzoli en Muriedas.⁵⁵

Esa fortuna supuso la gloria para los italianos, que entraron triunfantes en Santander a las diez de la mañana, vengándose por fin de Guadalajara. La prensa italiana y el propio Mussolini lo celebraron por todo lo alto.

196

Los rebeldes habían tardado dieciséis días en conquistar la capital de La Montaña, donde el desmoronamiento republicano era total, aunque una franja de la zona occidental de la provincia fronteriza con Asturias aún estaba en manos gubernamentales. En la plaza de toros se hacinaban 45.000 prisioneros y en el campo de fútbol de El Sardinero, 15.000.

En Santoña las cosas no fueron tan sencillas, aunque los Flechas Negras no necesitaron hacer valer su lema — «Agredir para vencer» —, en ningún momento. A las nueve de la mañana los vascos enviaron un oficial al puente de Colindres, donde los legionarios italianos estaban agrupados para reiniciar su avance. El oficial pedía de nuevo más tiempo, porque en Santoña reinaba el caos. Ya habían regresado a tierra los que habían embarcado en los pesqueros la noche anterior y el muelle se encontraba atestado por una multitud de unas 10.000 personas. El mensajero vasco hizo tantos viajes esa mañana para calmar el desconcierto de sus jefes que debió de acabar conociendo la media docena de kilómetros que separan Santoña de Colindres como si los hubiese pavimentado con sus propias manos. El último desplazamiento, a las tres de la tarde, fue para manifestar a los italianos que tomaran precauciones porque había batallones no nacionalistas en Santoña que «no eran de ninguna confianza», citando a algunos socialistas. Su propuesta fue que, en la rendición final, se les colocara rodeados de otros batallones nacionalistas.

La entrada de los Flechas Negras en Santoña pasadas las cinco de la tarde, por un itinerario diferente al previsto para evitar sorpresas, fue una fiesta que los *gudaris* y los soldados republicanos que se les habían sumado en la rendición no quisieron ni pudieron aguar a los fascistas. Las calles y los balcones se llenaron de banderas y emblemas rojigualdas o falangistas. Sus himnos y canciones guerreras volvían a sonar desafiantes. Los *gudaris* que se sentían humillados se ocultaban en el interior de las casas, pero también

⁵⁵ J. R. Saiz Viadero, *Crónicas sobre la Guerra Civil en Santander*, Institución Cultural de Cantabria, Diputación Provincial de Santander, Santander, 1979, p. 137.

III. Hacia la capitulación total

alguno hubo que brindó con champán con los italianos, confiando en los compromisos de evacuación.

Entre los soldados españoles que se encontraban en aquella unidad mixta destacaban por su abundancia los extremeños. La Junta de Defensa traspasó el poder al coronel Fergosi, que emplazó una batería de campaña para vigilancia del puerto.

No está claro cuántos fueron los batallones y los soldados rendidos. La confusión de aquellos días y el desmantelamiento de muchos de los batallones, que llegaron a esas alturas de la guerra completamente diezmados o integrados en otros, hacen muy difícil un cálculo exacto. Las diferentes fuentes aluden en Santoña a un número de batallones nacionalistas que oscila entre 11 y 15. El número de los soldados estaría entre 10.000 y 30.000, aunque esta última cifra parece absolutamente exagerada. Como la que aporta con aire triunfalista el general italiano Bastico, que cita a 22.000.⁵⁶ Lo que está claro es que fueron todos los batallones nacionalistas, tanto del PNV como de ANV, junto a algunos de izquierdas y anarquistas que se sumaron a los planes de rendición. Entre ellos se encontraban los batallones libertarios vascos Durruti, Bakunin y Celta, y el de las Juventudes Socialistas Unificadas, Meabe, aunque éste con la mitad de sus componentes. También está constatada la presencia de entre cuatro y seis batallones santanderinos y alguno socialista. En total, en lo que fue la República Vasca de Santoña se pudieron entregar unos 15.000 combatientes y 3.000 oficiales, según cálculos generosos.

197

Sean como fueren los números, el golpe de Santander para el ejército republicano del norte fue casi definitivo, porque perdió 86 batallones, de los que 34 serían vascos, 38 santanderinos y 14 asturianos, según un estudio de Ramón Olazábal. El Euzko Gudarostea pasó prácticamente a la historia, porque sólo tres batallones no nacionalistas continuaron la guerra en Asturias.

Aunque para los *gudaris*, el día en el que enterraron a su ejército en Santoña acabó con esperanza. No era un espejismo: con los italianos entraban en el puerto dos buques ingleses, los primeros de los previstos para la evacuación. También serían los únicos.

⁵⁶ Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España*, ob. cit., p. 532.

VASCOS DESEMBARCADOS, ITALIANOS HUMILLADOS

La llegada a Santoña de los barcos ingleses *Bovie* y *Seven Seas Spray* produjo a los vascos la misma euforia que a los derechistas la de los italianos. Fue además una alegría coincidente en el tiempo. El *Bovie*, que era más pequeño, atracó sobre las cinco de la tarde en el muelle, y tres horas más tarde lo hizo el *Seven Seas Spray*. Este barco tuvo que quedarse en la bocana, porque sus mayores dimensiones le impedían entrar al pequeño puerto, de escaso calado.

Los italianos estaban dispuestos a facilitar la evacuación pactada con el PNV, aunque la rendición se hubiera producido fuera del plazo establecido. Excepto en eso habían cumplido. Los batallones se habían rendido en masa y los soldados entregaban sus armas, que se apilaban en el muelle formando grandes montones de fusiles, pistolas, ametralladoras y cartucheras. Algunos, sin ser vistos, las arrojaban al agua.

El embarque del personal, que se suponía que no sería el único a la espera de más barcos, se inició esa misma noche. Como estaba escrito, los primeros en subir a los barcos fueron los máximos dirigentes políticos y militares atrapados en la ratonera de Santoña. De madrugada, Joseba Rezola despertó a Ángel Lamas ofreciéndole un coche y los pasaportes para el embarque que habían sido aprobados por vascos e italianos. Los nacionalistas — que los llamaban *txartelas*, en euskera — los expedían y repartían en el palacio de la duquesa. El ya ex jefe del Estado Mayor, que entonces tenía treinta y siete años, subió a bordo con su esposa, sus cinco hijos y la mujer que los cuidaba.

Sobre las nueve de la mañana del día siguiente, el 27 de agosto, la evacuación se iniciaba de forma oficial bajo la supervisión del observador del Comité de No Intervención, Costa e Silva. Los que iban al *Seven Seas Spray* se acercaban al barco en botes.

198

Sin embargo, una hora después, cuando el sol empezaba a caer a plomo sobre la bahía anunciando un día infernal para los que intentaban huir, un oficial español apellidado Lechuga, que lucía el escudo de Falange, ordenó por encargo del coronel Fergosi la suspensión del embarque. Un cuarto de hora después rodearon a los vascos, que formaban una larga cola en el muelle, varios grupos de soldados italianos, instalando cuatro ametralladoras en lugares estratégicos y cerrando el paso en la pasarela del *Bovie*.

III. Hacia la capitulación total

Aquella violenta interrupción la ejecutaban muy a su pesar los italianos, pero era una imposición de Francisco Franco. El general español nunca había autorizado las negociaciones entre el CTV y los nacionalistas vascos, que en su última etapa le parecían además absurdas. Su opinión era que con un ejército que no está dispuesto a luchar y se encuentra copado, como le ocurría al Euzko Guradostea prácticamente desde su salida de Vizcaya, nada había que negociar. La última ronda de las conversaciones, de las que siempre había estado informado, las prohibió expresamente mediante un telegrama al mando italiano. Franco advirtió también a los italianos que los nacionalistas habían caído en sus brazos después de ofrecerle a él la rendición, a través de Troncoso.⁵⁷

La crisis de los barcos de Santoña hizo explotar la tensión que se venía mascando hacía tiempo entre los militares españoles y los italianos dentro del ejército sublevado. Tanto como a los nacionalistas vascos, Franco despreciaba a sus colegas italianos, aunque mantuviera unas excelentes relaciones con Mussolini, al menos formalmente. La toma de Santander por las tropas del CTV le había molestado y además dejaba en evidencia ante el mundo el apoyo extranjero a su «cruzada», aunque tampoco aquel alarde propagandístico italiano sirvió para que tomara medidas el Comité de No Intervención.

A los celos, desconfianzas y críticas larvadas se añadía un tema de competencias, que era otro conflicto interno que hasta ahora los dos ejércitos habían sabido controlar, no sin grandes esfuerzos. Franco entendía que era el mando supremo de la brigada mixta Flechas Negras, pero los italianos lo reclamaban para Bastico, general en jefe del CTV. Esta pugna, que llegó a ser muy agria, la sostuvieron sus subordinados.

El comandante Bartolomé Barba, que había tenido una activa presencia en el alzamiento, ya tenía reservado un lugar en la historia por su participación en la represión de Casas Viejas, obedeciendo órdenes directas de Azaña. En Flechas Negras nunca dejó de ser directo informante del general Dávila, que para los franquistas era el responsable de la brigada. En una carta al general comandante Piazzoni, Barba recordaba la orden de Dávila de desalojo de los barcos, que en realidad emanaba de Franco, sin ahorrar feroces críticas: «Se lo comunico a todos los efectos haciéndole presente que también se lo he dicho al teniente coronel don Amilcare Farina, al que como a V. E. le expreso mi más enérgica protesta por todo lo que se haga sin conocimiento del general

⁵⁷ Fernando de Meer, *ibíd.*, pp. 539 y 544.

del ejército del norte, del que dependemos, al mismo tiempo que le hago observar la desfavorable acogida que tendrá en el pueblo español todo lo que sucede, dado su recto proceder de siempre y los sacrificios que por la causa que defendemos, y que tanto interesa a los dos pueblos hermanos de Italia y España, tal vez más al primero, está realizando».

199

A Piazzoni aquella misiva le pareció una insolencia que no debía quedar sin respuesta, y desde la primera línea de su carta, en un castellano defectuoso, intentaba dejar clara su autoridad y la jerarquía italiana en la brigada: «S. E. el Generalísimo debe dar órdenes a mí, que mando, y no a V. S.». Las líneas finales concluían la carta en el mismo tono:

Nosotros italianos, como hermanos hemos luchado y lucharemos a vuestro lado, sacrificando casa, familia, interés con honestidad de pensamientos y de acción, y no podemos admitir ni tolerar consideraciones injustas y poco respetuosas.

En cuanto al recto proceder, no necesitamos enseñanzas ni consideraciones de parte de ninguno.

Yo personalmente no conozco las relaciones que corropos [*sic*, ¿corresponden?] el caso específico entre el Generalísimo Franco y el general Mancini [Roatta], V. S. mucho menos. Además no es nuestro deber juzgar y criticar.

Hace falta, en circunstancias semejantes, conservar el equilibrio y la calma.

Recambio su cordial saludo y recuerde que le he querido y le quiero pero soy siempre su comandante.

Este pulso entre fascistas, en el que los españoles acabaron imponiendo su autoridad, hizo que el desembarco de los que ya se veían libres a bordo de los dos barcos ingleses se demorase el día entero. Empezaron a bajar con la llegada de la noche, sobre las nueve, cuando algunos llevaban treinta horas allí metidos, sin apenas comer ni beber.

Eran unos 3.000, entre los que había al menos 200 cualificados responsables políticos y militares. Uno de los expulsados, el combatiente comunista vasco Manuel Eguidazu, sería el primero en ser fusilado en Santoña mes y medio después. Antes de alejarse en uno de los camiones aparcados en el muelle, Ángel Lamas pudo entregar clandestinamente a su esposa un papel

escrito durante su estancia en el barco. La mujer, a la que pusieron en libertad con sus hijos, pudo leer los nombres de 37 militares franquistas a los que su esposo había facilitado información durante la guerra y que ahora pretendía que lo librasen de la cárcel. No lo conseguiría. Condenado primero a muerte y más tarde a treinta años de reclusión, pasaría treinta y cuatro meses en la cárcel, los veintidós primeros en El Dueso.

200

El *Bovie*, un mercante botado en 1883 y que se encontraba al mando del capitán Georges Dupuy un griego corpulento y simpatizante de los nacionalistas, parecía un barco-hospital. Entre los desalojados había 500 heridos atendidos por tres médicos y diez enfermeras. Dupuy, que ya tenía experiencias en misiones de guerra en Africa, se opuso como pudo al desembarco, al igual que Costa e Silva, pero era inevitable.

Los italianos estaban humillados y no ocultaban su vergüenza ante los vascos, que oyeron las explicaciones de Farina: «Es lamentable contemplar cómo un general italiano no puede mantener una promesa que ha hecho. No había ocurrido otro tanto a lo largo de la historia».

Mientras sus jefes discutían con Franco, los italianos convencieron a los nacionalistas de que el desembarco era provisional y la salida en barco no estaba definitivamente cancelada. Al fin y al cabo en Santoña mandaban ellos, aunque callaron ante los vascos las verdaderas razones de aquella situación.

Al Pacto de Santoña se le iba ahora a añadir un insólito anexo sin que necesitase firma, como era ya costumbre entre las dos partes, representadas de nuevo por Ajuriaguerra y Roatta. A la espera de una solución definitiva, los vascos seguirían bajo custodia italiana en libertad, agrupados en el lugar que ellos mismos eligieran. Como eran tantos, escogieron la cárcel, que acababan de vaciar. Y allí acabaron todos, aunque al bajar de los barcos fueron separados: los civiles a El Dueso y los militares al campo de concentración de Laredo, llegando a utilizarse también en aquellos días como internamiento el colegio Barquín de Castro Urdiales. Era la primera vez en la historia que había unos presos de guerra en total libertad dentro de una cárcel.

Los barcos partieron de Santoña el domingo 29 de agosto. Antes fueron registrados varias veces por soldados franquistas. Un grupo de falangistas salió del *Bovie* con el archivo del Gobierno vasco que llevaba Joseba Rezola. Sin embargo, no descubrieron a seis polizones que, ayudados por dos maquinistas vascos de la tripulación, lograron quedarse a bordo y llegar a Bayona. Dos de ellos eran los capitanes médicos vascos Blas Labadía

Otamendi y Ramón Rodríguez de la Mata, que acabó exiliado en México. Unas libras esterlinas que acabaron en los bolsillos del fogonero facilitaron la huida.

ITALIA EVITA EL FUSILAMIENTO DE AJURIAGUERRA

Durante los ocho días que los rendidos de Santoña estuvieron en El Dueso custodiados por los italianos no sólo disfrutaron de una extraña libertad entre las rejas de la cárcel, sino que estaban esperanzados. El trato de los carceleros de Mussolini era bueno. La comida no tanto, pero había confianza en que aquella irrepetible experiencia sería breve. Ya llegarían los barcos y, si no, incluso había quien creía que serían los republicanos, a los que acababan de abandonar, quienes vendrían a rescatarlos.

201

Y si flaqueaban las fuerzas, nunca lo hacía el consuelo de la fe. Entre los encerrados había cuarenta y cinco curas nacionalistas que habían pasado la guerra con los batallones vascos, y nunca faltaron los ritos y los auxilios espirituales. El domingo 29 de agosto la misa fue multitudinaria, con miles de *gudaris* entonando el difícil *Liberame Domine*, ante los alucinados custodios italianos. Habían salido de Roma para luchar contra los comunistas, los ateos y los separatistas, pero era como si se hubiesen quedado en la plaza de San Pedro.⁵⁸

Sin embargo, ni Dios ni los italianos escucharon a los vascos. El cónsul Cavalletti estaba desaparecido y no atendía las llamadas desesperadas de los negociadores nacionalistas en Francia, por mandato expreso de su Gobierno. El enfrentamiento entre los militares franquistas y los italianos subió de tono con el confinamiento en El Dueso. El general Roatta, que había prometido a Ajuriaguerra que si Franco no cedía, la armada italiana liberaría a los nacionalistas a la fuerza, se tuvo que olvidar de su oferta. Cuando se despidió el mismo día 29 para partir definitivamente hacia el frente de Aragón con sus Flechas Negras, el Pacto de Santoña empezaba a tener tan poco valor como su palabra.

Franco quería a los presos de Santoña y, como la ejecución de su orden se demoraba por las dilaciones italianas, tensó la cuerda ante Mussolini. Amenazó con hacer pasar por un Consejo de Guerra a los oficiales italianos

⁵⁸ Gregorio Morán, *Los españoles que dejaron de serlo*, ob. cit., p. 233.

III. Hacia la capitulación total

que consideraba responsables de aquella intromisión en los asuntos españoles y acabó pidiendo el cese del general Bastico al conde Ciano. El Generalísimo nunca pudo digerir que Bastico, uno de los escasos militares italianos que gozaba de bien merecido prestigio, le discutiese el mando sobre la brigada mixta Flechas Negras, que el jefe del CTV defendía con ardor como propio. En carta a Pedro García Conde, para que el representante de la España franquista ante Italia expusiese sus argumentos al ministro de Exteriores italiano, Franco acusaba a Bastico de hacer posible la recuperación del ejército vasco tras la caída de Bilbao, de las negociaciones con los nacionalistas, de abierta insubordinación e incluso de tener un carácter «violento y poco reflexivo»⁵⁹.

A Ciano acudieron también los vascos, pero ya no quiso oírlos. Por encargo de José Antonio Aguirre, el padre Onaindia voló de nuevo a Roma en el *Negus* el 2 de septiembre, acompañado esta vez por el veterano *burikide* José María Izaurieta. El ministro se negó a recibirle e incluso amenazó al cura con entregarle a Franco por medio de su jefe de gabinete, Ottavio De Peppo.

Finalmente no hizo falta que el coronel Muñoz Grandes cumpliera su amenaza de tomar al asalto el penal de El Dueso, del que se hicieron cargo los franquistas el 4 de septiembre. Llegaron con un batallón de infantería, guardias de asalto y muchos oficiales y secretarios de auditoría militar dispuestos a impartir su implacable justicia. Se acababa la libertad condicionada y empezaba la militarización, los saludos fascistas de obligado cumplimiento, los malos tratos y hasta los robos indiscriminados a los presos.

202

Sintiéndose traicionado y desbordado por la impotencia, Ajuriaguerra perdió esa serenidad que hasta en los peores momentos lograba mantener, a pesar de su juventud, y despidió a los italianos con insultos. Ese mismo día inició una huelga de hambre. Un auditor de guerra lo amenazó con fusilarle inmediatamente si no cesaba su protesta, pero sólo consintió en comer seis días después, acatando una orden de los miembros del EBB reclusos en el penal: «Reunidos en El Dueso hoy 9 de septiembre, Arzelus, Markiegi, Alberdi, Unzeta, Artetxe y Solaun acuerdan comunicar a Ajuriaguerra que en evitación de un conflicto mayor que pudiera resultar más perjudicial para todos, debe desde este momento deponer su actitud y empezar de nuevo a alimentarse».

⁵⁹ Fernando de Meer, *ibíd.*, p. 543.

III. Hacia la capitulación total

Ya fuera por mala conciencia ante el compromiso no cumplido o por el temor a una campaña de desprestigio hacia la Italia fascista por parte del nacionalismo vasco, el general Roatta intentó una última gestión mientras Ajuriaguerra ayunaba. El 8 de septiembre se presentó ante Franco en Salamanca hecho una fiera, según Cavalletti.⁶⁰

Al general español los argumentos de su colega italiano sobre la obligación moral que había contraído con los nacionalistas vascos le repugnaban. Roatta llegó a proponerle un plan inverosímil que salvaba el honor de Italia. Los dirigentes nacionalistas huirían en barcos extranjeros, pero luego serían apresados por otros franquistas en alta mar. Al final lo único que arrancó el italiano fue el compromiso de que en los tribunales que juzgaban a los separatistas, a quienes tanto detestaba el Caudillo, hubiera un representante del CTV. Pasados los años, Roatta tuvo motivos para olvidar este trato de Franco, que le acogió en España después de haber sido declarado criminal de guerra en la II Guerra Mundial.

Esta concesión no impidió que las penas de muerte fueran dictadas de inmediato, tras juicios plagados de irregularidades. Las primeras fueron ejecutadas el 15 de octubre a un grupo de 14 personas escogidas selectivamente con criterios políticos. Eran significados dirigentes nacionalistas — del PNV, del sindicato ELA-STV y del Gobierno vasco — y otros de PSOE, PCE-EPK, CNT e Izquierda Republicana.

Los nacionalistas eran Ramón Azkue Gorostiaga, jefe del Euzko Gudarostea; Florencio Markiegi Ibarzábal, del EBB y alcalde de Deva; Felipe Tomás López Otamendi, jefe del Gabinete Radiotelegráfico de la Presidencia del Gobierno vasco; Felipe Marcaida Maurica, de ANV y maquinista del *bou Gasteiz*; y José Ibarbia Unzeta, responsable de ELA-STV en Guipúzcoa, al igual que Jesús Zabala Iriondo en Vizcaya. La macabra representación socialista la ostentaba Crispulo San Miguel Cubero, comandante del batallón UGT 3 González Peña. Los comunistas eran Manuel Eguidazu Garay, comandante del batallón Perezagua, y Ramón Rabaneda Portillo, jefe de la I Brigada del ejército vasco. Los de CNT eran Isidro Nicolás Sagastui y Manuel Natividad López. Los republicanos, Ciriaco Sanz Casamayor y Federico Sánchez Martín.

203

Todos fueron fusilados al amanecer en la playa de Berria, junto a la cárcel. El primero, Manuel Eguidazu, no por casualidad. Su muerte, encabezando la

⁶⁰ Vicente Talón, «Los vascos en la batalla de Santander», *Defensa*, 22, p. 52.

III. Hacia la capitulación total

lista, se vincula a la fuga de Alejandro Goicoechea, ingeniero como él. Sus fundadas sospechas sobre el padre del cinturón de hierro no habían servido para impedir la traición del futuro creador del Talgo, pero pudieron llevarle ante el pelotón de fusilamiento. Era un testigo demasiado incómodo.

Eguidazu había sido encarcelado por el Euzko Gudarostea nada más proclamarse la República Vasca de Santoña junto a su compañero comunista Teixeira. Lo hicieron para protegerlos, porque *gudaris* del batallón Aralar querían tomarse venganza del asesinato de diecisiete campesinos al comienzo de la guerra en Álava, hechos de los que culpaban a Teixeira, al que finalmente pusieron en libertad con la condición de que huyese. Eguidazu prefirió quedarse en Santoña. No sabía que iba a ser para siempre.

Los nacionalistas murieron gritando «Gora Euzkadi Askatuta», mientras sus asesinos coreaban «Viva España». Ramón Azkue llevaba una ikurriña en la solapa.

Las ejecuciones fueron una conmoción para sus compañeros presos, que acertaban al pensar que sólo serían las primeras. Ese mismo día Ajuriaguerra escribió a Roatta una carta póstuma con una advertencia en el sobre: «Para entregar después de mi fusilamiento». Cuatro días antes había sido condenado a muerte. El escrito, encabezado con el apodo y el cargo del general, «donde se encuentre», recordaba con amargura la «traición» italiana que empezaba ahora a pasar un tributo de sangre. Terminaba con un tono de perdón cristiano, no exento de advertencias:

Hoy han sido unos y en adelante caerán más. Entre ellos espero caer yo, y antes de caer quiero mostrarles que yo les perdono de corazón para que Dios perdone mis culpas y, sobre todo, la parte activa que he tenido en la entrega a la muerte de tanta gente de dignidad muy superior a la de ustedes y mía y que confiando en nosotros se entregaron.

Pero tengo que indicarle que así como los hombres tienen un premio y un castigo en la vida futura, los pueblos no tienen esa vida futura y Dios no puede menos de castigar a un pueblo y a un régimen como el de ustedes que emplea procedimientos deshonorosos para obtener fáciles triunfos ficticios, y que aunque ahora Italia y el fascismo aparezcan cubiertos de gloria, ésta es falsa y tiene que desaparecer antes de no mucho tiempo.

No sé si todo lo que sucede es con su asentimiento, pero tan culpable es el que da una palabra que sabe que no puede cumplir como el que pudiendo no la cumple.

Que este sacrificio nuestro fructifique y Dios dé a Euzkadi su libertad y a nosotros su eterno descanso.

Sin que su autor lo supiese, según la versión del EBB, la carta fue hecha llegar por los compañeros de Ajuriaguerra al cónsul Cavalletti, que a su vez la entregó a Roatta. Eso pudo salvarle la vida. Los militares y la diplomacia italiana, al igual que la británica, presionaron para evitar la ejecución de Ajuriaguerra, que permaneció ochocientos días condenado a muerte, hasta que su pena fue conmutada. Ciano intercedió por el líder peneuvista ante Franco, que estaba dispuesto a fusilar tanto a Ajuriaguerra como a Artetxe.

204

La mediación italiana también sirvió para que las condenas a los nacionalistas vascos fueran más benévolas que las que recibieron otros combatientes antifranquistas. El PNV estima que los ejecutados fueron 321, más en Vizcaya que en Santoña, porque muchos de los condenados fueron trasladados a la cárcel de Larrinaga. Entre los ajusticiados se encontraba el jefe de Estado Mayor, Ernesto de la Fuente. Las condenas eran elevadas, pero la mayoría de los presos de significativa participación en la guerra o en las actividades del nacionalismo no pasó más de tres años en prisión.

Después de Santoña, Ajuriaguerra estuvo en las cárceles de Bilbao, Burgos, Toledo, Sevilla y Las Palmas. Cuando purgaba cadena perpetua le ofrecieron trabajar en la reconstrucción del Alcázar de Toledo, pero se negó a aplicar su talento como ingeniero en obra tan simbólica para sus carceleros. Cuando le pusieron en libertad en 1943, con la prohibición de volver al País Vasco, inició en Pamplona su actividad clandestina en el PNV.

LOS BARCOS NO LLEGARON POR FALTA DE DINERO

El Pacto de Santoña fracasó por los graves errores que cometieron los nacionalistas vascos. Podrán culpar a Italia de plegarse a Franco, pero nunca de incumplimientos que sólo fueron responsabilidad suya. Técnicamente el pacto fue una chapuza a la que no fue ajena la división entre el PNV y el Gobierno, que es lo mismo que decir entre Ajuriaguerra y Aguirre.

La dilación que impusieron los vascos, hasta llegar a desesperar y molestar a los italianos, se volvió en su contra, como era de esperar, porque fue una táctica suicida para un ejército que se iba a rendir y que cuanto antes lo hiciera mejor habría protegido sus intereses. Sin que recibiera órdenes expresas para

ello, el propio Onaindia imprimía una intencionada lentitud a las conversaciones, creyendo que así garantizaba el éxito. De sus palabras, cuando explicó después esa estrategia, también se puede intuir una cierta soberbia por la parte vasca y la intención de guardar las apariencias: «Los italianos querían que nos rindiéramos enseguida. Ésa fue la primera petición que me hizo Ciano. Quería aparecer como el hombre que había conseguido la paz. Nosotros en cambio, yo personalmente, quería la paz pero que se hiciera más tarde. No porque quisiéramos la guerra, sino porque cuanto más se retardara pensábamos que tendríamos más facilidades, más derechos, más adquisiciones. En una palabra, que se nos respetaría más, logrando más a nuestro favor que si nos entregásemos como aquel que se siente derrotado. Ellos pensaron que las conversaciones no durarían más de ocho días y llegamos hasta el 25 o 26 de agosto»⁶¹.

205

Pero incluso con sus errores, que Ajuriaguerra achacaba a la inexperiencia de unos jóvenes que sólo habían negociado en tiempos de paz, la rendición de los nacionalistas habría acabado al menos con la evacuación de sus dirigentes a Francia si hubieran llegado los barcos para transportarlos. Ahí estuvo la clave del fracaso: que sólo llegaran a Santoña, y fuera del plazo acordado, dos de los catorce barcos previstos. Éste fue un misterio durante mucho tiempo. En presencia de Onaindia y los consejeros De la Torre y Leizaola, Aguirre inició las gestiones en Francia el 2 de agosto, dando al tema la mayor prioridad: «Hemos gastado dinero para hacer la guerra, matar y morir; hay que gastar todo el dinero que haga falta para salvar»⁶².

El responsable de conseguir los barcos fue el miembro del EBB Luis Zarrabeitia, que negoció para ello en Francia y el Reino Unido. Onaindia, aunque alude a catorce, cita en su libro once navíos que estaban destinados para dirigirse a Santoña desde Burdeos, Cardiff y Gijón, entre ellos el *Seven Seas Spray*.⁶³

El PNV abrió en 1938 una investigación interna para depurar responsabilidades por la ausencia de los barcos en Santoña, nombrando juez para ello a Ignacio Zubizarreta, que tomó declaración entre otros a Onaindia y Zarrabeitia, pero las dudas siguieron sin ser aclaradas.

⁶¹ Entrevista a Alberto Onaindía, Fondo Carlos Blasco, IGARDI.

⁶² Entrevista a Alberto Onaindía, Fondo Carlos Blasco, IGARDI.

⁶³ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 162.

III. Hacia la capitulación total

El misterio de los barcos lo acabaron desvelando Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz en su libro *El péndulo patriótico. Historia del PNV*, donde la cifra de embarcaciones que se cita es diez. De acuerdo con sus averiguaciones, el problema fue exclusivamente de dinero. Más exactamente de liquidez. El Gobierno vasco no podía asumir el pago de la operación por adelantado, como era obligatorio. «La única posibilidad era vender o empeñar unos *warrants* [resguardos de depósitos de mercancías almacenadas, en este caso en los muelles de Londres] para lo que se necesitaba la firma del dirigente *jelkide* Francisco Basterrechea, que se negaba a firmar, porque entendía que para ello era precisa la autorización de Prieto, ya que eran bienes propiedad de la República»⁶⁴.

SE DESMORONA LA RESISTENCIA REPUBLICANA

El Pacto de Santoña provocó el desmoronamiento de la resistencia republicana en el norte. La derrota parecía inevitable prácticamente desde que comenzó la guerra, pero se confiaba en que llegara el invierno y el freno que no conseguían poner los milicianos lo trajeran para el avance franquista el frío, la nieve y las lluvias. Y para el otoño la esperanza estaba en la recuperación de otros frentes.

206

La capitulación a los italianos aceleró la desaparición de la bandera tricolor que ondeaba en el norte de los mapas de campaña. El mismo Franco esperaba una resistencia numantina en Asturias, la zona roja de la cornisa cantábrica, pero aquel ejército ya había perdido el norte definitivamente en Santander.

A Asturias sólo llegaron tres batallones del ejército vasco, pertenecientes a la división que mandaba el comandante Ibarrola. Eran los comunistas Guipúzcoa y Larrañaga y el anarquista Isaac Puente. En el oriente asturiano se formaron luego otros dos con soldados dispersos que habían visto desaparecer sus unidades, pero dispuestos a seguir luchando. Algunos estaban heridos. Eran los primeros batallones vascos en los que se juntaban sin problemas milicianos de todas las ideologías o militancias. Las lecciones de aquella guerra siempre llegaban demasiado tarde en el bando republicano.

⁶⁴ Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del PNV*, II, ob. cit., p. 36.

III. Hacia la capitulación total

Los batallones vascos que continuaron la lucha mostraron un comportamiento heroico, tanto en Cabezón de la Sal, donde trajeron en jaque varios días a los franquistas, ocasionándoles muchas bajas, como en el oriente de Asturias. Junto a los anarquistas asturianos, a ellos se debió la épica resistencia en El Mazucu, un monte del concejo de Llanes donde contuvieron a los nacionales desde el 10 de septiembre al 1 de octubre de 1937. Aquella batalla, donde se llegó al cuerpo a cuerpo, fue la última de la guerra en el norte, que a partir de ahí sería un paseo para los franquistas.

Los vascos no habían sido bien recibidos en Asturias, donde la rendición de Santoña fue para ellos un continuo motivo de reproches y descalificaciones. La herida ya se había abierto en Vizcaya y no había curado nunca. No se llegó a los extremos de Santander, pero fueron tildados de cobardes por una traición que sentían con más dolor que nadie y de la que ninguna culpa tenían. El incidente más importante se produjo en Cangas de Onís y tuvo más de opereta que de parte de guerra.

A los conductores de unos camiones de los batallones vascos se les negó gasolina por orden de Manuel Sánchez Noriega. Apodado *El Coritu*, el socialista Sánchez Noriega era comandante militar de Cangas de Onís y del batallón Asturias 38. Mandaba la 188 Brigada Mixta, encargada de la defensa de los puertos de Tarna, El Pontón y San Isidro. A aquellas alturas de la guerra ya se había forjado una auténtica leyenda en torno a su figura, que personificaba ese carácter impulsivo y vehemente en el que el coraje y la irracionalidad se dan a menudo la mano. Había combatido junto a Pancho Villa en México, donde era emigrante, y en el frente del norte se hacía acompañar por un mexicano apodado *El Chingao*, que era su sombra y su guardaespaldas.

Enterados los jefes de división Cristóbal Errandonea y Ricardo Gómez del incidente con los conductores, se fueron a pedir explicaciones al Coritu, acompañados de los hermanos Tatxo y Miguel Amilibia, comisario y diputado socialista respectivamente. Interrumpiendo su almuerzo, el comandante astur- mexicano se encaró con los visitantes con sus modales habituales. Les dijo que en Asturias no había gasolina para los cobardes vascos porque no la necesitaban, ya que corrían como galgos frente al enemigo. La respuesta airada de Tatxo Amilibia fue un sonoro bofetón, preludio de su huida a la carrera, acompañado de sus tres compañeros, mientras el Coritu se hacía con el fusil de uno de sus guardianes para limpiar su mancillado honor.

III. Hacia la capitulación total

La persecución a tiro limpio por Cangas de Onís se saldó sin víctimas gracias a la excitación del tirador y a la rapidez de los corredores, que vadearon el río Sella para perderse por los montes de Asturias. Miguel Amilibia, que había quedado rezagado, salvó la vida cuando fue descubierto en un portal al enseñar su carné de diputado y demostrar al Coritu su amistad con Belarmino Tomás, el presidente del Consejo Soberano de Asturias. Su hermano Tatxo se tuvo que esconder por Asturias hasta la entrada de los rebeldes, que no debían de tener tantas ganas de capturarlo como el Coritu.

No duró mucho tiempo la clandestinidad de Tatxo Amilibia. El 20 de octubre salía en uno de los barcos que partieron hacia Francia de los puertos de Avilés y Gijón, cargados de políticos, milicianos y civiles que huían de las tropas franquistas que conquistaron ese día el último palmo de territorio leal en el norte. En otras embarcaciones iban su hermano Miguel y otros dirigentes republicanos vascos que continuaron combatiendo hasta Asturias. Ellos tuvieron suerte y llegaron a su destino, pero muchos se hundieron en aquella trágica odisea, como el sueño republicano en las aguas del Cantábrico.

NO REMOVER SANTOÑA

Si el Pacto de Santoña tuvo una gran importancia militar y política, no pasó lo mismo con sus repercusiones, tan escasas que parecía que nada hubiera ocurrido en aquellos parajes de La Montaña. A nadie, ni siquiera a los republicanos, parecía interesarle remover tan turbio asunto.

El PNV cerró filas y pasó página lo antes posible. De puertas adentro, lo ocurrido en Cantabria se interpretó no como una planeada rendición, ni mucho menos como una traición, sino como la reacción natural de los vascos, muy bien representada en la vieja tradición del Malato, el árbol que dio nombre a un batallón nacionalista. La leyenda indica que está plantado en Luyando, en la frontera sur de Vizcaya, que es el límite hasta el que los vascos están obligados a empuñar las armas contra los invasores. Fuera de su tierra, el *gudari* ya no tiene razones para luchar. Al nacionalismo vasco se le podrá acusar de belicismo, pero nunca de expansionismo.

El distanciamiento entre Aguirre y Ajuriaguerra era ahora también físico, uno en Francia y otro en el penal de El Dueso, lo que facilitó la vuelta a la unidad de acción. Además el ideario nacionalista hace a sus seguidores aparcar

cualquier discrepancia cuando está en peligro la patria, que es la prioridad absoluta. Y Euzkadi no es que peligrara: había desaparecido. Su recuperación exigía enterrar las discrepancias y la memoria de las últimas semanas del Euzko Gudarostea.

208

En realidad, las diferencias entre Aguirre y Ajuriaguerra respecto al pacto con los italianos no eran tan manifiestas como pudiera parecer. El lendakari inició las negociaciones de las que más tarde fue apartado y al final quiso utilizarlas para sacar a los *gudaris* del territorio conquistado por los enemigos en los barcos que nunca llegaron. Su intención, como vimos, era que transportaran a los combatientes hasta Francia para luego seguir luchando en Cataluña, en dirección a Navarra. Una propuesta que sólo encajaba en su mente y que los hechos demostrarían que, como Azaña y los dirigentes republicanos le dijeron, no tenía ningún sentido. Los últimos días de agosto 8.000 *gudaris* coincidieron con Aguirre en Bayona, a donde habían logrado llegar desde Santander. Se negaron a volver a combatir en territorio republicano, pese a las gestiones del Gobierno de Valencia, por lo que el propio ejecutivo de Aguirre inició otras para trasladarlos a América.⁶⁵

Los presos de Santoña también contribuían decisivamente a calmar las aguas de la familia nacionalista y eran el motivo fundamental de sus desvelos. Las protestas por su situación llegaron hasta la Sociedad de Naciones en Ginebra, por gestiones de Telesforo Monzón.

La Segunda República tampoco demostró interés alguno en aclarar y pedir responsabilidades por el Pacto de Santoña, donde fue engañada, traicionada y perjudicada. Se llegó a nombrar un juzgado especial del Tribunal Supremo para investigar lo ocurrido, pero el proceso no concluyó, porque lo hizo antes la guerra. Como medida de precaución, el PNV recomendó a algunos afiliados que estaban en España que trasladaran su residencia a Francia «para que ninguno de los máximos responsables quedara a merced de la justicia republicana»⁶⁶.

Resignado y sintiéndose traicionado casi por todos, incluidos los nacionalistas catalanes y vascos, Manuel Azaña no mostró sorpresa ni reacción alguna ante una desertión que ya había pronosticado. El Pacto de Santoña salió en algunos Consejos de Ministros de manera informal, sin que Manuel

⁶⁵ Luis María Jiménez de Aberasturi, *Crónica de la guerra en el norte*, ob. cit., p. 277.

⁶⁶ Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del PNVII*, ob. cit., p. 41.

Irujo aclarase nada ni defendiese a los rendidos. El delicado asunto lo llevaba personalmente Indalecio Prieto que, como sus amigos del PNV, lo encerró bajo llave en la caja del olvido.

Cuando se lo pedían, el ministro de Defensa se negaba rotundamente a acometer ningún tipo de sanciones contra los nacionalistas vascos por su capitulación, arguyendo que si había en su actitud deslealtad con la República, era una más de las muchas que había soportado.

Prieto era directo protagonista de lo ocurrido, aunque no hubiera pisado Santoña ni tuviera relación alguna con el pacto. Los nacionalistas no se sentían traidores, sino traicionados por el Gobierno republicano que no les supo defender, sobre todo por no enviarles los aviones que demandaban. Don Inda, como le gustaba que le llamaran, era desde su ministerio el directo responsable de tal situación.

209

Rabiosamente enfrentado a los comunistas y a su camarada Largo Caballero, Prieto era el líder del sector socialdemócrata del PSOE y estaba más cercano a sus paisanos, los nacionalistas vascos, que a los radicales de su partido. Si en verdad fue boicoteado por los militares y aviadores rusos como sostenía Aguirre, el ministro reaccionó a esa humillación personal y a esa operación contra el pueblo vasco con el silencio. Sin embargo, en ningún caso se puede culpar a este político bilbaíno de adopción de ser el responsable de la indefensión de su tierra. Sufrió tanto por ello y cayó de tal manera en la desesperación tras la toma de Bilbao, que confesó a Leizaola y Zugazagoitia que ahí estuvo a punto de concluir, no ya su carrera política, sino su vida, por decisión propia: «He tenido unas horas tan amargas y he medido tan severamente la que juzgo mi responsabilidad que, aparte de haber enviado al jefe del Gobierno una carta con mi dimisión, pensé en el suicidio. Esa idea llegó a obsesionarme y tuve la pistola a punto. La reputaba como mi única solución»⁶⁷.

En febrero de 1938, Alberto Onaindia se entrevistó en Barcelona con Indalecio Prieto para tratar de conseguir el canje del obispo de Teruel, Anselmo Polanco, entonces detenido en la zona republicana y más tarde fusilado. La sorpresa del mediador en aquella operación frustrada fue mayúscula cuando comprobó que el ministro de Defensa no hacía mención alguna al Pacto de Santoña, como si fuese un tema que no despertase su

⁶⁷ Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, ob. cit., p. 329.

interés. José Antonio Aguirre, entonces en la capital catalana al frente de su Gobierno exiliado, le había mostrado su gran inquietud a Onaindia el día anterior por las preguntas que esperaba de Prieto.

Según el tiempo pasaba se conocía mejor lo ocurrido y se reducía la lógica falta de información de aquellos tiempos en que las noticias no volaban, como los aviones de Prieto sobre Bilbao. Sin embargo, aunque ya no pudiese pretextar ignorancia, el ministro de la boina tampoco modificó su opinión: «¿Santoña? Es oscuro, pero el vasco fuera de su país no es el mismo. Además, qué iban a hacer si en Santander fueron mal recibidos y hasta algunos asesinados».

Hasta la muerte de Aguirre, que precedió a la suya en el exilio mexicano en 1962, Prieto mantuvo la confianza y la amistad con el lendakari, de quien destacó siempre su lealtad a la República, incluso por escrito. Pero si algo sirvió para evitar que el Pacto de Santoña se convirtiese en un motivo de vergüenza y desprestigio para el nacionalismo vasco fue la firmeza y la laboriosidad de José Antonio Aguirre. Nunca consintió que nadie insinuara lo más mínimo sobre la conducta de los vascos ni que se utilizara la capitulación para pasar viejas facturas. Demostrando la astucia política y la intuición que ni sus enemigos podían cuestionarle, respondió a las tímidas pretensiones para conocer la verdad con ataques demoledores. Como debía saber de sus tiempos de futbolista en el Athletic, como mejor se guarda la portería es llevando la delantera.

Con los primeros rumores, la reacción del presidente vasco no se hizo esperar y advirtió a su colega republicano Juan Negrín: «He visto que algún periódico ha hecho relación a esto llamándolo traición. ¡Cuidado con los calificativos! — le dije —, porque los hombres que han sabido quedarse con su pueblo irremisiblemente perdido y que obraron como obraron para salvarlo, siendo condenados a muerte, no son ningunos traidores. Ellos serán los que en el día de mañana en Euzkadi enarbolarán la bandera de la víctima llamando a un lado a los que fueron leales y a otro a los que escaparon. No estoy dispuesto a que estos calificativos aparezcan de nuevo en la prensa».

210

Según Aguirre, la reacción de Negrín fue primero silenciosa e instantes después muy cordial. La táctica del presidente del Gobierno republicano ante este espinoso asunto, que era uno más de los muchos problemas internos a los que se tenía que enfrentar, consistió en restar importancia a lo que oficialmente consideraba un acuerdo entre soldados italianos y vascos. En la

III. Hacia la capitulación total

prensa no volvieron las alusiones al Pacto de Santoña ni tampoco las hubo en las entrevistas que mantuvo el presidente vasco con los dirigentes y militares republicanos que fueron directos protagonistas de lo ocurrido, incluyendo una con Gámir Ulibarri. Tras recibir su visita, Aguirre le dijo a Ajuriaguerra en una carta que «el general se está portando muy bien»⁶⁸. En su libro sobre la guerra, publicado en Francia en 1939, Gámir evita alusiones a la rendición de Santoña y prescinde de críticas al nacionalismo vasco.

Cuando Aguirre se enteró de la apertura de un expediente de «responsabilidades por la caída del norte» anunció a Negrín que «había llegado para mí el momento de querellarme contra el Estado, pues caiga quien caiga sacaré mi archivo y comenzaré el informe atacando»⁶⁹. Así lo hizo, y fruto de su concienzudo trabajo, aportando todo tipo de datos y documentos, surgió el «Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República». En sus 443 páginas el ya lindakari en el exilio hace una sesuda e inteligente justificación de la actuación del nacionalismo vasco en la guerra, resaltando los datos y las actuaciones favorables, obviando casi todo lo desfavorable, interpretando en su favor lo dudoso y recalcando las conductas negativas de sus aliados. En este último apartado dio especial importancia a la huida bochornosa de los dirigentes republicanos en los momentos previos a la caída de Santander y de Asturias. Salieron en barcos sin avisar a la población civil, produciéndose escenas que han manchado ante la historia el nombre de la Segunda República y en especial el de la izquierda española durante la guerra. En Santander se llegaron a emplazar ametralladoras para evitar la salida en masa de los soldados amontonados en los muelles. Azaña asegura que «emborracharon a la tropa». «Desde hacía mucho tiempo no había coñac ni jerez. El último día aparecieron miles de cajas, a disposición de la fuerza»⁷⁰.

Presas de la desesperación y el pánico, muchas personas murieron intentando escapar de la capital santanderina, algunos a nado o apilados en barcos como el *José Moreno*, que se fue a pique porque nadie sabía dirigirlo, con su cargamento humano de mujeres y niños.

En Gijón, el triste espectáculo del pueblo abandonado a su suerte se repitió, mientras el Consejo Soberano de Asturias, con Belarmino Tomás a la cabeza, alcanzaba la costa francesa.

⁶⁸ Carta de José Antonio Aguirre a Juan Ajuriaguerra, 4 de marzo de 1938.

⁶⁹ Carta de José Antonio Aguirre a Juan Ajuriaguerra, 4 de marzo de 1938.

⁷⁰ Manuel Azaña, *Memorias políticas y de guerra 1937-1939*, ob. cit., p. 516.

Los argumentos de Aguirre, contrastando estas situaciones con la de Santoña,

donde los dirigentes y los soldados compartían celda, también calaron en socialistas vascos como los consejeros Aznar y Gracia, que declararon: «Ante los hombres que se quedaron con las tropas, en contraste con la conducta de los de otros partidos, no hay más remedio que saludarles con el sombrero en la mano»⁷¹.

Mientras tanto, el 7 de septiembre el socialista Toyos y el republicano Andrés Arzadun viajaron a Bruselas para presionar a Italia y que cumplierse sus compromisos relacionados con el pacto. Esto provocó la repulsa de los dirigentes belgas de izquierdas con los que se entrevistaron, y añadió más leña al fuego.⁷²

Las relaciones entre el nacionalismo vasco y el Gobierno republicano no se deterioraron nada. Irujo siguió como ministro y más tarde le sustituiría Tomás Bilbao, de ANV. En octubre de 1937 el PNV dio un voto de confianza al gabinete Negrín en las Cortes, aunque esa decisión provocó una limitada crisis interna en el partido. Al dar el pésame a los familiares de los primeros fusilados en Santoña, el miembro de EBB Jesús Aguirregoitia les dijo que su muerte se debía a una represalia de Franco por ese apoyo parlamentario del PNV. El diputado Lasarte se indignó por ello, sintiéndose acusado de aquellos fusilamientos, por lo que consiguió la reprobación interna de Aguirregoitia.⁷³

El Pacto de Santoña pasó al baúl del olvido de la historia porque a ninguno de sus protagonistas le interesaba airearlo. Por supuesto, no al nacionalismo vasco, que demostraba una innoble falta de lealtad hacia sus aliados democráticos y un repudiable posibilismo pactando con el fascismo, al que abrazaba porque no era español. Tampoco le interesaba al lendakari Aguirre, que si quiso engañar a los italianos acabó siendo el primer engañado, como lo fueron con sus omisiones, su nada edificante doble juego e incluso sus falsedades, sus aliados republicanos, que habían depositado en él su confianza.

Los italianos, humillados por Franco y obligados a desdecirse de su palabra, ninguna razón tenían para enorgullecerse de su papel. Lograron sus objetivos y consintieron que no lo pudieran hacer los vascos. Y Franco tampoco salía

⁷¹ Carta de José Antonio Aguirre a Juan Ajuriaguerra, 4 de marzo de 1938.

⁷² Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz, *ibíd.*, p. 38.

⁷³ Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz, *ibíd.*, p. 39.

III. Hacia la capitulación total

bien parado, porque la rendición de los vascos no fue ante su ejército, sino ante otro extranjero, que además salió de Santander con la honra de haber conseguido una gran victoria militar.

Y para los republicanos, por último, que bastante tenían con seguir resistiendo las embestidas enemigas en la guerra, mejor que no trascendiera mucho la capitulación de su ejército dividido, para evitar una mayor desmoralización de sus decaídas tropas. Y hasta le podía venir bien la demostración de la participación decisiva en la guerra de un ejército extranjero. Ante las democracias, el PNV era el único aval moderado y católico de una República a la que creían en manos del marxismo.

IV. EL PACTO DEL SILENCIO

Silenciar el Pacto de Santoña se convirtió en una auténtica obsesión para los dirigentes nacionalistas, especialmente para sus protagonistas. Tras el de la capitulación venía el pacto del silencio.

Desde la cárcel, Ajuriaguerra dio la orden de mantener cerradas las bocas y los archivos para que nada se supiera, aunque el líder del PNV nunca renunció a conocer más informaciones de lo ocurrido. Para esa tarea investigadora envió a Londres a Alberto Elósegui y a Italia a Sancho de Beurko, que nada de relevancia consiguieron en sus pesquisas.

A José Antonio Aguirre que se supiera la verdad aún le preocupaba más, porque su empeño personal y la estrategia nacionalista pasaban por hacer creer que nada tenía que ver con Santoña. Una vez más, por su pericia y su insistencia, salió del envite con éxito, y su figura es hoy venerada por los nacionalistas vascos, respetada por los constitucionalistas e históricamente reconocida por los republicanos, que le consideran un fiel servidor de la Segunda República. Apartando a Aguirre de cualquier responsabilidad en la rendición de su ejército, como ya se había decidido en los días finales de Santander, se defendía su prestigio y el de Euzkadi frente a la historia.

Aún no había acabado la guerra en España y tanto el partido como el lendakari se apresuraron a hacer desaparecer de la circulación pública los comprometedores papeles del Pacto de Santoña. La documentación original del Gobierno vasco y el PNV se la llevaron los franquistas con el archivo que Joseba Rezola había subido a bordo del *Bovie*, y aún no ha aparecido. Sin embargo, como era previsible en hombre tan meticoloso, Alberto Onaindia guardaba copias de la inmensa mayoría de los documentos. En 1938 el PNV le ordenó su devolución y Aguirre, que además de amigo personal era un caballero vasco, más bien se la solicitó. El cura se resistió a la exigencia del partido, pero con Aguirre acordó una solución. Entregó las copias y algunos originales en dos sobres lacrados en la sede del Gobierno vasco en París, en los que se podía leer: «Documentación del Sr. Onaindia — Para uso exclusivo del Sr. Presidente». En el acto de entrega estaba presente el donante, Aguirre y Doroteo Ziaurriz, que aún era presidente del EBB.

En plena ofensiva alemana, cuando el Gobierno francés ordenó el cierre de la sede del vasco, Onaindia logró sacar de la sede la carpeta que contenía los dos sobres. En aquellos días de junio de 1940, cuando los nazis estaban en los alrededores de París, el sacerdote nacionalista metió la documentación en una maleta y la envió por una agencia de transporte a la casa de su madre en Ascaín, en el País Vasco Francés. Milagrosamente, atravesando el territorio que ya controlaban los alemanes, la maleta llegó a su destino semanas después y hasta el final de la II Guerra Mundial estuvo oculta en la casa de Ascaín de los Idiart, familia amiga de los Onaindia.

213

En un destructor canadiense, el *Restigouche*, pudo escapar Alberto Onaindia de los nazis el 25 de junio desde el puerto de San Juan de Luz. Veinticuatro horas después iniciaba su exilio inglés al poner pie en Plymouth¹. En Londres, donde fijó su residencia, el mediador del Pacto de Santoña demostró sus dotes periodísticas en los micrófonos de la BBC, con un programa semanal en castellano para la audiencia española en el que usaba el seudónimo de James Masterton.

De vuelta a Francia en 1944, tras la salida de los nazis, Onaindia volvió a cultivar la amistad con José Antonio Aguirre. Todos los sábados cenaba en la casa parisina del lendakari en el exilio, en un rito al que tampoco faltaban Manuel Irujo ni Jesús María Leizaola. Nunca salía el tema de Santoña. Tampoco cuando el cura y el presidente hablaban a solas. Para Aguirre era como ahondar en una tragedia familiar. Algunas cuestiones es mejor olvidarlas, y Onaindia intuía en aquellos silencios la carga de la mala conciencia.

En 1946 Radio París dio cauce a las inquietudes sociales y a la militancia antifascista de Alberto Onaindia. La emisora le cedió un programa semanal que tuvo un tremendo éxito. Llegó a tener cuatro millones de oyentes, y la correspondencia era tan grande que le pusieron un ayudante sólo para atenderla. Para entonces cambió el seudónimo por el de padre Olaso.

Durante una década las charlas del padre Olaso fueron un verdadero bálsamo para las víctimas del franquismo en España y le convirtieron en una persona entrañable para los resistentes a la dictadura. Su firme voz no temblaba para denunciar los asesinatos y atropellos del régimen, aunque pronto descubrió que las alocuciones que más gustaban a sus seguidores eran

¹ Alberto Onaindía, *El «Pacto» de Santoña*, ob. cit., p. 18.

las que trataban temas humanos, una máxima de la profesión que no todos los periodistas captan como hizo Onaindia. Su amigo el doctor Marañón y su cocinera lo escuchaban conmovidos.

Para Franco, que ya lo había padecido en España y en Italia durante la guerra, el padre Olaso se convirtió en una verdadera pesadilla, el símbolo de los curas rojos y separatistas que para el dictador eran la pura esencia del mal, el anticristo. Tanto es así que en 1956 Radio París suprimió el programa por presiones del Gobierno francés, que atendió las protestas del español. En aquella época los dos Gobiernos mantuvieron negociaciones a costa de sus intereses coloniales en el norte de África. La voz silenciada de Onaindia fue al parecer la moneda de cambio en aquellas conversaciones. El director de la emisora dimitió en señal de protesta.

En 1950 el padre Onaindia había comenzado a trabajar como traductor en la sección española de la Unesco en París. Cuando se jubiló en 1962 regresó con su familia a Ascaín, un pueblecito pegado a San Juan de Luz. El mismo techo cobijaba a una decena de personas, aunque Alberto no tardaría en desplazarse a San Juan de Luz en compañía de sus hermanas Juana y Carmen para compartir casa con su hermano Domingo, también sacerdote y una figura muy popular en la localidad vasco- francesa.

214

El 14 de marzo de 1967 le fue a visitar una delegación oficial del EBB en el exilio en aplicación de un acuerdo anterior. La componían Ignacio Unzeta, Jesús Solaun y Mikel Isasi. Faltaba Juan Ajuriaguerra, que era el auténtico instigador de la decisión que venían a comunicar a Alberto Onaindia. Se trataba de prohibirle la publicación de un libro que ya tenía título: *Antecedentes de la capitulación de Santoña*. La reunión fue tensa y desagradable. El escritor al que se pretendía censurar arguyó que todo lo que publicaría eran los documentos sobre unos hechos reales: la pura verdad. Sus censores no lo ponían en duda, pero uno de ellos dictaminó: «Sin embargo, se podría decir que usted sólo describe una fachada y no el conjunto del edificio».

Onaindia había decidido publicar sus documentos porque consideraba que ya había pasado el tiempo suficiente para ello. José Antonio Aguirre había fallecido el 3 de marzo de 1960 súbitamente a causa de una angina de pecho. Si viviera, seguirían bajo llave, pero ahora no veía ninguna razón para ocultar a los vascos una parte fundamental de su historia reciente. A pesar de ello, anteponiendo a esos planteamientos su obediencia al PNV y su respeto a sus dirigentes, aceptó el veto resignadamente.

Veía su Euzkadi añorada desde el otro lado de la *muga* (frontera), en sus paseos diarios por el monte, pero Alberto Onaindia no pisó suelo vasco español hasta 1977, dos años después de la muerte de Franco. No regresó nunca de manera definitiva, porque continuó residiendo en Ascaín, aunque con su curiosidad y su inquietud intactas, a pesar de la edad, seguía al día la actualidad en aquellos años convulsos de la restauración democrática. También atravesaba la frontera con frecuencia.

Sin embargo, aquella Euskadi no era la suya. No sólo porque le hubieran cambiado la «z» por la «s», y ahora fuera «Euskadi», sino porque no identificaba su país en aquella espiral de violencia, odio y enfrentamientos. No entendía el fenómeno de ETA, esa hija del nacionalismo que le deprimía tanto como le indignaba. El nacionalismo de su generación y de su época era conciliador y humanista. No se reconocía en éste de confrontación y materialismo. El auge del marxismo en el País Vasco le descolocaba. Nunca había sido un furibundo anticomunista, porque el «anti» sólo lo anteponía al fascismo, pero a aquel pionero de la democracia cristiana en España le parecía incomprensible que del nacionalismo vasco de raíz católica hubiera surgido la hidra totalitaria. En 1980 mostraba su perplejidad en una entrevista que concedió al periódico *Deia*, en la que recordaba que los de su generación «no estábamos contra nadie, no hablábamos mal de España: aprendimos en nuestro tiempo la tolerancia, la lealtad». Y sobre el presente denunciaba la gravedad del «problema del odio e intransigencia o entre vascos»².

Nunca abandonó el periodismo y era asiduo colaborador de la prensa vasca. Sus apariciones públicas eran esporádicas, como cuando en julio de 1984 devolvió en Ajuria-Enea al lendakari Carlos Garaikoetxea la ikurriña que sacó del despacho de José Antonio Aguirre en París poco antes de la entrada de los nazis, junto a los polémicos documentos del Pacto de Santoña.

215

Euzkadi y el nuevo sistema democrático, dos restauraciones a las que había contribuido decisivamente, ni reconocieron su figura ni aprovecharon su talento bien pulido por la experiencia de una biografía apasionante. Peligroso para el nuevo poder nacionalista por su pasión por la verdad y la libertad, que fueron los pilares que sostuvieron su vida, la presencia y el testimonio de Alberto Onaindia se convirtieron en un problema, porque era un testigo

² Entrevista a Alberto Onaindia en *Deia*, 26 de octubre de 1980.

IV. El Pacto del Silencio

incómodo de unos hechos que no podían salir a la luz y una voz rebelde a la que era imposible acallar.

Abandonó sus colaboraciones en el periódico *Deia*, directamente vinculado al PNV, por no admitir la censura en sus artículos. El que primero fue amordazado por el propio Franco no iba a admitir que, muerto el dictador, lo hiciera callar su partido en democracia, si es que todavía lo consideraba propio. Acabó escribiendo en *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, el gran periódico españolista del País Vasco.

Tampoco de la Iglesia pudo esperar otro trato. Nunca se doblegó ante la jerarquía y eso se paga. La guerra, sus ideas nacionalistas, su activismo contra el franquismo y su independencia de criterios le cortaron una prometedora carrera eclesiástica, donde por su capacidad, su cultura y su carácter habría podido llegar a cardenal. Las autoridades franquistas le abrieron dos procesos, en 1938 y 1961, acusándole de defender ideas comunistas, pero no prosperaron.

Tenía preparado un volumen sobre su experiencia en la canonjía de Valladolid, donde el Vaticano, el cabildo y el arzobispado no salían impolutos. Al arzobispo de Valladolid, José Delicado Baeza, los papeles de Onaindia también le debían de provocar pánico. Aquel libro nunca se publicó. La razón se vislumbra en una carta que envió a Toledo en enero de 1982 al cardenal primado de España, Marcelo González, con quien conservó siempre una cálida amistad:

«No sé si lo publicaré un día. El tema es jurídico, pero naturalmente salen al descubierto los métodos pocos humanos de las curias, sobre todo de la romana; si a alguien molestara la publicación, a mí, ciertamente, no. Todo el volumen va documentado, y unos breves comentarios. La primera vez que hablé con monseñor Delicado me dijo: “Veo que usted habla en estilo directo y con claridad, sin disimulos”. Esto le extrañó. Curiosa extrañeza. Según se ve, a algunos les gusta el disimulo, la vía indirecta, y sobre todo lo que ello arrastra consigo».

La decepción del padre Onaindia con la Iglesia en sus últimos años fue tal, que si no la abandonó fue exclusivamente por su fe.

El 15 de diciembre de 1979 había vuelto como lendakari Jesús María Leizaola, clausurando en París la sede del Gobierno en el exilio más antiguo del mundo. El recibimiento en Bilbao fue apoteósico y emocionante, con veteranos *gudaris* del batallón Ibaizábal llorando mientras formaban en tres

filas en el aeropuerto de Sondica. La vieja guardia peneuvista de Santoña ya había sido apartada del partido en 1970, para dar paso a nuevos valores, entre los que destacaba un ex jesuita llamado Xabier Arzalluz, aunque Juan Ajuriaguerra seguía ejerciendo un liderazgo indiscutible.³

216

Santoña era un tema más tabú que nunca, porque no podía cuestionarse la legitimidad democrática y el prestigio antifascista labrado por el PNV durante la dictadura, ahora que se había derrumbado y volvían a hablar las urnas.

La rendición siempre fue una espina clavada en la familia nacionalista. En muchos *gudaris* y protagonistas anidaba la mala conciencia, pero no tanto por la capitulación a los italianos, que se ha presentado hasta hoy como algo inevitable e incluso encomiable, como por la rendición de Bilbao. Una cosa era traicionar a la República y otra al propio PNV.

El escabroso tema salió a relucir a veces en actos públicos, y no faltaron discusiones y reproches, incluso a Leizaola, que para algunos viejos *gudaris* acabó siendo esa esfinge a la que era imposible arrancar una palabra.

En las primeras elecciones democráticas, en junio de 1977, Juan Ajuriaguerra fue un candidato para el que su participación en el Pacto de Santoña no suponía demérito alguno, sino más bien lo contrario. Aunque huía del culto a la personalidad, se había convertido en un mito viviente, y su influencia seguía siendo tan grande que de su cabeza salió el lema electoral del PNV: «Fuerza, eficacia y honradez». Cuando dos meses después ya era diputado levantó el veto que él mismo había impuesto al partido, con unas declaraciones a *Deia* en las que por primera vez se refería públicamente a los detalles de las negociaciones y la rendición. Miguel Amilibia desde San Sebastián, a donde había regresado del exilio en Chile, y Alberto Onaindia desde su refugio de Ascaín, replicaron por escrito con cierta indignación. El antiguo diputado socialista, que ahora simpatizaba con Herri Batasuna, lo hizo enviando una carta al mismo periódico, que no le publicaron. El cura mandó la suya al EBB, desmontando las falsedades que Ajuriaguerra decía en la entrevista: en la madrugada del 18 de agosto en Biarritz no firmó el Pacto de Santoña y el conde Ciano no entraba y salía continuamente de su despacho cuando lo visitó Onaindia para consultar con Mussolini. El mediador del Pacto de Santoña siempre sostuvo que nunca hubo firma que lo avalara, al menos en su presencia, como en aquella histórica reunión de Biarritz.

³ Koldo San Sebastián, *Historia del Partido Nacionalista Vasco*, ob. cit., p. 106.

Si ya llevaba tiempo decidido a publicar los documentos secretos, que el mismísimo censor Ajuriaguerra hubiera abierto la boca tanto tiempo cerrada, diciendo además inexactitudes, le animó definitivamente a sacarlos del cajón del olvido. Sólo los habían leído un grupo reducido de personas, entre ellas Jesús María Leizaola, Manuel Irujo, José María Lasarte, el que fuera magistrado del Tribunal Supremo, Bonifacio Etxegarai, y el historiador oficioso del PNV, Ildefonso Gurruchaga.

El «Pacto» de Santoña apareció en 1983, cinco años después de la muerte de Ajuriaguerra, despedido con un funeral multitudinario en la basílica de Begoña de Bilbao, donde Alberto Onaindia fue uno de los oficiantes. El título original lleva la palabra «Pacto» entrecomillada, y tras el nombre del autor figura entre paréntesis su apodo periodístico de P. Olaso. Además de los documentos, el texto incluye comentarios aclaratorios. La lectura se inicia con un prólogo y un doble prefacio en donde se detallan todos los avatares e imposiciones que impidieron durante cuarenta y seis años la publicación del libro.

217

Editado por Laiz, una pequeña editorial vasca, *El «Pacto» de Santoña* no tuvo ninguna repercusión y se convirtió en un libro maldito, como el episodio histórico que con rigor describe. Su acogida en la prensa fue muy discreta, incluida la nacionalista, que obvió sus impactantes revelaciones sobre el más oscuro pasaje del pasado del nacionalismo vasco. Hoy es una tarea muy complicada conseguir un ejemplar.

Alberto Onaindia murió el 21 de julio de 1988 en San Juan de Luz a los ochenta y cinco años, tras una enfermedad que fue poco a poco deteriorando su salud y su clarividencia en los últimos momentos de su vida. Se ofició el funeral en la localidad francesa, pero fue enterrado en su Marquina natal cumpliendo el deseo que había expresado en su testamento.

El malditismo y la incomprensión que padeció en su propio país no desaparecieron con él. En julio de 1991, en una entrevista aparecida en *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, Xabier Arzalluz lo mentaba sin demasiada consideración ni con su figura ni con la verdad: «En los años sesenta entró en las clases intelectuales europeas como una ideología triunfante de tal forma que muchos, incluso entre nuestra gente, creyeron que el comunismo era el futuro. Por ejemplo, el canónigo Onaindia».

La familia Onaindia, a través de su hermana Carmen y de su sobrino Jon, también sacerdote, hicieron la adecuada réplica que el padre Olaso ya no podía

IV. El Pacto del Silencio

escribir. Si hubiera tenido la pluma a mano, seguro que le habría recordado al entonces máximo dirigente del PNV el diálogo que mantuvo en París con un sacerdote estadounidense durante una reunión a la que asistían una treintena de religiosos:

—Me entero de que usted es antifranquista. Quisiera saber si es usted comunista. —Me dicen que usted es sacerdote de Chicago. Dígame si es usted un *gángster*.⁴

⁴ Alberto Onaindía, *Hombre de paz en la guerra*, ob. cit., p. 258.

APUNTES PARA UNA INVESTIGACIÓN

10 de noviembre de 2004

El norte es lluvia, de manera que no me puedo quejar del clima en este primer viaje al País Vasco que inicia la pretensión de sacar a la luz el olvidado Pacto de Santoña, uno de los episodios más trascendentes y desconocidos de la historia contemporánea española, sobre todo para los pueblos que baña el Cantábrico.

De Oviedo a Vizcaya el cielo es una catarata incesante que apenas me deja observar unos metros más allá del limpiaparabrisas del coche, mientras mantiene una lucha desigual contra la tormenta.

Con este día de perros me confundo y abandono la autovía en Torrelavega, que sigue siendo la puerta de entrada a Asturias como en 1937, cuando se cerró para los batallones vascos. Llego con retraso a la cita en Txapagarán con Guillermo Tabernilla, pero aún a tiempo de mantener la primera entrevista personal con este investigador de la Guerra Civil en el norte, con quien contacté por teléfono y por correo electrónico a través de amigos comunes.

Txapagarán es uno más de estos pueblos de Euzkadi que un día no muy lejano sería campiña plagada de caseríos en un oasis de paz rural y ahora forma parte de esta gran ciudad metropolitana que se extiende muchos kilómetros alrededor de Bilbao.

Cuando llego al bar Herria, donde habíamos quedado, a ninguno de los dos nos resulta difícil reconocernos, aunque es la primera vez que nos estrechamos la mano. Guillermo Tabernilla es empleado público, pero su pasión es la historiografía militar de la Guerra Civil en el País Vasco, un tema en el que es un auténtico especialista. Preside la Asociación Sancho de Beurko, el nombre de un destacado *gudari*, historiador y escritor: Luis Ruiz de Aguirre. Fue este uno de los muchos protagonistas de la guerra a los que conoció, trató y entrevistó Guillermo. Guarda un archivo valiosísimo de esa época, que pone de manera altruista a mi disposición. Junto a su compañero de colectivo, Julen Lezámiz, ha publicado varios libros sobre el tema, pero con el Pacto de Santoña no se atreve, aunque tiene documentación y capacidad sobradas para

ello: «El Pacto de Santoña lo tiene que abordar un autor que no sea vasco; y ya iba siendo hora», me dice.

Si en Euzkadi no se puede hablar de política libremente en público, el veto no va con este bar de Txapagarán donde Guillermo y un periodista asturiano charlan sin miedo de temas no precisamente complacientes con el poder nacionalista.

Antes de concluir la parada, Guillermo me lleva a una lonja en los bajos de su barrio de trabajadores, donde acumula montañas de documentación, y añade más papeles a los que ya me había pasado. Es una mina para mi investigación, donde el mineral para que se haga la luz en el pozo histórico del Pacto de Santoña son libros, manuscritos de *gudaris*, revistas y recortes de prensa.

219

En Muskiz paro a tomar un café y a preguntar por el camino que conduce a la casa de Primitivo Abad en la Casa del Pueblo del PSOE, un bar insustancial pegado a la carretera que atraviesa el pueblo. Allí un solitario cliente observa con curiosidad a un extraño viajero con una cartera de cuero que toma notas sentado en una mesa. El que atiende la barra parece más confiado y hasta sale a la calle para indicarme cómo puedo llegar hasta el domicilio del último *gudari* vivo entre los que tuvieron grandes responsabilidades en la Guerra Civil y en la rendición de Santoña.

No sin dificultades doy con el último refugio de Primitivo Abad, que nació en este mismo pueblo de Muskiz hace noventa y tres años. Es un amplio y aislado chalé que domina todo el valle, aunque este día gris, plomizo y lluvioso impide disfrutar del paisaje. Me recibe una amable asistente sudamericana. La globalización no hace excepciones ni con el más resistente de los históricos nacionalistas vascos.

Primitivo Abad no es un personaje asediado por los historiadores y los periodistas simplemente porque a su avanzada edad ha sobrevivido a todos, incluidos a los que tuvieron más protagonismo en el pasado que se intenta recuperar. No estuvo entre los más relevantes, los que ostentaron grandes cargos o responsabilidades, pero fue una de las personas que se mantuvo en la primera línea del nacionalismo vasco desde los años treinta del siglo XX, cuando comenzó su hegemonía política en el País Vasco. En todo caso, trabajó casi siempre a la sombra, en misiones delicadas y secretas.

En la guerra fue capitán del batallón Arana Goiri y uno de los héroes de la cruenta batalla del Saibigain, donde resultó herido de gravedad. En Santoña

era capitán del batallón Padura y su misión básica consistió en garantizar el orden público en vísperas de la rendición al ejército italiano. Tras la guerra fue el máximo responsable en Vizcaya del Euzko Naia, el ejército clandestino antifranquista que montó el PNV con antiguos combatientes del Euzko Gudarostea. En esta época logró fugarse descolgándose con una cuerda por una ventana de su casa cuando la policía pensaba devolverle a la cárcel, de la que había salido en 1939. También formó parte del grupo de ciento catorce nacionalistas entrenados militarmente en Francia por oficiales del ejército estadounidense para atentar en España contra el franquismo, aunque no llegaron a actuar.

A Primi y a otros compañeros la prensa nacionalista los denomina los «Schindler vascos», porque su red clandestina evitó muchos fusilamientos. El de Muskiz era especialista en falsificar sellos, una habilidad con la que logró burlar al ejército republicano para trasladar a su batallón a Santoña, anular penas de muerte y frustrar el envío de soldados castigados a Africa. En 1976 formó parte de un grupo de dieciocho nacionalistas que recibieron entrenamiento militar en Bayona por parte de dos capitanes del ejército israelí. A un par de sesiones acudió Juan Ajuriaguerra. Un año después estuvo en Tel Aviv enviado por el PNV y el Gobierno vasco, que confiaban en la experiencia de los judíos para poner en marcha una nueva organización militar secreta en Euzkadi por si la democracia era sólo un espejismo. Aquello no cuajaría, pero el servicio secreto israelí, el Mossad, participó activamente en la creación de la policía autónoma vasca. El orden público se ha manifestado siempre como una obsesión del nacionalismo vasco. En esto su fracaso desde el punto de vista histórico ha sido absoluto, porque en el siglo XXI el País Vasco es el único lugar de la Europa comunitaria en el que actúa a sus anchas un grupo armado, salido además de las entrañas del propio nacionalismo.

220

Será porque los viejos espías nunca mueren, pero para su edad Primitivo Abad goza de buena salud, aparte de los achaques inevitables en un nonagenario, y su cabeza mantiene plenas la agilidad y la memoria, algo que por su biografía es un auténtico tesoro. Este hombre robusto y afable que se sienta delante de mí en su despacho, presidido por la reproducción del *Guernica* de Picasso, llevará hasta la tumba su discreción y su fidelidad al PNV. En una hora de conversación confirmo algunos datos y me revela algunas informaciones, pero sin duda es más interesante lo que calla que lo que dice. Si cuando se aproxima su centenario puede presumir de que ni la policía franquista ni los nazis en Francia fueron capaces de sacarle información,

menos lo voy a hacer yo ahora, armado con una simple grabadora y mi inseparable cuaderno rojo.

Todo lo que logro escarbar sobre el Pacto de Santoña se queda en la superficie, pero cuando cuestiono la fidelidad de los *gudaris* a la Segunda República es tajante: «¿Que si fuimos leales? Leales no, lealísimos».

Camina con dificultad, apoyado en un bastón, pero antes de marchar repasamos en el amplio salón viejas fotos de los dos primeros lendakaris, José Antonio Aguirre y Jesús Leizaola. Quién sabe qué secretos puede ocultar Primi Abad sobre estos dos personajes para los que fue un cercano y lealísimo colaborador.

Llego a última hora de la tarde a Bilbao y ceno con Reyes, que me ofrece su casa como base para estas incursiones en el pasado reciente. Santanderina e intachable en su trabajo, Reyes es un alto cargo de la Administración de justicia en el País Vasco, una tierra que ama, pero donde se siente acosada por el nacionalismo. Cuenta casos y situaciones deprimentes, algunos espeluznantes. Se encuentra especialmente afectada por el asesinato por parte de ETA de un juez, excelente amigo y compañero. No sabe si le impresionó más su muerte o las palabras que gritaba una jueza por los pasillos, cuando se enteró de la noticia: «A mí no me pasará nada. Soy *abertzale* y mis hijos de la *kale borroka*».

(Primitivo Abad Gorostiza murió el 28 de marzo de 2005).

11 de noviembre de 2004

221

Hay algo más difícil de entender en Euzkadi que el «problema vasco»: los parquímetros de Bilbao. Un vigilante me explica el complejo sistema de pago bajo el aguacero. Con Franco la calle era de Fraga; ahora es de los expertos en informática.

Paso delante del Museo Guggenheim, la obra civil más impresionante construida al sur de los Pirineos en el último siglo. Está tan hermoso como ayer, cuando desafiaba a la tormenta de granizo, porque este edificio se adapta al caprichoso clima del norte, a la ría de Bilbao y a la luz de estas tierras con una versatilidad semejante a la de su original estructura. Si ésta es la nave que tira del País Vasco, el futuro despejará los negros nubarrones que cubren la urbe en esta mañana húmeda, tan repetida en El Bocho. Si éste es el icono con

IV. El Pacto del Silencio

el que los vascos saludan al siglo XXI, tampoco se puede decir que el nacionalismo cierre las puertas al mundo.

Como Manuel González Portilla me dice que no me puede recibir hasta la tarde, deambulo por las siete calles de la parte vieja de Bilbao bajo la lluvia, que ya es compañera inseparable. Entro en el Museo Vasco, en la plaza de Unamuno, dedicado a la historia y la etnografía. El Pacto de Santoña aparece como un episodio inevitable y casi heroico que puso fin a la Guerra Civil para los vascos.

En el campus de Leioa de la Universidad del País Vasco no es fácil dar con la casa de González Portilla en una bonita urbanización para profesores desde la que se divisa el mar los días despejados. El profesor de Historia Contemporánea sale a mi encuentro. Atravesando calles blancas y galerías más californianas que vascas llegamos a su domicilio, donde echa en falta el calor humano de sus hijos, que ya han abandonado el nido familiar para formar parte de la legión de emigrantes altamente cualificados.

González Portilla ha publicado, en solitario o con otros colegas, varios libros sobre la Guerra Civil en el País Vasco. Fueron nueve meses en los que sostiene que se creó un auténtico Estado propio presidido por José Antonio Aguirre. Es hijo de un teniente socialista del batallón Meabe, nacido en Carranza, la única zona del País Vasco que no tomaron los franquistas hasta la rendición de Santoña: «Mi padre estuvo en la batalla de Villarreal y se sintió traicionado por los *gudaris*. No tomaron Vitoria por culpa suya».

Más que por herencia genética, González Portilla mantiene una posición crítica con el nacionalismo vasco por sus investigaciones y su posición intelectual. El viaje de Aguirre al Berlín nazi en plena guerra mundial le parece muy sospechoso.

Con este historiador, al que se puede situar en la izquierda no nacionalista, comparto varios amigos comunes, también profesores universitarios, y la charla discurre fluida durante un par de horas, regada por los cafés que nos ofrece su esposa. Se le ve a gusto conversando en la paz de su hogar, tan cerca pero tan lejos de unas aulas donde se siente amordazado e inseguro: «En clase me callo muchas cosas, porque nunca sabes a quién tienes delante».

Apenas pisa su despacho, porque tiene su nombre escrito en la puerta, y trabaja habitualmente en la biblioteca, donde se siente protegido entre el anonimato de los libros. Más temor siente aún, en lo colectivo, por el futuro

de Euzkadi: «Todos los datos económicos de los últimos años son demoledores. Euzkadi va camino de ser como Extremadura».

222

De vuelta a casa paso de nuevo por Txapagarán porque Guillermo Tabernilla me llamó para ofrecirme más documentación. Salgo del bar Herria con una pesada caja cuyo contenido tardaré en devorar y probablemente más en digerir. Me abrumba y me añade responsabilidad la generosidad de este hombre, que es la antítesis del investigador hurraño que tan bien conozco, más pendiente de que sus datos no lleguen a los colegas que de sacar a la luz los secretos del pasado. Parece tan interesado como yo en que mi libro tenga rigor y calidad. Guillermo también añadiría la palabra «éxito», pero a mí esto me parece marginal.

18 de noviembre de 2004

Jesús de la Campa me deja sólo en su casa de Pravia mientras acude al centro de salud a por su inyección diaria de insulina. Digo solo, pues aunque estoy acompañado por su esposa, la mujer lleva años postrada en la cama, derrotada fatalmente por el mal de Alzheimer. Jesús, en cambio, mantiene un humor envidiable a sus ochenta años, aunque durante la guerra fue herido de bala y se llegó a temer por su vida. Jesús fue carpintero de ribera en mi pueblo asturiano de San Esteban de Bocamar (mal llamado oficialmente San Esteban de Pravia), un puerto mercantil hecho con el capital y el dinamismo empresarial vascos.

Mientras regresa ojeo sus memorias mecanografiadas por una vecina historiadora, centradas en la guerra, donde Jesús combatió en los dos bandos; en el republicano porque le llamaron a quintas y en el sublevado porque le obligaron tras la caída del frente del norte.

En la entrevista, que grabo también para televisión con mi amigo Paco, un cámara que lleva tiempo acompañándome en esta galería de viejos protagonistas de los convulsos años treinta, Jesús expresa su escepticismo y su odio a las guerras. Luchó en el País Vasco, pero no mantuvo relación con los vascos: «No mirábamos *pa* ellos. Los vascos iban a lo de ellos. Eran unos traidores. No combatían con nosotros. Sólo querían defender Bilbao».

Del Pacto de Santoña nunca oyó hablar, pero se enteró de la traición de los nacionalistas vascos del PNV: «Seis batallones se pasaron a Franco en el puente colgante».

A un hermano suyo, Ángelín, lo mataron en Sollube, y otro, falangista, sobrevivió como él a aquella carnicería fratricida. En las batallas le atormentaba la idea de estar disparando contra su hermano fascista. Cuando llegó la democracia decidió no votar nunca porque los políticos le dan asco. Sólo a ellos culpa de aquella guerra entre hermanos.

(Jesús de la Campa murió el 19 de marzo de 2005).

223

27 de noviembre de 2004

La semana pasada encontré en la biblioteca ovetense del Fontán, donde se me pasan los días entre libros, a un viejo compañero del colegio. Me reconoció de inmediato con gran efusividad, pero yo tardé unos segundos en retroceder en el tiempo y atisbar en aquella cara la del colegial llamado Eduardo Argüelles Junquera. Hacía más de veinte años que no nos veíamos. Ahora trabaja en una multinacional química.

La vida da tantas vueltas como la historia, y ahora coincidimos en la biblioteca porque Eduardo lleva tiempo siguiendo la pista de los batallones republicanos asturianos en la Guerra Civil, sobre todo los de su concejo de Siero y en especial el Mártires de Carbayín, el batallón que tomó su nombre de una cruel matanza cometida por el ejército español tras la revolución de 1934. En las filas de esa unidad combatieron dos tíos suyos muertos en combate. A base de preguntar y recabar información, Eduardo descubrió que perdieron la vida en Reinosa y en La Cabruñana. En una ocasión viajó con su madre al lugar donde la guerra se llevó a sus hermanos.

Le comento mi investigación sobre el Pacto de Santoña y es una de las pocas personas con las que hablo que conoce el tema. Se ofrece a ayudarme y quedamos en que me llevará a visitar a varios supervivientes que combatieron en el País Vasco. Hoy cumplimos el compromiso.

Lo recojo en Pola de Siero, al lado de su casa. Nos acercamos en principio hasta El Berrón, donde está ingresado en el asilo de ancianos Eladio García Suárez. Es una tarde otoñal preciosa, bañada por el sol, que convierte en bello

incluso el paisaje urbano e industrial que se divisa desde el alto donde se asienta el geriátrico.

No hay ningún residente en la terraza disfrutando del día y de la naturaleza. Cuando entramos lo entiendo. Los viejos se apilan en un reducido salón. La mayoría están incapacitados y algunos han perdido la razón. Una mujer lanza gritos y lamentos desde su silla de ruedas. Huele a pañales mojados.

Eladio está en su silla de ruedas recién estrenada. Saluda a Eduardo con ese calor humano que tanto agradecimiento destila cuando se trata de reconocer el gesto de un desconocido, que a menudo tan poco imitan muchos parientes o allegados. Eduardo se ha convertido en un habitual del asilo y de las modestas casas de los ex combatientes republicanos del concejo de Siero. Su presencia les levanta el ánimo.

Pasamos los tres a su habitación, que comparte con otro interno. Eladio va a cumplir dentro de un mes noventa y cuatro años, y lamenta que tras la última operación a la que tuvo que someterse ha dejado de andar; y sabe que para siempre.

224

Eladio conserva la lucidez y la memoria, aunque ha olvidado el nombre de algunos escenarios bélicos. Es comunista, aunque se alistó voluntario en el Mártires de Carbayín porque también lo hicieron sus amigos y vecinos. Aunque no se puede obviar la afinidad ideológica, en la formación de los batallones republicanos influyó decisivamente lo local, y la mayoría de las unidades estaban compuestas por soldados del mismo pueblo o concejo.

Eladio combatió en los alrededores de Bilbao. Su batallón se retiró por fuerza mayor de una posición, pero no recuerda dónde. Lo que le quedó grabado fue la balacera que caía a sus espaldas cuando retrocedían. Contra lo que decía el lendakari Aguirre, Eladio fue testigo en Vizcaya de la presencia de franquistas incontrolados que les disparaban desde pisos y casas: «La quinta columna nos abrasaba. Desde cualquier ventana disparaban».

Con los vascos de otros batallones no tenían relación, aunque hubo algunos alistados en el suyo. Cuando se perdió el País Vasco desaparecieron, aunque Eladio nada les reprocha, sobre todo recordando la presencia de los batallones nacionalistas en Asturias:

«Eran valientes. Los primeros en Puente Llera fueron los vascos. En Grao lucharon como fieras».

IV. El Pacto del Silencio

Su ideología nacionalista les separaba de sus compañeros republicanos, pero Eladio comprobó su antifascismo: «Luchaban *pa* ellos, son acérrimos. Pero a Franco no lo querían ni a bien ni a mal».

Del asilo de El Berrón a Carbayín apenas hay media docena de kilómetros, pero si Eduardo no me acompañara en el coche difícilmente daría con el domicilio de Adolfo Cueto Montes, compañero de Eladio en el batallón Mártires de Carbayín.

Carbayín es un pueblo minero de casas desperdigadas que escalan por el monte sin perder de vista el pozo Pumarabule, uno más de los cerrados en los últimos años en Asturias. Adolfo fue minero y nos recibe cariñosamente con su mujer en su piso de una de esas barriadas feas e impersonales con las que el franquismo facilitó hogares a muchos obreros, destrozando paisajes ya tan irrecuperables como las minas abandonadas.

Adolfo es socialista, y a sus ochenta y seis años aún participa activamente en la vida de la agrupación local de su partido. Es pura bondad, un viejo pletórico de salud, de los que animan a los demás a cumplir años con esa dignidad. De los vascos en la guerra recuerda que «iban a lo de ellos» y que «eran un poco zorros» porque hablaban en euskera. Lo cierto es que él se expresa en un asturiano puro y virginal que difícilmente entendería cualquier forastero.

El frente del norte fue como el ejercicio retrospectivo al que ahora se enfrentaba con gusto frente a mi grabadora: «*Ibemos p'atrás, desconcentraos siempre, perdías*». También confirma la descoordinación: «Luchando, más de cuatro veces me vi con gente desconocida».

225

En El Mazucu cayó herido y acabó la guerra enrolado forzosamente en el ejército franquista. Sin perder la sincera sonrisa que delata sus buenos sentimientos, Adolfo se expresa con la dificultad del que sólo fue a la escuela los lunes, porque el resto de la semana había que trabajar en casa. «Yendo un día a la semana a clase, ¡iqué íbamos a aprender!», lamenta ahora aquel chaval que cogió el fusil sin apenas conocer el lápiz.

Hay un recuerdo de la guerra que aún le atormenta: los franquistas les obligaban a fusilar prisioneros y a Adolfo todavía le vienen a la mente los padres y los hermanos de aquellos infelices muertos por los soldados de los batallones de trabajadores. Aquella siniestra tarea les era impuesta por ser rojos y asturianos.

La casa de Adolfo y la de Fermín Ordiales Noval están muy próximas, pero nos perdimos por el camino, porque ni siquiera Eduardo, muy avezado a recorrer estos vericuetos, pudo dar a la primera con el cogollo de casas de aldea donde vive otro superviviente de la guerra incivil. Entre la oscuridad que ya se ha instalado, a pesar de la hermosa luna llena, y la estrechez de la sinuosa *caleya*, casi acabamos en la cuneta, aunque el incidente no pasó de un golpe y un susto.

En casa de Fermín todo está tan oscuro que dudamos de que se encuentre dentro, pero nos recibe en madreñas con gran efusividad. Estaba con su mujer viendo la televisión. También tiene ochenta y seis años. Perteneció al batallón de Tino, de la CNT, pero él no se enroló voluntario por anarquista, sino porque era de izquierdas y coincidió con aquellos libertarios de La Felguera.

Combatió en Carranza frente a la Legión Cóndor, pero no se enteró del Pacto de Santoña. Se despistó entre la niebla en plena batalla en el puerto del Escudo, anduvo incontables kilómetros perdido y fugitivo, pasó ocho días alimentándose de avellanas y bebiendo en regatos y fue herido en L'Estaca, en Asturias. Todo lo tiene escrito en unas memorias mecanografiadas por su nieta.

A la vuelta, en un bar en Pola de Siero, frente a la vivienda de Eduardo, digerimos con un café lo que vimos y oímos en una tarde que, como un túnel del tiempo, nos hizo retroceder casi setenta años. «Son los grandes olvidados», dice Eduardo, que me cuenta que acaba de presentarse un libro sobre la historia de Siero en el que no aparecen ni la guerra ni los batallones ni gentes como Eladio, Adolfo o Fermín.

No nos hemos conjurado para ello, pero Eduardo y yo luchamos contra ese olvido, como ellos lo hicieron contra el fascismo.

30 de noviembre de 2004

Salgo de Oviedo a primera hora. El día es espléndido y resalta la belleza del otoño en el norte, incluso tras la ventanilla de un coche. Debió de ser tremendo este recorrido, en sentido contrario, del ejército republicano derrotado en 1937. El «batallón Recula» aún llaman en Asturias a los combatientes vascos, pero también de derrota en derrota retrocedieron los asturianos hasta la desbandada final.

IV. El Pacto del Silencio

Recojo en Castro Urdiales a Julen Lezámiz, al que sólo conocía por teléfono. Es más joven que yo, de patillas alargadas. No hay otro en la rotonda, pero además lo distingo por los libros y carpetas que me entrega de inmediato. Esta gente del colectivo Sancho de Beurko tiene un mérito que nadie les reconoce en el estudio y divulgación de la Guerra Civil en el País Vasco, que parece que sólo aprovecho yo. Su ayuda impagable aumenta mi responsabilidad. Nado entre una montaña de documentación que a veces me abruma.

Julen es historiador, pero también trabaja en la Administración autonómica, donde conoció a Guillermo Tabernilla, la otra cara que conozco del colectivo. No hay batalla, nombre, suceso o brigada de la guerra que no tengan guardada en su memoria. Julen sostiene que los asturianos fueron carne de cañón en los frentes del País Vasco y que las acusaciones de abandonos y retiradas injustificadas son falsas.

Hace de guía hasta Artea, santuario del nacionalismo vasco. Aquí se asienta desde 1992 el Archivo de la Fundación Sabino Arana. Me presenta al director, Eduardo Jáuregui, que me recibe muy cariñosamente y me ofrece todo tipo de facilidades para bucear en los archivos, sin preguntarme siquiera qué voy a investigar ni qué haré con mi trabajo.

Una empleada nos muestra el museo. No oculta que Sabino Arana inventó el nacionalismo vasco por su rechazo a los emigrantes, incluyendo la bandera y la palabra Euzkadi, que la guía ignora de donde salió. El museo da argumentos a los enemigos del nacionalismo, incluyendo una hebilla con una esvástica. Es la mejor muestra de la absoluta identificación entre el PNV y el Gobierno vasco, una escandalosa deficiencia democrática.

En el archivo, después de comer en un bar de la plaza de Artea, encuentro algún documento interesante, pero tengo la convicción de que los más comprometidos sobre el Pacto de Santoña no van a aparecer. Un investigador y escritor en euskera, Ángel Larrea, me ayuda generosamente traduciéndome su propio texto sobre un histórico dirigente nacionalista.

Dejo a Julen en Bilbao y salgo para San Sebastián. En el bar donde quedamos no descubro a Chavi, al que hace más de media docena de años que no veo. Aquí en Donosti me siento en casa, como desde el primer día que pisé esta ciudad hace veinticinco años, cuando hacía prácticas en un periódico con Chavi. Conservo con él una amistad y una afectividad que resisten la distancia y el tiempo. Está con su hermano pequeño, Jon, y otro amigo, Iñaki.

Chavi no quiere que su nombre verdadero aparezca en este libro, yo creo que no por miedo, sino por esa pereza que siempre le acompaña. Jon e Iñaki no sólo no tienen problema para ello, sino que hablan por los codos en el bar donde cenamos de política y de la opresión nacionalista, aunque a ninguno de los dos les interesa especialmente el tema. Son muy buena gente estos vascos, y a veces parece que ocultan una marea afectiva bajo esa dureza gestual que los caracteriza.

227

Cuando ya bebimos muchos litros de cerveza y no queda en la madrugada barra del barrio de Gros por pisar, a Jon se le escapan las lágrimas recordando a su padre muerto hace catorce años, al que yo traté cuando éramos vecinos. Chavi siempre fue un poco libertario, pero ahora vota al PSOE por pragmatismo y reconoce los avances en la convivencia en Euzkadi de la política de Aznar: «Soy de izquierdas y me jode decirlo, pero gracias al PP andamos mejor; les cerraron el grifo del dinero y se les acabó el cuento». A Jon, que padeció a los batasunos en un negocio por no saber euskera, la gente de ese mundo le parece una triste legión de amargados. Ninguno de los tres conoce el Pacto de Santoña y se muestran encantados con mi pretensión de divulgarlo. Todavía tomo la espuela en casa de Chavi antes de acostarme, casi al amanecer.

1 de diciembre de 2004

Por la mañana Donosti está radiante. Una sinfonía azul en la mar y en el cielo hace de la Concha un lugar de ensueño. Qué paradoja que tanta belleza conviva con tanto odio. Aunque yo no lo capto ahora. Jon dice que entre los vascos no se matan ahora como en la Guerra Civil porque viven muy bien, sobre todo en Donosti, que es una ciudad que cobra muy cara su belleza en cualquier establecimiento. Los pisos tienen los precios más prohibitivos de España.

«El enemigo está crecido», dice el sanguinario etarra Iñaki de Juana Chaos en *Gara*. Su artículo parece un delirio absurdo bajo el sol matutino del otoño donostiarra. Unos jóvenes fuman porros delante del Náutico. Hay bañistas en la playa. Se oye una noria en la señorial ciudad burguesa. «El 13 de septiembre de 1936 San Sebastián se rindió porque los vascos no querían arriesgarse a la destrucción de su elegante ciudad», escribió Paul Preston. Dan ganas de agradecerse.

Regreso a Bilbao con el estómago premiado con un par de pinchos donostiarras, los más sugerentes del mundo. Acostumbrada a tratarlos desde que de niña la educaban en su pueblo para ligar a un marino vizcaíno, mi madre siempre sostuvo que los vascos sólo viven para comer. Más bien parece que sin comer bien no podrían vivir.

En la Universidad del País Vasco, en Leioa, la cita que concerté con José Luis de la Granja sólo será de media hora, porque tiene que dar una clase. Ese escaso tiempo dio, no obstante, para mucho, aunque a los dos se nos hizo corta la conversación. Prestigioso entre sus colegas, De la Granja debe de ser el historiador más conocido de la facultad y colabora habitualmente en *El País*. Me regala un ejemplar de *La Guerra Civil en el País Vasco. 50 años después* y me da pistas sobre Alberto Onaindia, aquel cura al que su amigo José Antonio Aguirre encargaba las más importantes y secretas misiones, entre ellas el Pacto de Santoña.

228

Apagada la grabadora me acompaña hasta un lugar desde el cual se divisa el Rectorado. Allí me espera su colega y amigo Ludger Mees, un historiador alemán que lleva veinte años viviendo en el País Vasco. Al igual que el inglés, el francés, el alemán y el castellano, domina la lengua vasca, hasta el punto de que es el vicerrector de euskera. Su aspecto es teutón, espigado y de llamativos ojos azules, pero sus modales parecen ibéricos, siempre prestos a dar rienda suelta al buen humor y a la carcajada. Mees es, con sus compañeros Santiago de Pablo y José Antonio Rodríguez Ranz, autor de *El péndulo patriótico*, el mejor y más reciente libro sobre la historia del PNV, de título brillante y esclarecedor. Ellos fueron los primeros historiadores en acceder a los archivos del PNV, al que exigieron con éxito que tras la publicación del libro ese legado histórico se abriera al público, sin ningún tipo de censura. Sin embargo, no tienen duda alguna de que muchos documentos comprometedores fueron destruidos tras la Guerra Civil, mientras otros se encuentran en manos privadas.

Mees opina que en los últimos años las investigaciones y aportaciones de los historiadores vascos han aclarado muchas dudas sobre el Pacto de Santoña, abriendo un debate que, sin embargo, no ha traspasado los muros de la universidad. ¿Lograré derribarlos con mi libro?

De momento Mees se asusta ante la posibilidad de que lo acabe en cinco meses.

2 de diciembre de 2004

Duermo en Santoña. Es un pueblo vacío bajo las sombras de la noche y parece que aún se palpa la tristeza del reciente naufragio que costó la vida a varios pescadores.

En un restaurante, mientras devoro una dorada, reservo una habitación en el único hotel local. Por la mañana, al asomarme a la ventana, la primera visión es un gran cartel de Falange en un edificio medio en ruinas, aunque está abierto un bar en la planta baja. A la puerta, un tipo con coleta habla por un teléfono móvil. La extrema derecha ya no es lo que era. O no lo parece.

Llueve copiosamente y sin pausa, como sólo sabe hacerlo el cielo de estas tierras cantábricas. Es un día gris y plomizo, de ésos que deprimen a los del sur. Andar bajo la lluvia siempre es un poco penoso, sobre todo si sólo te puedes cubrir con un periódico y arrastras un pesado maletín, cada vez más voluminoso.

Llego al Ayuntamiento orientado por una vecina de setenta y ocho años que de la guerra en Santoña sólo recuerda los bombardeos y los refugios, pero nada de los miles de vascos que deambulaban por aquí atrapados como ratas.

229

En el Ayuntamiento nuevo me dejaron un sobre con alguna documentación, fotocopias de un libro y de un artículo. El viejo Ayuntamiento, donde en aquellos días de agosto de 1937 había una actividad febril, con políticos, soldados y comisarios, aún se mantiene en pie en una pequeña plaza.

Visito la casa de tres plantas que fue sede del Gobierno vasco en aquellos días, llena de *lauburus* colocados entonces en los techos del portal. Hablo con un joven que reside allí y me invita a acudir más tarde a visitar a su madre, que nació hace sesenta años en la misma casa en la que vive, en el segundo piso. Pero cuando pico en la puerta, tras subir las mismas escaleras de madera que pisaron Ajuriaguerra y sus camaradas, un señor me informa de que nada puede decirme. La familia no sabe nada de la ocupación vasca ni se conservan objetos o documentos.

Lo mismo pasa en el Ayuntamiento, porque los archivos municipales desaparecieron durante la posguerra e incluso en 1976, según me explica Rafael Palacio, el director de la Casa de la Cultura. Rafael es historiador y el típico erudito local, ese personaje imprescindible en todos los pueblos para

impedir que el olvido devore definitivamente las huellas del pasado. Tampoco hay fotos. En la Casa de la Cultura atesoran 2.000, pero ninguna de aquellos días de la efímera República Vasca de Santoña.

Rafael me pondrá en contacto con una profesora vallisoletana que hizo la tesis sobre el penal de El Dueso. A ver si aclaro cuántos derrotados fueron internados en esa cárcel. Debieron de ser los primeros presos libres de la historia, sólo por unos días bajo custodia italiana, hasta que los franquistas se hicieron cargo del penal y comenzaron las ejecuciones.

Al director de la Casa de la Cultura le parece muy bien mi tarea, porque piensa que el PNV lleva mucho tiempo reescribiendo la historia en su beneficio, al modo de los regímenes totalitarios. Lo ha comprobado viendo los reportajes históricos de ETB, que se capta en Santoña.

Llego un poco tarde a la cita de Txapagarán con Guillermo Tabernilla, que me entrega más libros y documentación. Al poco aparece Koldo Azkue, hijo del comisario del mismo nombre del batallón nacionalista Irrintxi. Su padre fue quien liberó a los presos franquistas del penal de El Dueso, en cumplimiento del Pacto de Santoña.

Koldo es antropólogo y ya está jubilado de la Universidad del País Vasco. Tiene la sonrisa franca que destilan esas personas de las que parece que te puedes fiar tras intercambiar un par de frases. Ha publicado un libro sobre la Guerra Civil en Álava y está ultimando otro, basado en muchas entrevistas personales con los protagonistas. No le quiero pisar datos, aunque no parece reticente. Sin embargo, cuando le pregunto si el Pacto de Santoña fue una traición, primero duda y luego apaga la grabadora, antes de contestar que no.

Cuando abandonamos el ruidoso bar Herria, que he tomado como sede de mis investigaciones, se entera de que soy asturiano y no disimula su satisfacción: «Los *gudaris* me dijeron que si no llega a ser por los asturianos...». Llego a Bilbao ya de noche y Reyes me acerca al bufete de Txema Montero, a quien ha informado de mi proyecto.

230

Alejado hace tiempo de Batasuna, Txema Montero preside la Fundación Sabino Arana y se encuentra próximo al PNV. En su elegante despacho inundado de maderas nobles me muestra el último número de *Hermes*, la revista que dirige y que en 1917 presentó Ortega en Madrid. Este ejemplar se dedica precisamente a las ideas sobre España de Ortega y Azaña, porque su director está embarcado en el intento de tender puentes entre el nacionalismo vasco y el liberalismo español.

IV. El Pacto del Silencio

Txema Montero es un tipo inteligente de verbo fácil y conectamos con naturalidad. Dice que es posible que haya llegado el momento de que en Euzkadi se afronte la revisión de la página oscura de Santoña, pero teme la utilización de mi libro por parte del españolismo montaraz, algo que me parece tan inevitable como a los nacionalistas vascos la rendición a los italianos tras perder su territorio. La sombra de Pío Moa vuela sobre sus temores.

Me ayudará con contactos. Dice que no piensa volver a militar, pero yo lo veo en breve con responsabilidades de gobierno porque el PNV, confiesa él mismo, es un partido de gestión de poder.

Sin embargo, otros vascos piensan que en Euzkadi no se podrá hablar de democracia hasta que el PNV pierda unas elecciones. Es una idea muy gráfica cuando atacamos la cena con un escolta en la barra. Es el que le han asignado a María Jesús, que es magistrada. También están Reyes y María Eugenia, que es hija de un comisario de policía tan de otros tiempos que cuando murió logró juntar en su funeral a sus compañeros y a militantes de ETA. María Eugenia tiene nostalgia de aquella época en la que dirigían la banda los *polimilis*.

Al final, con la comida fría, se incorpora Josu, que viene de un acto sobre los derechos humanos en Lezo, donde ha representado a su ONG. En la mesa eran tres españolistas y una joven *abertzale* de un colectivo de familiares de presos. Hasta hace poco un acto así habría sido imposible en Euzkadi. Josu sostiene que los batasunos están a la defensiva, pero ninguno de los cuatro coincide con Txema Montero, que dice que el País Vasco vive ya psicológicamente una etapa posterior a ETA.

«Será para él, que sabe que no va a tener atentados», dicen.

3 de diciembre de 2004

Salgo de Bilbao sin lluvia, toda una novedad. Acongojada en su Bocho, esta ciudad no aparece radiante ni aun que luzca un sol esplendoroso.

De vuelta a casa me detengo en el Pontarrón de Guriezo y localizo los restos del puente viejo donde el ejército nacionalista firmó la rendición a los italianos el 24 de agosto de 1937. César Bustamante, de ochenta y dos años, recuerda la llegada de los Flechas Negras el día anterior, pero no tenía ni idea de la firma.

Recorro casi una veintena de kilómetros hasta llegar a Trucios, penetrando de nuevo en Euzkadi. Es el último pueblo vasco antes de la *muga* con Cantabria y el refugio del Gobierno vasco en la guerra, que desde aquí tomó el camino del exilio con una parada en Cataluña, aunque Aguirre aún pasó por Santander, donde llegó a temerse por su vida.

El Palacio de la Puente, que fue sede de aquel Gobierno en retirada, es un hermoso edificio barroco de tres plantas situado frente a la iglesia y a una pequeña plaza de toros. Jon Idígoras no debe de ser el único *abertzale* aficionado a la «fiesta nacional», cuando en este santuario histórico del nacionalismo vasco lo primero que veía el lendakari Aguirre cuando se asomaba al balcón de la sede de su Gobierno era una plaza de toros, si es que se había construido entonces. No puedo comprobarlo porque no hay un alma en la calle a la hora del almuerzo y en el pequeño bar situado frente al Ayuntamiento mis preguntas a la joven que atiende la barra sólo reciben monosílabos como respuestas.

Un tipo extraño merodeando frente a la estatua de Aguirre, sacando fotos y copiando el emocionante Manifiesto de Trucios reproducido en la pared inspira de todo menos confianza.

12 de enero de 2005

El fino *orbayu*, la densa niebla y la mar brava hicieron posible que Gijón recuperara la esencia cantábrica que le habían usurpado esos días castellanos de principios de año, de luz radiante y frío invernal.

Desde el Dindurra no se divisa la mar, pero hasta ese café centenario parece que llegan las olas y se palpa el salitre. Hay vida y dinamismo en una ciudad que conserva un local así, donde los clientes leen, juegan al ajedrez o ganan el tiempo en interminables tertulias. La mía esta tarde con Luis Miguel Cuervo y Marcelo Laruelo duró tres horas con el tema monográfico de la Guerra Civil en el norte.

Luis Miguel y Marcelo no son historiadores académicos, pero lo que los asturianos sabemos de la revolución de 1934, la Guerra Civil o la represión de la posguerra se debe en buena parte a la labor callada y nada gratificante de media docena de investigadores aficionados como ellos. Su cabeza es un banco

de datos donde aparecen nombres, fechas y situaciones con sólo pulsar el botón de la curiosidad compartida.

Se han conocido esta tarde porque los he citado para que me ilustren y me despejen dudas. Aunque sólo sea por haber provocado el contacto personal entre estos y otros anónimos expertos en las epopeyas bélicas del siglo XX está mereciendo la pena el parto de este libro.

232

13 de enero de 2005

Me siento a esperar en una sidrería de Pola de Siero donde me ha citado Carlos Rojo. Frente a mi mesa dos jubilados juegan a las cartas mientras beben sidra que les escancia el camarero.

Enfrentados en el mismo bando, durante la Guerra Civil, vascos y asturianos no debieron de compartir nunca una buena botella de sidra, ese néctar de manzana que sólo ellos producen en España.

Conocía de Carlos Rojo su lado político, porque fue diputado autonómico socialista y aún es militante activo. Ahora descubro su gran erudición en historia contemporánea y su especialización en la Guerra Civil, una faceta mucho más interesante.

Frente al ordenador de su casa, entre montañas de libros, carpetas y documentos, me muestra el completo banco de datos que en los últimos años ha ido elaborando sobre los protagonistas de la guerra en el norte. Para un adicto al papel como yo, que no cambio una página de periódico por otra de internet, o un viejo libro de tapa dura por una moderna edición, comprobar cómo Internet se ha convertido en un instrumento de trabajo para los historiadores es un misterio mayor que descubrir la causa por la que los barcos salvadores no llegaron a Santoña en agosto de 1937.

La generosidad de Carlos es ilimitada y salgo cargado de documentación. Escribir un libro de este tipo es como entrar en una casa con puertas sin fin, donde nunca encuentras la salida porque te fascina la aventura. Sin embargo, en algún momento habrá que plantarse y salir a la calle, aunque sea por la ventana.

17 de enero de 2005

Pegada a la ría, la Universidad de Deusto forma parte del paisaje de Bilbao, aunque ahora compita con sus históricos muros el Museo Guggenheim, que está en la otra orilla, casi enfrente. El pasado y el presente, la tradición y la modernidad se dan la mano amistosamente, como a mí me la da en esta espléndida mañana Fernando García de Cortázar, profesor de Historia en la facultad y jesuita.

Como llegué antes de la cita me pierdo plazeramente por patios que parecen claustros y por los interminables pasillos con suelos de madera y claraboyas en el techo, que dejan pocas dudas sobre el origen y la propiedad de la universidad vasca de los jesuitas, donde se han formado tradicionalmente las clases dirigentes del País Vasco. ¿Sería por eso por lo que los dinamiteros marxistas llegaron a colocar sus explosivos en junio de 1937 en este recinto, aunque los nacionalismos vascos evitaron la voladura?

233

La recepcionista del vestíbulo y la secretaria del profesor estaban también esperándome. García de Cortázar lleva escolta y debe tomar todas las medidas de protección que la prudencia aconseja para quienes como él no se muerden la lengua en Euzkadi.

Nada más tomar asiento frente a la mesa de su despacho rememora su relación con el padre Onaindia, a quien organizó en esta misma universidad su primera conferencia pública en el País Vasco tras la muerte de Franco. Le tenía cariño porque era amigo de su madre y le recuerda en sus últimos años un tanto alejado de la ortodoxia del nacionalismo vasco. «Escribía en *El Correo*, no en *Deia*», remarca Fernando como dato concluyente al respecto, porque unos años antes nadie habría imaginado a aquel cura que parecía formar parte del Gobierno Aguirre colaborando en un periódico «españolista».

Aunque más que una paradoja parezca una contradicción, García de Cortázar no tiene por sus compañeros curas nacionalistas la misma simpatía que por el padre Onaindia, que fue probablemente el más emblemático: «El nacionalismo vasco no se entiende sin la Iglesia. Aquí el clero es más nacionalista que los seglares».

La palabra de este profesor y escritor de ojos azules, frente despejada y pulcras gafas no da lugar a equívocos. «Aquí la manipulación histórica es gravísima», dice cuando le pregunto por el Pacto de Santoña. «El PNV da una visión mitificada de la guerra, presentando a su gente casi como a héroes, cuando fueron más los vascos que lucharon con Franco».

Entre llamadas e interrupciones, García de Cortázar no pierde el hilo y ve en su tierra una manifestación de la falta de rigor de algunos dogmas de su profesión. «La historia también la escriben los vencidos, y a veces lo que dicen cala más hondo», lamenta este historiador tan preocupado con las propuestas soberanistas, que piensa que si prospera el independentismo en el País Vasco se repetirá la traición nacionalista de Santoña a la democracia española.

Me planto enseguida en Donosti dejando al lado montañas, pueblos, manchas verdes y pinares que lucen como nunca aprovechando el limpio sol invernal. En la playa de Ondarreta, donde las mareas vivas descubren los restos de la cárcel que presencié una horrible matanza en la Guerra Civil, unos estudiantes toman el sol en la arena frente a la isla de Santa Clara. Más tarde otros me guían hasta el Aula Magna de la Facultad de Filosofía, donde se reúnen cuatro de los cinco sobrinos de Alberto Onaindia durante la presentación de la novela de uno de ellos, Iosu.

También están Jon, Miren y Soren, que aparecen de niños huyendo de los rebeldes tras el bombardeo de Guernica en una emotiva narración de su tío recogida en sus memorias, *Hombre de paz en la guerra*. Falta el pequeño, Kolestín, que vive en París. Me reciben tan cálidamente que parezco uno más de esta familia tan especial, marcada por el exilio.

234

La novela de Iosu Onaindia se llama *El juguete* y, en tono autobiográfico, comienza describiendo la rendición de los *gudaris* en Santoña. Es una traducción al castellano del texto original en francés escrito hace años por Iosu, que también utiliza el castellano y el euskera. Los Onaindia, una de las familias de más profunda raigambre nacionalista del País Vasco, son cosmopolitas y políglotas.

18 de enero de 2005

Iosu me recoge por la mañana frente al hotel María Cristina, donde los anarquistas redujeron a los golpistas en julio de 1936, cuando los nacionalistas vascos aún no habían entrado en combate.

Pasamos por Mondragón, donde Iosu, que es ingeniero electrónico, fue de los que hicieron posible en sus inicios el exitoso experimento autogestionario de esta comarca.

Quedamos con su hermano Jon — que continúa la tradición clerical de la familia — en un bar de Durango, muy cerca de su parroquia de Iorreta. Luego, en la comida, inevitablemente excelente con un comensal cura y vasco, compruebo la cultura y el humanismo del padre Jon, otra herencia familiar.

Quien crea que todos los nacionalistas vascos son perversos y los curas vasquistas unos cerriles con el alma descarriada debería hablar con Jon Onaindia, que no ahorra críticas a su Gobierno de Vitoria o al del Vaticano, siempre con un tono de mesura y clarividencia.

Me regala los libros que me faltan de su tío y luego le dejamos en su parroquia, ubicada en una hermosa plaza donde la lluvia moja unos carteles con la foto de varios presos etarras.

De vuelta a Donosti, Iosu sostiene que ETA y su mundo han hecho un daño irreparable a la sociedad y sobre todo a la juventud vasca. Su hermano Jon es todavía más pesimista y dice que el País Vasco, que siempre fue el territorio más católico de España, está perdiendo su religiosidad.

Todo debió de empezar cuando se perdió el respeto a la muerte.

19 de enero de 2005

Donosti se ha vestido de gala para celebrar esta tarde la Tamborrada, que va a estar pasada por agua. Cuando me alejo de la ciudad, a primera hora de la mañana, el temporal derriba los paraguas de los peatones, el horizonte es un revoltijo de espuma blanca y la mar irrita tanto al Urumea que rompen las olas en el puente del Kursaal.

235

Cuando llego a Artea, Julen ya lleva un rato escudriñando los legajos del Archivo Histórico del Nacionalismo Vasco. Acceder a un archivo es como hurgar en una maleta abandonada: siempre aparecen sorpresas.

Los hechos históricos obedecen a menudo al azar, y la casualidad te puede dar mejor resultado, en ocasiones, que la más concienzuda de las búsquedas. En los documentos que leo, tras una restrictiva selección previa, apenas aparece nada novedoso para mi trabajo. Sin embargo, a Julen le entregan por confusión unas carpetas que no pidió, en las que aparecen negociaciones inéditas entre los franquistas y los nacionalistas, al poco de iniciarse la guerra.

El director del archivo es muy amable y servicial, pero cuando se va, un empleado se niega a fotocopiar los documentos que más me interesan. Son tres o cuatro folios que se olvidó de fotocopiar con el listado que le presenté. Alega que ya es la hora del cierre, aunque faltan diez minutos para las siete.

La burocratización y la incompetencia del Estado Mayor del ejército del norte contribuyeron tanto como el enemigo a su fracaso, aunque no sean éstas las únicas ni las más importantes entre las causas de la derrota. Lo demuestran estos papeles que tengo delante de las narices, que me llegarán fotocopiados por correo con unas fotos que encargué.

Ya es de noche cuando doy con la casa rural cercana a Erandio, donde he alquilado una habitación, gracias a Julen, que me guía a través del laberinto metropolitano que rodea Bilbao. Los dueños no están y la puerta permanece abierta las veinticuatro horas. Ayer puso ETA una bomba aquí al lado, en Getxo, pero a simple vista no da la sensación de que en Euskadi padezcan inseguridad ciudadana.

Quedo con Amaya en Astrabudúa, su residencia en Euzkadi, porque lleva toda su vida a caballo entre Asturias y Vizcaya. Aparece con su padre, Raúl, emigrante asturiano en esta tierra desde los años sesenta.

Con la americanización de las costumbres no encontramos a las once sitio alguno donde cenar. Euskadi podría ser independiente, pero no se iba a librar con ello de la imposición de la uniformidad, eso que llaman globalización. Amaya no entiende para qué hace falta y le preocupan más los servicios sociales que los sueños soberanistas, probablemente porque tiene dos hijas pequeñas: «Ya tenemos de todo y lo que no es vasco lo paga el Estado español, como la sanidad. ¿Para qué queremos independencia?»

20 de enero de 2005

236

El antiguo seminario de Derio es un inmenso edificio construido durante la República como manicomio, aunque nunca llegó a alojar a locos sino a aspirantes a curas hasta no hace mucho tiempo. Aquí está la sede del Instituto Labayru, un colectivo cultural de la Iglesia dedicado especialmente al fomento del euskera. Me apasiono tanto hablando con su director, Ander Manterola, que apenas me da tiempo a ojear el archivo del padre Alberto Onaindia, depositado aquí por su familia en casi un centenar de carpetas. La Iglesia

IV. El Pacto del Silencio

preservó la cultura en Europa durante siglos y la vasca lo sigue haciendo con la suya.

Ander Manterola tiene nombre literario y pasa el día entre los 60.000 volúmenes de la biblioteca del instituto. Discípulo de José Miguel Barandiarán y amigo de Julio Caro Baraja, Manterola es un cura vasquista dedicado a la etnografía, que ha demostrado en sus obras las similitudes culturales de los pueblos del norte de España. Es una pena que esas afinidades entre asturianos, cántabros y vascos no se demostraran en la Guerra Civil, en la que combatieron en el mismo bando, pero con ejércitos diferentes.

Por la tarde me acerco en Bilbao a la librería Kirikiño, otro refugio cultural nacionalista que lleva el nombre del primer periodista que escribió en euskera. Un batallón del PNV también llevó ese nombre. Busco el *Informe del presidente Aguirre a la República*, y parece que me estaba esperando, situado el primero en la pila reciente del mostrador que atiende Txomin Saratxaga. Los cuarenta euros que me cobra me rebajan un tanto la alegría por el hallazgo. Me compensa luego con unas fotocopias que mañana recogeré de otro libro difícil de localizar en bibliotecas y librerías.

Como la cultura y la historia contemporánea son un vínculo de comunicación maravilloso, acabo intimando con Txomin, veterano nacionalista peneuvista que ejerció de abogado en el juicio de Burgos. No me cree cuando le digo que el Pacto de Santoña empezó aplicándose en Bilbao cuando se rindieron varios batallones nacionalistas, pero acoge con interés mi proyecto porque no es sectario con las lecturas: «Soy nacionalista, pero no tonto. Leo todos los libros críticos con el nacionalismo vasco, porque siempre acaban corroborando mis ideas».

En la calle, mientras me dirijo al lugar donde lo cité, el café Iruña, me aborda José María Espinosa, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Deusto. Le sirven de referencia mi gorro de lana y mi cartera, que va engordando según transcurre el día hasta hacerse insoportablemente voluminosa.

Sentados en una de las mesas decimonónicas del Iruña, un cafetón del Bilbao de Unamuno, José María explica que el Pacto de Santoña fue la expresión final en la Guerra Civil del «camaleonismo del PNV para negociar tanto con franquistas como con republicanos», algo coherente con su posición dubitativa en la contienda y con su propia historia.

Abundante pelo canoso, atuendo juvenil y sonrisa perpetua, Espinosa es un experto en la historia del PNV, del que es crítico implacable desde la izquierda *abertzale* y las páginas del diario *Gara*, vinculado a Batasuna. Del Plan Ibarretxe no descarta que sea una deslealtad a la democracia española como el Pacto de Santoña por no pactarlo con el PSOE, pero asegura que nada tiene de independentista. «La adhesión a España que plantea será muy libre, pero es adhesión», señala ya en la boca del metro, porque parezco un periodista acosando a un profesor independentista a preguntas.

237

En Algorta cuesta más aparcar que lograr la concordia entre Euzkadi y el resto de España, pero al final logro llegar a la cita con José María Pérez, José Antonio Martínez e Iñaki Erkoreka. José María Pérez — hijo del capitán peneuvista Rochil, del batallón Martiatu — me pasa un ejemplar de *Gudaris*, de Sancho de Beurko, donde aparece su padre en una foto. Es economista, como José Antonio. Iñaki es ingeniero de caminos.

Si hay un retrato humano que plasme bien a la ciudadanía media de Euzkadi en este milenio recién estrenado debe de ser el de este trío de militantes del PNV que chiquitean a diario por los bares de su pueblo. A mí no me dejan pagar nunca. Ni sus peores enemigos podrán negar la generosidad de los vascos.

Tampoco puedo tirar de cartera en Erandio, donde Amaia y Txelis me recuerdan cuando militaban en ANV, el partido con el que nació en 1930 la izquierda *abertzale*, aunque siete años después sus batallones también se rindieron en Santoña. Txelis fue durante la Transición cuatro años concejal por HB en Bilbao, porque ANV se integró entonces en la coalición independentista. Hoy ya no militan, pero mantienen fidelidad a sus ideas, que no tienen cobertura legal.

Txelis vaticina que si se votase la independencia ganaría el «no», porque los vascos apoyan el «nacionalismo del bienestar», y sin España negras sombras aparecerían en la economía. Además la secesión no parece más que una quimera romántica, me confiesa mientras abandonamos un bar de la plaza del Ayuntamiento: «Sin el PNV es difícil y con el PNV imposible».

21 de enero de 2005

Ha dejado de llover y, aunque negras nubes dominan el horizonte, por fin descubro desde el balcón de la casa el valle de Txorierri, que en euskera significa «zona de pájaros». Ninguna de esas aves me vino a despertar estos días supliendo al despertador que olvidé meter en la maleta. Sospecho que acabó con ellos el aeropuerto de Sondika, esa masa de hormigón devoradora del paisaje situada a mis pies.

De vuelta a Derio para completar el buceo en el archivo de Alberto Onaindia, mis oídos confirman definitivamente que la radio pública vasca es bastante más plural que la española. Será tan poco Ubre y dependiente del Gobierno como todas las públicas, pero al menos escucho todo tipo de opiniones, con la participación de diferentes clases de tertulianos y oyentes, nacionalistas y constitucionalistas.

238

Un periodista asturiano, Antonio Álvarez Solís, es presencia habitual en Radio Euskadi y en *Deia*. Como Miguel Herrero de Miñón desde la derecha democrática, Antonio y otros «amigos de los vascos», que se cuentan con los dedos de la mano, recuerdan a los pontoneros de la Guerra Civil en el norte, reparando continuamente los puentes entre España y el País Vasco, rotos a diario por la incomprensión y el fundamentalismo patriótico.

Dos días me han bastado con Ander Manterola para tender unas redes de afecto que perdurarán toda la vida. He aprendido cosas repasando las carpetas del archivo del mediador en el Pacto de Santoña, pero muchas más en las frecuentes interrupciones para consultar, preguntar o simplemente conversar con este cura sabio de setenta años que no se deja fotografiar, como los habitantes de esas tribus que estudian sus colegas antropólogos, para los que captarles el rostro es como robarles el alma. Me despeja muchas dudas sobre mi trabajo e incluso sobre mis capacidades para afrontar este libro. «Hilas fino», me halaga mientras corrobora las intuiciones que me depara la lectura de los viejos papeles.

Antes de regresar a casa paso de nuevo por la librería Kirikiño a recoger las fotocopias prometidas por su dueño. Los tres clientes con los que comparto el reducido espacio de la librería hablan en euskera en este santuario cultural del nacionalismo vasco, situado a dos pasos de Sabin Etxea, sede del PNV, pero también del castizo café Iruña y del Palacio de Justicia. En estos jardines de Albia sólo falta el poder financiero para completar el paisaje urbano de la sociedad vasca, que es la más plural de España.

Sin embargo, el faro de este convulso mar de convivencias, que tan a menudo estalla, es el Museo Guggenheim, que me despide al atardecer con su maravillosa luz cambiante.

El símbolo del País Vasco sabiniano, clerical y decimonónico era el Arbol de Guernica. El de Euskadi hoy, sin sotanas pero aún con pistolas, es este museo al que a nadie importa su contenido, porque es una obra de arte en sí mismo con la que Bilbao saludó al siglo XXI.

Y el Arbol de Guernica se ha secado.

3 de febrero de 2005

Madrid despierta bañada por su limpia y velazqueña luz invernal cuando atravieso la plaza de Oriente camino del Senado.

El sol tempranero, que anticipa otro hermoso y frío día en la meseta, destaca el balcón desde el que Franco se dirigía a las masas que le aclamaban, aunque a mí esta plaza siempre me evoca mucho más al escritor José Bergantín, uno de sus vecinos ilustres, que pasó sus últimos años en Euskadi, donde acabó siendo un compañero de viaje de la izquierda *abertzale*. Una paradoja vital la de aquel escritor que antes del exilio era conservador y católico.

239

Más paradójico aún es que Iñaki Anasagasti ocupe en el Senado el despacho de Franco, que el Generalísimo utilizaba cuando acudía al Consejo General del Movimiento, ubicado en época del dictador en la sede de la Cámara Alta.

El senador peneuvista no ha querido tocar nada y se sienta bajo un retrato de Isabel II, a quien culpa de las dos guerras carlistas, origen remoto del conflicto vasco. También hay una foto del rey, aunque Anasagasti no oculta su antipatía por la figura de Juan Carlos I y por la institución que encarna:

- Ese caballero ni arbitra ni modera, vive bien exclusivamente — me dice.
- ¿Es usted republicano
- Lo que no soy es monárquico.
- ¿Un republicano federalista?
- Un republicano vasco.

Los nacionalistas declararon la República Vasca en Santoña en 1937, pero Anasagasti, pese a su interés por la historia contemporánea del País Vasco, no

puso mucho empeño en desvelar durante la Transición política los grandes misterios del final de la guerra para los *gudaris*, aunque mantuvo directa relación con sus protagonistas, como Ajuriaguerra, Leizaola o el padre Onaindia. Ahora se arrepiente, aunque no cree que la vieja guardia peneuvista haya echado tierra intencionadamente sobre unos hechos que la comprometen ante la historia. «Pacto de silencio mayor que el de Santoña es éste de la monarquía española, que es una anomalía histórica», opina este nacionalista nacido en el exilio.

En Venezuela conoció Anasagasti a su esposa, María Esther Solavarrieta Aznar, nieta del consejero socialista de Industria en el Gobierno de Aguirre, Santiago Aznar, exiliado también en América. Sin duda porque aquellas palabras hablaban de su propia vida, María Esther es la responsable de que en Trucios se pueda leer junto al Ayuntamiento el manifiesto en el que Aguirre, al dejar el País Vasco para siempre, advertía que los suyos volverían algún día.

En corbata y mangas de camisa, bajo una ikurriña y un busto de Sabino Arana de Oteiza, a Anasagasti se le nota a gusto bajo esas cuatro esquinas nobles de una habitación cálida que parece un búnker, porque la puerta es un discreto hueco casi oculto en la pared de madera.

En Madrid apenas pisa la calle, porque es insultado e increpado con frecuencia. «Dicen de Euskadi, pero aquí también nosotros aguantamos violencia y persecución», asegura este habitual receptor de anónimos, no precisamente cariñosos.

El hombre que luce la calva más famosa y disimulada de España es el único político con el que hablé para elaborar este libro por recomendación expresa de Gregorio Morán, que es en este tema el mejor consejero. Anasagasti me pasará algunos libros y documentos que aún no he consultado. Tengo tanto interés en leerlos como certeza de que poco me van a aportar sobre lo que ya sé del Pacto de Santoña.

240

Además la mente se me dispara, los dedos se me calientan y, como un heroinómano esperando su dosis, sólo cuento los días que me faltan para ponerme delante del ordenador.

240

4 de febrero de 2005

IV. El Pacto del Silencio

El puente aéreo me deja en Barcelona a mediodía y, como ésta es una ciudad para paseantes solitarios, deambulo feliz por las Ramblas hasta la cita concertada con Gregorio Morán más de una hora después. Hace años que no le veo, pero, tras el sentido abrazo afectivo, comenzamos a devorar conversaciones y asfalto con esa selectiva naturalidad que tienen las personas que conectan al primer golpe de vista. Le comento a Gregorio que tenemos tales coincidencias vitales que lo nuestro no son casualidades, sino causalidades, como me dice siempre Fernando Sánchez Dragó en situaciones parecidas.

Hace más de veinte años me echaron de un periódico por no admitir la censura de una entrevista que le hice a Gregorio Morán, cuando acababa de publicar su libro sobre Euskadi *Los españoles que dejaron de serlo*. Al editor le escandalizó el titular, una frase que ya no recuerda su autor:

«Tarde o temprano las fuerzas de orden público tendrán que abandonar el País Vasco».

Animados por esta cálida luz mediterránea que ilumina su armonía urbana, Barcelona nos ofrece generosa sus prodigios, de manera que el interminable paseo se convierte en un placer que mis pies cansados soportan con sumisión.

Ya bien entrada la tarde llegamos al Hospital de la Santa Creu i Sant Pau, fundado en 1401, por lo que es el segundo más antiguo de Europa. Cinco siglos después, en 1901, Lluís Domènech lo convirtió en una de las joyas del modernismo catalán. El dolor y la enfermedad tienen que ser más llevaderos en estos dieciocho pabellones deslumbrantes orientados al sol y acompañados por un gran jardín con vegetación aromática y medicinal.

Víctor Benito nos espera en su envidiable lugar de trabajo, donde un letrado en catalán define el estado de sus pacientes: «Semicríticos». Desde luego no es un cartel de bienvenida para Gregorio y para mí, que seremos cualquier cosa menos semicríticos. Gregorio es un periodista y escritor maldito, sobrado de talento y negado para la complacencia, que lleva más de una docena de años afincado en Barcelona tras residir en su Oviedo natal, París, Madrid y el País Vasco, donde dirigió un periódico.

Tras una comida en una tasca gallega del Poble Nou, donde nos comemos una cabeza de cerdo traída de Lugo, invitados por Víctor Benito y otros médicos barceloneses, Gregorio y yo nos levantamos «a los chistes», buscando una mesa que nos permita hablar de nuestros vascos antes de que salga mi avión.

Al final, mientras unos clientes discuten a voces sobre el Plan Ibarretxe, transportándonos a la vehemencia ética de nuestra Asturias patria querida, este pequeño gran escritor de sonrojada piel y atlánticos ojos azules me confirma lo que sostengo, tras estos meses enfrascado en el Pacto de Santoña: «Creían que Franco era un pelele y de tonto no tenía un pelo. De ahí vino su catástrofe».

8 de febrero de 2005

Juan Antonio de Blas nació en un pueblo de Burgos que no conoce y a las tres semanas lo trajeron a Gijón, pero su vinculación con Euskadi es tan intensa que en realidad me siento frente a un vasco-asturiano, si me permite esta licencia este escritor al que, como buen anarquista, nada interesan las patrias.

Cumpliendo con un rito inevitable, de camino a la cita en el parador El Molino Viejo me detengo frente al Cantábrico, aunque un prolongado catarro me ha robado el olfato y no puedo olerlo, lo que me parece una desgracia comparable a ser ciego en la Alhambra.

Como si fuese un homenaje a aquellos miles de combatientes encerrados en la última ciudad republicana del frente del norte, en Gijón al gran paseo marítimo de la playa de San Lorenzo lo llaman el Muro. No otra cosa era la mar en octubre de 1937 para aquella legión de derrotados, en vez de su única escapatoria, aunque muchos lograron llegar a Francia en una epopeya que nada tiene que envidiar a la de Dunkerque.

Pocas personas han estudiado y escrito con tanta pasión y rigor de todo ello como Juan Antonio de Blas, aunque su vocación libertaria le mantiene alejado de los circuitos comerciales. Su última novela, *Los días del infierno*, cuenta el postrero mes de la guerra en el norte y también ha publicado sobre todo lo ocurrido en la contienda en Asturias, con especial atención a la presencia de los batallones asturianos en el País Vasco. La primera, *¿Hay árboles en Guernica?*, provocó en la década de los años ochenta el rechazo conjunto del PNV y la Guardia Civil, porque no salen bien parados. De Blas fue el primero que publicó sobre las negociaciones del general Mola y el EBB al poco de comenzar la guerra en Lekeitio, donde vivió y ejerció su profesión de maestro. Una hija suya aún vive en ese pueblo vizcaíno y el otro en Getxo. Su

vinculación con Euskadi y su pasado reciente es incluso familiar, porque su suegra sirvió en la casa de José Antonio Aguirre, cuando era un señorito de Las Arenas.

«Vascos y asturianos siempre se llevaron bien, pero en la guerra sólo los de los batallones republicanos; en el País Vasco los campesinos nos odian», dice recordando viejas cuentas pendientes, que algunos caseros que le informaron remontan a las guerras carlistas.

242

Cae la tarde al otro lado del ventanal que nos separa de un hermoso jardín donde posan parejas de novios, pero se mantiene intacta la viva conversación con un hombre que se siente historiador reconvertido en novelista. Con su perilla canosa, miope mirada y morada bufanda también lo parece, pero más aún cuando apostilla con radical convicción que la Guerra Civil no ha terminado, porque se sigue combatiendo en la historia y en la literatura. Y para muestra, esta obra sobre el Pacto de Santoña: «Fue una traición descarada, canalla y criminal que se silencia porque ni a los unos ni a los otros les interesa que se conozca; al PNV por la traición y a los republicanos porque mintieron y engañaron. En Euzkadi la guerra se cuenta hasta la entrada de los nacionales en Bilbao. Y lo peor es que la sociedad vasca incluso admite la omisión sobre los vascos no nacionalistas que siguieron combatiendo hasta Asturias».

Para Juan Antonio de Blas la verdadera deuda histórica en Euskadi es la que tiene que saldar el PNV, asumiendo la xenofobia de Sabino Arana y la rendición de Santoña.

19 de septiembre de 2005

Si hay alguna duda de que el Pacto de Santoña fue un secreto bien guardado, que se lo pregunten a Ricardo Menéndez Hevia, que estuvo sesenta y cinco años creyendo que la Academia Militar de la República, donde era cadete en agosto de 1937, había sido tomada por los franquistas.

Por una carta al director enviada a la prensa por la nieta de un *gudari* arrepentido se enteró en 2002 de que los que habían tomado su Academia y los otros dos cuarteles republicanos de Santoña habían sido los nacionalistas vascos en rebelión, a los que el día anterior habían recibido los cadetes con entusiasmo a su regreso del frente.

IV. El Pacto del Silencio

Como sus compañeros, Ricardo fue desarmado, pero se fugó sin que nadie se lo impidiera y fue el único que acompañó a los mandos de la Academia desde Santoña hasta Deva, en Gijón, en una camioneta. Cuando los franquistas tomaron Asturias fue encarcelado tres años y acabó su condena en la cárcel bilbaína de Larrinaga, pero nunca supo qué había pasado con sus compañeros de Santoña. Desde que se enteró del pacto con los italianos busca por tiendas y ferias información y libros sobre un suceso que a sus noventa y tres años aún le atormenta.

Más que una entrevista de trabajo, la conversación que mantengo con Ricardo en un soleado salón de su casa de Sama de Langreo, desde el que se ve el río Nalón brillando con los últimos rayos del verano, es una asombrosa paradoja. No es el escritor el que ha buscado al protagonista de lo que narra, sino al revés. Y no es Ricardo quien me cuenta lo que sucedió en Santoña en agosto de 1937, sino yo quien le detalla un pacto del que fue víctima y protagonista.

243

Este anciano lúcido, al que se le escapan lágrimas de emoción recordando a sus camaradas de la CNT o a su hermano muerto en la defensa de Bilbao, debió de escribir en el libro de la vida páginas muy bellas cargadas de humildad. El mío se ha enriquecido con sus datos y su humanidad. Lleva años buscando un libro sobre el Pacto de Santoña para saciar su curiosidad y acaba siendo protagonista y colaborador de éste.

Como la historia, la vida de Ricardo es una paradoja.

Bibliografía.

LIBROS

- AGUIRRE, José Antonio, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, Foca, Tres Cantos, 2004. —, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, Editorial La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1977.
- AMBOU, Juan, *Los comunistas en la resistencia nacional republicana*, Hispamerca, Madrid, 1978.
- AMILIBIA, Miguel, *Los batallones de Euskadi*, Txertoa, San Sebastián, 1978.
- ANASAGASTI, IÑAKI, y ERKOREKA, JOSU, *Dos familias vascas: Areilza Aznar*, Foca, Tres Cantos, 2003.
- AZAÑA, Manuel, *Memorias políticas y de guerra 1937-1939*, Crítica, Barcelona, 1997.
- BEEVOR, Anthony, *La Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona, 2005.
- BELDARRAIN, Pablo, *Historia crítica de la guerra en Euskadi (1936-37)*, autoedición, 1991.
- BEURKO, Sancho de, *Gudaris*, Editorial Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1977.
- CABEZAS, Juan Antonio, *Asturias: 14 meses de Guerra Civil*, G. Del Toro, Madrid, 1975.
- CAMINO, Iñaki, *Leizaola, la lealtad del viejo roble*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1989.
- COVERDALE, John E, *La intervención fascista en la Guerra Civil española*, Alianza, Madrid, 1979.
- DÍAZ-HERRERA, José, *Los mitos del nacionalismo vasco*, Planeta, Barcelona, 2005.
- EUSKALDUNAK MUNDUAN, *Vascos en el mundo*, 6, «Eusko Jaurlaritza», Gobierno Vasco, San Sebastián, 2004.
- FRASER, Ronald, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Crítica, Barcelona, 2001.
- FUSI, Juan Pablo, *El País Vasco 1931-1937: autonomía, revolución, Guerra Civil*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.
- GÁMIR ULIBARRI, Mariano, *Guerra de España. 1936-1939*, La Estrella, París, 1939.
- GÁRATE, Rafael de, *Diario de un condenado a muerte*, Ediciones Vascas, San Sebastián, 1977.
- GIL ROBLES, José María, *No fue posible la paz*, Planeta, Barcelona, 1968.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel, y GARMENDÍA, José María, *La Guerra Civil en el País Vasco; política y economía*, Siglo XXI, Madrid, 1988.
- GOÑI GALÁRRAGA, Joseba M., *La Guerra Civil en el País Vasco: una guerra entre católicos*, Eset, Vitoria, 1989.
- , *Historia general de la Guerra Civil en Euskadi*, Luis Haranburu Editor, San Sebastián, 1979.
- , *Historia general de Asturias*, Silverio Cañada Ediciones, Gijón, 1978.

Bibliografía

- GRANJA, José Luis de la, *República y Guerra Civil en Euzkadi (del pacto de San Sebastián al de Santoña)*, HAAE/IVAP, Oñati, 1990.
- IBÁRRURI, Dolores, *Guerra y revolución en España (1936-1939)*, Progreso, Moscú, 1967.
- IRIBARREN, José María, *Mola. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional*, Talleres Editoriales El Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1938.
- IRUJO, Andrés, *Los vascos y la República Española*, Ekin-Txalaparta, Tafalla, 2005.
- IRUJO, Manuel, *La Guerra Civil en Euzkadi antes del estatuto*, ED, Madrid, 1978.
- ISPITZUA MENIKA, Tiburcio, *Odisea del clero vasco exiliado*, Bilbao, 1986.
- JIMÉNEZ DE ABERASTURI, Luis María, *Crónica de la guerra en el norte (1936-1937)*, Txertoa, San Sebastián, 2003.
- , y JIMÉNEZ DE ABERASTURI, Juan Carlos, *La guerra en Euzkadi*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978.
- KOLTSOV, Mijail, *Diario de la guerra de España*, Akal, Tres Cantos, 1978.
- LLAMAS ARROYO, Ángel, *Unos y otros*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1992.
- , *Los muertos hablan*, Gráficas Uncilla, Bilbao, 1980.
- LÁRDELO ROA, Marcelino, Asturias, octubre del 37: ¡*El Cervera a la vista!*, auto-edición, Gijón, 1997.
- MARTÍNEZ BANDE, José Manuel, *La guerra en el norte. Monografías de la Guerra de España*, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1969.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, Ignacio, *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, Biblioteca Breve, Barcelona, 2005.
- MEER, Fernando de, *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España (1936-1937)*, EUNSA, Barañáin, 1992.
- MORÁN, Gregorio, *Los españoles que dejaron de serlo*, Planeta, Barcelona, 1981.
- OKTUBRE TALDEA, *Arrasate 1936, una generación cortada*, Arabera, Guipúzcoa, 2003.
- OLAZÁBAL, Ramón, *Crónicas y testimonios de la Guerra Civil en Euzkadi*, auto-edición, Irún, 1992.
- ONAINDIA, Alberto, *El «Pacto» de Santoña*, Laiz, Bilbao, 1983.
- , *Experiencias del exilio. Capítulos de mi vida II*, EKIN, Buenos Aires, 1974.
- , *Hombre de paz en la guerra. Capítulos de mi vida I*, EKIN, Buenos Aires, 1973.
- ONTAÑÓN, Antonio, *Rescatados del olvido*, autoedición, Santander, 2003.
- PABLO, Santiago de, MEES, Ludger y RODRÍGUEZ RANZ, José A., *El péndulo patriótico. Historia del PNV 1936-1979*, Crítica, Barcelona, 2001.
- , *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, Auñamendi, San Sebastián, 1997.
- , *El pueblo vasco frente a la cruzada franquista*, Documentos, Publicación del Clero Vasco, Egi-Indarra, Toulouse, 1966.
- PAYNE, Stanley, y Tusell, Javier, *La Guerra Civil. Una nueva visión del conflicto que dividió España*, Temas de Hoy, Madrid, 1996.
- PELAY OROZCO, Miguel, *Juan Ajuriaguerra: su vida, su obra, su muerte*, Idatz Ekintza, Bilbao, 1987.

Bibliografía

- PRESTON, Paul, *La Guerra Civil española*, Plaza & Janés, Barcelona, 2.000.
- , *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, Península, Barcelona, 1999.
- PRIETO, Indalecio, *Convulsiones de España. Palabras al viento*, Fundación Indalecio Prieto, Planeta, Barcelona, 1992.
- , *Protagonistas de la historia vasca (1923-1950)*, Eusko-Ikaskuntza, San Sebastián, 1985.
- , *De mi vida*, Ediciones El Sitio, México, 1965.
- RAMOS-OLIVEIRA, Antonio, *Historia de España*, Oasis, México.
- SAIZ VALDIVIESO, Alfonso Carlos, *Indalecio Prieto y el nacionalismo vasco*, Laida, Bilbao, 1989.
- SAIZ VIADERO, J. R., *Crónicas republicanas. De la sublevación de Jaca al Frente Popular*, Puntal Libros, Santander, 1981.
- , *Crónicas sobre la Guerra Civil en Santander*, Institución Cultural de Cantabria, Diputación Provincial de Santander, Santander, 1979.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón y Jesús María, *Historia General de la Guerra de España*, Rialp, Madrid, 1986.
- SAN SEBASTIÁN, Koldo, *Historia del Partido Nacionalista Vasco*, Txertoa, San Sebastián, 1984.
- STEER, George, *El árbol de Gnómica*, Txalaparta, Tafalla, 2002.
- ST. OYÁN MÍNEV, Stepánov, *Las causas de la derrota de la República Española*, Miraguano Ediciones, Madrid, 2003.
- SUÁREZ RODRÍGUEZ, Mariano, *¿Quién escaeció a Berlarmino Tomás? Socialismu y soberanía n'Asturies*, Andecha Llibros, Oviedo, 2004.
- TABERNILLA, Guillermo y LEZÁMIZ, Julen, *El Cuerpo Disciplinario de Euzkadi*, Asociación Sancho de Beurko, Bilbao, 2004.
- , *Saibigain, el monte de la sangre*, Asociación Sancho de Beurko, Bilbao, 2002.
- TALÓN, Vicente, *Memoria de la guerra de Euzkadi de 1936*, tomo II, Plaza & Janés, Barcelona, 1988.
- THOMAS, Hugh, *La Guerra Civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1995.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, FUSI, Juan Pablo, GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel, REIG TAPIA y otros, *La Guerra Civil en el País Vasco, 50 años después*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1987.
- TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *El catolicismo mundial y la Guerra de España*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1993.
- URQUIJO, Alfonso, *Cuando empuñamos las armas*, Moneda y Crédito, Madrid, 1974.
- W AA., *La Guerra Civil española. Mes a mes*, Biblioteca El Mundo, Madrid, 2005.
- ZUGAZAGOITIA, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Tusquets, Barcelona, 2001.

PERIÓDICOS Y PUBLICACIONES

Euzkadi, Deia, Egin, El Correo Español-El Pueblo Vasco, El Diario Vasco, El Mundo, La Nueva España, ABC, The Times, Historia 16, Defensa, Los vascos en la batalla de Santander: junio-septiembre de 1937 (dirigida y escrita por Vicente Talón), *El Oriente de Asturias* (artículos de Higinio del Río sobre Manuel Sánchez Noriega, *El Coritu*, 25 de agosto y 1 de septiembre de 2.000), *Noticias de Santoña*, (nº 19, marzo de 2003, entrevistas de Carlos Blasco Olaetxea depositadas en el Centro de Patrimonio Documental de Euzkadi, Vergara).

ARCHIVOS

Archivo de Alberto Onaindia depositado en el Instituto Labayru de Derio (Vizcaya).

Archivo de la Asociación Sancho de Beurko (Vizcaya).

Archivo del Nacionalismo Vasco, Fundación Sabino Arana, Artea (Vizcaya).

Archivo Intermedio Militar Noroeste de Ferrol (Coruña).

Archivo General de la Guerra Civil Española de Salamanca. Archivo Militar de Avila.

Índice Onomástico

- Abad, Primitivo, 157, 199, 211, 240, 272-274
 Aguilar, Juan, comandante, 131, 143-148, 154, 155
 Aguirre, comandante, 55
 Aguirre, Fortunato, 34
 Aguirre, José Antonio, 36, 40, 47-52, 54, 55, 59, 60, 61, 65, 68-72, 76-79, 81-86, 90, 92-94, 96-98, 100-103, 105, 106, 111-120, 122-124, 127-130, 137, 138, 142, 146, 148, 151, 156, 161, 164, 165, 167-170, 172, 173, 175, 176, 178-187, 189, 191, 200, 204, 213-220, 222, 223, 225-230, 232, 248, 252, 253, 256-261, 263, 264, 266, 267, 274-276, 279, 284, 288, 290, 294, 298, 301
 Aguirregoitia, Jesús, 261
 Agulló, Vicente, capitán de corbeta, 117
 Ajuriaguerra, Juan, *Jacinto*, 26, 35, 44, 45, 70, 71, 72, 101, 106, 115, 120, 121, 129-132, 137-139, 141, 151, 157, 162-167, 169, 176, 190, 206, 209, 210, 223-225, 230-232, 234, 236, 238-240, 246-252, 256, 259, 263, 265, 268, 269, 273, 285, 298
 Alba, duque de, *véase*
 Álvarez de Toledo y Pimentel, Fernando.
 Alberdi, Edorta, 165, 249
 Alcalá-Zamora, Niceto, 48
 Aldasoro, Ramón María, 49, 105, 180
 Aldazábal, Martín, 235
 Alfonso XIII, 113
 Alonso, Bruno, 197
 Alonso Vega, Camilo, teniente coronel, 34, 69, 144, 145
 Altuna Soruca, José, 79
 Álvarez, Roberto, 200
 Álvarez de Toledo y Pimentel, Fernando, duque de Alba, 80
 Álvarez Solís, Antonio, 296
 Amado Blanco, Luis, 198
 Ambou, Juan, 81, 209
 Amilibia, Miguel, 40, 41, 53, 107, 108, 109, 255, 269
 Amilibia, Tatxo, 255
 Amunárriz, Roque, 139
 Anasagasti, Iñaki, 191, 298, 299
 Anglada, comandante, 105
 Ansaldo, Juan Antonio, 108
 Antzola, José María, comandante, 140
 Anón, capitán, 232

Apraiz, Sabin, capitán, 106, 137, 140, 141, 151, 221
Arambarri, Modesto, capitán, 55, 69, 85
Arana, José Domingo, *Aranita*, 146
Arana, Luis, 36, 37, 47
Arana, Sabino, 36, 37, 47, 134, 222, 231, 282, 298, 302
Aranda, Antonio, 73
Arbex, comandante, 116
Arboleya, Maximiliano, 59
Areilza, Enrique, 93
Areilza, Ignacio, 140
Arenillas, José Luis, 222
Argüelles Junquera, Eduardo, 277-281
Ariztimuño, José de, *Aitzol*, 57, 61
Arredondo, Arturo, 177
Arredondo, Koldo, 151, 165, 168, 225
Arregui, Luis, 168
Artaza, Alejo, 221
Artetxe, José, 36
Artetxe, Lucio, *Luki*, 141, 151, 165, 167, 207, 211, 219, 230, 238, 239, 249, 251
Artiach, *gudari*, 145
Artola Goicoechea, 35
Arzadun, Andrés, 260
Arzalluz, Xabier, 268, 270
Arzelus, 249
Astigarrabia, Juan, 49, 86, 123, 137
Astiz, Máximo, 222
Atáun, Bonifacio, capellán, 55
Azaldegui, José Mari, 163
Azaña, Manuel, 84, 85, 111, 123, 126, 182-187, 198, 213, 244, 256, 257, 260, 286
Azcarate, coronel, 55
Azkarate, capitán, 232
Azkarreta, Manuel, 221
Azkue, Koldo, 286
Azkue, Koldo, hijo, 286
Azkue, Luis, 221
Azkue Gorostiaga, Ramón, 37, 140, 249, 250
Aznar, José Luis, 46
Aznar, José María, 283
Aznar, Julio, 126
Aznar, Santiago, 49, 123, 260, 298

Índice Onomástico

- Babini, coronel, 202
Barandiarán, José Miguel, 294
Barañano, Félix, comandante, 234
Barba, Bartolomé, coronel, 232-234, 237, 244, 245
Barciela, José Antonio, 177, 178
Barnés, Alfonso, 177, 178
Barnés, Domingo, 177
Barnés, Francisco, 177
Barra, Francisco de la, 94
Barredo, sargento, 108
Barrióla, Balbino, 163
Bárzana, 206
Basaldúa, Pedro, 117, 151
Basterrechea, Francisco, 47, 253
Bastico, Ettore, general, 202, 244, 248
Beldarrain, Pablo, 127-129, 151, 158, 181, 189, 192
Bencini, comandante, 164, 175
Benito, Víctor, 300
Bergantín, José, 297
Bergonzoli, general, 202, 241
Bertelli, Giuseppe, 234
Berzin, Ian Antonovitch, *véase* Goriev, Vladimir. Besteiro, Julián, 58
Beurko, Sancho de, *véase* Ruiz de Aguirre, Luis. Bilbao, Alejo, 221
Bilbao, Tomás, 134, 260
Bivort de la Saudeé, J., 94, 96
Biziola, Juan Luis, 180
Blanco, Ildefonso, 234
Blas, Juan Antonio de, 300-302
Boland, Bredie, 133
Bonardi, capitán, 237
Breña, de la, teniente coronel, 40
Brouard, Santiago, 24
Burgaña, hermanos, 192
Bustamante, César, 287
Buzón Llanes, Francisco, teniente coronel, 74, 126, 198
- Cabanellas, general, 65
Cabezas, Juan Antonio, 198
Calle, Julián, 131, 155
Camiña, familia, 92, 95, 100
Camiña, José, 92

Índice Onomástico

- Campa, Ángel de la, *Angelín*, 277
Campa, de la, (esposa de Jesús), 276
Campa, de la, (hermano de Jesús), 277
Campa, Jesús de la, 276, 277
Cantalupo, Roberto, 100
Capetillo, hermanos, 81
Capponi, teniente, 151
- Careaga, Juan, 41 Cargnelutti, 238
Carlo, De, coronel, «Da Cunto», 163, 175, 192, 196, 209
Caro Baraja, Julio, 294
Carpentier, Georges, 149
Carrasco Amilibia, León, coronel, 33
Casajara, marqués de, 106
Casona, Alejandro, 198
Cavalletti di Olivera Sabino, Francesco, marqués, 99, 100, 101, 113, 114, 120, 121, 131, 162-164, 215, 228, 247, 249, 251
Celestino, sacerdote, 56
Chamorro, capitán aviador, 108
«Chavi», 282, 283
Chiapuso, Manuel, 77, 84
Chingao, El, 255
Chillida, Eduardo, 71
Chillida Aramburu, Pedro, 71
Ciano di Cortellazzo, Galeazzo, conde, 102, 169, 171, 172, 175, 176, 248, 251, 252, 269
Ciutat, Francisco, 42, 52, 69, 70, 83, 86, 138, 218
Coffano, arzobispo, 66
Comba, Jesús de la, 39
Cordero, Lorenzo, 26
Costa e Silva, 243, 246
Crespo, Jubo, 222
Cuervo, Luis Miguel, 288, 289
Cueto Montes, Adolfo, 279-281
- Dambroski, 127
Dávila Arrondo, Fidel, general, 93, 108, 109, 233, 244, 245
Delbos, Ivon, 185
Delgado, Francisco, teniente, 241
Delicado Baeza, José, arzobispo, 267, 268
Dempsey, Jack, 149
Diez, Galo, 97

Índice Onomástico

- Doménech, Lluís, 300
Dupuy, Georges, capitán, 246
- Echániz, Nemesio, capellán, 55
Echegaray, José, 19
Echevarrieta, Horacio, 163
Eguía, Joaquín, 117
Eguidazu Garay, Manuel, 106, 246, 250
Eguileor, Sabin, capitán, 232-234
Eizaguirre, Juan, 163
Eizaguirre, Koldo, 163
Elósegui, Alberto, 263
Epalza, Juan Manuel, 36, 37, 75, 221
Erkoreka, Iñaki, 295
Erquiaga, Víctor, comandante, 146, 155
Errán, Rufino, 155
Errandonea, Manuel Cristóbal, 39, 41, 255
Errasti, Francisco, 58
Escauriaza, Jesús, 61, 133
Escauriaza, Manuel, 61, 133
Espinosa, Alfredo, 49 Espinosa, José María, 295
Etxegarai, Bonifacio, 269
Ezpeleta, Luis, teniente, 235
- Fariña, Amilcare, teniente coronel, 232-234, 236-238, 245, 246
Fergosi, coronel, 242, 244
Fernández, Alberto, 155
Fernández Ladreda, Baldomero, 80
Fernández Navamuel, Eloy, teniente coronel, 208
Fernández Villanueva, Marcelino, 80
Fiumara, coronel, 152
Foch, mariscal, 104
Forni, Efrén, arzobispo, 91
Fraga, Manuel, 275
Francisci, general, 202
Franco Bahamonde, Francisco, general, 29, 30, 34, 43, 45, 47, 54, 73, 86, 87, 89, 91, 92, 94-96, 98, 102, 108, 120, 121, 130, 133, 135, 137, 148, 149, 155, 161, 163, 164, 167, 169, 172-175, 181, 186, 196, 202, 209, 231, 233-235, 244-249, 251, 252, 254, 261, 265-267, 275, 277, 279, 290, 291, 297, 298, 300
Franco Bahamonde, Nicolás, 196
Fraser, Ronald, 37

Índice Onomástico

- Frías Giraud, Alejandro, 148
Frusci, general, 202
Fuente, Ernesto de la, comandante, 55, 217-219, 222, 251
Fuentes, Valentín, capitán de navío, 217
- Gaiztarro, Fausto, 34
Galán, Francisco, coronel, 194
Gállego, José, teniente coronel, 190
Gámir, familia, 119
Gámir Ulibarri, Mariano, general, 111, 113, 116, 119, 122, 123, 126-128, 151, 156, 180, 187-189, 200, 208, 212, 216, 217, 219, 220, 223, 226, 227, 259
Gandasegui, Remigio, arzobispo, 60, 61
Garaikoetxea, Carlos, 267
Garamendi, Iñaki, 141, 146
García Berlanga, Luis, 103
García Conde, Pedro, 248
García de Cortázar, Fernando, 290, 291
García Oliver, Juan, 205
García Suárez, Eladio, 278, 279, 281
García Valiño, Rafael, teniente coronel, 145-148, 155
García Vayas, teniente coronel, 216
Garnica, María, 133
Garteiz, Faustino, 93
Goicoechea, Alejandro, capitán, 105-107, 109, 250
Goicoechea, (padre de Alejandro), 106
Gomá, Isidro, cardenal, 45, 64-67, 90, 91, 95
Gómez, Ricardo, 255
Gómez, Vicente Juan, coronel, 109
Gómez Buillón, Salvador, 222
González, Antonio, 94
González, Marcelo, cardenal, 267
González Peña, Ramón, 84, 123
González Portilla, Manuel, 275
González Portilla, (padre de Manuel), 275
González Puertas, Valeriano, teniente coronel, 195
Goñi Larrañaga, Joseba M., 63
Goriev, Vladimir, general, *Ian Antonovitch Berzin*, 85, 116, 127, 209, 217-219
Gorostiaga, 180
Gorritxo, Francisco, *Patxo*, 131-133, 139-141, 145-147, 155, 157, 159
Gorritxo, Vicente, 155
Gracia, Juan, 49, 75, 260

Índice Onomástico

- Granja, José Luis de la, 283, 284
Guerrica-Echevarría, Casiano, coronel, 116, 117
Gurruchaga, Ildefonso, 269
- Hermann, Adolf, 71
Herrero de Miñón, Miguel, 296
Hitler, Adolf, 89, 149
Horn Areilza, Francisco, 36, 43, 45, 46, 98, 99
Horn Areilza, José, 99
- Ibarbia Unzeta, José, 249
Ibargüen, José, 117
Ibarretxe, Juan José, 295, 300
Ibarrola, Juan, teniente coronel, capitán de la Guardia Civil, 55, 199, 206, 207, 211, 254
Ibárruri, Dolores, *Pasionaria*, 52, 86
Idiart, familia, 264
Idígoras, capitán, 133
Idígoras, Jon, 288
Irala, Antón, 43, 46
Irezábal, Daniel, coronel, 55, 189
Irigoyen, Juan, 166
Irujo, Andrés, 41
Irujo, Manuel, 35, 38-41, 45, 47, 50, 60, 81, 96, 97, 115, 183, 229, 257, 260, 264, 269
Isabel II, reina, 298
Isasi, Mikel, 265
Isusi, Esteban, 36
Izaurieta, José María, 46, 94
- «James Masterton», 264
Jaime, (hijo del marqués de Casajara), 106
Jáuregui, Eduardo, 282
Jáuregui, Julio, 94, 100, 195, 196
Jaureguibeitia, 141
Johnson, Samuel, 19
Jordi, Antonio, 234
Juan Carlos I, rey, 298
Juana Chaos, Iñaki de, 283
- Koltsov, Mijail, 87
Kortajosé María, capellán comandante, 56, 57, 78

Índice Onomástico

- Labadía Otamendi, Blas, 247
Lamas Arroyo, Ángel, 74, 119, 122, 123, 127, 195, 205, 207, 209, 217, 218, 222, 223, 243, 246
Laniella, Ramón, 78, 212
Largo Caballero, Francisco, 39, 42, 47, 50, 76, 82, 85, 96, 97, 113, 115, 257
Larrañaga, Jesús, 39, 40, 86, 138, 199, 200, 210, 211, 254
Larrazábal. Juan, 142, 143
Larrea, Ángel, 282
Laruelo, Marcelo, 288, 289
Lasa, 180
Lasarte, capitán, 232
Lasarte, José María, 35, 38, 45, 165, 166, 169, 174, 175, 190, 192, 210, 261, 269
Lauzirica, Francisco Javier, obispo, 58, 60, 68
Lazcano, Lino, 221
Lebaud, 171, 223, 224, 227, 228
Lecároz, José, 35
Leizaola, Jesús María, 49, 78, 81, 105, 116, 122, 123, 125, 126, 130-132, 134, 135, 157-159, 186, 187, 196, 200, 236, 253, 258, 264, 268, 269, 274, 298
Leizaola, Ricardo, 43, 44
Lejarcegui, Domingo, 221, 222
Lejarcegui, Víctor, 26, 190, 191, 193, 194, 201, 207, 211, 212, 214, 216-220, 238
Lekanda, Faustino, 75
Letamendía, Domingo, 139
Lezámiz, Julen, 272, 281, 282, 292, 293
Linares, comandante, 216
Lizaso, Felipe, 141
Llano de la Encomienda, Francisco, general de brigada, 52, 68, 82-86, 113, 187
Locke, William J., 148
Loinaz, José Antonio, 36, 81
López, Eduardo, 155
López Otamendi, Felipe Tomás, 249
López Piñeiro, teniente coronel, 218
Lozano, Fernando, 136
Luisa, Jesús, 142, 236
- Maidagán, Matai, 142, 143, 145
Maidagán, Patxi, 142, 143
Maidagán, Pío, 142, 143, 154, 157
Maidagán, Regino, 180
Manildo, teniente coronel, 202
Manterola, Ander, 294, 296

Índice Onomástico

- Marañón, Gregorio, 63, 265
Marcaida Maurica, Felipe, 249
Mariano, conductor, 107
Markiegi Ibarzábal, Florencio, 89, 249
Martín, Manuel, 155
Martín Luna, Antonio, teniente coronel, 216, 226
Martínez, José Antonio, 295
Martínez Arias, 105
Martínez Bande. José Manuel, coronel de artillería, 79, 80, 81
Mauriac, François, 63
Meer, Fernando de, 97
Mees, Ludger, 253, 284 Mendiguren, Bruno, 117
Menéndez Hevia, Ricardo, 302, 303
Michelena, José, 121, 191
Michelena, Juan José, 191
Moa, Pío, 287
Mola, Emilio, general, 33, 34, 37, 42, 43, 45-47, 60, 64, 69, 70, 82, 83, 87-89, 93-95, 98, 108, 177, 202, 301
Monnier, Robert, coronel, *Jaureghy*, 103, 107-109, 116, 133
Montanelli, Indro, 148
Montaud, Alberto, teniente coronel, 55, 85, 86, 105, 107, 109, 116, 127, 164, 175
Montero, Txema, 286, 287
Monzón, Telesforo, 34, 38, 39, 44, 49, 62, 71, 72, 75, 123, 137, 225, 228, 257
Morán, Gregorio, 191, 299, 300
Morcillo, Casimiro, sacerdote, 93
Morilla, Carlos, sacerdote, 88
Mágica, (hermano de Mateo), 67
Mágica, Mateo, obispo, 61, 65-68, 90
Munchausen, barón de, 22
Muñoz Grandes, coronel, 248
Murga, Pablo, capitán, 105
Mussolini, Benito, 87, 98, 100, 101, 114, 149, 163, 169, 170, 172, 174, 175, 196, 215, 222, 241, 244, 247, 248, 269
- Naranjo, Antonio, 117
Nárdiz, Gonzalo, 49, 129, 236
Natividad López, Manuel, 250
Navarro, Enrique, capitán de fragata, 117
Negrín, Juan, 26, 113, 115, 182, 186, 259, 260
Neila, Manuel, 179, 180, 182, 197, 198
Nicola, De, capitán, 234

Índice Onomástico

Nicolás, sacerdote, 65

Nicolás Sagastui, Isidro, 250

Olaechea, Marcelino, obispo, 65, 67

Olascoaga, Pascual, teniente, 145

Olazábal, José Ramón, 159, 210, 211, 225, 226, 242

Onaindia, familia, 264, 265, 270, 291

Onaindia, Alberto, 29, 43-46, 58-67, 71, 89-95, 97, 99-102, 113-115, 120, 121, 161, 162, 164-166, 169-175, 185, 191, 192, 196, 206, 209, 210, 215, 223, 228-230, 248, 252, 253, 258, 263-270, 284, 290-292, 294, 296-298

Onaindia, Carmen, 265, 270

Onaindia, Celestino, 58, 67

Onaindia, Domingo, 265

Onaindia, losu, 291, 292

Onaindia, Juana, 265

Onaindia, Kolestín, 291

Onaindia, Miren, 291

Onaindia, Soren, 291

Onaindia, Txomin, 59

Onaindia, Yon, 270, 291, 292

Orbegozo, Bernabé, 221, 222

Ordiales Noval, Fermín, 280, 281

Ordorica, Andrés, comandante, 145, 155

Ortega, brigada de carabineros, 39

Ortega y Gasset. José, 286

Ortueta, Anacleto, 134-141, 146, 150, 151, 154, 155, 157, 158, 178, 180

Ortúzar, Luis, 105

Osorio Gallardo, Ángel, 185, 186

Otxoa, Iñaki, 180

Pablo, Santiago de, 253, 284

Pacelli, cardenal, 65, 96

«padre Olaso», véase Onaindia, Alberto, 265, 269, 270

Palacio, Rafael, 285, 286 Pascual, teniente 237

Payne, Stanley, 36

Peppo, Ottavio De, 248

Pereda, Julián, sacerdote, 94, 100

Pérez, José María, 295

Pérez de Garmendia, Augusto, 33, 41

Pérez García-Argüelles, José, coronel, 73

Piazzoni, general, 152, 202, 239, 245

- Picasso, Pablo, 274
Piech, coronel, 152
Pikaza, José María, 117, 142
Pío XI, papa, 114, 175, 181
Pío XII, papa, véase Pacelli, cardenal
Pizzardo, Giuseppe, arzobispo, 65-67, 175
Plutarco, 26
Polanco, Anselmo, obispo, 258
Pozas, teniente coronel, 108
Prada, Adolfo, coronel, 216, 226
Preston, Paul, 283
Prieto, Indalecio, 48, 54, 63, 96, 112, 113, 123-125, 128, 135, 151, 156, 163, 182-186, 189, 204, 205, 213, 217, 253, 257, 258
Puente, de la, familia, 167
Puigdollers, sacerdote, 95
Pujana, Raimundo, capitán, 232-234
Punzo, Federico, teniente, 234
Putz, coronel, 132, 133
- Queipo de Llano, general, 58, 62, 63, 88, 91, 238
Quijano, José María, 196
Quílez, 180
- Rabaneda Portillo, Ramón, 250
Rabanera, Francisco, 212
Rabanne, Paco, 212
Ramírez de Olano, Pantaleón, 170, 171, 174
Rasche, Luis, 194
Reola, Benito, 221
Rezola, Joseba, 117, 151, 180, 226-228, 240, 243, 247, 263
Río, Felipe del, 70
Roatta, Mario, general, «Manzini», 163, 166, 202, 209, 236, 237, 239, 240, 245-247, 249-251
Rochil, capitán, 295
Rodríguez, Benigno, 62
Rodríguez, José Luis, capellán, 55
Rodríguez de la Mata, Ramón, 247
Rodríguez Ranz, José A., 253, 284
Rojo, Carlos, 289
Rojo, Vicente, coronel, 116
Romanones, conde de, 40, 231

Índice Onomástico

- Rotaeche, Ignacio, 93, 137
Rubial, Ramón, 128, 129
Ruiz de Aguirre, Luis, «Sancho de Beurko», 150, 151, 190, 191, 194, 212, 219, 236, 263, 271, 272, 281, 295
Ruiz Girón, Amos, comandante, 133
Ruiz Olazarán, Juan, 179, 181, 182, 217, 226, 227
- Sagiiés, Fermín, 45 Salazar, L., 222
San Emeterio, Reyes, 274, 286
San Miguel Cubero, Crispulo, 249, 250
Sánchez Dragó, Fernando, 299
Sánchez Martín, Federico, 250
Sánchez Noriega, Manuel, «El Coritu», 26, 254, 255
Sandri, Sandro, 148, 149
Sanjuán, Antonio, 39, 42, 206
Sanjurjo, José, general, 108
Sansinenea, Koldo, 141
Santoña, duquesa de, 231
Sanz Casamayor, Ciriaco, 250
Sarasqueta, capitán, 232
Saratxaga, Txomin, 294
Saseta, Cándido, 38, 78, 79
Sasieta, hermanos, 152
Selassie, Haile, emperador de Etiopía, 171
Senac, comandante, 108
Shakespeare, William, 21
Solaberría, León, comandante, 238
Solano, Carlos, 36
Solaun, Jesús, 151, 168, 249, 265
Solavarrieta, María Esther, 298
Solchaga, general, 42, 69
Somarriba, Antonio, 226
Sota, 135
Steer, George, 81, 104, 115, 116, 125, 203, 204
- Tabernilla, Guillermo, 271, 272, 276, 281, 286
Texeira, 250
Thomas, Hugh, 81
Tomás Álvarez, Belarmino, 76, 186, 255, 260
Torre, Heliodoro de la, 49, 181, 225, 228, 253
Torrijos, Guillermo, 41, 217

Índice Onomástico

- Toyos, Juan de los, 49, 260
Troncoso, Julián, teniente coronel, 196, 236, 244
Tumanov, José, 85
Tuñón de Lara, Manuel, 49
Tigarte, Iñaki, 26, 190, 191, 193, 194, 201, 207, 211, 212, 214, 216-220, 238
- Unamuno, Miguel de, 295
Unceta, Fernando, 117
Unzeta, Ignacio, 219, 249, 265
Urkiaga, Esteban, *Lauaxeta*, 136
Urkijo, Alfonso, 154
Urkijo, Jaime, 131-133,
Urkullu, Luis, 128, 129, 139, 150-152, 154, 157, 158
Urreztieta, Lezo, 53, 54
Urrutia, Ángel, capellán, 55
Urrutia, José, 157
Urrutia, Ricardo, 222
- Valdés Larrañaga, José, 131
Valer i .Valerio, nuncio, 91, 95, 102, 175
Valiente Oroqueta, Santiago, 46
Vara de Rey, comandante, 146
Vega de Seoane, 194
Velasco, Jesús, capitán de caballería, 131
Vidal Munárriz, Joaquín, teniente coronel, 190, 205
Vigón, Juan, 107
Villa, Pancho, 26, 255
Villanueva, Javier, 235
Villanas, coronel, 208
- Wakonigg, Guillermo, 105
Wandel, 131
- Yosu, 287
- Zabala Iriondo, Jesús, 249
Zabalo, 180
Zamalloa, Luis, 180
Zarrabeitia, Luis, 253
Ziaurriz, Doroteo, 44, 165, 170, 219, 231, 264
Zubiri. Jon, 180

Índice Onomástico

Zubiría, Gabriel, 133
Zubiría, Pedro, 133
Zubiría, Rafael, 133
Zubizarreta, Ignacio, 253
Zugazagoitia, Julián, 82, 83, 87, 183, 209, 258
Zulueta, Daniel, 155

Índice Onomástico